

# Contra corriente



Patricia Alcantud Obregón

# CONTRACoRRIENTE

## CONTRACORRIENTE

Patricia Alcantud Obregón, 2019

Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Sol Taylor

Maquetación: Fran M.R. Marín

Servicio de corrección: Ger Getzen

No se permite la reproducción, total o parcial, de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo.

Tienes en tus manos una historia ficticia. Pero, a pesar de serlo, «Contracorriente» es una novela que trata un tema muy real, demasiado real. Un tema que está presente en la actualidad, mucho más cerca de lo que creemos. Un tema que no podemos dejar pasar por alto, un problema real ante el que tenemos que abrir los ojos. Es una historia dura y complicada, una historia triste, una historia profunda, pero, ante todo, una historia de superación personal, que nos hará ver que siempre hay que tener esperanza, puesto que eso es lo último que se pierde en esta vida.

*No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente.*

*Virginia Woolf*

## PRÓLOGO

—¡Corre!

Escuché la orden con claridad, pero mis piernas se negaron a obedecer. Era más fuerte el cansancio y el frío que sentían, más incluso que el miedo; eso parecían decirme con aquella sensación de hormigueo que las recorría de arriba abajo.

Miré a mi alrededor. La noche era oscura; apenas podía distinguir la carretera, tan cerca de mí y, a la vez, tan lejos. Escruté cada rincón en busca de un sitio seguro donde esconderme. No lo había. Allí ya solo quedábamos la luna y yo. También aquellos pasos apresurados. ¿A cuánto estarían de mí? ¿Cuánto tiempo tardarían en alcanzarme? Era cuestión de segundos, a lo mucho, un par de minutos. Yo lo sabía, mi mente lo sabía... y, por eso, volvió a repetir:

—¡Corre! ¡Maldita sea, corre!

En un intento desesperado por hacer caso a lo que me pedía mi cerebro, busqué dentro de mí ser la fuerza que me quedaba, la fuerza que ni yo sabía que tenía. Primero fue el pie derecho el que reaccionó; dio un paso al frente, despacio, tembloroso. Y el izquierdo lo siguió. Sin pensarlo siquiera, comencé a correr. La respiración, agitada, amenazaba con abandonarme en cualquier momento y el frío me cortaba la piel, casi desnuda; pero no me importaba. Eso era lo de menos.

Pude escuchar el rugido de un motor y, entonces, aceleré el paso lo más que mis pequeños pies me permitieron. Cada vez oía más cerca esas pisadas, aquellas voces y aquellas palabras que tanto tiempo me acompañaron.

—¡Esa zorra no escapará! —le aseguraba un hombre al otro. A juzgar por su tono de voz, estaba muy enfadado.

—¡Vamos, pequeña! Sabemos que no estás lejos. ¡Entrégate, niña sucia!

Sus palabras se dirigían a mí; su objetivo era yo... y su recompensa, mi vida.

«¡Vamos, Yurani! Un poco más. Solo unos pasos más y serás libre. ¡Aguanta!»

Agradeciendo a mi voz interior sus ánimos, cogí aliento y obligué a mi cuerpo a correr más rápido. Había llegado, ya veía los coches a unos pocos metros de mí. Ahora solo tenía que detenerlos, interponerme en su camino y suplicar que me ayudasen.

Entonces, una luz me cegó. Por detrás, una voz ronca me sobresaltó, consiguiendo erizar el vello de mi piel más de lo que ya estaba.

—¡Te tengo, maldita! ¡Ya eres mía!

Su carcajada retumbó en la fría noche. No lo pensé ni un segundo, no me detuve a esperar instrucciones de mi mente, la cual parecía haberse esfumado y abandonado a mi suerte. Me abalancé hacia mi única salvación: la luz que me deslumbraba y me impedía ver quién había detrás de ella. Entonces, todo sucedió muy rápido. Lo siguiente que escuché fue un grito desgarrador que hizo que me doliera el alma. Después, todo mi cuerpo se negó a seguir luchando y cayó; fue un golpe tan duro que incluso el duro asfalto tembló. Fue en ese momento cuando comprendí que la que había gritado había sido yo.

Entre el rápido parpadeo de mis ojos, los cuales luchaban por no cerrarse, observé a un hombre agachándose hacia mí. Su rostro me era desconocido; su mirada expresaba preocupación y miedo.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? No te he visto. ¡No me ha dado tiempo a frenar! — explicaba con nerviosismo —. ¿Estás bien?

Se encontraba realmente nervioso. Me dio pena. Quise decirle que no se preocupara, que todo estaba bien; que ahora, por fin, era libre. No pude hacerlo, pues mis cuerdas vocales habían dejado de funcionar. Traté en vano de mover la cabeza; necesitaba comprobar si aquellos monstruos habían huido o, por el contrario, se encontraban regocijándose del inesperado desenlace de nuestra carrera. Se me nubló la vista y la cara de ese hombre comenzó a desdibujarse.

—Me llamo Yurani. Tengo diecisiete años —conseguí contarle en un susurro.

Él apretó mi mano entre las suyas y, si no fue fruto de mi imaginación delirante, vi una lágrima descender por su mejilla.

Entonces sí, por primera vez en mi vida, me rendí. Dejé que mis ojos se cerraran y permití a mi mente revivir cada recuerdo, cada momento... Cada año de mi vida (si eso podía llamarse vida). De una vida que probablemente ya no volvería a tener.

# 1

## ERA ELLA

¿Cómo saber si estaba viva o estaba muerta, cuando la vida, en realidad, no lo era? Era una sensación muy extraña. Por una parte, me invadía una paz intensa. Ya no habría más dolor, no más luchas, ni lágrimas. Por otro lado, el miedo insistía en permanecer conmigo, como fiel compañero que ya era.

«¿Dónde iré cuando todo termine?», pensaba mientras trataba de abrir los ojos en vano. «¿Existirá un cielo para la gente como yo?»

A pesar de mis errores, de mis intentos fallidos de seguir un buen camino, al menos uno decente, sentía asco hasta de mi propio nombre. ¿Se apiadaría de mí Dios, o quien fuera que estuviera ahí arriba? Si es que existe algo... si es que hay algo más allá del último aliento, del Adiós Definitivo. Con los años, había llegado a dudarlo. «No es posible», me repetía constantemente, «no es posible que exista en el mundo tanta crueldad, tanta dureza. ¡No es justo!»

Entonces recordé cuando era una niña; porque, aunque parezca difícil de creer, algún día lo fui. Recordé aquellos días, en un tiempo en el que todavía creía en las cosas buenas, en las personas, en los sueños y en un futuro mejor. Imaginé que aquella sucesión de recuerdos se debía a que me estaba muriendo. Era el aviso de que ya había llegado el momento. Por mi mente aparecieron risas, juegos y mucho amor. Era un premio de consolación para irme con el alma tranquila. Dicen que, cuando la muerte se acerca, puedes ver a lo lejos una luz que te tranquiliza y te ilumina el camino. A mí esa luz me demostró que no estaba sola. Que mi vida, y también mi muerte, habían tenido sentido. Y esa luz era tan poderosa en mí que no se apagaría nunca; no importaba a dónde fuera. Esa luz tenía nombre, esa luz era ELLA.

## KIMBERLY

Aún recuerdo aquel día como si fuera ayer. Era la mañana de un sábado, un sábado de tantos; pero un sábado distinto para mí. El día que marcó mi vida o, al menos, la cambió.

Mamá había vuelto a casa. Apenas llevaba unos días fuera (tres, si mal no recuerdo), pero a mí el tiempo se me había hecho eterno. Siempre la quise mucho; y lo sigo haciendo, creo. Supe que había regresado en cuanto mi padre me llamó a gritos, a pesar de que nuestra casa era tan pequeña que no era necesario hacerlo.

—¡Yurani! Ven al salón.

Me levanté veloz del colchón donde dormía y me puse rápido los zapatos. Cuando entré al pequeño cuarto, que hacía las veces de salón, lo primero que vi fue el rostro de mi madre. Lucía cansada, su largo cabello recogido en una trenza y el contorno de sus ojos tenía un color morado, al que ya me había acostumbrado. Con la mirada fija en mí, me dedicó una sonrisa. Quise correr hacia ella y echarme a sus brazos, pero mi madre no estaba sola. En sus manos sujetaba una pequeña figura, un diminuto bulto con brazos y piernas que permanecía quieto.

—Hola, cariño —me saludó mamá—. Te he echado de menos.

Asentí con la cabeza, pero no di un paso. No hice intento alguno de acercarme a su lado.

—Ven. Quiero presentarte a alguien —me pidió con voz dulce.

Mis pies seguían clavados en el suelo.

—¡Yurani, haz caso a tu madre! ¡No te comportes como una niña pequeña! —bramó mi padre, dirigiéndome una mirada severa.

«¡Soy una niña pequeña! ¡Tengo solo siete años!», quise decirle; pero de mi boca no salió palabra alguna. En cambio, sí obedecí su orden, como hacía siempre, y di unos pasos temblorosos hacia mis padres. Mamá se agachó, por su gesto pude ver que le costaba un gran esfuerzo, y me esperó de cuclillas, agarrando con firmeza al «pequeño bulto» para que no se escapara de sus brazos.

—Mira, Yurani, esta es tu hermana —susurró—. Mira qué pequeñita es.

Ya frente a ella, observé con atención a aquella niña, desconocida aún para

mí, que dormía plácidamente, ignorante de todo. Era muy delgada y, recuerdo que pensé, bastante fea y arrugada. Aun así, me guardé esas opiniones para mí y solo me atreví a preguntar:

—¿Cómo se llama?

Mi madre esbozó una sonrisa.

—Aún no lo sabemos. No hemos pensado todavía su nombre.

Ante mi gesto asombrado, miró a mi padre interrogativa, y este respondió con un leve movimiento de hombros.

—¡No lo sé! Es una mujer. Por una vez, yo quería un hombre, un macho en la familia. Pero, desgraciadamente, no ha sido así. ¡Así que eso no es cosa mía!

Mamá desvió la mirada de nuevo hacia mí ignorando, o tal vez intentándolo, el desprecio de mi padre.

—¿Quieres elegirle tú el nombre, cariño?

Negué con la cabeza, fuerte, de lado a lado.

—¡No!

Mamá se sorprendió ante mi reacción, pero trató de disimularlo.

—Hija, ahora es normal que sientas cierto rechazo hacia ella. Aún es demasiado pronto. Verás cómo, con el tiempo, aprenderás a quererla. Y la querrás mucho —aseguró, aún con el tono suave que tanto la caracterizaba.

En mi estómago sentí cómo comenzaba a formarse un nudo; después subió hacia mi garganta. Luché por contener las lágrimas, en parte por miedo a una reprimenda y en parte por rebeldía, por no hacerle caso a mi madre.

—No voy a quererla —afirmé en tono tranquilo pero decidido.

Mamá sonrió de nuevo, esta vez acariciándome el cabello.

—Lo harás. Tiempo al tiempo. Todavía eres demasiado pequeña para entenderlo.

Quise responderle que no, que ella no podía, ¡no debía!, decirme eso. Está bien, tenía siete años, pero lo entendía muy bien. Esa niña había llegado en el peor momento. Esa niña significaba más dolor, más problemas y más discusiones entre mis padres. Esa niña significaba un plato menos de comida en esa casa. Si hasta ahora comía una vez al día, a partir de ese momento sería cada dos días, puesto que tendría que compartir lo poco que teníamos con ella. ¡No podía alegrarme de eso! ¡¿Es que no lo entendían?!

Mamá, con una habilidad que solo las madres tienen, pareció leerme el pensamiento. Pasó su mano libre por mi mejilla con tanta dulzura que me hacía daño.



—Todo saldrá bien.

Quizá fue ese gesto, esa demostración de cariño, que a menudo me faltaba, lo que desató la tormenta, mi tormenta. Las lágrimas aboradaran mis ojos y ya no pude detenerlas.

Entre sollozos, pregunté:

—¿Puedo tocarla?

—Claro —respondió ella.

Acerqué mi mano hacia el bebé, despacio, temerosa de hacerle daño con solo el contacto de mi piel. Daba la impresión de que podía romperse de un momento a otro. Acaricié su rostro con suavidad.

—Hola. Me llamo Yurani —me presenté muy bajito.

Entonces, ocurrió. La que decían que era mi hermana abrió los ojos, negros igual que los míos, y me miró; o yo creí que lo hacía.

Parpadeé para contener las lágrimas, que ahora salían con más fuerza. ¡Era tan pequeñita, tan inocente! Entonces, lo comprendí. Supe que le daría mi plato de comida, aunque eso significara pasar un día entero en ayunas, y que no la odiaría por ello. Supe que, desde ese mismo instante, tenía una razón más para vivir, que había venido para salvarme. Era demasiado niña por aquel entonces como para entender que, más adelante, ella sería mi mayor fuerza, mi ángel. Pero, agarrando su dedito entre mi mano, mientras ella lo apretaba con fuerza, decidí que era mi hermana y que le daba permiso para entrar en mi familia, en mi vida.

Levanté la cabeza y, aún con los ojos empañados, miré a mi madre. Ella me devolvió la mirada y, en sus ojos oscuros y ojerosos, pude distinguir una lágrima.

—Se llamará Kimberly —les comuniqué—. Un día, la señorita que da clases en la plaza del pueblo, nos contó una historia de una princesa que se llamaba así.

Mamá asintió, dándome su aprobación. Papá, con semblante aburrido, volvió a encogerse de hombros. Miré a uno y después a otro. A continuación, observé a Kimberly, la cual ya había cerrado los ojos de nuevo y se acurrucaba en el pecho de nuestra madre.

—Significa fuerza —seguí explicando—. La va a necesitar.

## UN JUEGO

Unos años después, una tarde de verano. Nos refugiábamos del abrasador sol bajo el techo de nuestra casa. La verdad es que en nuestro país (del cual prefiero no decir el nombre), siempre hacía mucho calor, daba igual el mes del año en el que nos encontráramos. Pero ese día, en pleno junio, el sofoco era demasiado, casi diría insoportable.

Vestida tan solo con unos pantalones cortos y una camisa anudada al ombligo, jugaba con una vieja muñeca, heredada de los vecinos de enfrente y a la cual le faltaban una pierna y un brazo. Imaginaba que era mi hija y, con la ayuda de unos cuantos trapos, le hacía vestidos, como mi madre me había enseñado. Inventaba historias, cuentos hermosos con momentos bonitos, que todavía no había vivido y que, probablemente, no viviría nunca.

Ella me observaba desde el fondo de la habitación, sentada en el suelo de la esquina, como fiel espectadora.

—¿Puedo jugar contigo?

Negué con la cabeza, sin mirarla.

—No, Kim. Te lo he dicho muchas veces. Me gusta jugar sola.

Mi hermana se levantó, haciendo caso omiso a mis palabras, y se acercó a mí.

—A mí también me gusta Lara —insistió, señalando a mi muñeca con sus dedos delgados y pequeños.

—Ya lo sé —respondí un tanto irritada—. Pero es mía.

—¿Algún día yo también tendré una?

Sin darme la vuelta, seguí enfrascada en mi tarea, que en ese momento consistía en peinar a la muñeca con un peine imaginario, desenredando un pelo que, en realidad, no tenía.

—No lo sé. Sabes que papá y mamá no pueden comprarte una. Igual, cuando yo sea más mayor y me aburra de ella, te la daré.

—¡Ya eres mayor! —replicó Kimberly, testaruda como solo una niña de cinco años puede serlo.

Esta vez sí me giré hacia ella. Estaba agotando mi paciencia con tanta interrupción por su parte.

—¡Basta ya! Te he dicho que no y es que no. ¡Déjame tranquila!

Kim pudo ver el enfado en mis ojos y agachó los suyos. Bajó la cabeza y escondió su rostro entre su largo pelo negro, que le caía suelto sobre los hombros. Pero no pudo esconder su mirada triste, resignada. ¡Conocía tan bien ese sentimiento!

—De acuerdo. Esperaré.

No sé si fue su expresión o que, en el fondo, yo no era tan egoísta como aparentaba serlo, lo que me conmovió; pero algo se revolvió dentro de mí y suspiré, como derrotada.

—Está bien... Te dejo jugar conmigo. ¡Pero solo un poco!

Kimberly levantó la cabeza enseguida y, sin dudarle un momento, se acercó a mí.

—¡Gracias! Ahora yo seré la mamá. Sé jugar muy bien a eso.

No pude evitar soltar una carcajada. Mi hermana, tan pequeña todavía, a veces me sorprendía con su manera de actuar y de pensar. Esta vez, fui yo la que se sentó a observar cómo se divertía jugando. Imitaba a nuestra madre, moviéndose de prisa con la muñeca en brazos, mientras murmuraba algo por lo bajo. Pude escuchar lo que decía:

—Lara, cariño, no grites. Sé que tienes hambre y que te duele la barriguita, pero no tienes que llorar. Si lo haces, papá se enfadará.

Mi semblante cambió de repente, volviéndose serio. Se me hizo un nudo en la garganta. Kimberly repetía muy bien, demasiado bien, el comportamiento de mamá. Los sucesos del día a día. Y lo peor es que lo hacía con una tranquilidad absoluta, una calma que daba miedo. Y eso... eso no era un juego.

## ESTOY AQUÍ

Un poco más tarde, sentada frente a la mesa del salón, jugaba con mis dedos nerviosa. Trataba de disimular la ansiedad que sentía, las horas que llevaba esperando ese momento. Ya había anochecido, y eso quería decir que llevaba más de un día sin probar bocado, sin llevarme nada al estómago. En nuestro hogar, el dinero brillaba por su ausencia y, a consecuencia de ello, también escaseaba el alimento. Papá no tenía trabajo, poca gente en el pueblo lo tenía, y mamá había dedicado su vida a cuidarnos y velar por nosotras y por la casa que, aunque sencilla, era limpia y decente. Toda la comida que conseguíamos era a través de la ayuda de algunos vecinos que, aunque no precisamente ricos, tenían algo más que nosotros y se compadecían de nuestra situación.

Esta vez, Doña Margarita solo había traído una pequeña olla de sopa, ya preparada. Y mamá había tenido que racionarla. El día anterior, habíamos comido todos de ello, pero a la noche solo había llegado para papá y mamá, la cual prefirió guardar su plato, alegando que se encontraba mal en ese momento, para dárselo después a mi hermana. Kimberly era muy pequeña aún y todavía no había aprendido a jugar con el hambre, a ganarle la batalla engañando al estómago con agua o, simplemente, pensando en otras cosas; como mis juegos. También estaba muy delgada para su edad, siempre lo había sido, pero cada vez tenía un aspecto más débil, desnutrido. Por todo eso, no rechisté y callé, sin quejarme ni pedir ni siquiera una cucharada de las que mamá le dio, a escondidas, cuando papá ya se había dormido.

Al despertar, no tuvimos nada para desayunar, aunque eso no era algo nuevo. Y tampoco para comer cuando ya había llegado el mediodía. Después de un rato, mientras Kimberly y yo pasábamos el tiempo en la habitación, mamá había recibido visita del Doctor Felipe, el médico del pueblo. Gracias a ello, ahora teníamos otra olla humeante en la mesa, esta vez de un succulento guiso de carne con patatas, dispuesto a ser servido. Habíamos esperado a que llegara papá de su salida. A menudo se ausentaba de casa para dar una vuelta por los alrededores con los hombres del vecindario, o eso decía. Ahora, por fin, estábamos todos sentados a la mesa. Todos... menos mi hermana.

—¿Y Kimberly? —pregunté mientras mi madre se disponía a servir la cena, abriendo la tapa de la olla y vertiendo primero el guiso sobre el plato de

mi padre.

Ella guardó silencio, fue mi padre el que habló.

—Está en la habitación.

—¿No viene a comer? Voy a llamarla. —Hice ademán de levantarme de la silla, pero mi padre me lo impidió poniendo una mano en alto.

—Está castigada —me informó con tono tranquilo pero autoritario.

Meneé la cabeza, sin entender nada.

—¿Castigada? ¿Qué ha hecho?

—Se ha portado mal. Ha dado mucha guerra esta tarde y ha desordenado toda la casa.

Abrí los ojos como platos.

—Eso no puede ser. Ha estado todo el día conmigo. Hemos estado en el cuarto jugando con Lara y...

Esta vez fue la mirada de mi madre la que me mandó callar. Tenía miedo por mí. Sabía cómo se ponía papá cuando lo desautorizaban.

—¡Basta ya, Yurani! Cierra la boca ya o serás tú la que tendrá un castigo. ¿Acaso quieres quedarte sin comer también hoy? —bramó él.

Entonces, lo comprendí. Así que era eso. Observando la comida, ya servida en los tres platos que había en la mesa, me di cuenta de la jugada de mis padres. En la olla, otra vez, no había comida para todos. Papá se habría dado cuenta, no sé de qué manera, de la escapada furtiva de mamá la noche anterior hacia la habitación, al colchón de al lado del mío, donde dormía mi hermana. Esta era su manera de castigarla y, a la vez, de permitir que yo comiera sin tener que darle explicaciones a Kim. Era mi turno, y mi hermana pagaba por ello con un castigo injusto. Retiré mi plato con la mano.

—No quiero comer. No tengo hambre —dije, a pesar de que el rugido de mis tripas decía lo contrario.

—Yurani, por favor, siéntate —me pidió mi madre, casi rogando—. Kimberly ya ha de estar dormida. Estaba muy cansada.

La miré fijamente, buscando en sus ojos una pizca de comprensión. Pero en ellos no había más que preocupación por mi actitud, solo había resignación. No pude creer lo que veía.

—¡Es tu hija la que está en ese cuarto! —le reproché y, casi sin darme cuenta, fui subiendo el tono de voz—. ¡Es mi hermana la que se queda sin comer por algo de lo que no tiene culpa! Si sigue así... ¡Se acabará muriendo!

Me levanté de la silla y la acusé con el dedo, a ella, a mi madre; la que nos había dado la vida de una manera injusta, una vida a la que no deberíamos

haber venido. No en esas circunstancias. No lo habíamos pedido.

—No digas esas cosas, hija —me riñó mi madre con los labios temblorosos.

—No me llames *hija*. No puedo creer que seas mi madre.

Me dolían mis acusaciones como a ella misma, pero ya no podía controlarme. Había aguantado y callado mucho durante demasiado tiempo.

Entonces, el golpe llegó sin esperarlo. Sin darme tiempo a reaccionar, sentí una punzada en el rostro que me quemó por segundos. Me quedé quieta, incapaz de moverme o de articular palabra. Mi padre levantó la mano con intención de propinarme un nuevo tortazo, pero mi madre se lo impidió agarrándolo del brazo.

—Por favor, Marcos. Ya basta —suplicó, temblorosa por lo que acababa de hacer al hombre con el que compartía la cama... y la vida.

Él debió de compadecerse, tal vez de ella o tal vez de mí, que seguía inmóvil, luchando por contener las lágrimas.

—Vete a tu habitación, Yurani. Hoy no vas a cenar; pero tampoco lo hará tu hermana. Que su castigo sirva también para ti, para que sepas que no debes desafiarme. Soy tu padre y, como tal, me debes respeto.

Acto seguido, volvió a sentarse y se dispuso a comer como si nada hubiera pasado. Sin decir una palabra, me marché de allí con pasos lentos y con latidos apresurados en el corazón. Había dado un paso grande, aun sin comprenderlo todavía, rebelándome contra mi padre. A pesar de todo, lo quería mucho. Pero era más grande lo que sentía por mi hermana.

Cuando entré en la habitación, el corazón se me hizo más pequeño todavía al verla. Se encontraba sentada en el colchón; pero no en el suyo, sino en el mío, en un intento de sentirme cerca. Tenía las orejas tapadas con sus dos manos, y canturreaba una canción que yo misma le había enseñado, tratando así de ahogar los gritos que habían tenido lugar en el salón. Tan cerca de ella, demasiado cerca.

Me apresuré a sentarme a su lado y acaricié su cabello con dulzura, como tantas noches había hecho mamá conmigo. Kimberly levantó su cabecita y me miró. En sus ojos negros había tanto miedo que dolía mirarlos.

—Ya estoy aquí, pequeña. Todo está bien —la tranquilicé, con toda la seguridad que pude aparentar.

Ella asintió, convencida de que a mi lado todo se solucionaba. Apoyó su cabeza en mi hombro.

—¿Puedo dormir contigo?

No esperó ni siquiera una respuesta. Se lanzó hacia mí y me abrazó con fuerza. Tuve que hacer un esfuerzo enorme por no romper a llorar. Entonces, fue ella la que me animó.

—Eres la mejor. Eres la mejor hermana del mundo.

En mi rostro se dibujó una sonrisa. Con ella... todo era más fácil. Era tan frágil y, a la vez, tan fuerte, que conseguía ganar toda mi admiración, a pesar de su corta edad.

—Ven, tumbémonos juntas. Ya es tarde. Es hora de descansar.

Kim obedeció y nos acostamos en mi colchón, una al lado de la otra, dándonos calor en un mutuo abrazo y olvidándonos así de todo. Juntas, todo parecía más fácil, más soportable. Al menos por esa noche.

## ANDY

No todo lo que parece blanco es blanco, ni todo lo que parece negro es negro. Hasta en los días más oscuros lograba ver un rayo de luz, un atisbo de esperanza. Incluso en las horas de más debilidad, en los momentos que llegaba a pensar que mi cuerpo no aguantaría más el hambre, conseguía encontrar algo positivo, algo que me animara a aguantar esa vida que nos había tocado vivir.

A menudo, me refugiaba en las historias que revoloteaban en mi cabeza, dejando volar mi imaginación, tan lejos como quisiera. Otras veces, me aferraba a los juegos con Kimberly. Por ella, me obligaba a sacar una sonrisa y me permitía seguir siendo una niña, inventando siempre nuevas actividades para entretenerla.

Aquella tarde, la esperanza me visitó en forma de persona. Era un chico joven, calculo que tendría unos dieciocho años, tal vez un poco más o un poco menos. Escuché su voz, desconocida hasta entonces para mí, al entrar en casa. Iba acompañado de mi padre.

—¡Adelante, pasa! Le pediré a mi mujer que nos sirva dos vasos de agua—le dijo.

Movida por un repentino sentimiento de curiosidad, me escondí detrás de la cortina que separaba el salón del diminuto pasillo. Con cuidado de no ser descubierta, asomé despacio la cabeza. Casi sin respirar, para que no se dieran cuenta de mi presencia, me dediqué a observar la escena. Mi padre había tomado asiento en una de las sillas y había invitado al muchacho a hacer lo mismo. Este estaba de espaldas a mí, así que no podía contemplar su rostro. De todas maneras, un extraño cosquilleo me invadía de pies a cabeza. No acostumbrábamos a ver muchos chicos por el barrio. Mamá, Kim y yo apenas salíamos de casa y, cuando lo hacíamos, nuestros paseos se limitaban a ir a la tienda del pueblo a comprar algún ingrediente necesario. Y eso pasaba en raras ocasiones. Además, conocía bien a los muchachos de los alrededores, todos hijos de nuestros respectivos vecinos, y este chico no era ninguno de ellos.

Absorta como estaba en mis pensamientos, no me di cuenta de que mamá estaba a mi lado hasta que me tocó suavemente el hombro.

—¡Ay! —exclamé en un grito ahogado—. ¡Me has asustado!



—¿Qué haces aquí? Creí que estarías durmiendo la siesta con tu hermana. Me encogí de hombros, sin saber bien qué responderle, y me llevé un dedo a los labios.

—No digas nada, porfa.

Mamá sonrío, comprendiendo, y asintió con la cabeza.

—Tranquila. Voy a llevarles estos dos vasitos de agua —me dijo señalando la bandeja de plástico que llevaba en la mano—. Tu padre se enfadará si los hago esperar mucho.

Esta vez, fui yo la que asentí y mamá entró en el salón, acercándose a ellos.

—Aquí tenéis. Me imagino que tendréis sed después de una larga caminata. Está haciendo mucho calor fuera.

Papá y su amigo, porque supongo que lo era, estiraron las manos para coger el agua que mamá les ofrecía. Después de dar un largo trago, el muchacho se dirigió a mi madre, devolviéndole el vaso.

—Muchas gracias, señora.

—No hay de qué. Siento no tener nada más para daros...

En la voz de mi madre noté cierta vergüenza, pero el chico enseguida se encargó de hacerla sentir mejor.

—No tiene que disculparse. Todos hemos pasado por malos momentos. Pero están de suerte, señora. A partir de hoy, su marido se convertirá en mi socio. Y ser mi socio significa que ya no habrá más pobreza en esta casa, que tendrá usted mucho más que agua para ofrecer a las visitas. Ser mi socio significa dinero —recalcó, con un cierto toque de orgullo en sus palabras.

Abrí la boca sorprendida y me la tapé con la mano. No entendía bien lo que quería decir aquel chico extraño, pero lo que sí había comprendido a la perfección era una palabra: dinero. ¡Había dicho que mi padre iba a ganar dinero!

—Para celebrarlo, vamos a brindar como Dios manda. ¿Le importaría ir a comprar dos botellas de vino? Compre también una de zumo, si le apetece.

Se llevó la mano al bolsillo de su pantaloneta vaquera y sacó un par de billetes arrugados para, después, ofrecérselos a mi madre.

—Muchas gracias, joven. Es usted muy amable. Ahora no puedo salir de la casa porque tengo la sopa al fuego, pero mandaré a mi hija. Gracias por todo.

Mi madre casi no tuvo tiempo de pronunciar mi nombre. Me apresuré a salir de mi escondite, entrando en el salón y acercándome a la mesa con pasos

lentos.

—Yurani, cariño, ve a comprar a la tiendita que hay aquí cerca, la de la señora Juliana —me pidió mamá con voz dulce.

Asentí con la cabeza, sin articular palabra.

—Así que esta es la pequeña de la casa —bromeó el chico.

—Soy la mayor. La pequeña es mi hermana Kim —le respondí con un poco de chulería.

No me gustaba que me trataran como a una niña y él lo había hecho dirigiéndose a mí con ese tono de voz infantil.

Entonces, él soltó una carcajada.

—Bueno, sea como sea, encantado de conocerte, Yurani.

Al escuchar mi nombre en sus labios un escalofrío recorrió mi piel, y mucho más lo hizo cuando levanté la vista del suelo y encontré su rostro, enfrente de mí, tan cerca.

—Toma, coge este dinero y ve a comprar. Compra dos botellas de vino y, lo que sobre, te lo puedes quedar. Cómprate algo que te guste o guárdalo para otra ocasión. Es tuyo.

Atónita por su generosidad, me acerqué a él para agarrar los billetes que tenía en su mano. Al hacerlo, su piel entró en contacto con la mía, rozándola levemente. Y entonces, el cosquilleo se hizo más grande, más intenso.

—Muchas gracias —susurré, tan bajito que pensé que no me habría oído ninguno.

—No tienes que darme las gracias, chiquilla. Gracias a ti, por obsequiarme con tu belleza. No todos los días se ven chicas tan bonitas... —dijo y, después, soltó una risita—. Por cierto, me llamo Andy.

Se levantó de la silla y se presentó, de forma educada, dándome dos besos. Uno en cada mejilla. Para hacerlo, tuvo que agacharse un poco, ya que me sacaba un par de cabezas.

Me miró a los ojos y sonrió, tal vez esperando una respuesta. Cohibida y tímida como nunca había sido, quise evitar su mirada; pero no pude. Sus ojos oscuros desprendían una fuerza y una atracción tan poderosa, que me obligaba a mantener los míos fijos en ellos. Era tan guapo que casi parecía salido de un cuento. Sin saber cómo, y consciente de que mis padres estaban contemplando la escena, conseguí sacar las palabras, con una voz que casi parecía haberme abandonado.

—Me llamo Yurani, aunque eso ya lo sabes. Encantada.

Traté de sonar cortés, con la amabilidad que siempre tenía cuando

conocía alguien nuevo, con la educación que me habían enseñado. Supongo que no lo conseguí, pues Andy, de nuevo, estalló en una carcajada.

—El gusto es mío.

Incapaz de disimular mi nerviosismo por más tiempo, me apresuré a guardar el dinero entre mis manos y me di la vuelta, con intención de marcharme.

—Enseguida vuelvo —me despedí de todos.

—Ve con cuidado —me pidió mamá, con su voz dulce de siempre.

Antes de salir pude ver a mi padre, que seguía sentado en la silla y que no había articulado palabra en toda nuestra conversación. Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que me estaba observando fijamente. Y, no sé por qué, eso no hizo más que aumentar mis nervios. Así que me di prisa en desaparecer de su vista y salir de casa, dispuesta a obedecer lo que me habían ordenado. Durante todo el camino, un pensamiento ocupó mi alocada cabecita. Y ese pensamiento tenía los ojos negros y la cara más bonita que había visto en mi vida. Se llamaba Andy.

## 6

### ALGO NO VA BIEN

En la oscuridad de mi cuarto, permanecí sentada, todavía fantaseando con ese muchacho nuevo que había logrado lo que, hasta ahora, ningún chico de mi edad había podido: ilusionarme con solo unos piropos. Tal vez sinceros, tal vez de simple compromiso... Prefería no saberlo. Sentada en mi colchón, podía oír las carcajadas estruendosas de Andy, seguidas por las de mi padre. La noche ya había entrado y ellos parecían pasárselo de lo lindo charlando e, imaginaba, bebiendo las botellas que yo les había traído.

Cuando había vuelto a casa, me había limitado a dejar la bolsa en la mesa del salón y había corrido a esconderme a mi habitación, temerosa de volver a pasar vergüenza por culpa de algún cumplido de ese muchacho guapo. Desde allí, escuchaba a mi padre, cada vez más animado, aunque no podía entender bien lo que decía. Hacía tiempo que no veía a papá así, tan contento y emocionado. Andy ciertamente debía de tener un don con las personas.

Kimberly dormitaba tranquila en su colchón, ajena a todo el jaleo que se estaba formando a tan solo unos pasos de nosotras. Admiré su capacidad de dormir con todo ese alboroto.

En un momento dado, el silencio invadió la casa. No me percaté ni siquiera del sonido de la puerta principal al cerrarse cuando Andy se marchó, y me apenó no haber podido asomarme a tiempo a la ventana para observarlo mientras se alejaba. Aun así, me levanté del colchón y me acerqué a la ventana. Fuera apenas se podía ver nada. La luz escaseaba en nuestro vecindario y las casas vecinas dormían, en aparente calma. De repente, escuché unos pasos acercarse hacia mi cuarto. Corrí hacia mi colchón y me sumergí bajo las finas sábanas.

Cuando la puerta se abrió, cerré los ojos rápidamente con intención de hacerme la dormida. Imaginé que sería mamá, quizá para darnos las buenas noches y ese anhelado beso en la frente, aunque me extrañó, ya que hacía tiempo que había perdido esa costumbre.

En silencio, se acostó a mi lado y me acarició el rostro. El contacto de la áspera piel de su mano me sobresaltó y abrí los ojos para comprobar lo que suponía.

—¡Papá! —exclamé, casi más para mí misma.

—¡Shhh!

Mi padre se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio, y señaló al colchón de al lado.

—Vas a despertar a tu hermana —me advirtió, en un susurro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, en el mismo tono bajito que él había empleado.

—Quería darte un beso. Eres mi hija. ¿Qué tiene de raro que un padre quiera darle cariño a su niña? —explicó, tal vez comprobando la sorpresa en mi rostro.

A mí no me convencía. Eran raras las ocasiones en las que se había dignado a mostrarme una señal de afecto, a regalarme siquiera una migaja de amor paterno. Suponía que debía de querernos a su manera. Al fin y al cabo, era nuestro padre; pero, si era así, lo guardaba muy bien bajo esa permanente máscara de hombre estricto y frío.

—Buenas noches, papá. Que descanses.

Mi padre me miró fijamente. A pesar de la escasa luz de la habitación, pude ver su gesto decepcionado.

—¿Me echas?

Me encogí de hombros. Era un momento muy incómodo para mí, el tenerlo tan cerca, tumbado a mi lado, ocupando mi cama con su enorme cuerpo.

—No, papá. Tengo sueño. Eso es todo.

Mi padre negó con la cabeza, de lado a lado.

—No pienso marcharme. Con Andy no has sido tan desagradable. Me merezco un poco de respeto.

Abrí los ojos como platos, cada vez más sorprendida. Está bien, el efecto que había causado ese chico en mí había sido más que evidente y mi padre se había dado cuenta; pero no comprendía qué tenía eso que ver para mi comportamiento como hija.

—Simplemente he tratado de ser amable, como vosotros me habéis enseñado —traté de explicarle.

De nuevo, negó con la cabeza, esta vez con más fuerza en ese movimiento.

—¡Te equivocas! —su tono de voz fue subiendo a medida que hablaba—. ¡Yo no te he enseñado esos modales! ¡No te he enseñado a ser una *calientapollas*!

Miré a mi padre, sin poder creer lo que escuchaba. Por un segundo, pensé

en pellizcarme para saber si toda esa escena absurda se trataba de un simple sueño, un sueño de mal gusto. Él, por muy serio que fuera, nunca, jamás, me había hablado de esa manera. En el colchón de al lado, sentí la figura de mi hermana moverse entre las sábanas. Giré la cabeza en su dirección, en parte para comprobar que no la había despertado papá con sus gritos, y en parte para evitar su mirada y el miedo que comenzaba a invadirme por momentos. Algo no iba bien.

Entonces, mi padre me agarró fuerte de la barbilla con una mano y me obligó a girar la cabeza. Sin dejar de mirarme, acercó su otra mano a mi cuerpo y acarició mi cuello. Con el corazón a mil por hora, permanecí quieta, incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo. Casi temía respirar, por temor de comprobar que todo eso estaba pasando de verdad, que no era una pesadilla fruto del cansancio acumulado.

Con su mano grande y fría, siguió bajando, recorriendo mi cuerpo por encima del camisón corto que usaba para dormir, heredado de mi madre. Al sentir que se posaba más abajo, donde mis braguitas escondían eso que, hasta ahora, ningún hombre había visto, ni tocado, mis instintos se pusieron en alerta. Intenté detenerlo, apartando su mano con la mía.

—¡Papá! ¿Qué estás haciendo?

Estaba realmente muy asustada, mas a él pareció no importarle en absoluto. Con el cuerpo inclinado, echado casi sobre el mío, suspiró sobre mi rostro, haciéndome llegar un aliento maloliente, a alcohol y no sé qué más, tal vez cigarros. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no vomitar en ese mismo momento.

—¿No es eso mío, pues? ¿Esto que tienes aquí guardado? —me preguntó, con una voz que intentó ser dulce, pero que no consiguió sino infundirme más miedo.

Negué con la cabeza y abrí mi boca para rechistar, pero no conseguí que de mi garganta saliera sonido alguno. Me aparté de su lado con un movimiento rápido y me incorporé, quedándome sentada a su lado, e hice el amago de levantarme del colchón. No sabía bien cuál era mi plan, de qué manera salir airoso de esa situación. No podía correr a la habitación de mi madre en busca de resguardo porque no era capaz de dejar a Kim sola en el cuarto con ese... señor.

Mi padre me sacó de dudas y me obligó a tumbarme de nuevo, agarrándome el pelo desde atrás.

—¡Ay! ¡Me haces daño! —exclamé, adolorida y asustadísima.

— ¡Cállate! —me ordenó, recuperando de nuevo su voz autoritaria—. No querrás despertar a Kim y que tenga que ver lo que me obligas a hacer con tus provocaciones.

Quise contestarle, quise decirle que yo no había provocado nada. Quería pedirle que, por favor, saliese de mi cuarto y me dejase hacer como si esto no hubiera pasado. Pero no me dio tiempo. Mi padre se incorporó un poco, lo justo para poder desabrocharse el cinturón que agarraba su pantalón y, después, todo sucedió demasiado rápido. En cuestión de segundos, lo tenía completamente tumbado sobre mí, hundiendo su cara en mi cuello y casi aplastándome con su peso. Me susurraba al oído cosas que no lograba entender y, mientras tanto, se hacía hueco entre mis piernas, rebuscando con sus manos lo que yo trataba de cerrar con todas mis fuerzas.

—No te resistas. Te dolerá más si lo haces —me advirtió, hablándome pegado a mi oreja.

Mi cuerpo se tensó, en un intento desesperado de evitar lo que venía; pero fue inútil. Pataleé, me retorcí, me resistí y todo ello lo hice en silencio, en el más absoluto de los silencios, para no interrumpir el sueño de Kimberly y conseguir así que viera ese acto tan vergonzoso entre su padre y su hermana mayor. Fue mi primer acto grande de valentía por ella; el primero de muchos otros que vendrían. A partir de ahí, todo lo que pasó lo recuerdo borroso, lejano. Supongo que traté de perder la noción del tiempo, intenté por todos los medios evadirme de mi cuerpo y mi mente. Por el rabillo del ojo, vi mis bragas en el suelo, al lado de la cama. No me di cuenta de en qué momento me las había quitado. Entonces, me hizo algo que me dolía, pero no lograba comprender qué era. Aunque parezca mentira, a mis doce años, era completamente inocente respecto a cualquier tema sexual. Jamás nadie se había molestado en darme demasiada información sobre ello, ni había tenido una hermana mayor, alguna prima... a la que preguntar mis dudas. Sentía que no era correcto, eso sí lo recuerdo con claridad.

Pasados unos minutos, o puede que unas horas, mi padre se dejó caer sobre mí, suspirando, ahora con más fuerza. A continuación, se separó de mi cuerpo, ocasionándome aún más daño, si es que podía hacerme más. Se vistió rápidamente y en silencio y así, sin pronunciar ni una palabra ni dignarse a mirarme, salió del dormitorio, cerrando la puerta y llevándose con él toda mi dignidad, mi inocencia. Tumbada en la cama, incapaz de moverme un solo milímetro, permanecí absorta con la mirada fija en el techo. Ignoro cuánto tiempo estuve así; pero me acuerdo con nitidez de la sensación del corazón

que me retumbaba. Llegué a pensar que se me iba a salir del pecho... Casi hubiera preferido que lo hubiese hecho.



## LO SIENTO

Es increíble lo lento que pueden llegar a pasar las horas cuando estás esperando y, a la vez, no esperas nada. Me tiré toda la noche tirada en ese colchón, como mi padre me había dejado: inmóvil como una estatua y con la vista clavada en el techo. Dejé pasar la madrugada así, deseando que el tiempo corriera más rápido para dejar de pensar y, también, que se detuviera en ese preciso instante y me impidiera seguir adelante. No era capaz todavía de asimilar lo que había vivido; no podía, ni quería, creer que había sido víctima de un acto terrible, causado por mi propio padre.

Cuando llegó el amanecer y, con él, un nuevo día, estaba demasiado cansada, por pasar la noche en vela y por el propio sufrimiento, para levantarme. Me excusé con Kim cuando intentó que la acompañara en sus juegos diarios; alegué que me dolía el estómago y necesitaba estar a solas para recuperarme. Ella no insistió; pero al poco rato volvió a la habitación... con mamá. Poniendo su mano en mi frente, comprobó que no había rastro alguno de fiebre. Después, me avisó de que sería mejor que saliera de la cama, pues a papá no le gustaba que nos comportásemos como niñas mimadas (así nos decía) y no soportaba la vagancia. Sin poder oponer más resistencia y sabiendo que podía engañar a Kim sobre mi estado, pero no a mamá, me incorporé como pude. Me dolía ahí abajo, pero traté de disimular ante la mirada profunda de mi madre. También escondí el otro dolor, el más profundo, el que realmente me estaba taladrando por dentro... Lo que más me dolía era el alma.

Después de colaborar con la limpieza y las tareas diarias, el silencio reinó en la casa. Papá había salido a cumplir con unos encargos y mamá había llevado a Kim con ella. Iban a pedir un poco de alimento en la casa vecina, donde siempre éramos bien recibidas. Aproveché esa tranquilidad temporal para relajarme, para hablar a solas con mis propios fantasmas. Pasé un largo tiempo mirando por la ventana del salón, sumergida en un torbellino de emociones, dejándome llevar por la autocompasión que sentía de mi persona.

De repente, un sonido me sacó de mis pensamientos. Era la puerta de la entrada. Alguien tocaba insistentemente. Caminé hacia allí y, sin preguntar siquiera de quién se trataba, abrí. Había estado tan ensimismada en mis ideas,

que no me había percatado de su presencia al acercarse por el pequeño camino que llegaba hacia mi casa.

Andy entró sereno, sosegado, tranquilo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Está tu padre en casa? —me preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

Negué con la cabeza.

—¡Vaya! Tenía que hablar con él. ¿Y tu madre?

Volví a negar.

—Bueno, ¿qué te pasa? ¿Te has quedado sin lengua? —su voz sonó entre irritado y divertido por mi silencio.

—No tengo nada que decir —le respondí cortante.

En vez de enfadarse, se echó a reír.

—Ya veo... Te has levantado con el pie izquierdo... No pasa nada, a mí también me ocurre a veces.

No le contesté. Guardé silencio, sin dejar de mirarlo fijamente. Intenté por todos los medios que mis ojos no expresasen emoción alguna.

Andy insistió:

—¿No vas a decirme nada? Está bien. —Se encogió de hombros—. Ya me voy. Dile a tu padre que he venido. Ya lo buscaré en otro momento.

Asentí de nuevo con un simple gesto de cabeza y lo acompañé a la puerta. Antes de salir, Andy hizo algo con lo que no contaba. Me agarró del brazo, con una especie de autoridad y ternura, y me miró fijamente.

—Solo una cosa más. Que sepas que, hasta enfadada, te ves preciosa. Eres lo más hermoso que han podido ver mis ojos hasta ahora. Y, solo con verte, ya has alegrado mi día.

Tragué saliva. Sus palabras eran tan bonitas que dolía escucharlas. Sus ojos, oscuros y rasgados, desprendían tal brillo al mirarme que me costaba horrores apartar la mirada. Aun así, lo hice. Bajé la cabeza y cerré los ojos para no ver, para no pensar, para no sentir.

—Lo nuestro ha sido algo especial. Ayer, cuando nos conocimos, nació algo dentro de mí, algo que no había sentido nunca, y sé que a ti te pasó lo mismo. Dime que no es verdad, que tú no sientes nada al tenerme tan cerca de ti.

Mientras me hablaba, se iba acercando más a mí y, sin darme apenas cuenta, ya tenía su respiración pegada a la mía; sus manos rozando mi mejilla.

Mi voz se quebró al responderle:

—No es verdad. Yo no he sentido nada. Lo siento.

Él frunció las cejas y su sonrisa se torció levemente. Parecía desconcertado. Aun así, cabezota, insistió:

—No te creo. Tu boca dice una cosa, pero tu cuerpo dice otra.

Llevaba razón. Mi cuerpo me estaba delatando con un temblor repentino que se había apoderado de mí de pies a cabeza. No conocía de nada a ese muchacho, pero su cercanía me causaba una mezcla de sentimientos tan inmensos que no podía controlar mis reacciones. Lo odié por ello. También por dirigirse a mí en un tono tan dulce; yo no merecía eso, no después de esa noche pasada. Entonces, descargué en él toda mi furia, la rabia acumulada.

—¡Déjame en paz! No me conoces de nada, ni vas a hacerlo. No tengo ningún interés en tener nada contigo.

—Creo que he escogido un mal momento para confesarte mis sentimientos. Mejor vendré otro día, cuando estés más tranquila... y hablaremos.

—No tengo nada que hablar contigo —lo interrumpí, de forma tajante—. Ni hoy, ni ningún otro día. Ahora... hazme el favor y vete de mi casa. Tengo cosas mejores que hacer que estar perdiendo el tiempo contigo.

Andy me miró con expresión sorprendida. La sonrisa, esa que tanto me gustaba, se había borrado de su rostro y ya no quedaba más que un gesto extraño, decepcionado quizá. No dijo nada más y se dio la vuelta, dispuesto a alejarse. Lo seguí con la mirada, hasta que se alejó lo suficiente como para poder verlo. Algo se partió dentro de mí en aquel momento. Una angustia terrible comenzó a asfixiarme, era tal la desesperación que me impedía respirar con normalidad. Las lágrimas pretendían salir de mis ojos, pero no llegaban a hacerlo. No hay dolor más grande que el que se guarda dentro, el que no se llora, el que no se exterioriza...

Me fui corriendo a mi habitación, así como hubiera querido hacer de mi vida. Quería escapar, salir a toda prisa de esa casa y del mundo en el que vivía, pero sabía que no era posible. No tenía a dónde ir y, en cualquier caso, los recuerdos siempre te acompañan, no importa dónde vayas. Así que no me quedo más remedio que resignarme. Me dejé caer en mi cama, la que hasta ahora había sido mi refugio, pero ahora era testigo de mi tortura. Y, en un momento dado, el dolor acabó debilitándome tanto que me quedé dormida.

## ACABAR CON TODO

Bajo el agua fría que caía sobre mi piel, no existía nadie más que yo, no existían más penas que la mía. Por mucho que me lavaba y me frotaba, no lograba desprenderme a mi padre de la piel.

Tampoco podía escapar de la mirada penetrante de Andy, ni de sus dulces palabras. Sus ojos oscuros se aparecían en mi mente, de día y de noche. Y, por alguna extraña razón, pensar en él se entremezclaba con el recuerdo de la noche pasada, de la presencia de mi padre en mi cuarto... en mi cuerpo. Los dos sentimientos, hacia Andy y hacia papá, me hacían daño. Tal vez por lo vivido y por lo que no llegaría a vivir. Porque mi historia con Andy no había tenido un principio, pero sí un final.

¿Quién sabe? Quizá podríamos haber empezado algo bonito, una historia como esas que se ven en las novelas; las cuales veía mi madre cada tarde, cuando todavía funcionaba nuestra tele vieja.

Mamá... ¿Sabría ella algo sobre lo que había sucedido entre papá y yo? Su marido y su hija.

No. Negué con la cabeza mientras seguía enjabonando mi largo cabello oscuro. Mamá dormía profundamente cada noche, debido seguramente al agotamiento con el que terminaba cada jornada en casa, y ni siquiera era posible que ese pensamiento pasara por su cabeza.

Papá y yo... juntos, en la misma casa, en la misma cama, en el mismo cuerpo. Revivir ese momento era demasiado duro para mí, para mi dignidad, para los principios que, como niña y también como hija, hasta ese momento había tenido. No podría volver a mirarlo a la cara, escondiendo en mi interior la vergüenza y el asco que me hacía sentir su presencia.

Tampoco a ella, la mujer que me había dado la vida, y fingir que no había pasado nada. ¿Qué derecho tenía yo de arrebatarle en un momento lo que le había pertenecido a ella durante tantos años? Más de treinta, casi una vida entera.

No podría soportar mucho tiempo todo eso. No lo resistiría. Con el grifo del agua ya cerrado, y aún metida en la bañera, bajé la mirada hacia mi cuerpo desnudo. Sentí repulsión por mí misma. Hubiera querido salir de mi propio ser, arrancarme cada trozo de la piel, allí donde él había tocado.

De pronto, una idea rozó mi mente. Quería acabar con todo, no volver a torturarme ni un minuto más de mi vida. Y, para eso, tenía que quitármela. Moví la cabeza con rapidez, buscando una vía fácil de escape. En nuestro pequeño cuarto de baño no había muchas cosas, así que me decidí por usar lo que, hasta hacía unos minutos, me había intentado eliminar el remordimiento de la piel.

Con las manos temblorosas, volví a encender el agua, deslizando la rosca hasta la temperatura más fría posible. Cuando me pareció que había suficiente, la apagué y me agaché para sumergirme en ella. Bastarían solo unos minutos, o eso esperaba, para terminar con todo ese infierno. Ya tumbada, encogí mis piernas para tener suficiente espacio y cerré los ojos. Dispuesta a meter la cabeza también debajo del agua, la cual apenas sentía, decidí permitirme un minuto para despedirme, de todos y de nadie. De mí misma.

No sentía miedo ante lo que estaba a punto de hacer; tampoco pena por lo que ya no vería ni sentiría. Solo hubo una imagen que tuvo poder en mí, la cual paralizó mi mente y me congeló por dentro y por fuera más que el agua helada.

*Kimberly...* Esa niña morena que había llegado a mi vida hacía cinco años. Que había puesto mi mundo patas arriba y lo había cambiado por completo, haciendo de mí una mejor persona. O, por lo menos, así había sido hasta el día anterior, una buena chica, una joven pobre... pero decente.

Ella, con su mirada tierna y su actitud inocente, me había ganado día a día. Ella no se merecía todo eso. Era incapaz de imaginarla sola, indefensa ante las duras pruebas que la vida pondría en su camino y sin nadie a su lado para hacerle más fácil el recorrido.

Definitivamente, no era justo. Debía permanecer allí, entre los vivos, por ella. Sin mi compañía y mi resguardo, su futuro estaba perdido.

Me incorporé levemente y, aún sin salir de la bañera, apoyé la cabeza sobre mis rodillas y agarré estas con fuerza. Había decidido seguir viva. Muerta en vida, pero viva.

## BUENAS NOCHES

Con la mirada perdida en un punto fijo de la pared, dejé pasar el tiempo sentada en mi colchón, esperando a que mi pelo se secara del todo para poder acostarme. Mamá siempre decía que dormir con el pelo mojado era perjudicial para la salud. En realidad, ahora me daba cuenta de que había cosas peores que un simple resfriado, cosas de las que no podemos escapar por más que lo intentemos. No podía huir de mis pensamientos, que se empeñaban en martirizarme; no podía huir de aquella noche pasada, en la que dejé de ser una niña a pasos obligados; tampoco del sonido de la puerta de mi habitación al abrirse.

Hasta el momento en el que divisé su silueta en la oscuridad, guardé la esperanza de que fuera mi madre, que venía a visitarnos para darnos las buenas noches. Me diría que todo estaba bien, que había tenido una pesadilla; y ahí estaba ella, a mi lado, para consolarme. Me recordaría que yo seguía siendo *su pequeña Yurani*. Y que así seguiría siendo siempre.

Aquel espejismo se evaporó rápidamente, dejando paso a esa voz ronca que me habló al oído.

—Buenas noches, pequeña.

Estuve a punto de decirle que, a su lado, ninguna noche podía ser buena. Quise levantarme y gritarle que no le permitía dirigirse a mí de ese modo. ¡Ya no era pequeña! No para él. Pero no me moví ni un milímetro; casi cesé de respirar y mantuve la mirada fija en el mismo punto. Tal vez así desistiera de sus intenciones y se alejara de mi lado, pensé; mas, como era de esperar, no lo hizo. Hundiendo un poco el colchón bajo su peso, se sentó, demasiado cerca para mi gusto.

—¿Has pensado en mí? —me preguntó en un susurro.

Iba a negar con la cabeza, decidida a no darle ese gusto. No reconocería ante él el daño que me había causado y que no había dejado de pensar en ello. Entonces, decidí que ni siquiera se merecía una respuesta y me mantuve inmóvil.

—¿Me has echado de menos? —insistió, terco.

Nada. Ni un mínimo gesto como respuesta de mi parte.

De repente, sentí un tirón en la cabeza. Asustada, ahogué un grito que

estuvo a punto de salir de mi garganta y conseguí permanecer en silencio. Me agarró del pelo con fuerza y me hizo girar la cabeza. No podía resistirme; así que, en ese momento, me vi obligada a mirar a mi padre. Sus ojos, oscuros como los míos, brillaban. No sabría decir si a causa de la rabia o del alcohol que, seguramente, habría ingerido; tal vez de ambas cosas.

—Mírame cuando te hablo —exigió con tono firme, pero sin subir el volumen de su voz.

Así lo hice. Obedeciendo, fijé mis ojos en los suyos. Traté con todas mis fuerzas de ocultar el temor que sentía. En cambio, me empeñé en dejar salir, a través de mi mirada, el desprecio que sentía hacia su persona. Ciertamente, era más grande el asco que me causaba que el miedo, y se lo dejé saber sin apartar la mirada ni bajar la cabeza. Quería jugar... De acuerdo; pero yo jugaría a mi modo, sin acobardarme.

—Voy a volver a preguntarte, ¿has pensado en mí desde ayer por la noche? —Parecía más calmado, pero yo sabía que solo era una calma aparente.

Asentí con la cabeza, despacio. Su boca se torció en un amago de sonrisa, una señal de triunfo para sí mismo.

—He pensado mucho en ti, papá —le respondí con el tono más tranquilo que pude y sin dejar de mirarlo—. He pensado y pienso en lo mucho que te odio. Te odio desde el instante en el que decidiste traerme al mundo.

El gesto de su cara cambió en cuestión de segundos. Soltó su mano de mi pelo, el cual todavía tenía agarrado, y la levantó al aire. Por un momento, creí que iba a pegarme y cerré los ojos en un acto reflejo. A continuación, su voz llegó a mis oídos, y lo hizo de una manera tan dulce que solo logró asustarme más, si es que eso era posible.

—Ay, Yurani, Yurani... Eres muy rebelde y orgullosa. En eso has salido a mí. —Me acarició la cabeza con fingido cariño—. Tu madre, en cambio, siempre fue más débil. Es demasiado sosa para mi gusto.

Aparté su mano con un movimiento brusco.

—No te atrevas a nombrarla. No ahora —le ordené, furiosa por su atrevimiento.

Mi padre abrió un poco más los ojos, asombrado por mi reacción, y me miró, guardando silencio.

—No la mereces.

Repentinamente, una sonrisa se dibujó en su cara.

—Llevas razón. No la merezco. Me merezco mucho más. Me merezco

tenerte a ti.

Mi boca se torció en un gesto de asco. Entonces, todo sucedió muy rápido. Recuerdo su cara acercándose a la mía, su boca abriéndose para buscar mis labios y yo, retorciéndome, tratando desesperadamente de evitar su aliento nauseabundo. Se puso en pie y acto seguido, agarrándome con dureza de las manos, me obligó a hacer lo mismo.

—Quítate el vestido —me ordenó.

Negué con la cabeza, en un intento de atrasar lo que, sabía, era inevitable. Sin decir nada, mi padre señaló a nuestro lado izquierdo. Giré la cabeza con un movimiento lento y lleno de temor, y observé el colchón de al lado, en el cual Kim dormía tranquila como un bebé, como lo que, para mí, todavía era.

Mi padre siguió señalándola con el dedo, amenazador, y ese gesto y ese silencio frío tuvieron en mí más efecto que cualquier palabra. Asentí levemente, en señal de rendición y, con manos temblorosas, me dispuse a desprenderme del vestido fino con el que solía dormir. Mi padre no se perdió ni un solo movimiento, deleitándose con la escena y con la vista que le ofrecía. A pesar de estar a oscuras, sentí un pudor inmenso al quedarme solo con mis braguitas puestas. Avergonzada, cubrí mis pechos desnudos con las manos y agaché la cabeza.

—Eres preciosa —susurró mi padre, dando un paso al frente y situándose muy cerca de mí.

Apartó mis manos, haciéndome poner una a cada lado de mi cuerpo, y dedicó unos segundos a observarme. Para mí esos segundos fueron interminables. Con cada segundo que pasaba, sentía mi corazón latir más desbocado.

—Me vuelves loco, Yurani.

—No lo hagas —susurré, a la vez que luchaba por contener las lágrimas.

Como respuesta, escuché el sonido de la hebilla de su cinturón al abrirse.

—Agáchate —me pidió, mientras dejaba caer sus pantalones, y también sus calzoncillos, al suelo.

—No, por favor... —le rogué con voz ahogada, olvidándome por completo de mis intentos de demostrar mi valentía.

En esos momentos, todavía no sabía qué era lo que pretendía hacer mi padre, pero un sexto sentido me decía que se trataba de algo horrible, algo que me dejaría más marcada aún que lo de la otra noche.

—Hija, estoy empezando a cansarme. Te lo voy a decir claro de una vez, a ver si así lo entiendes. Como hombre que soy, tengo mis necesidades. Y, si



no me complaces tú, tendré que buscar otra vía con la que satisfacerme.

Mientras me hablaba, miraba hacia el lugar que ocupaba mi hermana, para darle así más énfasis a su amenaza. No comprendía todavía nada del mundo sexual, un mundo en el que me había metido con solo doce años, y nada menos que a manos de mi propio padre. Pero entendí muy bien sus palabras, disfrazadas, pero con un claro significado.

—No te atrevas a tocarla —le advertí entre dientes—. Si lo haces, te mataré con mis propias manos.

Mi padre estalló en una carcajada, sinceramente divertido, y casi temí que Kim se despertara; mas no fue así, mi hermana dormía a prueba de bombas, y me alegré de ello.

—Sabes que no podrías hacerlo. Y, aunque así fuera, ya habría disfrutado de ella por lo menos una vez.

Sentí ganas de abalanzarme sobre él y golpearlo con mis puños, pero me contuve. Era una batalla que tenía perdida antes incluso de empezar.

—Déjala al margen. Solo tiene cinco años.

—Lo haré. Siempre que tú me des lo que te pida. Ahora, no perdamos más tiempo... Agáchate.

Entonces, en un gesto que, creo, fue uno de los más humillantes de mi vida, obedecí. Me dejé caer al suelo de rodillas y mantuve la mirada fija en el frío cemento. Él me sujetó de la barbilla con fuerza y levantó mi cabeza. A partir de ese instante, no puedo contar bien lo que sucedió, ya que mi mente se bloqueó y se evadió por completo de aquel lugar.

De repente, me vi a mí misma en esa casa, una casa que me había visto crecer. Vi a una niña pequeña, de unos cinco años aproximadamente, con el pelo recogido en una trenza y un vestido de flores. Vi a una niña inocente, escondida detrás de la puerta de un armario viejo, tapándose la boca para no hacer ruido, divertida con su juego. Después, observé a una señora, con el cabello igualmente trenzado, fingiendo divertida también, buscar a su hija por cada rincón de la casa: detrás de una cortina, debajo de la mesa del salón...

Al poco, la niña aparecía, riendo con gracia y orgullosa de su victoria, al no haber sido encontrada. Las veía acercarse, madre e hija, con un parecido impresionante que solo separaban los años de edad, y fundirse en un afectuoso abrazo.

Repentinamente, esa imagen se disolvió y dejó paso a otra. Una niña, ya unos años más mayor, estaba dando un paseo, contenta de que ese día habían conseguido unas monedas de más e iban a poder comprar comida y también,

¿por qué no?, alguna chuchería. Caprichos que ella, a sus siete años, pocas veces podía permitirse. Esta vez lucía el pelo suelto, pero la misma mirada feliz que aquella niña del escondite. Todo eso era bonito y divertido. Solo había un inconveniente en aquel recuerdo, una mancha negra que me hizo volver a la realidad de golpe.

Esa niña, la de las travesuras de los juegos, iba paseando de la mano de una persona que la guiaba y, se supone, protegía en su camino. Una persona en la que ella confiaba a ciegas. Y esa persona era su padre.

# 10

## ¿QUÉ ES EL AMOR?

Se dice que siempre hay un motivo para seguir adelante, una razón por la cual luchar, aun cuando uno sienta que ya no tiene fuerzas. La única razón que yo tenía para no volverme loca y, sobre todo, para seguir viva... era Kim. Y en ella me refugié.

Mis días transcurrían entre juegos, cuentos, la mayoría fruto de mi gran imaginación, e historias en las cuales nos permitíamos soñar con una vida mejor. En los ratos que compartía con ella, me olvidaba de todo lo vivido y me dedicaba a ser lo que siempre había sido para ella: su hermana mayor, su amiga y, también, su segunda madre.

Kim tenía una habilidad, aun sin ser consciente de ello, de curar todos mis dolores y disipar mis miedos al menos por un par de horas. Y todo eso lo conseguía con su alegría habitual y su carácter cariñoso y tierno. Lograba convencerme de que la vida, aunque a veces oscura, seguía teniendo un color para mí. Depositaba en mí algo muy importante, a lo que traté de aferrarme con todas mis fuerzas: ESPERANZA.

Sin embargo, ese sentimiento se desvanecía enseguida, al llegar el anochecer. Cada día, siempre a la misma hora, el infierno en el que vivía se desataba de nuevo. Y no pude hacer más que vivir todo eso como un sueño. Así lo había decidido, pues así era más fácil. Bueno, fácil no... la palabra exacta sería... soportable. Me convencía a mí misma de que todo lo vivido en esa habitación, al caer la noche, era simplemente una pesadilla. La que actuaba en mis sueños era otra Yurani; otra persona a la cual no conocía, ni quería, conocer.

Un sonido me sacó de mis pensamientos. Giré la cabeza, un poco asustada, y comprobé con gran alivio que el ruido se debía a la muñeca de Kim, que se le había caído mientras jugaba a asearla en una palangana de plástico.

Kimberly me miró, un tanto preocupada.

—¿Te he despertado?

—No estaba dormida —le contesté, mientras negaba con la cabeza—. No te preocupes.

—Tenías los ojos cerrados.

—Solo estaba descansando.

Kim asintió aceptando mi explicación y se dio la vuelta, con la muñeca ya en sus brazos, dispuesta a seguir con su juego.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

Se volvió hacia mí y me miró con aire interrogante. Señalé la muñeca.

—Lara. No te despegas de ella ni un solo momento.

Se la había regalado unos días antes. Debo reconocer que me causó bastante pena desprenderme de ella, puesto que había sido mi mayor compañía durante muchos años. Hasta que llegó mi hermana. Y decidí que ya había llegado el momento de que le perteneciera a ella. Yo ya no era una niña y puede que Kim la necesitara si algún día yo ya no estaba...

—Me gusta mucho —admitió con una sonrisa en sus labios—. Muchísimo.

—Me alegro —le dije con sinceridad—. Ojalá la disfrutes, como yo lo he hecho.

Asintió rápido con la cabeza y, a pesar de mantenerse en silencio, me expresó su agradecimiento con una mirada dulce y enternecedora.

—Puedes seguir jugando. Enseguida mamá te llamará para comer. Aprovecha ahora.

Le guiñé un ojo con gesto cómplice y pasé por alto el hecho de que, ese día, no habría alimento para mí. Mi estómago se revolvía en un gesto claro de protesta y deseé que Kimberly no se diera cuenta de ello.

Cuando estaba a punto de volver a cerrar los ojos, acostada en mi colchón, su voz suave llegó a mis oídos.

—¿Puedo hablar contigo? Es importante.

Al oír su pregunta, mis sentidos de alerta se activaron, temiendo de pronto escuchar lo que Kim tenía que decirme. ¿Tendría algo que ver con mi sufrimiento diario? ¿Se habría dado cuenta? Deseché rápido esas suposiciones. Ella era demasiado pequeña aún, por lo tanto, ingenua, para entender algunas cosas. Ni siquiera yo las comprendía bien todavía...

—Claro que sí. Ven, siéntate aquí conmigo.

Gesticulé con las manos, invitándola a acercarse más a mí, y ella no lo dudó un segundo y se acercó, cogiendo asiento a mi lado.

Sin dejar de mirarme, habló:

—Yurani, ¿qué es el amor? ¿Tú lo sabes?

Casi me atraganto con mi propia saliva al escucharla. Kimberly, como cualquier niña de su edad, era un torbellino de dudas; siempre encontraba algo

nuevo por lo que interesarse y yo siempre hallaba las explicaciones necesarias para sus preguntas. Pero, esta vez, me había pillado desprevenida y no encontraba palabra alguna para contestarle.

—¿A qué viene eso, Kim? ¿Por qué quieres saber tú esas cosas?

Se encogió de hombros.

—Antes, en la cocina, he escuchado a mamá hablar con papá. Le decía que él no la quiere y que no sabe lo que es el amor, que nunca lo ha sabido.

Tragué saliva.

—¿Eso has escuchado? Y papá, ¿qué le ha dicho?

—Nada. No le ha contestado. Se ha marchado con cara de enfadado.

Hizo una pequeña pausa, imagino que pensando sus palabras, antes de continuar.

—¿Sabes? Ellos piensan que no me entero, que no entiendo lo que dicen, pero sí lo hago. Lo entiendo todo.

Asentí con la cabeza, comprendiendo. Kim solo tenía cinco años, apenas había comenzado su recorrido en el mundo, pero ya era consciente de muchas cosas. Se fijaba en los pequeños detalles, cosas que a los demás tal vez les parecían insignificantes; analizaba los hechos y sacaba sus propias conclusiones, hasta donde su pequeña cabecita le permitía. Los niños, muchas veces, saben más de lo que creemos y supongo que, más aún, cuando se ven obligados a vivir de una forma que no es la correcta para su edad.

—Tú me crees, ¿verdad? Tú no piensas que soy una niña tonta.

Acaricié su mejilla, con cariño.

—No, Kim. Yo confío en ti. Eres mi amiga.

De nuevo, le guiñé un ojo y ella sonrió muy contenta, devolviéndome el guiño. Lo hizo de una forma tan graciosa, cerrando ambos ojos al mismo tiempo, que me causó gracia y no pude más que reírme.

—Todavía no me has contestado.

Respiré hondo. Sabía a lo que se refería. No dejaba de asombrarme su interés por cosas tan profundas, el amplio vocabulario que tenía y su manera de expresarse.

Ella permaneció en silencio, con sus ojos negros clavados en los míos, esperando una respuesta por mi parte. No la tenía, pero intenté hacerlo lo mejor que pude.

—Supongo que sí sé lo que es el amor. Una personita me lo ha enseñado...

—Y... ¿Qué es? ¿Me lo cuentas?

Suspiré, ahora con más fuerza. Acaricié su cabello oscuro con mis dedos finos y me dejé llevar.

—El amor es algo muy grande. Tanto, que es complicado expresarlo con simples palabras. Algo por lo que hacemos cosas que nunca creímos que haríamos. El amor es, por ejemplo, cuando apreciamos mucho algo en concreto... —Sonreí mirando a la muñeca, la cual seguía en sus delgados brazos—. Pero preferimos que lo disfrute otra persona, a la que queremos mucho. Es cuando el simple hecho de estar con esa persona nos alegra y nos hace felices. Cuando estamos un poco tristes y un solo beso o abrazo suyo puede calmarnos. Es cuando harías cualquier cosa por cuidar y proteger a esa persona, a la cual amas, por encima de todo. Eso es el amor.

Kim se quedó un momento en silencio, analizando mis palabras. A continuación, sonrió.

—Yo creo que hay algo más —aseguró, convencida.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —pregunté con curiosidad.

—Creo que no me lo has contado todo bien. Lo he pensado mucho y creo que el amor es algo más. Por ejemplo, cuando alguien tiene mucha hambre y le duele la tripa... —Señaló la suya con sus manos—. Pero esconde su comida para dársela a otra persona. Y cuando duerme con ella para que no tenga miedo. También creo que es cuando lloras por la noche, pero lo haces calladita, para que yo no me entere.

Necesité más de unos segundos para asimilar todo lo que me estaba diciendo mi hermana y, cuando por fin pude hablar, susurré, con la voz casi rota por el dolor:

—Ven. Acércate más a mí.

La estreché entre mis brazos y ella me devolvió el abrazo con fuerza.

Dedicamos unos minutos a permanecer así, abrazadas, en silencio. Pero era un silencio bonito, calmado; no un silencio de esos que hacen daño.

Entonces, Kim se separó un poco de mi cuerpo y levantó la cabeza, volviendo a mirarme fijamente.

—Se me ha olvidado decirte algo. Yo también te quiero mucho.

Su voz tenía un tinte de melancolía y tuve que luchar contra las lágrimas, que ya amenazaban con salir de mis ojos. Apreté la mano de mi hermana con fuerza, tratando así de transmitirle todo lo que sentía hacia ella.

—Nunca te dejaré sola. Siempre estaré a tu lado. Vayas donde vayas, iré contigo.

Kimberly asintió con la cabeza, sin decir nada. Después, se acurrucó de

nuevo a mi lado y apoyó su rostro en mi pecho. La rodeé con mis brazos y estuve así hasta que se quedó dormida. Con cuidado, la acosté sobre el colchón y me tumbé a su lado, sin dejar de observarla. Aquel día no salimos de la habitación.

No fuimos a comer, tampoco nos llamaron para ello. Pero no importaba; en realidad, nos bastaba con estar juntas.

Intenté no dormirme, quería permanecer despierta por miedo a que llegara la noche y, con ello, el causante de mis desvelos nocturnos. No quería que encontrara a Kim en mi cama cuando eso pasase. Me aterraba el pensamiento de imaginar que pudiera hacerle daño. Sabía que algún día eso pasaría. Kim se haría mayor y, tal vez, yo no pudiera estar siempre para velar por ella. Sabía muy bien que tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo pronto.

Entre todos esos pensamientos, y algunos más que se entremezclaban, me rendí al sueño y me quedé dormida.

Dormimos muchas horas, hasta el día siguiente. Aquella noche fue la primera de muchas en la que no tuve pesadilla alguna. Fue la primera en la que no recibí visita en la oscuridad de mi cuarto. Mi cerebro y mi padre me dieron una tregua. Y la aproveché descansando, al lado de la persona que más quería en el mundo. No podía pedir nada más.

## EL SONIDO MÁS TRISTE

Al despertar, lo primero que vi fue el rostro de mi hermana, que me contemplaba fijamente con sus grandes ojos oscuros. Esbozó una sonrisa y yo se la devolví.

—¡Hola! Ya era hora de que te despertaras —me saludó, con su tono de voz siempre alegre.

—Buenos días, Kim. ¿Llevas mucho despierta?

—No, solo un ratito así. —Juntó sus dedos, dejando un pequeño espacio entre ellos.

Me incorporé levemente de la cama y me quedé sentada un poco, desperezándome.

—Tenemos que levantarnos ya. Si no, vendrán a regañarnos.

—Me parece que no hay nadie en casa. No he escuchado nada y mamá siempre hace ruido cuando limpia.

Medité un momento sus palabras. Probablemente, esa sería la razón por la que había podido dormir tranquila durante toda la noche, en la mejor de las compañías y sin interrupción alguna. Lo que me extrañaba más era la ausencia de mamá, pero preferí no darle demasiada importancia.

Me puse de pie e invité a Kim a hacer lo mismo, ofreciéndole la mano.

—Bueno, si estamos solas, mejor. —Sonreí—. Vamos a ver si encontramos algo para desayunar.

Imaginaba que, seguramente, no habría nada con lo que calmar nuestra hambre mañanera; pero, de la misma manera, sabía que Kim lo tomaría como un juego más. Ella tenía el don de encontrar lo divertido a cualquier cosa. Y así fue. Éramos dos aventureras en busca del alimento perdido.

Efectivamente, la casa se hallaba vacía. Apenas pusimos un pie en el salón, escuchamos un sonido insistente. Alguien estaba tocando a la puerta de la entrada, la que daba a la calle. Me apresuré a acercarme para abrir, no sin antes preguntar quién era, como bien me habían enseñado.

—Soy Andy.

Sentí los latidos de mi corazón acelerarse en cuestión de segundos. Demasiado rápido, para mi gusto.

—¡Hola, Yurani! —saludó risueño.



Y entró, con esa seguridad en sí mismo que le caracterizaba, sin preguntar siquiera si era bien recibido.

—Buenos días —contesté con educación.

Volví al lado de mi hermana. Ella miraba a Andy con ojos curiosos.

—¡Hola, Andy! —saludó contenta.

Él se acercó un poco y pasó su mano por el revuelto cabello de mi hermana.

—Hola, pequeñaja.

Se dedicaron una sonrisa realmente bonita, una sonrisa de complicidad. Después, desvió su mirada hacia mis ojos.

—No están tus padres, ¿verdad? —afirmó, más que preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté asombrada.

—Anoche estuve con tu padre, en el bar del pueblo. Bebió demasiado y se quedó a dormir en la casa de un amigo suyo. Dijo que no le apetecía ir a casa.

Asentí. La noticia no me pillaba desprevenida. Con bastante frecuencia mi padre se ausentaba de casa durante una noche entera, a veces más.

—¿Y mi madre?

Por un momento, temí escuchar la respuesta. Cuando mi padre estaba involucrado, no podía esperarse nada bueno...

—Me la encontré esta mañana —me informó—. Estaba en busca de tu padre. Le di la dirección donde podía encontrarlo.

Asentí de nuevo, comprendiendo. No era la primera vez que ocurría algo similar y, en situaciones así, mamá solía tardar mucho en convencer a papá para su regreso a casa. A veces, se demoraban incluso hasta el amanecer. Mientras tanto, nosotras no teníamos nada que llevarnos a la boca, pero compensábamos ese hecho con la idea de estar libres, deambulando por casa a nuestras anchas durante un día entero.

Andy me sacó de mis pensamientos.

—Por cierto, estás realmente guapa.

Tragué saliva con rapidez, sintiendo cómo mi rostro se sonrojaba sin poder hacer nada por remediarlo.

—Gracias —dije entre dientes.

De repente, sentí cómo la vergüenza se apoderaba de mí al darme cuenta de mi estado. Me encontraba recién levantada y mi aspecto era una verdadera pena. Mi pelo oscuro estaba completamente alborotado, con los rizos cayendo

por mis hombros sin orden alguno. Por no hablar de mi vestuario, que se limitaba al vestido tipo camión de todos los días. Crucé los brazos enfrente de mi cuerpo en señal de pudor y escuché a Andy soltar una carcajada, sinceramente divertido.

—No tienes que ser tímida, no conmigo. Te pongas lo que te pongas, eres preciosa.

Me puse más colorada todavía, si eso era posible.

¡Dios! O ese muchacho tenía verdadera labia y esos piropos se los regalaba a muchas chicas más... o verdaderamente le gustaba. Y eso casi me asustaba tanto como me agradaba.

Decidí pasar por alto su comentario y, con actitud despreocupada, le pregunté:

—¿Te ha mandado mi madre venir a avisarnos?

Negó, sin desaparecer la sonrisa de su hermoso rostro.

—No saben que he venido.

Fruncí las cejas. No comprendía entonces el motivo de su visita. Andy me miró sonriente, casi leyendo mis pensamientos.

—Vengo a darte un recado. Quiero que le digas a tu padre que nuestro negocio ha terminado. Sí, ya sé que apenas habíamos comenzado a trabajar juntos; pero me ha salido una buena oferta en el extranjero. Una oferta que no puedo rechazar —añadió.

Sin previo aviso, una sensación de angustia invadió mi mente y mi cuerpo. Temía enormemente seguir escuchándolo.

Andy confirmó mis sospechas.

—Me voy del país. He venido a despedirme.

Tragué saliva. ¿Por qué de mí? ¿Por qué motivo un chico como él, al cual me había dado el lujo de rechazar, se dignaba a despedirse de alguien como yo? No había hecho nada para ganarme su atención.

Intenté con todas mis fuerzas disimular la decepción que me había causado su noticia.

—¿Cuándo? —pregunté, casi susurrando.

—Pasado mañana —se limitó a responderme Andy.

A pesar de que mi cuerpo empezó a temblar de arriba abajo, traté de sonar sosegada, tranquila.

—Te deseo mucha suerte. Si pudiera, yo también haría lo mismo.

Me arrepentí casi al instante de haber usado esas palabras. Habían salido de mis labios sin darme tiempo a pensar, siguiendo solo los impulsos de mi

corazón, el cual anhelaba con ansias echarse a sus brazos y salir corriendo de ese lugar.

—Puedes hacerlo. Yurani, si tú quieres, tienes un sitio en el avión... y en mi vida. A mi lado.

Abrí los ojos como platos. ¿De verdad estaba Andy insinuando lo que yo creía? Estuve a punto de pellizcarme para comprobar si esto no se trataba solo de un sueño más. En lugar de eso, apreté la mano de Kim con fuerza. Ella había permanecido durante toda la conversación a mi lado, en silencio. Seguramente, intentando entender algo de lo que hablábamos, sin resultados. Por muy inteligente que demostrara ser en numerosas ocasiones, al fin y al cabo, solo tenía cinco años.

Al no obtener respuesta por mi parte, Andy siguió hablando, atravesándome el alma con sus penetrantes ojos negros.

—Vente conmigo, Yurani. Me harías el hombre más feliz del mundo.

Negué con la cabeza, pero mis movimientos no fueron tan convincentes como hubiera querido.

—Mi padre no lo permitiría.

—No tiene por qué saberlo.

Entonces, lo comprendí. Él estaba al tanto de todo. Conocía mi situación y el infierno en el que vivía por culpa de mi padre. Tal vez, él mismo se lo había contado, orgulloso de sus hazañas. Quise salir corriendo, escapar de esa situación tan surrealista que estaba viviendo; pero mi cuerpo se encontraba completamente anclado al suelo, paralizado.

Andy se limitaba a observarme. Quise evitar su mirada, pero no pude.

—No puedo —dije bajito, convenciéndome más a mí misma que a él.

—Sí puedes —insistió él, terco—. Y sé que también quieres. Algo me dice que lo que siento por ti es correspondido.

De pronto, me enfurecí. Una rabia inexplicable recorrió todo mi ser y no pude más que dejarla salir.

—¡No! —exclamé—. Ya te lo he dicho. No puedo... y tampoco quiero. ¡No iré a ningún lado!

Andy frunció el ceño. Él no comprendía mi enfado repentino, mi actitud defensiva hacia él. No era capaz de entender que estaba revolucionando mi mundo en cuestión de minutos, dejando todo patas arriba con solo unas palabras. Estaba creando en mí una duda, la posibilidad de una vida nueva, un rayo de luz entre tanta sombra oscura. Y estuve tentada a caer en todo eso. Lo odié por ello. Y por solo atreverse a imaginar que me lanzaría a sus brazos y

escaparía con él, sin mirar atrás, dejando a la deriva a la persona que más me importaba en el mundo. Apreté más fuerte la mano de mi hermana. Desvié la vista hacia ella y ella, a pesar de no ser consciente de la propuesta que Andy me había ofrecido, me miró con sus ojos tiernos y llenos de amor hacia mí. El corazón se me encogió. Mis ojos se empañaron y seguí apretando firmemente su mano.

—Está bien —dijo Andy—. Como tú quieras. Tenía que intentarlo.

Guardé silencio. Le hice una señal con la mano en dirección a la puerta y él comprendió muy bien mi gesto.

—Ha sido un placer conocernos. —Se dirigió hacia Kim, agachándose un poco para acariciar su mejilla—. Adiós, guapa.

—Chao —respondió ella.

Me di la vuelta, sin soltar a Kimberly, para no observar su partida.

Antes de marcharse, se acercó a mí y me susurró al oído:

—Piénsalo. Todavía tienes tiempo.

Y, acto seguido, abrió con delicadeza mi mano libre y metió algo en ella. El solo roce de su piel disparó en mí un sinfín de emociones y me electrizó la piel.

—No tengo nada que pensar. Nuestra conversación ha terminado —le respondí decidida, pero cerré mi puño con fuerza, guardando lo que me había dado.

Después, el sonido de la puerta al cerrarse llegó a mis oídos. Y fue el sonido más triste que había escuchado en mi vida.

## 12

### UNA BUENA CENA

Perdí la noción del tiempo. Desde la visita de Andy y, después, su marcha, me mantuve inmersa en un estado de *shock* del cual no podía salir.

Me vi a mí misma jugando con Kim a peluqueras, peinando a «Lara», su muñeca. También limpiamos la casa, fingiendo que yo era la mamá y ella, mi hija. Kimberly era ajena a todo lo que bullía en mi interior; pero yo era consciente de que estaba perdida, y cada vez más.

Puede parecer una tontería, puede sonar irónico...Había sobrevivido a los abusos diarios de mi progenitor, noche tras noche; también, a la pobreza y al hambre. Y, en cambio, no me veía capaz de soportar la pérdida de Andy; un chico que, en realidad, nunca me había pertenecido. Salvo en mis sueños. Tal vez era eso: él, sin saberlo, había sido mi único sueño, mi salvación, la ilusión a la que aferrarme en los peores momentos de desolación. Y ahora eso también lo había perdido.

Al cabo de unas horas, oímos el ruido de la puerta de casa anunciando la llegada de nuestros padres. Supe que venían los dos al escuchar la fuerte voz de papá, que le exigía a mamá que le llevara un vaso de agua fría.

Kim y yo nos apresuramos a refugiarnos en nuestro cuarto. Ella, temerosa de unos regaños por causar demasiado alboroto con sus juegos. Y yo... de mis propias sombras, que me acechaban de nuevo, con solo sentir cerca la presencia del monstruo que me había sumergido en ellas.

Contra lo que había esperado, la velada transcurrió en paz. Mamá nos llamó desde el salón y nos hizo sentarnos a la mesa para cenar. No nos hicimos de rogar, hambrientas como estábamos. Sentadas una enfrente de la otra, Kim y yo nos miramos cómplices y ambas nos dedicamos un guiño, una más graciosa que la otra. Ver su mirada de felicidad y su satisfacción al engullir el arroz con pollo que mamá nos había traído, quién sabe de dónde, alivió por completo la angustia que oprimía mi pecho. Y me permití disfrutar la comida con tranquilidad.

Papá parecía estar de buen humor. Mamá, como de costumbre, fingía estarlo. No recuerdo haberla visto alguna vez feliz, pero feliz de verdad.

Supongo que todo en su vida no tuvo que ser malo. Tuvo que tener momentos dichosos para ella. Tal vez nuestro nacimiento. O mucho antes, el día que conoció a nuestro padre y el día que eligió unirse a él en cuerpo y alma, hasta que la muerte los separase. Me imagino que, en ese tiempo, descubrió algo en papá que la hizo enamorarse perdidamente de él. Aunque, aún a día de hoy, no logro comprender qué es lo que vio en ese hombre.

Mientras la contemplaba comer en silencio, me preguntaba a mí misma si acaso ella habría sentido alguna vez por él lo mismo que yo sentía por Andy. ¿Alguna vez le brillaron los ojos con solo verlo? ¿Alguna vez se le pasó por la cabeza salir corriendo tras él, para seguir sus pasos? Sí, lo hizo. La prueba estaba en que se hallaba sentada a esa mesa, al lado de su marido y de sus dos hijas, fruto de ese amor que se habían tenido. Yo, en cambio, estaba destinada a vivir así, en la penumbra. Por alguna razón, decidí no comentarles nada respecto a la visita de Andy y mi conversación mantenida con él; algo me decía que era más sensato guardar silencio.

Entre pensamientos y bocados que llenaron mi estómago vacío, fueron pasando los minutos y, cuando los platos quedaron vacíos, nos levantamos, cada uno a seguir sus obligaciones. Mamá se dispuso a lavar la vajilla y recoger el desorden. Kim se dirigió al servicio a lavarse los dientes. Y yo... a esperar que lo hiciera, después de lavármelos yo, para poder acostarla. Papá, en cambio, simplemente se dedicó a tumbarse en el sofá viendo la televisión y... esperando a que llegara «la hora de dormir».

Después de contarle un cuento a Kim, uno de tantos inventado por mí, le di un beso en la frente y le deseé buenas noches, arropándola con las sábanas. Todo eso formaba parte de la fiel rutina de cada día, para nada pesada para mí. Lo verdaderamente pesado era saber lo que vendría después, en tan solo unas horas más, dos como mucho; cuando mamá ya se hubiera ido a la cama y en la casa reinara el silencio.

De pronto, una luz se encendió en mi mente. Había tenido una idea, descabellada, pero brillante; y estaba dispuesta a llevarla a cabo. Con los pies descalzos, me dirigí hasta el servicio, haciendo el menor ruido posible. Cerré la puerta tras de mí y me dispuse a buscar lo que necesitaba. Rebusqué entre la ropa sucia, entre vestidos manchados de Kimberly, ropa interior de mamá y calcetines sudorosos de papá. Y, por fin, lo encontré.

Sigilosa, salí de allí y me metí en mi habitación, con una extraña sensación de adrenalina fluyendo por mis venas y el corazón latiendo a mil por hora. Me desvestí con rapidez y me puse lo que tenía en las manos. Por encima, tan solo el vestido blanco. No pude reprimir un gesto de asco al hacer lo que estaba haciendo. Jamás creí poder actuar de esa manera; pero, si las cosas salían como intuía, ese acto obsceno habría sido por una buena causa.

Con la mirada fija en el pomo de la puerta, esperé y esperé su llegada. Cuando el pomo giró, no me pilló desprevenida y tomé aire, sosegada y tranquila.

Esa sombra negra se acercó hasta mi colchón, haciéndose más visible cuanto más se acortaba su lejanía. Cuando estaba ya enfrente de mí, me incorporé un poco, quedándome sentada, con la espalda apoyada en la pared.

—Buenas noches, Yurani.

Inició su juego de palabras en un tono susurrante al que ya estaba acostumbrada. Ya me sabía las pautas, así que respondí:

—Buenas noches, papá.

Se agachó y se puso de rodillas en el suelo. Acercando su boca a mi oreja, susurró:

—Te he echado de menos.

En un gesto instintivo, estuve a punto de girar la cabeza y escupir en su

rostro, haciéndole ver así lo mucho que yo lo había extrañado. Sin embargo, logré refrenar mis impulsos y me mantuve quieta, en un aparente estado de calma.

—¿Has pensado en mí? —me preguntó con voz dulce.

Asentí levemente y, como a él le gustaba, respondí:

—Sí.

Entonces, deslizó su brazo por encima de mí y dirigió su mano hacia mis pechos, aún cubiertos por el camisón. Los acarició con suavidad y me dejé hacer, inmóvil como si de una estatua me tratase.

A continuación, como ya esperaba, bajó sus caricias hacia mi ombligo y levantó levemente mi vestido, apartándolo un poco. Fue entonces cuando, por primera vez en muchas noches, me armé de valor y lo detuve. Puse mi mano, temblorosa pero firme, sobre la suya y, ante su mirada atónita, le dije:

—No puedo. Hoy no.

Mi padre frunció el ceño. En la oscuridad de mi cuarto pude ver su mirada, asombrada y enfadada al mismo tiempo.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

Desde lo más profundo de mi interior, suspiré hondo. Después, le expliqué en el tono más calmado que pude:

—Tengo la regla. Me vino ayer, por primera vez. Ya soy mujer.

Mi confesión lo dejó atónito. Sin palabras, me miró serio a los ojos, sopesando tal vez cómo actuar al respecto. Antes de que pudiera dudar de la veracidad de mis palabras, me levanté de la cama y me quedé de pie, a su lado. Desde abajo, aún de rodillas, me observó minuciosamente con expresión dubitativa. Entonces, despacio, me levanté el vestido y dejé ver mis bragas. Por el asombro repentino, no fue capaz de fijarse que aquellas bragas me estaban un tanto grandes. Tampoco supo reconocerlas ni darse cuenta de que, con toda seguridad, ya las habría visto antes. Lo único en lo que sus ojos se fijaron fue en esas manchitas rojas, que habían traspasado parte de la fina tela beis, huella clara de la revolución que mi cuerpo había experimentado.

Dejando ver un claro gesto de disgusto, quizá asco, se levantó del suelo y quedó frente a frente de mí.

—Por un momento creí que me estabas engañando; pero ya veo que no es así. Lo dejaremos, pues, para otro día. Ahora... tápate.

Obedecí sin rechistar y me cubrí rápidamente. Siguiendo con el intento de parecer despreocupada, me metí despacio en la cama y me cobijé bajo las sábanas. Sin mediar palabra alguna, sin despedirse, mi padre abandonó la



habitación. Hasta que no se hubo marchado, no me permití bajar la guardia. Entonces sí, en la soledad de mi cuarto, con la única compañía de mi hermana durmiendo al otro lado, dejé salir todo lo que había ido acumulando y suspiré hondo. ¡Estaba a salvo! Por lo menos por una noche había conseguido salir ilesa.

Me reí para mis adentros. La guerra no había terminado; pero, por esa vez, yo había ganado la batalla y me enorgullecí de ello.

Así, satisfecha de mi logro, fui quedándome dormida. Estaba a punto de hacerlo, en ese sopor que anuncia el sueño profundo, cuando mi subconsciente escuchó unos pasos y se activó de nuevo, en señal de alarma. Abrí los ojos asustada. Quizá mi padre se había arrepentido y volvía a terminar lo que empezó, aun con la noticia de mi falsa menstruación.

Lo que vieron mis ojos me dejó completamente asombrada. En el pasillo, a través del pequeño hueco que quedaba en la puerta medio cerrada, vi una figura. Miraba hacia el interior, buscando quién sabe qué, y permanecía en el más absoluto de los silencios, cuidándose de no ser descubierta.

Cerré los ojos con fuerza, haciéndome la dormida. Y deseé, con todo mi ser, que esa figura se acercara. Rogué en mi interior por un beso, un gesto de apoyo o, simplemente, una leve caricia en mi mejilla. Hubiera dado lo que fuera por una caricia suya. Pero mis ruegos no fueron escuchados y, cuando volví a mirar, ya no había nadie. Se había marchado, con el mismo silencio con el que había llegado, evadiendo así su carga de cómplice, su propia culpabilidad.

Esa figura era mi madre, la mujer que doce años atrás me había dado la vida. Y que ahora, con su silencio, me había quitado un trozo más de ella.

## LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO

Me desperté sobresaltada a causa de unos gritos. En un primer momento, todavía adormilada, creí que estaba soñando. Bastaron unos segundos para comprobar que aquellos gritos eran reales; provenían del salón y, al reconocer la voz de esos lamentos, se me erizó la piel y mi corazón dio un salto enorme, así como lo hizo mi cuerpo para levantarse de la cama con rapidez.

En unos pocos pasos, llegué al salón y la escena que vi allí me dejó petrificada. Ese señor al que, por norma de la vida, tenía que llamar «*padre*», se encontraba de espaldas a mí. Estaba erguido y levantaba su brazo de arriba hacia abajo con movimientos rápidos. En su mano, sostenía su propio cinturón. Un poco más abajo, echada en el suelo, se hallaba Kimberly. Tenía el pelo alborotado, tapándole gran parte del rostro. Se cubría las piernas desnudas con sus finos brazos, en un intento desesperado por protegerse. Su mirada se cruzó con la mía y el pánico que vi en sus ojos me congeló el alma.

A continuación, recuerdo escuchar ese sonido, el sonido del cinturón chocando con la piel de mi hermana. Fue justo en ese momento cuando perdí el control. Me vi a mí misma corriendo, completamente fuera de mí, para después tomar impulso y saltar a la espalda de mi padre. Me colgué de su cuello. Con una sola mano me agarraba a su cuerpo y con la otra le propinaba un sinfín de puñetazos, golpes que a él debieron de parecerle simples caricias. De mi boca no salían más que gruñidos ininteligibles; intentos fallidos de palabras que, de tan dentro que estaban, se negaban a salir.

Escuché un chillido.

—¡Yurani, no!

Era mamá y su voz reflejaba verdadero miedo. Temía por mí, pero era tarde. Estaba enloquecida y continué pegando a mi padre, con las manos y también con las piernas, tratando así de desviar los golpes que iban dirigidos a mi hermana.

Entonces, él echó el brazo hacia atrás y, sin apenas esfuerzo, logró desprenderse de mi cuerpo. El impacto de mi espalda al caer hizo retumbar el suelo. Creí que me había roto los huesos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?

—¡Loco estás tú! —grité furiosa—. ¡No toques a mi hermana! ¡Te dije

que no permitiría que le hicieras daño!

Sus carcajadas resonaron por toda la casa.

—¡Tú no eres quién para darme órdenes! Parece que todavía no te ha quedado claro...

Me levanté como pude y me planté cara a cara, frente a él.

—No te tengo miedo —mascullé entre dientes.

El temblor de mi voz me traicionaba; mas no era por temor hacia él, sino por la rabia inmensa que recorría mis venas. No recordaba haber estado nunca tan enfadada.

Mi padre abandonó la cabeza hacia atrás, riendo de nuevo.

—Deberías tenerlo. ¡Mira lo que le ha pasado a tu hermana! —la señaló con el dedo—, por andar metiéndose donde no la llaman.

Desvié la mirada hacia el lugar donde se encontraba Kim. Ella, aprovechando mi intervención, había corrido a levantarse y refugiarse tras mi madre, escondiendo su cuerpo tembloroso detrás de su espalda.

Entonces, mamá habló:

—Por favor, Marcos. Ya basta —suplicó—. Kimberly solo quería protegerme. Se asustó al ver que me empujabas y por eso se metió en medio. No lo ha hecho con mala intención.

Mientras hablaba, las lágrimas descendían por sus mejillas. Y esas lágrimas me dolían igual, o más, que las mías.

—¡Ella no es quién para meterse entre nosotros! —bramó mi padre—. ¡Es mi hija y me debe respeto!

Se dio la vuelta y me dio la espalda para dirigirse hacia ellas.

—¡Sal de ahí, pequeña cobarde! Vuelve a decirme que me odias y te haré odiarme de verdad.

Di un paso al frente.

—Como vuelvas a ponerle un solo dedo encima, te juro que te mataré. Si no puedo ahora, lo haré cuando duermas. Te lo dije un día y te lo vuelvo a repetir. No me temblará el pulso para hacerlo.

Al escuchar mi voz, se giró para mirarme.

—Te crees muy valiente. Crees que podrás conmigo, a pesar de que sabes bien que no es posible. Esta vez voy a dejarlo estar. Pero tú y yo hablaremos en otro momento.

Mantuvo su mirada fija en la mía y se la aguanté con firmeza. Con su amenaza había querido hacerme flaquear; pero no lo había conseguido. La furia se había desatado en mí y ya no había nada que pudiera detenerla.

Sin dejar de mirar su rostro, escupí al suelo como respuesta y mantuve bien abiertos los ojos, esperando una reprimenda por su parte, pero no llegó. Al contrario, vi cómo mi padre se dirigía a la puerta principal. Seguí todo su recorrido atentamente y no fue hasta escuchar el portazo que dio al salir, cuando me permití suspirar y dejarme vencer por la emoción de todo lo sucedido.

Con lágrimas en los ojos, corrí hacia mi hermana, la cual seguía escondida detrás de mamá, y me agaché a su lado. Ella, al verme cerca y sentirse a salvo, se lanzó a mis brazos y se refugió dentro de ellos. En medio de un llanto desconsolado, nos abrazamos fuertemente.

—Perdóname —le susurré—. No volverá a pasar. No volveré a alejarme de ti ni un solo momento.

Kim no dijo nada. Sus sollozos no se lo permitían. Sin soltarla, levanté la cabeza y miré a mi madre. Su mirada estaba perdida. El cansancio había vencido a la tristeza y ya ni siquiera podía llorar. Con un débil murmullo, susurró:

—Gracias.

## NADIE DIJO QUE LA VIDA FUERA FÁCIL

Me quedé con Kimberly hasta que se durmió. Después de lavarle con cuidado las heridas que le había ocasionado aquel monstruo, sin recibir queja alguna por su parte, la cambié de ropa y la acosté en la cama. Ella simplemente se dejó hacer. Le conté un cuento, como a ella le gustaba; era un cuento bonito, con princesas y valientes caballeros que las rescataban. Y, poco a poco, comprobé cómo su estado de nervios, y también el mío, se iba calmando.

A pesar de ser aún demasiado temprano para dormir, ya que el día apenas había comenzado, Kimberly se rindió ante el cansancio de tantas emociones juntas y se quedó dormida, segura y confiada entre mis brazos.

Me levanté con cuidado. Una idea había surgido en mi mente y debía llevarla a cabo cuanto antes. Quizá fuera la última carta que me quedaba por jugar antes de tomar una decisión que cambiaría nuestras vidas por completo.

Aproveché que mi padre no se encontraba en casa. Seguramente pasarían muchas horas, con suerte incluso días, hasta que regresara. Me dirigí al salón y, al no encontrar a mamá allí, fui en su busca por las demás estancias de la casa. Al llegar a su habitación, encontré la puerta cerrada. Dudé unos segundos sobre mis intenciones. Después, me armé de valor y empujé la puerta.

Allí estaba mi madre. Se encontraba sentada sobre una silla vieja de madera. Se había soltado el pelo, habitualmente recogido en un moño o una trenza, y lo peinaba con un cepillo, con movimientos lentos y mecánicos. La observé. Tenía la mirada perdida en el vacío. En un tiempo que se me hizo eterno, levantó la vista y clavó sus ojos en los míos. Sus ojos, oscuros y sin brillo alguno, lucían tristes y cansados.

Despacio, me acerqué y me senté junto a ella en un borde de la cama.

—¡Qué bien te queda el pelo suelto! Estás muy guapa así.

Esas simples palabras, a veces necesarias para romper el hielo y empezar una conversación, no tan simple sin embargo.

—A mí ya nada me queda bien —respondió, con una tristeza resignada.

Contemplé su rostro con atención. Las arrugas surcaban por él y las bolsas oscuras que colgaban bajo sus ojos dejaban ver su agotamiento ante la

vida. De repente, me pareció que había envejecido muchos años.

—Quiero hablar contigo.

Emitió un suspiro.

—No deberías estar aquí. Será mejor que te vayas a tu habitación. Si tu padre vuelve...

Dejó la frase en el aire y cerró los ojos, horrorizada ante las visiones de lo que podría pasarme.

Sabía que papá no volvería, no tan pronto; pero preferí no decírselo. Había ido en su busca con un propósito y no me marcharía sin la conversación que teníamos pendiente.

—¿Por qué se lo permites?

Mamá pasó por alto mi pregunta y siguió con el peinado de su largo cabello. Desvió la mirada hacia un punto fijo de la pared y se quedó absorta en él.

En vista de que no iba a obtener respuesta alguna, seguí insistiendo:

—¿Por qué permites que te haga daño? ¿Que nos lo haga también a nosotras? ¡No es justo! Tú siempre has luchado por esta familia. Y, a cambio, él te maneja a su antojo. Y tú se lo consientes.

Mi madre había bajado la cabeza y jugaba nerviosa con sus dedos.

—No es cierto, Yurani. No seas injusta. Tu padre nos quiere, a su manera.

Junté mis puños con rabia. Me enfurecía su comportamiento sumiso, su aparente tranquilidad ante algo tan grave como lo que estábamos viviendo.

—¡Eso no es verdad, mamá! —subí la voz, casi sin darme cuenta—. ¡Por Dios, no seas cínica! ¿Qué clase de amor nos tiene que no le importan ni le preocupan nuestros sentimientos? ¡Ha pegado a Kimberly! ¡Ella solo tiene cinco años! No tiene la culpa de nada.

Yo tampoco la tenía, ni tampoco mi madre, pensé; pero me guardé ese pensamiento.

Por un momento, me avergoncé de mi acusación hacia ella. Una vez más, me sorprendí a mí misma actuando de ese modo. Era consciente de que, hablándole de tal manera, corría el riesgo de hacerle daño. Pero ya era tarde y no podía parar. Las palabras salían solas de mí y, al mismo tiempo, se me quedaban muy dentro.

—No puedo permitir que acabe con ella, así como ha hecho conmigo —proseguí—. Si tú no haces nada por remediarlo, tendré que hacerlo yo.

Al ver mi expresión decidida, sus ojos negros se iluminaron fugazmente. No sabría decir si de miedo, o de esperanza. Quizá, en el fondo, admiraba el

valor que veía en mí, su hija mayor; el valor que ella nunca había tenido.

—Nadie dijo que la vida fuera fácil, Yurani. Eres demasiado joven para entenderlo.

Hizo una pausa antes de continuar. Tras un suspiro hondo, siguió hablando, más para sí misma que para mí. Sin mirarme.

—Yo conocí a tu padre siendo todavía una chiquilla. Me enamoré de él y él me ofreció la estabilidad que solo los hombres pueden darnos. Primero nos cuidan los padres y luego... nuestro marido. Y a ellos nos debemos. Yo decidí vivir mi vida a su lado, con todas las consecuencias.

La miré atentamente. Era consciente de que me parecía a ella; mas si algo tenía claro era que no estaba dispuesta a seguir sus pasos.

—¿Por qué? ¿Por qué hay que sufrir tanto?

—Solo hay una respuesta, hija. Somos mujeres. Es lo que la vida marcó para nosotras.

—¡Pero no es justo! —repliqué, negándome a creer en sus palabras—. Podemos cambiar eso, mamá. Vámonos lejos. Solo Kim, tú y yo. Las tres juntas.

Mi madre negó con la cabeza. Bajó en silencio la vista y rehuyó mi mirada.

—Eso no es posible. No puedo abandonar a tu padre. No podría perdonármelo.

Tragué saliva, incapaz de creer lo que estaba escuchando. ¿No podría perdonarse alejarse de su marido, pero, en cambio, sí cargar con el peso de nuestra desgracia a sus espaldas?

Una vez más, traté de hacerla entrar en razón.

—Mamá, mírame. Sé sincera contigo misma. ¿Cuánto hace que no te da un beso, una palabra bonita o, simplemente, una mirada que te haga recordar que sigues siendo mujer? Su mujer. —Me tomé un momento para recobrar el aliento—. ¿Cuánto hace que no te busca en la cama, para tener relaciones contigo? ¿Cuánto hace que no te acaricia?

Sabía que me estaba pasando. Había cruzado el límite y ya no podía hacer nada por volver atrás, como si nada hubiera pasado.

—¡No voy a hablar de esas cosas contigo! —se escandalizó mamá, subiendo el tono de voz.

Respiré hondo y reuní el valor suficiente para hacer lo que tenía pensado: quitarle, por fin, el velo de los ojos... Si es que no se le había caído ya.

—Te voy a decir algo. No hace ninguna de esas cosas contigo. Lo sé y lo

sabes.... ¡Porque todo eso lo hace conmigo!

Después de soltar esa tremenda noticia, sentí una paz extraña en mi interior. Era como si me hubiera quitado un gran peso de encima, un peso que casi me estaba ahogando. Y, en cierto modo, así había sido.

En realidad, había previsto cualquier tipo de reacción por parte de mi madre. Tal vez llantos, tal vez gritos, o puede que hasta un enfado conmigo, por atreverme a poner las cartas sobre la mesa y destruir la mentira en la que ella quería vivir. Sin embargo, no hubo nada de eso. Eso fue lo peor... No hubo nada. Ella me observó fijamente y en su expresión no noté sorpresa alguna. Me miraba sin rabia, lloraba sin lágrimas.

—No puedes decirme esto, Yurani. No me lo merezco —me dijo, casi suplicando.

—¿Y yo? —le pregunté con voz temblorosa—. ¿Yo merezco todo esto, mamá?

—No tengo la culpa —susurró—. Quisiera que las cosas fueran diferentes, pero no lo son... Solo queda resignarse.

Fue eso lo que me bastó para decidirme. Fue entonces cuando comprendí que allí, con ella, no me quedaba nada más por hacer. No habría palabras que lograran convencerla de mis ideas; no existían argumentos válidos capaces de entrar en un corazón cerrado. En silencio, me puse en pie y la miré de nuevo, sabiendo que sería, quizá, la última vez. Despacio, como había entrado, salí de su habitación, y también de su vida. Con pasos lentos pero agigantados.



Cuando el primer rayo de sol entró por mi ventana, yo ya llevaba un buen rato despierta. En realidad, no sabría decir si dormí algo esa noche. Recuerdo que permanecí horas tumbada en la cama, con la mirada fija en el techo. El único sonido que me acompañaba era la respiración de mi hermana, que se revolvió entre las sábanas, producto de alguna que otra pesadilla que la atormentaba.

Mientras ella dormía, mi mente no paraba de idear un plan y de buscar argumentos que me dieran el valor suficiente para llevarlo a cabo. Las ideas iban y venían sin descanso. Y toda clase de posibles desenlaces, algunos buenos y otros no tanto, cruzaban ante mis ojos. Mi cerebro, activado a tope, no me dio tregua. No me permitió ni unos minutos de descanso para reunir la energía suficiente. Y, ciertamente, la iba a necesitar.

Era más fuerte la emoción que el cansancio. Así que, cuando por fin amaneció, no me costó esfuerzo alguno ponerme en pie, preparada para el día que acababa de comenzar.

Ese sería el día más largo de mi vida, y también el más importante. Así que me prometí a mí misma ser valiente y actuar como lo había planificado. Tenía que estar bien despejada, por lo que fui al cuarto de baño y me lavé a conciencia el rostro, con agua muy fría, para aclarar bien mis ideas y despertarme por completo.

Después, me esmeré en cumplir mi propósito a rajatabla. Me sorprendí a mí misma con la frialdad con la que representé mi papel. Durante toda la mañana, me comporté como si nada estuviera pasando, como si mi mundo no estuviera a punto de dar un giro de 180 grados. Participé en los quehaceres de la casa, ayudé a Kimberly a asearse, jugué con ella como un día más y colaboré con mamá en la limpieza del hogar. Ella, por su parte, hizo lo mismo. Fingió haber olvidado la crueldad de papá el día anterior hacia Kimberly. Mamá actuaba con normalidad, en un intento de olvidar ese capítulo doloroso de nuestras vidas. Tampoco mencionó nada respecto a la conversación que habíamos mantenido la pasada noche.

Papá, que había regresado a casa de madrugada, salió, con la excusa de buscar alimento que traer a la hora de la comida, y las tres respiramos más

tranquilas. Todo estaba en aparente calma.

En un momento dado, observé los ojos de mamá clavados en mí. Su mirada era compasiva y penetrante. Trataba de ver más allá de mis ojos oscuros, de indagar más adentro de mi expresión sosegada. No quería mirarla, no después de todo lo que habíamos hablado, de su indiferencia hacia mis sentimientos. Pero me obligué a hacerlo. Tenía que aparentar que todo estaba en orden. No podía dejar ningún cabo suelto.

Como al mediodía papá todavía no había regresado, decidimos comer lo que había sobrado del día anterior. Al terminar, aproveché que mamá estaba ocupada recogiendo la cocina y me escabullí a mi habitación, haciendo señas a Kim para que me siguiera.

Una vez a salvo de oídos ajenos, dejé a un lado mi comportamiento fingido y me mostré como era ante mi hermana. Ella formaba parte de mi plan y, por lo tanto, merecía saberlo. No podía explicarle detalladamente lo que tenía previsto, pues corría el riesgo de asustarla y que me delatara, así que me tomé un momento en pensar bien mis palabras, buscando la manera correcta de decírselo.

—Kimberly, ven. Quiero hablar contigo.

Cerré la puerta y me puse enfrente de mi hermana. Me agaché, flexionando mis piernas, y me quedé a su misma altura. Quería demostrarle así que le hablaría de igual a igual, que contaba con su opinión y que actuaría en su compañía, y no por encima de ella.

—Hay algo que tengo que decirte. Pero, primero, quisiera saber algo.

Kimberly me miró con sus ojos grandes como platos. La chispa de la curiosidad se había encendido en ellos, como sucedía siempre que le hablaba en ese tono cómplice, el tono que empleaba cuando estaba a punto de confiarle un secreto. Este iba a ser, sin lugar a dudas, el más importante de todos los que habíamos tenido.

—Puedes confiar en mí. —Se llevó un dedo a los labios, como prueba de su silencio.

Le dediqué una sonrisa. Después, la miré con seriedad.

—Lo sé. Por eso, he decidido contarte esto. Antes, quiero que me contestes. ¿Te gustaría vivir en otro lugar? Lejos de aquí. —Señalé un punto imaginario, a través de la ventana.

Abrió aún más sus ojos, pero me miró con la misma seriedad que yo había empleado.

—¿Lejos de esta casa?

Asentí en silencio.

—¿Lejos también de papá y mamá?

Asentí de nuevo. Mi corazón retumbaba a mil por hora. De su respuesta dependía mi decisión final, de sus palabras dependía mi vida.

—¿Contigo? —preguntó susurrando.

—Sí. No puedo decirte nada más, pero tengo pensado marcharme de aquí —le conté despacio, tratando de que entendiera bien cada una de mis palabras —. Muy, muy lejos.

De pronto, su rostro se torció en un gesto preocupado.

—¿Me dejarías sola?

Negué con determinación.

—Nunca te dejaría sola. No me iré si no es contigo.

Kim guardó silencio unos instantes. Se llevó una mano a su cabeza, pensativa. Inesperadamente, su mirada se me antojó decidida, más mayor, demasiado madura para su corta edad.

Me miró con firmeza y dijo:

—Si me dejas llevar a Lara, iré contigo. No importa dónde. Si estás tú, me vale.

Suspiré hondo y luché por evitar las lágrimas. Había conseguido aguantar sin llorar ante los abusos de mi padre, también ante la negativa de mi madre; pero el gesto de mi hermana, un gesto tan simple pero tan grande, me había derrumbado. Era inconcebible que pudiera haber tanto en un corazón tan pequeño.

Temblorosa, extendí mi mano y se la ofrecí.

—Trato hecho. Lara viene con nosotras.

Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, a la vez que estrechó mi mano.

—Bien. Entonces, voy contigo.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Era más incluso de lo que esperaba, era el empujón definitivo. Me incliné hacia ella y abracé su pequeño cuerpo con fuerza.

—Entonces, no hay nada más que hablar. La decisión está tomada.

Después de explicarle a Kim, con todo detalle, lo que debía hacer, me apresuré a poner en marcha mi plan. Por el momento, el papel que le había encargado a mi hermana era sencillo; se trataba simplemente de actuar con normalidad. Tenía que fingir que la conversación que acabábamos de tener nunca había existido. Y también mantener distraída a mamá en lo que durara mi ausencia.

Cuando, desde mi habitación, escuché a Kim llamar la atención de mamá, pidiéndole que le desenredara su abundante cabello, supe que había llegado el momento. Era la señal que habíamos acordado. Después, si mamá preguntaba por mí, Kimberly se limitaría a decirle que me encontraba indispuesta y me había acostado para descansar un poco. Era fácil, y sabía que Kim no me defraudaría. Actuaría con gran maestría y no levantaría sospecha alguna. Por mi parte, debía hacer lo mismo. No podía decepcionarla, ni a ella ni a mí misma. Debía asegurarme de que todo marchaba como había planificado, así que me di prisa en salir de la casa. No podía perder tiempo; cada minuto y cada segundo eran valiosos y decisivos para nuestro destino.

Con prudencia, sin hacer el menor ruido, pasé por el salón en cuanto lo supe despejado. (Mamá se había llevado a Kim a su cuarto para cumplir su petición).

Una vez hube salido y cerrado la puerta, cogí aire, inspirando profundamente y... entonces sí, eché a correr. Corrí como no lo había hecho nunca. Mis piernas adquirieron una velocidad que no sabía que tenían. Y no me detuve hasta llegar a mi destino: el pueblo. Ese conjunto de calles y plazas, con numerosas casitas, todas modestas, a su alrededor. Y un único comercio, al cual acudían con frecuencia todas las familias del pueblo y de los alrededores, incluida la mía, para adquirir alimentos y demás utensilios necesarios. Siempre que la economía lo permitiera, claro está.

Entre personas que paseaban y algún que otro animal que vagaba solitario, busqué con desesperación la dirección que tenía grabada a fuego en mi mente.

Desde aquel día, el día en el que recibí la noticia de la despedida de Andy, no había dejado de pensar en ello ni un solo momento. Ese día, al caer

la noche, a salvo en mi habitación, había abierto con ansia el papel que él había depositado en mi mano. Afortunadamente, había aprendido a leer unos años atrás, gracias a la bondadosa señora María, que se ofreció, sin otro interés que ayudar a los demás, a hacer las veces de profesora para los niños del pueblo. Aprendí rápido a juntar las letras, unas con otras, para después formar palabras con interés y entusiasmo. Todo eso sucedió antes de verme en la obligación de abandonar la «escuela» por petición o, más bien, obligación, de mi padre, el cual no consideraba necesario todo ese aprendizaje. Entonces, aún no comprendía bien el significado de algunas cosas y nunca imaginé que toda esa enseñanza me sería tan útil en un futuro... En el presente que estaba viviendo.

Ante las miradas curiosas de algunas mujeres, que se asombraban de tan desesperada carrera, crucé calles, todas conocidas para mí, hasta llegar a la que estaba buscando. No me resultó difícil encontrar esa casita. Había recorrido esos lugares durante años a lo largo de mi infancia. En ocasiones para cumplir algún recado y, otras veces, simplemente para jugar con mis amigas. Las que había tenido en el pasado y a las que hacía mucho que no veía.

Me quedé enfrente de la puerta de esa casa, incapaz de pronto de llamar al timbre y anunciar así mi presencia. Respiré hondo, pasé las manos temblorosas por mi cabello suelto y moví las piernas con inquietud. Los nervios me estaban jugando una mala pasada. Me obligué a mí misma a tranquilizarme. Decidida, me armé de valor y di un paso más. Después, estiré la mano, todavía con un leve temblor, y toqué el timbre. Tras unos largos segundos, escuché una voz al otro lado del telefonillo.

—¿Aló?

No lo reconocí, así que, titubeante, dije:

—Busco a Andy. Tengo que hablar con él.

Después de un breve silencio, aquella voz volvió a hablar:

—Andy no está. Ya se ha ido.

Sentí que el corazón se me encogía por completo, dificultándome casi respirar. Era como si me hubieran dado una patada fuerte, muy fuerte, en el estómago. Y sé de lo que hablo, porque alguna vez viví un hecho similar.

No pude articular palabra y, entonces, cuando estaba a punto de marcharme, resignada a mi mala suerte, aquella voz ronca me hizo cambiar de opinión.

—Perdona, ¿me puedes decir quién lo busca?

Al principio me asusté, pues pensé que ya había colgado el interfono. Después, nerviosa, tartamudeé:

—So...soy Yu...Yurani.

Quien quiera que fuera que estuviera al otro lado, colgó sin mediar palabra y me dejó así, con la boca abierta y el corazón latiendo desbocado. A continuación, otra voz:

—¡Yurani!

Lo reconocí al instante. Mi corazón dio un grito de alegría y tuve que controlarme para no comenzar a saltar, celebrando así el alivio que me causó escucharlo.

—Yurani, soy yo. Sube.

Sonó el chasquido de la puerta al abrirse y me apresuré a entrar. Deprisa, subí los pocos escalones que me separaban de Andy. Cuando llegué, casi no podía respirar. Estaba realmente agotada a causa de la carrera desde mi casa, pero no me permití desfallecer. Había ido hasta allí con un propósito firme y estaba decidida a cumplirlo.

Lo primero que hizo Andy al verme... fue sonreír. Y juro que con esa sonrisa me devolvió todo el aire que me faltaba.

Después, me hizo pasar a su casa. Seguí sus pasos hacia la que, deduje, era su habitación. Por el camino, me fijé en la falta de decoración de aquel lugar. Apenas había algún mueble viejo y un pequeño sillón en la sala de estar. Se notaba a primera vista que era una residencia temporal. Y, también, que solo estaba habitada por hombres. Ellos no tenían la manía de adornar cualquier espacio, como nosotras las mujeres. No vi en ningún momento al hombre que había atendido en un principio a mi llamada, no pude ponerle cara a esa voz. No comprendía por qué me había negado la presencia de Andy; tampoco lo pregunté.

Ya en su cuarto, a solas, nos miramos fijamente en silencio, uno enfrente del otro, sin poder creernos lo que veíamos. Él, atónito ante mi visita, la cual no se esperaba. Y yo, como siempre me sucedía ante él, hipnotizada con su rostro bello y su aspecto tan varonil.

Entonces, sucedió algo con lo que no contaba. Andy se abalanzó hacia mí y me agarró por la cintura. Me empujó contra la pared y me acorraló, estirando sus brazos y poniéndolos uno a cada lado de mi cabeza. Tuve que fijarme más en ese gesto. Debí haberme asustado, pero no lo hice. Por el contrario, me agradó sentir su cuerpo tan cerca del mío, separado solo por unos simples milímetros. Inspiré profundamente para disfrutar de su olor, que me encantaba.

—Tenía ganas de verte —susurró pegado a mi oreja—. Muchas.

Asentí levemente con la cabeza, como queriéndole transmitir que ese deseo era correspondido por mi parte.

—Sabía que vendrías —siguió diciendo con voz cautivadora—. Era cuestión de tiempo.

No preguntó cuál era el motivo de mi visita, no se interesó lo más mínimo por lo que me había empujado a llegar hasta él. En cambio, acercó su cara, un poco más, a la mía; y posó sus labios sobre los míos. No sé explicar bien lo que sentí en aquel instante. Siempre había creído que, llegado el momento, no podría hacerlo. No podría besar a ningún chico, después de haber probado, a la fuerza, los labios de mi padre. Sin embargo, me dejé llevar. Abrí mi boca con suavidad, anhelando la suya, y para mí ese fue el primer beso que había dado en mi vida. Mi primer beso. Mi primer amor. No recordaba haber sido tan feliz nunca.

Al apartarse de mis labios, Andy me hizo volver a la realidad. Estaba allí, temblorosa, y debía tener un aspecto muy patético, a juzgar por la expresión divertida con la que me observaba. De pronto, se echó a reír.

—Me sorprendes, Yurani. No dejas de hacerlo. Primero, me sorprendiste con tu belleza, la primera vez que te vi. Y créeme que no te miento. Nunca antes había visto una chica tan guapa, tan increíblemente guapa —añadió—. Y, sobre todo, tan pura. Eso es lo que más me gustó de ti, tu inocencia.

Agaché la cabeza, cohibida ante tales halagos. No merecía esas palabras, pues los actos que había sido obligada a cometer eran de todo, menos inocentes. Tal vez, al fin y al cabo, Andy no estaba al tanto de todo eso, como yo había creído.

Él me agarró con suavidad de la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Me sorprendiste también con tu rechazo. No quiero presumir. —Sonrió—. Pero eres la primera que se ha dignado a rechazarme.

Me lo creía. Con su indudable atractivo físico y su labia para hablar, no veía posible que ninguna mujer se negara a sus encantos.

Sin dejar de mirarme, prosiguió:

—Después, lo hiciste con tu valor, tu capacidad de fingir que no te importaba mi marcha el día que te lo conté. Fue aquel día cuando me di cuenta que yo, en verdad, te importaba. Y ahora lo haces de nuevo, con tu sensualidad femenina. Tengo que reconocerte algo... ¡Jamás pensé que besaras tan bien!

Dejó escapar una carcajada y yo, ya más tranquila, me reí también.

—Bueno, tú tampoco besas tan mal... —bromeé—. Aunque, tal vez,

podría mejorarse.

Sonrió ante mi indirecta y me siguió el juego, sinceramente divertido.

—Podría intentarlo. Tú podrías ayudarme. Lástima que me quede poco tiempo aquí.

De repente, se puso serio y, entonces, decidí no postergar más el momento.

—Todavía hay algo más con lo que puedo sorprenderte —le aseguré.

Entornó sus ojos negros con curiosidad. Suspiré, reuní el valor necesario y lo solté:

—Quiero ir contigo. Me voy contigo, si me dejas.

Andy abrió los ojos como platos. Después, se quedó un momento en silencio, pensativo.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? —le pregunté, con cierto nerviosismo en mi voz.

—¿Estás segura?

Asentí con firmeza.

—Sí. Solo si tú quieres que vaya.

Esbozó una sonrisa.

—No hay nada que desee más.

Sonreí también, satisfecha con su respuesta. A continuación, lo miré con seriedad. Ahora venía la peor parte, la más difícil de todas.

—Solo tengo una condición. Solo una, pero decisiva. Si no puedes aceptarla, no iré a ningún lado.

Me miró, con aire interrogante.

—Está bien. Dime. ¿Cuál es esa condición?

—No me importa dónde vayamos. Me pondré en tus manos. Me da igual el lugar o la manera de llegar que tengamos. Pero hay algo de lo que no voy a prescindir.

Andy siguió mis palabras atento, en silencio.

—No me iré sin mi hermana. Kim viene con nosotros.

Tragó saliva, perplejo. Al final, iba a ser cierto que tenía el don de sorprenderlo. Me reí para mis adentros, orgullosa de mi poder en él.

Andy se alejó un poco de mi lado. Me dio la espalda y se dirigió a una mesita marrón que se encontraba al fondo del cuarto, pegada a la única y diminuta ventana que allí había. De uno de los cajones, sacó una lata de cerveza y la abrió. Ese detalle no me gustó, pero, una vez más, lo pasé por alto. Bebió un largo trago y después me miró de nuevo.



—Eso no es posible, Yurani. Lo sabes muy bien.

Di unos pasos al frente, acercándome más a él.

—¿Por qué no?

—¡Solo tiene cinco años! ¡Por Dios, Yurani! Nos meteríamos en un buen lío por sacarla del país. Yo el primero.

—Eso en el caso de que nos pillaran, cosa que no tiene por qué pasar. Supongo que, cuando me ofreciste huir contigo, tendrías algún plan para salir conmigo del país. A fin de cuentas, yo también soy menor de edad. Solo tengo doce años.

Carraspeó, otra vez pensativo.

—Sí, claro que hay un plan. Lo diseñé en el mismo instante en el que se me pasó por la cabeza hablar contigo sobre esto. Tengo mis contactos — confesó—. Conozco a mucha gente importante, gente que me debe favores y harían la vista gorda a que me acompañases. Pero no es lo mismo ir contigo que con una niña tan pequeña. El viaje es largo y nos dificultaría mucho el camino. ¡Ni siquiera sé si ella podría aguantarlo!

Si lo que pretendió con sus palabras fue asustarme para hacerme desistir de mi idea de llevar a Kim conmigo, no lo consiguió. No había cosa en el mundo que me asustara más que quedarnos al lado de nuestro padre, tanto por mi hermana como por mí.

—No la subestimes. Kimberly es fuerte, para su corta edad; mucho más de lo que crees. Y, en caso de que no lo fuera, ya estoy yo para serlo por ella.

Andy guardó silencio. Por su mirada inquieta, me di cuenta de que se hallaba en un cruce de pensamientos, analizando en su mente brillante cuál sería el paso más apropiado. Al ver mi expresión decidida, comprendió que no podía hacer nada para hacerme cambiar de opinión. Era negarse... y perderme, o aceptar mi propuesta... y tenerme a su lado. Y decidió llevarme con él.

—¡Está bien! Me has convencido. —Estiró los brazos a ambos lados de su cuerpo, en señal de rendición—. Tu hermana puede venir con nosotros. Pero tendrás que cuidar tú de ella y obedecer mis indicaciones. Nos jugamos mucho.

Asentí, loca de alegría. Quise lanzarme a sus brazos; sin embargo, me limité a decir:

—Solo dime qué tengo que hacer, y lo haré. A partir de ahora, dejo mi vida en tus manos.

Una vez, siendo todavía muy pequeña, viví mi primera despedida. Tuve que despedirme de mi abuela, una mujer que, a pesar de no ser dada a expresar sus sentimientos, siempre me demostró su fiel devoción hacia mí. Yo era, como decía ella, su ojito derecho. Su primera y única nieta, puesto que por aquel entonces Kimberly aún no existía. Ella para mí era mi única abuela, ya que los demás se fueron antes de que yo naciera. Esa señora ocupó en mi vida el lugar de segunda madre, a veces la primera, ya que, a menudo, velaba por mí más que mi propia progenitora. Cuando su hijo, es decir, mi padre, abusaba de su autoridad infringiendo miedo tanto a mamá como a mí, ella siempre se ponía en medio y defendía mis derechos; no importaba cuán grande sería la travesura que yo hubiera cometido. Hasta que ya no pudo hacerlo. Aquella noche fue para mí una de las más tristes de mi vida. Cuando, guiada por los llantos de mi madre, la vi acostada en su cama, inmóvil como una muñeca inerte, supe que una parte de mi vida había muerto con ella. A pesar de tener solo seis años, mi cerebro se daba cuenta de lo grave de la situación. Mi ángel de la guarda se había marchado. Me había dejado sola. El cansancio por vivir en un mundo injusto, cargando a sus espaldas innumerables desprecios de su marido y, también, de su propio hijo, había acabado con ella. Y yo no pude ni despedirme. No me acerqué a coger su mano, no apoyé mi cabeza en su pecho ni le di un último beso. Sencillamente, no pude hacerlo. Pero no fue por la misma razón por la que papá tampoco lloró su pérdida. A él, simplemente, le daba igual; a mí, reconocer mi dolor hubiera sido como dar un salto al vacío.

Ahora, después de tantos años, había llegado el momento de mi segunda despedida. Después de acostar a Kim, decidí ponerme manos a la obra. Le había aconsejado acostarse un rato en la cama. La noche iba a ser larga y sería recomendable que descansara un poco. Mientras, yo haría tiempo, sumida en mis pensamientos, hasta que nuestros padres se fueran a dormir. Sabía que mi padre no me visitaría esa noche, puesto que había vuelto tan cansado de su salida que se había acostado directamente. Kimberly renegó un poco al principio; mas, acostumbrada como estaba a una fiel rutina nocturna, acabó rindiéndose al sueño. Observarla así, sosegada y serena, inocente como la niña pequeña que era, me hizo dudar de mis intenciones. ¿Sería capaz ella de

dejar todo atrás y ponerse, literalmente, en mis manos? ¿Era justo para ella que yo la incitara a abandonar todo conmigo y lanzarse a un futuro incierto? Quién sabe lo que nos depararía el destino...

Entonces, en un instante, retrocedí en el tiempo. Rememoré en mi mente las escenas de nuestra vida, escenas que sería preferible borrar. Ya no solo el hambre y la miseria en la que siempre habíamos estado sumidas sin merecerlo. Eso era lo de menos. Lo tormentoso era recordar los silencios, las reglas, a veces absurdas, de mi padre; los insultos, los golpes, los miedos... Y las pocas dudas que había tenido se disiparon de golpe. Merecíamos algo mejor. Y, si antes no había sido lo suficiente valiente para hacerlo por mí, ahora lo haría por ella. Era cuestión de tiempo que Kimberly creciera y, con ello, también la atracción de nuestro padre hacia ella. Mientras me decía a mí misma que no podía permitirlo, escuché la puerta de la habitación contigua al cerrarse. Aguardé unos minutos más, expectante, contando cada segundo con nerviosismo.

Cuando la casa se halló en silencio, comencé con mi tarea. Saqué la mochila pequeña que Andy me había dado y que había tenido escondida bajo mi colchón. Guardé lo necesario: unas mudas de ropa para Kim y para mí, ropa interior para ambas y, por supuesto, Lara, la muñeca de la que Kim ya no se separaba. Miré con atención nuestra habitación, guardando en mi memoria cada parte de esa casa; cada pared, cada olor... Mi casa, la única hasta entonces.

Al terminar, me acerqué hacia Kimberly para despertarla. Con cuidado de no hacer ruido y rogando para que no pegase un grito, empujé suave pero firmemente su cuerpecito. No hizo falta insistir mucho. Kim enseguida abrió los ojos y los posó en los míos.

—¿Nos vamos ya? —preguntó en un susurro.

—Sí. Ya ha llegado el momento.

Se incorporó de la cama desperezándose.

—¿No has dormido? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Solo estaba descansando los ojos.

Quise reír y achucharla al mismo tiempo. Nunca dejaría de maravillarme su memoria, su picardía y su capacidad para bromear, hasta en los peores momentos.

Nos quitamos los camisones y los depositamos en el colchón. Esa sería la primera evidencia que encontrarían nuestros padres al entrar a la habitación, a

la mañana siguiente. Para entonces ya estaríamos muy lejos. Nos vestimos ambas con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta simple de tirantes. No teníamos mucho más para elegir. Andy me había dicho que, a donde íbamos, el clima iba a ser más fresco. Pero me tranquilizó al asegurarme que él se encargaría de proporcionarnos el abrigo necesario, así como el alimento.

Cogí la mano de Kim y salimos de la habitación, no sin antes asegurarle que llevaba a Lara en mi mochila, la cual iba colgada a mi espalda. Para cruzar el pasillo teníamos que pasar, obligatoriamente, por el cuarto de nuestros padres. Los ronquidos de papá se percibían con claridad; y eso me alivió y me asustó al mismo tiempo. Llevando un dedo a mis labios, le insté a Kim a guardar silencio. Ella lo entendió y se quedó quieta, a la espera.

Me arriesgué innecesariamente, lo sé, pero necesitaba hacerlo. Con sigilo, abrí la puerta y dirigí mi mirada al interior, entrecerrando los ojos para tratar de ver mejor en aquella oscuridad. Era muy duro para mí ver a mamá sabiendo que, quizá, no nos volveríamos a encontrar nunca. No la juzgué. Fue en ese mismo instante cuando la perdoné. Tal vez le faltó el valor necesario para enfrentarse al más fuerte para defender lo justo, para pelear por su sangre. Pero nos había querido, nos quería a su manera y, muy probablemente, aún lo seguirá haciendo.

A papá no pude perdonarlo aquella noche. Todavía no sé si lo lograré algún día. Pero dejé con él el odio y las ganas de venganza. Para bien o para mal, él era la única figura paterna que había tenido.

Sentí una pequeña punzada en mi interior al quitar la vista de los seres que me habían dado la vida. Cerré la puerta haciendo el menor ruido que pude y, en ese momento, una parte de mí se resquebrajó y se rompió en mil pedazos.

Nos encontramos con Andy en la plaza del pueblo. Allí fue la primera vez que vi a Leslie. La primera impresión que me causó no fue del todo buena. Era una chica bonita, aproximadamente de mi edad. Tenía el pelo largo y liso, negro como el carbón... y como sus ojos. Su piel era morena como la mía y, apenas cubierta con un fino vestido blanco que le llegaba hasta las rodillas, se adivinaba un bonito cuerpo. Andy me la presentó como su prima. Cuando le informó de mi nombre, no dio más explicaciones. Parece que ella no contaba conmigo, ni tampoco con Kim, pues nos miró de arriba abajo y no pudo evitar un gesto de fastidio. Tampoco se esforzó en disimularlo. Nos saludamos con cortesía y no volvimos a dirigirnos la palabra. En ese justo momento, por alguna extraña razón, decidimos no caernos bien.

Antes de poner en marcha nuestro plan de huida, dedicamos unos minutos, de pie en medio de esa plaza, en los que Andy se dedicó a explicarnos detalladamente lo que haríamos a partir de ese instante. No había nadie a nuestro alrededor y las luces de las casas estaban ya apagadas, debido a lo tarde que era. De todas formas, Andy bajó el tono de voz para dirigirse a nosotras tres. Y nosotras, por nuestra parte, escuchamos con atención.

—Desde ahora, dejaréis de ser Leslie, Yurani y Kimberly. —Nos miró una a una, a medida que nos nombraba—. Es decir, conservaréis vuestros nombres, pero las personas que erais antes se quedarán aquí, en este pueblo; también la familia y los recuerdos. Os aviso que el viaje va a ser duro. No podemos pasar la frontera en avión, ya que correríamos el riesgo de llamar la atención. Tengo mis contactos; pero, independientemente de eso, hay otros guardias que no nos dejarían pasar. Y os enviarían de vuelta a casa. ¿Queréis eso?

Las tres movimos la cabeza al mismo tiempo, negando con contundencia.

—Bien, entonces no nos queda más remedio que descartar esa opción. Salir del país en coche será más fácil. Puede que también nos paren y nos interroguen. En ese caso, lo tengo todo controlado. Además, amigos míos lo han hecho antes y allí no son tan exigentes como en el aeropuerto.

Cuando terminó de hablar, se llevó las manos al interior de su americana (demasiado elegante para la ocasión) y extrajo de su bolsillo unas cuantas

tarjetas.

—Esta será vuestra documentación a partir de ahora. Espero que vaya quedando todo claro —dijo mirándonos a Leslie y a mí.

Ambas asentimos sin articular palabra alguna. Estábamos demasiado aturcidas por la nueva información, sin saber exactamente a qué nos llevaría todo eso.

Andy posó sus ojos oscuros en Leslie y estiró su mano hacia ella.

—Toma. Esta es tu identificación. Como ya sabes, eres mi prima. También está tu nuevo pasaporte.

Ella asintió en silencio y cogió lo que le ofrecía, guardándolo después en su mochila.

A continuación, hizo lo propio conmigo. Cuando sentí el roce de su mano en la mía me recorrió un escalofrío; pero intenté que ese hecho pasara desapercibido, controlando mis emociones.

—Esto es tuyo, Yurani. Desde este momento, tú eres mi mujer. —Señaló a mi hermana—. Y ella nuestra hija. Eso deberás decir siempre si te preguntan.

Asentí, comprendiendo que esa era la única la forma de salir de nuestro país con Kimberly, pues ella era demasiado pequeña para no llamar la atención.

Investigué mis papeles, aquellos que, desde ahora, debería llevar siempre conmigo. Nuestros nombres eran los mismos, como ya nos había dicho Andy. Lo único que cambiaba era nuestro apellido. También mi edad, a la cual había sumado unos cuantos años más. Me pregunté si, realmente, resultaría creíble que yo tuviese diecinueve años. Mi cuerpo era muy delgado y aún estaba en proceso de desarrollo; por no hablar de mi rostro, en el cual se reflejaba la niña que todavía era. De todas maneras, preferí no exponer esa duda.

En cambio, le pregunté:

—¿Tu documentación también es falsa? El apellido que compartiremos contigo... ¿es verdadero?

El rostro de Andy se tensó y, con gesto serio, me dijo:

—Eso es algo que no te incumbe, Yurani. Lo que importa es salir de aquí a un sitio mejor, no importa los medios con los que lo hagamos. Debes saber que hay preguntas que es mejor que no hagas.

Me impactó un poco su fría manera de contestarme, su repentina dureza a la hora de dirigirse a mí, pero... como muchos otros detalles, decidí pasarlo por alto. Agarré con un poco más de fuerza la mano de mi hermana. Ella, ignorante de todo, se limitaba a permanecer callada, de pie junto a mí y con

semblante serio y un tanto aburrido.

Por primera vez desde nuestro encuentro, Leslie habló y lo hizo en forma de pregunta:

—¿Cuándo nos vamos?

—Esta misma noche —respondió Andy, y su rostro parecía más relajado—. Partiremos ahora mismo. Enseguida vendrán a buscarnos.

Ninguna preguntó quién venía, al igual que tampoco nos interesamos en la forma en la que había conseguido falsificar nuestros datos. El objetivo era el mismo para todas, partir a un mundo mejor y, como bien había dicho Andy, no importaban los medios que utilizáramos para llegar a él.

—Antes de nada, quiero decir una cosa. Y quiero que me escuchéis con atención. Si alguna vez, si en algún momento, sentís que flaqueáis y os visitan las ganas de echaros para atrás, quiero que recordéis lo que os ha empujado a venir hasta mí, lo que os ha hecho aceptar mi ayuda. —La seriedad había vuelto a sus ojos—. Porque eso es lo que estoy haciendo, ayudaros a salir de una vida injusta y ofrecer os nuevas oportunidades.

De nuevo, asentimos todas. Me fijé unos segundos en Leslie. Su cuerpo temblaba levemente, y no era a causa del frío pues allí hacía un calor impresionante. Su cara estaba seria, expectante. Desconocía los motivos que la habían llevado a tomar esa decisión tan radical, la misma que la mía, pero sus rasgados ojos negros reflejaban un tinte de tristeza que no podía esconder a pesar de su comportamiento distante. Por un momento, se me pasó por la mente la idea de que, tal vez, sus razones eran las mismas que las mías, o en todo caso parecidas. ¿Habría sufrido ella alguna vez algún tipo de abuso? Tuve que quedarme con la duda.

Volví a la realidad cuando Andy retomó la palabra.

—Si alguna tiene alguna duda, si tenéis la mínima idea de no estar convencidas de dar este paso, quiero que lo hagáis ahora, que os echéis atrás en este mismo instante. Después, será tarde. Así que, si no queréis continuar, ahora es el momento de decirlo.

Casi no le dejé terminar de hablar, di un paso al frente, de la mano de Kim.

—Nosotras vamos contigo. No hay nada que pensar.

—Yo también —dijo Leslie, aunque en su tono de voz noté cierto nerviosismo.

Por vez primera en la conversación, en la cara de Andy se dibujó una sonrisa.

—Está bien. Así me gusta. Sé que sois unas chicas fuertes, pero era mi deber hablaros de esta manera. Por último, unas simples reglas que deberéis cumplir para que todo salga bien: no vale quejarse, las quejas no harían nada más que complicarnos el camino; nada de preguntas innecesarias, sé muy bien lo que me hago. Habrá cosas que no entendáis, pero que serán necesarias para llegar a nuestro destino. Y... algo muy importante, no habléis con nadie. Queda terminantemente prohibido hablar con nadie durante el viaje. Si tenéis algo que decir, lo haréis conmigo.

—¡Pero a mí me gusta mucho hablar! —replicó Kim—. Si no, me aburro. Le propiné un suave codazo en la cadera, mandándole callar.

Sin embargo, a Andy pareció divertirle la intervención de Kimberly y le respondió, riendo:

—Puedes hablar con tu hermana. Ella estará a tu lado en todo momento. De todas formas, habrá ratos en los que no te apetezca ni hablar.

Esa afirmación hizo estremecer mi cuerpo. Ignoraba lo que quería decir, pero, por alguna razón, mi sentido de alerta se activó de inmediato. Acerqué un poco más a Kimberly hacia mí.

—Y bien... Entonces, ¿Está todo claro?

Tras un asentimiento por nuestra parte, volvió a hablar:

—Muy bien. Entonces no hay nada más que decir. Ya ha llegado el momento.



Todo lo que siguió sería preferible no recordarlo. Justo en ese momento, en el que dimos nuestro consentimiento para el plan indicado, firmamos nuestra sentencia. Ahí comenzó aquel viaje. Sabíamos que iba a ser duro, por palabras textuales de Andy, pero nunca imaginamos que tanto.

Nos dirigimos, guiadas por él, a la salida del pueblo. Este era bastante pequeño, así que no nos llevó esfuerzo alguno atravesarlo. Abandonando la luz que nos proporcionaban las farolas, nos sumimos en una profunda oscuridad. Apenas nos distinguíamos unos a otros, por lo que tuvimos que caminar muy pegados para no perder los pasos de Andy. No solté la mano de Kim en ningún momento. Ella, por su parte, mantuvo la calma que la caracterizaba. No puso pega alguna ni se asustó de la noche, como otras niñas de su edad, o incluso más mayores, hubieran hecho. Me enorgullecí de ella y supe que había hecho lo correcto al decidir llevarla conmigo.

Tras haber andado unos minutos, Andy nos hizo parar. Allí, esperamos un poco más. No tardaron en llegar a por nosotros. Cuando vi la furgoneta grande detenerse enfrente a unos pocos pasos, iluminada por las luces de sus intermitentes, lo primero que sentí fue alivio. Era una tranquilidad para mí saber que realizaríamos ese viaje sentadas, cómodas en los asientos de aquel automóvil. ¡No sabía cuán equivocada estaba! Lo comprobé en cuanto las puertas traseras se abrieron. El conductor no bajó de la furgoneta, no se dignó ni tan siquiera a presentarse. Fue Andy el que nos abrió e invitó a subir. Echando una rápida mirada al interior, la sorpresa se apoderó de mí. Y supe que lo mismo le pasó a Leslie, pues dio un paso hacia atrás, con recelo.

Allí dentro había unas cuantas chicas sentadas, encogidas y con los ojos entrecerrados a causa de la luz repentina. En realidad, decir «unas cuantas» sería quedarme corta. Lo que había allí era una aglomeración. Un montón de chicas (no pude contarlas), acurrucadas unas a otras, sin apenas hueco para poder mover las piernas. Algunas tendrían mi edad; otras no llegaban ni a los diez años. En sus expresiones no distinguí emoción alguna, quizá solo un poco de cansancio por el tiempo transcurrido desde que comenzó su viaje.

Supongo que a todas nos podía más el deseo de huir de nuestras propias pesadillas, el sueño de vivir una vida feliz y, sobre todo, digna... Algo que

nos había sido prohibido. Y, supongo también, que eso fue lo que me hizo dar unos pasos más y subirme a esa furgoneta oscura, ayudando antes a Kim a entrar en ella.

Leslie, por su parte, lo pensó un poco más. Desvió su mirada, desorientada, de un lado a otro y, cuando se cruzó con la mía, le dediqué un gesto de ánimo, apoyándola simplemente con mis ojos oscuros. No hicieron falta las palabras. Extendió su mano, solicitando mi ayuda, y se la ofrecí. Ella era más bajita que yo, y la furgoneta un poco alta, así que agarré con fuerza su mano y en unos segundos ya estaba dentro, junto a nosotras. Creí que esa podía ser la señal del principio de una amistad, pero me equivoqué, pues durante el resto del viaje no volvimos a dirigirnos la palabra. Tomamos asiento donde pudimos, encogidas entre las demás muchachas; y a Leslie ya no la volví a ver hasta que llegamos, pasados un par de días. Tampoco a Andy, ya que él se sentó delante, junto al misterioso conductor. Cuando el motor se puso en marcha, el corazón, traicionero, comenzó a retumbarme con fuerza. Me agobiaba mucho estar así: a oscuras y sin apenas sitio, con esa sensación de encarcelamiento. Me obligué a guardar la calma, por y para mi hermana, la cual ya era lo bastante fuerte como para no rechistar en esas circunstancias.

—¿Me das a Lara?

Su voz me sobresaltó entre el silencio colectivo. Ninguna chica hablaba, tal vez a ellas también les habían dado la misma orden. «Prohibido hablar con nadie durante el viaje».

—Claro. Ahora mismo te la doy.

Con gran esfuerzo, retiré la mochila de mi espalda y la abrí para sacar la muñeca. A mi lado hubo algún gruñido de protesta. Al ser el espacio tan reducido, seguramente le di a alguna de ellas. Murmuré un «lo siento», sin saber a quién, pues no veía nada; y puse la muñeca en los brazos de mi hermana.

—Gracias. Quiero abrazarla. Lara me ha dicho que tiene mucho miedo — me contó Kim, con su voz dulce.

Tragué saliva. Era su manera de expresarme su propio miedo, sin tener que llegar a reconocerlo. Pasé mi brazo por su pequeño cuerpo y la apreté hacia el mío.

—Ven aquí. Dile a Lara que no tiene que estar asustada. No estando conmigo. Yo cuidaré de vosotras — prometí.

No pude ver la expresión de Kimberly, pero adiviné su asentimiento. Confiaba en mí como no lo había hecho nadie, confiaba en mí como ni yo

misma lo hacía.

—Lara y yo tenemos sueño.

—Pues a dormir, entonces. Cierra los ojos y piensa en cosas bonitas. Piensa en los juegos a los que siempre jugamos juntas, y en los muchos juguetes y muñecas que te compraré en cuanto todo mejore.

—¡No quiero otra muñeca! Solo quiero a Lara. Y así será siempre.

No pude reprimir una sonrisa tras su afirmación y su voz enfadada.

—Y yo solo te quiero a ti. Y así será siempre.

Se acurrucó más contra mí y apoyó su cabeza en mi hombro. Al poco, se quedó dormida. Yo no pude pegar ojo en toda la noche. Los músculos me dolían, debido a la incómoda postura y a la imposibilidad de mover el cuerpo; pero, de todas formas, no dejé ni un solo momento de acariciar el cabello de mi hermana y cuidar su sueño, como tantas otras noches había hecho.

## EL PODER DE UNA CANCIÓN

No supimos cuándo había amanecido, a causa de la enorme oscuridad que nos envolvía. Pasaron horas y horas... y más horas, y nosotras seguíamos allí, en el mismo sitio, en la misma postura.

Al principio, logré engañar al cansancio de Kimberly, entreteniéndola con numerosas canciones e historias inventadas. Ella me escuchaba con atención; siempre le había gustado que yo le narrara cuentos. Mi imaginación era grande. Sin embargo, llegó un momento que se me agotaron las ideas. Ya no había más canciones, ya no se me ocurrían más formas en las que distraer a Kim. Hubo un instante en el que hasta la voz me abandonó. Las cuerdas vocales me fallaban. Llevábamos demasiado tiempo allí metidas y aquello estaba empezando a pasar factura. Casi no podíamos ni respirar.

Kim empezó a revolverse, inquieta en su sitio, y su voz amenazaba con pasar al llanto de un momento a otro.

—¡Tengo sed!

No mencionó nada sobre el hambre, que seguramente todas padecíamos. Mi hermana estaba acostumbrada a aguantar periodos largos sin comer. En cambio, el agua era necesaria. Saqué la botella que nos había dado Andy antes de subir y se la ofrecí. Kimberly bebió con ansias. Después, di un pequeño trago y la guardé de nuevo.

—¿Cuándo vamos a llegar? Me duelen las piernas.

Sentí que el corazón se me encogía, al no poder darle una respuesta. Y fue entonces, justo en ese momento, cuando una voz me salvó de aquel difícil momento.

—Yo me sé una canción muy bonita. Es personal, es una canción solo mía, pero puedo compartirla contigo, si quieres.

Mi hermana aceptó la propuesta de inmediato, emocionada con la idea de que esa chica compartiera su canción con ella.

—¡Me gustaría mucho!

Entonces, aquella voz, que provenía de la misma chica que antes se había quejado de mis movimientos, comenzó a cantar.

—«Una vez fui pequeña, una vez tuve miedo. Quería ver las estrellas y alcanzar a ver el cielo. Estaba tan alto que no conseguía verlo; pero, con gran

esfuerzo, logré alcanzar mi sueño» ...

Y así, dejándose llevar, como si estuviera sola en aquel furgón, siguió entonando esa canción. Su canción, hasta ese momento. Su voz era tan dulce y transmitía tanto sentimiento que logró sacarme unas lágrimas, a causa de la emoción y el agradecimiento infinito que me invadía. Todas las chicas guardamos silencio, cada una sumida en nuestros propios pensamientos, aferrándonos a esa voz para vencer el miedo. Cuando, tras unos largos minutos, terminó, se hizo un momento el silencio. Después, ¡cómo no!, fue Kim la que rompió ese momento.

—¡Me encanta! ¡Cantas genial! ¿Me la cantas otra vez, porfi?

Y así lo hizo. Volvió a deleitarnos con su voz, que tenía un toque mágico; o así lo vi entonces.

Una vez dejó de cantar, le susurré con la voz casi ahogada por la emoción:

—Gracias. Me hubiera gustado tener una voz como la tuya.

Entonces me respondió y, aunque no pude ver su rostro, su tono estaba cargado de sentimientos.

—No hay de qué. A mí me hubiera gustado tener una hermana como la tuya. Tienes suerte, nunca estarás sola.

Y, sin más palabras, me dejó sumergida en un sinfín de pensamientos. Tenía suerte; tenía a Kim a mi lado. Y, con ella, una razón por la que mantenerme de pie. Y así, con esa seguridad en mi mente, no pude evitar dejarme vencer por el sueño y fui quedándome dormida. Esta vez, fue Kimberly la que acarició mi cabello.

No recuerdo haber sentido en mi vida tanto alivio como cuando, por fin, llegamos a nuestro destino. Cuando noté la furgoneta detenerse y, con ella, el ruido de su motor, solté un suspiro de tranquilidad. El trayecto había sido excesivamente largo, sobre todo dadas las condiciones en las que las demás chicas y yo habíamos viajado. Nos habíamos detenido en contadas ocasiones, en las que se nos permitió bajar por turnos a hacer nuestras necesidades. Por lo demás, habíamos permanecido allí, apiladas unas con otras, sofocadas por el calor excesivo y luchando por no perder la respiración, ni la calma. Había aguantado el hambre e incluso la sed, racionando al máximo mi botella de agua para que no le faltase a mi hermana. Lo que en verdad llevé mal fue la falta de oxígeno, la sensación de asfixia al sentirme encerrada en un espacio tan reducido.

Por eso, cuando finalmente las puertas se abrieron y pude respirar aire fresco, sentí tanta felicidad que casi me pongo a llorar. Pero no lo hice. En su lugar, abracé a mi hermana y le dediqué una amplia sonrisa, celebrando así nuestro triunfo. Afortunadamente, todo había salido bien. O eso es lo que pensaba. Habíamos cruzado la frontera y nada, ni nadie, nos lo había impedido.

Nos costó un gran esfuerzo mover el cuerpo en condiciones. Las piernas se habían adormecido y la sensación de hormigueo era incesable. Tuvimos que esperar un buen rato hasta que los músculos comenzaron a obedecer las órdenes que le daba nuestro cerebro.

El hombre que nos había abierto la puerta me era desconocido. Imaginé que se trataría del chófer misterioso y no le presté más atención, ya que enseguida se dirigió a otro grupo de muchachas.

Entre la muchedumbre, busqué con la mirada a Andy. Y entonces la puerta del copiloto se abrió y de allí bajó él. Estuve tentada de correr a su lado y lanzarme a sus brazos, realmente contenta de verlo de nuevo. Pero me contuve. Mi cuerpo tampoco me lo habría permitido. Se acercó hacia nosotras y se paró enfrente, observándonos una por una, con mirada aprobatoria.

—Excelente, chicas. Habéis hecho un gran trabajo. Habéis aguantado como unas valientes. Estoy orgulloso de vosotras.

Supongo que, con sus palabras, pretendía infundirnos ánimos y, de una forma u otra, a mí consiguieron reconfortarme.

—¿Ahora cuál es el plan? —preguntó una voz femenina, a mi lado.

Era Leslie, y no supe en qué momento se había unido a nosotras dos.

—Ahora... Debemos esperar. —Señaló el cielo azul y resplandeciente—. Nos encontramos ya fuera de nuestro país, pero todavía falta mucho para llegar a nuestro destino. No podemos hacerlo así, en plena luz del día, así que aguardaremos a que anochezca y, después, emprendemos el camino.

—¿Por qué tiene que ser todo de noche? ¿Por qué nos escondemos?

Por unos segundos, pensé que Andy regañaría a Leslie por su interés. Ya lo había dejado claro. Una de las reglas era no preguntar demasiado...

Sin embargo, Andy respondió con tranquilidad:

—De la policía. No conviene que nos encuentren. Recordad que, aquí, sois inmigrantes. Inmigrantes ilegales —añadió—. Y, hasta que la situación se normalice, será mejor que pasemos desapercibidos; en la medida de lo posible.

No hubo más preguntas. Por órdenes de Andy y del otro señor, nos dividimos en dos grupos. En uno, el del conductor, se fueron unas cuantas chicas. En el de Andy, conté unas diez muchachas, incluyéndonos a Leslie, Kimberly y a mí misma.

Me fijé en las demás niñas. Todas tenían la misma expresión de nerviosismo, la misma mirada ausente; tal vez sumergidas en los recuerdos y en el temor de lo desconocido.

Siguiendo las indicaciones de nuestro guía, nos sumergimos en una especie de bosque que había al lado de la carretera. Allí, resguardados entre los árboles, decidimos hacer tiempo y aprovechar para descansar. Algunas no se sentaron, habíamos pasado demasiado tiempo sentadas y prefirieron ejercitar un poco el cuerpo, estirándose y dando pequeños paseos, sin alejarse de nuestra vista. Otras, entre ellas nosotras tres, nos acomodamos en el suelo como pudimos, buscando la postura correcta para relajar nuestros adoloridos músculos. Y así, entre pequeñas charlas sin sentido y pensamientos entremezclados, fueron pasando las horas. Casi la mayoría de nuestras acompañantes terminaron por quedarse dormidas. Yo no pude conciliar el sueño. Me fijé en que, unos pocos metros más allá de donde yo me encontraba, Andy tampoco podía pegar ojo. Se encontraba sentado, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y la mirada perdida en un punto fijo. En un momento determinado, nuestras miradas se cruzaron. Una descarga eléctrica

sacudió mi cuerpo al sentir sus ojos clavados en los míos.

En esa mirada expresamos tanto, tanto, que jamás pude comprender cuál era su significado. Por mucho que lo he intentado.

De pronto, desvió la vista hacia el otro lado, casi diría que avergonzado; y yo me quedé confusa, vagando entre un montón de pensamientos; unos buenos y otros... no tanto.



## Y LLEGÓ LA NOCHE

Y llegó la noche. Y, con ella, nuestra partida. Comenzamos a caminar, siguiendo siempre los pasos que Andy daba. Nos adentramos en el bosque, iluminados solo por la clara luz de la luna. Andy disponía de una pequeña linterna, pero la usó en contadas ocasiones, para que las pilas no se agotasen tan deprisa.

Pronto nos dimos cuenta del brusco cambio de tiempo. En nuestro país, vivíamos en un constante calor. Se podría decir que no existían las estaciones para nosotros. En cambio, en ese nuevo y desconocido país, el clima era muchísimo más fresco. Andy, como nos había prometido antes, llevaba ropa en su mochila (mucho más grande que las nuestras), para todas nosotras. Nos proporcionó a cada una de nosotras una chaqueta de manga larga. En cambio, no nos dio nada para cubrir nuestras piernas. A pesar de las nuevas prendas, el frío era tan hondo que se calaba en los huesos y helaba las entrañas.

Kim, en todo momento guiada de mi mano, protestó:

—¡Tengo frío!

Me fijé en ella: estaba tiritando. No lo dudé un segundo. Me desprendí de la chaqueta, la cual me acababa de poner, y se la puse a ella por encima de la suya. Le quedaba bastante grande y le llegaba hasta más debajo de las rodillas, por lo que confié en que eso la protegiera del despiadado frío.

Nos internamos enseguida en las montañas y las atravesamos, descansando en contadas ocasiones. Nos deteníamos solo para recobrar el aliento y eso, como mucho, en las horas con más luz del día, que eran en las que más peligro corríamos de ser descubiertos. Comíamos algo de lo que Andy nos ofrecía, todo comida envasada; y bebíamos agua, racionándola al límite. Muchas aprovechaban esos pequeños ratos para dormir un poco; a mí me resultaba casi imposible poder hacerlo. Me encontraba demasiado nerviosa. Tuve que repetirme varias veces las razones por las que había llegado hasta allí. Continuamente, la imagen de mi padre surgía ante mis ojos. Él era el causante de esa decisión; por él y por proteger a mi hermana de su maldad, había llegado a ese punto. Entonces, las ganas de abandonar se evaporaban y surgía de nuevo la fuerza para continuar el camino.

Cuando llevábamos más de un día de trayecto, sorteando caminos y,

desviándonos hacia otros, comprendí que Kim no podría soportar dar unos pasos más. Era la más pequeña de todas. Hasta las chicas que iban en nuestro grupo me lanzaban miradas reprobatorias, juzgándome en silencio por haberme atrevido a meter a mi hermana en tan alocado plan. ¿Cuántas de ellas habrían dejado atrás a su familia? ¿Tendrían acaso también un hermano o hermana pequeña? Busqué entre ellas a la muchacha de la voz dulce, la que nos deleitó con su emotiva canción. Quería ponerle rostro, pero ninguno me resultaba conocido. Ni siquiera sabía si la dueña de esa voz se hallaba entre nosotras o se había alejado en el otro grupo, quién sabe a dónde.

Cargué a mi hermana en mis brazos. Lo había hecho muchas veces, cuando caminábamos hacia el pueblo, y ese viaje no sería menos. Kim era de complexión delgada; pero, aun así, sabía que no sería capaz de llevarla mucho tiempo sin que me faltara el aire y sin que mis piernas empezaran a rebelarse. Ella no opuso resistencia. Estaba demasiado cansada y acabó por dormirse en mis brazos. Nadie se ofreció a ayudarme, ni siquiera Andy; tampoco lo habría permitido. A pesar del agotamiento, sentir la piel de mi hermana y sus brazos rodeando mi cuello era lo que me reconfortaba y me daba ánimos para seguir adelante.

Mis pies sangraron de tanto caminar. Pasaron dos o tres noches hasta que llegamos a nuestro destino. Hubo momentos en los que creí que no podría soportar seguir andando. Pero lo hice.

Cuando pensé que no podía más, cuando estaba a punto de desfallecer, dejándome caer al suelo y echar así por la borda todos nuestros propósitos, por fin... llegamos. Recuerdo que pensé que todo había terminado. Lo que no sabía era que, en realidad, no había hecho más que empezar.

Mis ojos no podían apartar la mirada de esa casa. Mientras nos acercábamos, observé con atención todo lo que podía captar con mi mirada. Me impresionaron en especial las verjas que rodeaban la casa. Esta se encontraba a las afueras de la ciudad, rodeada de carreteras y descampados. Me sorprendieron las luces de un letrero grande que colgaba de la fachada. Quería investigar cada detalle, ya que allí sería donde nos instalaríamos a partir de ese momento.

Las demás chicas y yo nos paramos frente a la casa, mirándonos unas a otras; con gesto curioso y, a la vez, cómplice. Al fin y al cabo, a todas nos unía la misma causa. Cuando las verjas se abrieron, emitiendo un leve chasquido, entramos. Caminamos en todo momento detrás de Andy. Él nos dirigió hacia el interior de la casa y fue ahí cuando mi sentido de alerta empezó a activarse. Nada más entrar, nos recibieron un par de chicas bastante jóvenes y nos saludaron con educación. En sus rostros se dibujaba una gran sonrisa, pero había algo en esa sonrisa que me hizo desconfiar. Debajo de esa cordialidad se escondía un sentimiento extraño, un sentimiento que todavía no podía descifrar.

Atravesamos un vestíbulo, en el que nos topamos con más mujeres. En verdad, eran niñas; pues dudo mucho de que alguna sobrepasara la mayoría de edad. Todas se asemejaban a las dos muchachas anteriores, las que nos invitaron a pasar con fingida alegría. La misma sonrisa en los labios pintados; las mismas caras, demasiado maquilladas para su edad; el mismo vestuario, demasiado fresco para ese tiempo y con demasiada piel para enseñar. Fue justo entonces cuando pensé: «Hay algo que no va bien». Pero no pude, ni quise, valorar la gravedad de la situación. Nos habíamos metido por voluntad propia en la boca del lobo. Y nuestro lobo nos conducía por los pasillos de esa casa hasta su manada.

Una puerta, la última al fondo del largo pasillo, se abrió ante nosotras. Andy nos hizo una señal con la mano, instándonos a pasar y, cuando lo hubimos hecho, cerró la puerta. Solo que él no entró en aquella habitación. En ese cuarto cuadrado, tal vez hasta más pequeño que el que teníamos en nuestra casa, no había apenas muebles ni decoración alguna. Solo un par de sofás

descuidados adornaban la habitación. Mis sospechas se confirmaron en cuanto vi a esos hombres. Conté rápidamente; eran cuatro. Todos ellos grandes, de cuerpo fornido y con rasgos agresivos en sus rostros, que inspiraban respeto y desconfianza.

Por inercia, di unos pasos hacia atrás cuando dichos hombres se acercaron. Lo mismo hicieron las demás chicas, por lo que pude ver por el rabillo del ojo. Solo Leslie permaneció inmóvil, de pie frente a ellos y con mirada seria, casi diría desafiante. Quizá no se había percatado aún de lo mal que estaban saliendo las cosas; no había juntado cabos sueltos; o puede ser que sí lo hubiera hecho y por eso esa postura decidida, pretendiendo darles a entender que no tenía miedo. Pero lo tenía. Lo supe por el temblor traicionero de sus piernas, que la delataban.

Uno de los hombres carraspeó:

—Bienvenidas, chicas. Este es, a partir de ahora, vuestro nuevo hogar.

No respondimos. El hombre dio unos pasos más con sus largas piernas y se detuvo frente a Leslie, observándola con ojos escrutadores. Temí por ella. No era santo de mi devoción, precisamente, con su personalidad huraña y fría; pero recé en mi interior por su suerte como si se tratara de la mía.

Sin embargo, el hombre la ignoró y pasó de largo. Nos analizó a todas, posando su fría mirada sobre cada una de nosotras. En un gesto instintivo, empujé a Kimberly hacia atrás, escondiéndola con mi cuerpo. Fue entonces cuando sucedió. El hombre clavó su mirada en mi rostro y esbozó una sonrisa. Una sonrisa desdentada; una sonrisa que, lejos de agradarme, me heló la sangre.

—Me llamo Andrés —se presentó.

Al menos, podía entender su idioma. Su acento no era el mismo que el de la gente de mi tierra, pero sus palabras eran comprensibles para mis oídos.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, sin dejar de mirarme ni de sonreír.

Mi cuerpo se tensó. Asustada, musité como pude:

—Me llamo Yurani.

—Encantado, Yurani. —Estiró la mano, pero no obtuvo respuesta por mi parte—. ¿Cuántos años tienes?

—Doce. Tengo doce años —volví a responder, con el mismo tono asustado.

—Muy bien. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Eres muy bonita. Imagino que te lo habrán dicho muchas veces ya...

No... No me lo habían dicho. A excepción de Andy, nadie se había fijado

en mí. Bueno, mi padre; pero eso no contaba, pues él me miraba con los mismos ojos sarnosos de aquel hombre. Me causaba náuseas esa expresión.

De todas formas, sabía que era guapa; siempre lo había sabido. Pero nunca imaginé que esa belleza me traería tantos problemas.

Otro hombre se dirigió a él y su interrupción me hizo respirar con alivio:

—Venga, Andrés, a lo que estamos. Ya habrá tiempo para presentaciones personales. —Le guiñó un ojo—. Ahora, tenemos mucho por hacer.

El tal Andrés asintió, dándole la razón; y entonces su semblante volvió a ponerse serio. No sabía si me asustaba más su simpatía irónica o su seriedad imponente. Lo que sí tuve claro es que aquel era un hombre con el que era mejor no tener problemas.

—Voy a contaros cómo funcionan las cosas aquí. No dispongo de mucho tiempo, así que seré breve. A partir de esta noche, trabajaréis con nosotros. ¡Perdón! —rio, divertido de su propia corrección—. Trabajaréis para nosotros.

Una muchacha, sin duda alguna la más ingenua de todas, habló:

—Yo puedo trabajar. En mi casa me encargaba de la limpieza y de la cocina siempre, ya que mi madre estaba muy enferma. Cuando murió, no me quedó nadie más en la vida. Por eso decidí buscar mi camino. Y estoy dispuesta a trabajar duro.

Los cuatro hombres soltaron una carcajada al unísono. Y el escalofriante eco de sus risas retumbó en mis oídos.

—¡Lo harás! —dijo uno de ellos—. Trabajarás muy duro, pero no de la forma en la que tú te piensas. Para esas tareas, ya disponemos de personal cualificado.

La muchacha desvió su mirada entre las cuatro paredes blancas, confundida y sin entender nada todavía. Era muy joven; calculé que rondaría los diez años aproximadamente.

Entonces, Andrés volvió a tomar la palabra:

—No nos interesa vuestra vida anterior, así que ahorraros las explicaciones. Si os portáis bien, todos saldremos ganando. Si no... peor para vosotras.

Se dio la vuelta y nos dio la espalda. Se aproximó a uno de los sofás, agarró unas bolsas grandes de plástico que allí había y volvió a nuestro encuentro.

—Estas bolsas son vuestra ropa nueva. Cuando llegéis a las habitaciones que os hemos asignado, quitaos esos trapos mugrientos y

deshaceos de ellos. Aquí no los vais a necesitar.

No me hizo falta ver lo que había allí dentro para saber qué clase de ropa nos iba a dar. Ya me imaginé a mí misma con el mismo vestuario que las demás mujeres de afuera, y me negué a aceptar aquella visión.

Leslie, asumiendo el papel de representante del grupo, se dirigió a Andrés, el cual parecía ser el cabecilla de aquel conjunto de hombres.

—No pienso ponérmela. Me quedaré con mi ropa. Os agradezco el detalle, pero no es necesario.

Su tono de voz aparentaba ser educado, pero todos pudimos captar el desafío en sus palabras. Andrés también. Se acercó a ella y puso su cara muy cerca de la de Leslie, separadas solo por unos milímetros.

—A ver si te enteras, niña. No tienes elección. Ahora nos perteneces. — Nos miró a las demás—. Ahora sois nuestras. Ahora no sois nadie.

El corazón me retumbó al escuchar esas palabras. Todavía no podía creer lo que estaba viviendo. Me negaba rotundamente a aceptar la realidad. Agarré fuerte la mano de mi hermana y me dispuse a darme la vuelta.

—Vamos, Kim. Nos vamos. Este no es nuestro sitio. Ha habido alguna equivocación.

—¡No hay ninguna equivocación! ¿Qué no os ha quedado claro? No podréis salir de aquí; no sin nuestro consentimiento.

—Pero... no podéis retenernos aquí. La ley no lo permitiría.

Leslie había acudido en mi defensa, expresando en voz alta lo que pasaba por mi mente, y se lo agradecí con la mirada.

—¡Sí podemos! Y lo vamos a hacer. ¿Qué sabrás tú de leyes? Aquí no hay ley; aquí la ley somos nosotros.

Un escalofrío recorrió mi piel. Hice un esfuerzo por no llorar, no delante de mi hermana. Con la mirada perdida, busqué desesperadamente a la única persona que podía sacarnos de ese suplicio.

—¡Exijo ver a Andy!

Andrés soltó otra carcajada.

—No hay problema. Carlos, llámalo.

El tal Carlos, el único hombre que, hasta ahora, no había participado en la conversación, obedeció de inmediato la orden de su jefe y salió de la habitación. Al poco volvió con Andy. Me abalancé sobre él en un intento desesperado.

—¡Andy! ¡Andy, diles que hay un error! Estos hombres pretenden hacernos daño. A mí... y a las demás chicas. —Señalé con mi mano a las

muchachas, todas cabizbajas y temblorosas—. ¡Diles que no hemos venido para esto!

Mi voz estaba rota por el dolor y casi no podía contener las lágrimas, tanta era la excitación en la que me encontraba. Andy me miró fijamente y, a continuación, habló. Creo que jamás podré olvidar esas palabras.

—No hay ningún error, Yurani.

Abrí los ojos como platos y traté de articular alguna palabra, en vano.

—Deja de portarte como una cría. No montes escándalos y todo será más fácil, para ti y para nosotros.

Asimilé rápido la información. Había dicho *nosotros*. ¿Qué tenía que ver él con aquellos desalmados? ¿Por qué me había hecho eso? ¿Por qué me había engañado? Presa de un ataque de histeria descontrolado, lo sacudí; o, mejor dicho, hice el amago. Y golpeé fuertemente su pecho con mis manos.

—¡No! ¡No puedes decirme esto! ¡Teníamos un trato!

—Y lo he cumplido. Te he sacado de esa casa en la que vivías y te he librado de los abusos de tu padre. Deberías agradecerme eso. Aquí, por lo menos, cobrarás por ello.

Un montón de imágenes visitaron mi mente. Recordé la primera vez que lo vi, la primera vez que mis ojos se fijaron en los suyos; recordé cómo su manera de dirigirse a mí y su acento encantador me cautivó; recordé su generosidad, su simpatía, su preciosa sonrisa... Y las miles de veces que me imaginé viviendo a su lado, en sus brazos. Me maldije por ello, por haber tenido la osadía de fijarme en él, por no haber visto más allá de sus bonitos ojos negros. No estaba segura de si eso había sido amor; pero, si había sido así, dejé de quererlo en ese mismo momento. Guiada por la rabia y la decepción, levanté mi mano hacia él y le di un tortazo. No fue tan fuerte como hubiera deseado, pero el efecto que tuvo en Andy sí lo fue. Me miró, con un gesto mezclado entre sorpresa y desprecio, y levantó su mano para devolverme el golpe.

Me asusté más por Kimberly que por mí misma. Quise tapparle los oídos; quise tapparle los ojos para que no viera esa escena, ni a las demás niñas llorando. Recé en mi interior para que no entendiera nada de lo que estaba sucediendo.

Contra lo que había pensado, no fui castigada por mi atrevimiento. Andy siguió mirándome y se limitó a decir:

—Estás complicando todo demasiado. Yo solo hago lo que tengo que hacer. Dedícate a hacer lo mismo.

—No pienso hacerlo. No haré nada de lo que me pidáis.

Andrés se acercó a mí.

—Mira, niñata, estás acabando con mi paciencia. Y no es mucha. Empezaréis a trabajar mañana mismo, y no hay más que decir. Eres bonita, pero demasiado soberbia. Y a las fieras hay que domarlas. Nada nos impedirá hacerlo contigo. Si colaboras, no habrá daño alguno. Si no lo haces, alguien tendrá que pagar las consecuencias de tus actos. Y, por lo que tengo entendido, quieres mucho a tu hermanita...

Dirigió su mirada hacia Kim y ella, por instinto, bajó la cabeza hacia el suelo.

Me apresuré en regresar a su lado y volver a darle la mano, la cual solo había soltado para pedirle explicaciones a Andy. Ver la mirada de ese monstruo fijada en la de mi hermana me heló las entrañas. Una vez más, estaba atada de pies y manos. Y todo por tener en mi vida a una persona a la que amaba más que a mi propia vida.

Andrés siguió hablando, pero ya apenas entendía lo que decía.

—Dirás que eres virgen, así pagarán por ti un precio más alto.

Los ojos se me humedecieron y ya no pude hacer nada para contener las lágrimas. Me rendí ante ellas, dejándolas caer, una tras otra, con un peso insostenible que me aplastaba el alma. Y así, en medio de un mar de lágrimas, acepté mi destino; sabiendo que no habría nada que pudiera hacer para escapar de él.



## ESTAMOS JUNTAS EN ESTO

Aquella noche descubrí un nuevo talento, hasta ahora escondido, en mí. Deberían haberme otorgado inmediatamente un puesto como actriz. Era increíblemente buena. Tenía que serlo. Las cosas estaban sucediendo demasiado rápido y no podía permitir que Kimberly lo notara. En mi afanado intento de protegerla, dejé de lado mis miedos y mi desesperación al saberme víctima de un engaño horrible. Aparté de mi mente lo que mi corazón había sentido por Andy, ese chico que me cautivó con la misma facilidad con la que después me había engañado.

Él fue el encargado de enseñarnos nuestras habitaciones. Nos condujo por la casa, haciéndonos parar delante de las puertas respectivas y apremiándonos a entrar, para después dejarnos encerradas en esas habitaciones. Como éramos bastantes muchachas, nos tocó dividirnos. Nosotras compartiríamos cuarto con dos muchachas más; una de ellas era Leslie; la otra... todavía desconocíamos de quién se trataba, pues no se hallaba entre nosotras. Imaginé que habría muchísimas chicas más en la misma situación lamentable que la nuestra; me pregunté si, las que ya habíamos visto en nuestra entrada a la casa, también se encontrarían allí en contra de su voluntad, fruto de una trampa malintencionada.

Andy se marchó, de la estancia y de mi vida, sin mediar palabra. No hubo una disculpa, un intento de arrepentimiento, ni tan solo una mirada. No volvería a ver esos ojos negros que me habían devuelto la ilusión de vivir; al menos, no de la misma forma. El sonido de las llaves tuvo el efecto deseado en nuestros oídos. Estábamos encerradas, aisladas por completo y sin posibilidad alguna de salir de aquel lugar; al que por cuenta propia nos habíamos metido.

Leslie y yo nos miramos; fue una mirada corta, no duró más de unos segundos, pero en ese espacio corto de tiempo nos dijimos tanto... No podíamos expresar verbalmente sobre todo lo que estaba pasando a nuestro alrededor. Kimberly estaba presente y, a pesar de la frialdad que Leslie se empeñaba en mostrar, supo respetar ese hecho. Con sus ojos oscuros me transmitió un mensaje de aliento: saldríamos de esta. No sabíamos cómo ni cuándo, pero lo haríamos. Aquel no era nuestro sitio. Traté de devolverle el

sentimiento de la misma forma; pero, para cuando quise hacerlo, ella ya había apartado la mirada. Se apresuró en elegir cama y meterse en ella, cobijándose bajo las mantas. Me acerqué con pasos lentos y me quedé de pie junto a ella.

—No es justo. Lo que están haciendo con nosotras. Las dos lo sabemos bien. Por eso tenemos que estar unidas. De esa forma, todo será más fácil.

Como respuesta, solo obtuve su indiferencia. Se giró, quedando así tumbada de espaldas a mí, en un gesto claro de desinterés hacia mis palabras.

—Sé que me estás escuchando. Ahora estás asustada, aunque te empeñes en negarlo. Es normal y lo entiendo. Pero, de una forma u otra, estamos juntas en esto.

Sin añadir nada más, me alejé de ella y volví de nuevo al lado de mi hermana. Kimberly tenía la mirada ausente, me observaba casi sin verme. Su pequeño cerebro se encontraba maquinando a toda velocidad; trataba de juntar las piezas de aquella noche, y también de las pasadas, y formar el puzle para poder entender algo... en vano. Era demasiado inocente todavía para este mundo injusto, y sus pocos años de vida le impedían comprender la crueldad a la que estábamos siendo sometidas.

Tragándome de un golpe todos los temores, me exigí cuidar de ella como se merecía e impedirle sufrimiento alguno. Ella no era culpable de mis decisiones, de mi deseo impulsivo de lanzarme a un mundo nuevo; la única culpa de la que podía cargarle era la de confiar en mí a ciegas. Y ahora iba a pagar las consecuencias por ello.

Después de explicarle de mil y una maneras que aquella no era una casa fea, como ella pensaba, ni los anteriores hombres eran malos, como le parecía creer, Kim se relajó y decidió creerme. Solicité su opinión para elegir las que, a partir de entonces, serían nuestras camas. En realidad, no había mucho para pensar. En la estancia apenas había dos literas de madera con un pequeño espacio entre ellas. Al fondo, un armario empotrado; demasiado grande para las pocas pertenencias que habíamos traído con nosotras. Al haber dejado claro Leslie cuál sería su rincón de descanso, no nos quedaba más opción que coger las que quedaban. La litera de la derecha sería la nuestra. Sin dudarlo ni un instante, nos tendimos las dos en la cama de abajo. Al menos, ahora no solo disfrutábamos de un colchón en el suelo, como en nuestra vieja casa. Puestos a ser sinceros, debo decir que resultaba bastante cómodo estar allí tumbada. O tal vez era debido al cansancio que mi cuerpo tenía acumulado.

Nos resguardamos del frío clima de esa habitación con las mantas suaves y con nuestros propios cuerpos, entrelazando nuestras piernas y acercando

nuestra piel lo más que pudimos. A petición de mi hermana, me dispuse a narrar un cuento, uno de tantos, uno de los muchos que siempre le había contado. Aquella noche no logré terminar mi historia; mis ojos se cerraron antes de hacerlo. Contra lo que me había propuesto, no pude mantenerme despierta ni efectuar mi sentido de precavida guardia; no fui lo suficientemente fuerte como para vencer al instinto básico de mi cerebro, el cual me pedía a gritos una tregua, unas horas de descanso. Entre los leves ronquidos de Leslie, que ya llegaban lejanos a mis oídos, y la cálida respiración de Kimberly, me dejé llevar y me sumergí de lleno en el mundo de los sueños; ese en el que todo es posible y nada parece carecer de sentido.

Me despertaron unos gritos. Aterrorizada, me incorporé de un salto en la cama, quedándome sentada y con los cinco sentidos en máxima alerta. Eché una rápida mirada al lado izquierdo de mi cama. Al corroborar la presencia de Kimberly, que seguía durmiendo tranquilamente, respiré con alivio. La voz de esos lamentos angustiosos me había resultado conocida y, por un momento, había conseguido asustarme.

Entonces, buscando con rapidez el parecido con esa voz, me di cuenta de quién provenía ese grito desesperado, ese aullido implorando clemencia. Deseando con todas las fuerzas de mi ser equivocarme, dirigí la mirada en dirección a la litera contigua; la cama de arriba seguía vacía, como la noche anterior; la de abajo... también.

—¡Leslie! —exclamé con un grito ahogado.

Ignoraba en qué momento había salido de nuestra habitación, qué motivo la había incitado a marcharse sin decirnos nada. Lo que tenía claro era que estaba en apuros. Y yo, aunque mi instinto protector me odiara por ello, no podía hacer nada por ayudarla. Era más importante proteger a mi hermana, a la cual no dejaría sola en ese ambiente desconocido y peligroso. Kimberly, alarmada por mi grito, abrió los ojos sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Nada. No pasa nada. Solo ha sido un sueño.

Pasó sus pequeñas manos por los ojos, restregándolos. Y yo me apresuré en llevar las mías a sus orejas. Se las tapé, apretando con fuerza, para evitar que escuchase nada de lo que estaba aconteciendo allí fuera, detrás de esas paredes que, por el momento, nos protegían. Ella trató de zafarse, empujando mis manos, en un intento fallido.

—¿Qué haces? Suéltame. Me haces daño —protestó.

Pero no le hice caso. En lugar de eso, aflojé un poco y acerqué mi boca a su oído.

—Es un juego. Más tarde te lo explico.

Al ver su expresión desconcertada, me apresuré en insistir.

—Gana la que más aguante. Tienes que guardar silencio. Mejor, duerme un ratito más. Aún es pronto.

Kim abrió los ojos como platos; pero, siguiendo las reglas del misterioso juego, me contestó en el mismo tono bajito que yo había empleado:

—No tengo más sueño. Ya es de día. —Señaló con sus dedos la ventana, la luz que entraba por ella dejaba ver con claridad que ya era hora de ponerse en pie y comenzar un nuevo día.

Hasta ese momento, no me había percatado de los barrotes que protegían la ventana; habían sido cuidadosos también en ese aspecto y, por si quedaba alguna duda, acababa de ser disipada. No había escapatoria alguna, no existía manera de librarnos de lo que nos esperaba. A juzgar por los gritos que había proferido Leslie, no podía ser nada bueno. Me aterrorizaba el hecho de imaginar lo que estaría pasando con ella. Deseché rápido esas visiones y me reconforté, convenciéndome de que el silencio que ahora reinaba era una buena señal.

En ese preciso momento, se abrió la puerta. En cuanto escuché el sonido de la cerradura al girar, me abalancé a cubrir con mi cuerpo a mi hermana. Con gesto fraternal, rodeé su cuerpo con mis brazos y la apreté fuerte junto a mí; demasiado efusiva, quizá, puesto que Kim soltó un quejido protestando de nuevo.

—¡Ay! ¿Te has vuelto loca?

Puse mi dedo índice en sus labios.

—¡Chsst! Calla.

Quise cerrar los ojos, temerosa de lo que iba a encontrarme; pero me obligué a mantenerlos bien abiertos para ser consciente en todo momento de lo que sucedía. Para mi sorpresa, no fue Andrés, ni Carlos, ni ninguno de sus hombres, los que entraron por esa puerta. Tampoco Andy. En su lugar, una figura femenina irrumpió en la habitación, echando una rápida mirada a toda la estancia. Con los ojos como platos, la examiné detenidamente, en cuestión de segundos. Mi sentido de investigación se estaba desarrollando a pasos desorbitados. Era una muchacha joven, de rostro desconocido para mí; alta y un tanto rellenita. Recuerdo que me pregunté cómo habría hecho para ganar tanto peso; en mi ciudad no conocía a nadie con esa complexión; todos eran parecidos a mí, rozando casi la delgadez extrema. Iba vestida casi igual que las otras chicas de esa casa: una camisa corta de tirantes, una minifalda vaquera, que más parecía un cinturón que una falda, y unas botas negras escandalosamente altas. Con paso decidido, se aproximó hacia nuestra cama.

—Buenos días, chicas. Me han informado de vuestra llegada y me envían para recibirlos. En realidad, quería presentarme ayer. Tengo que reconocer que

me moría de ganas, pero era demasiado tarde y no fue posible. Debíais descansar, guardar energías para hoy, según palabras textuales de Andrés. Así que espero que lo hayáis hecho.

Tras su retahíla de palabras, todas comprensibles para mí, pero carentes de significado verdadero, guardó silencio. Nos analizó con la vista, como yo había hecho con ella. Después, esbozó una sonrisa. La verdad es que su sonrisa me pareció sincera, pura y sin segundas intenciones escondidas. Su rostro, redondito y no demasiado agraciado, me resultaba simpático. Por ello, decidí bajar un poco la guardia.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Anya —respondió sonriente, contenta de que hubiera decidido hablarle—. Vosotras debéis de ser Yurani y Kimberly. ¡Encantada!

Sabía nuestros nombres. Ella nos conocía antes incluso de que nosotras supiéramos de su existencia. Por un segundo, se me pasó por la cabeza la idea de que tal vez estuviera compinchada con esos hombres; después, me deshice de ese pensamiento al observar de nuevo su rostro bondadoso. Podían engañar las palabras, también los gestos de cariño, pero no una mirada. La suya era transparente como el agua.

Ni siquiera preguntó por Leslie, pensé con preocupación. Eso significaba que estaba al tanto de su situación. Ella, Anya, me sacó de mis pensamientos y se dirigió de nuevo a nosotras, con ese acento extraño que, en el fondo, me hacía gracia.

—Voy a ser vuestra compañera de habitación —nos informó—. Así lo han decidido los jefes y, si os soy sincera, yo estoy encantada. Mis otras compañeras eran... un tanto difíciles. Y me siento realmente feliz de conoceros y teneros como amigas.

¡Un momento! ¿Había dicho *amigas*? Esa chica debía de estar pirada. Apenas llevábamos unos minutos de primer encuentro y ya se refería a nosotras de esa forma. Comenzaba a darme miedo. En mi país, solo había tenido una verdadera amiga, una amiga de la infancia. Y en eso se quedó, en una amistad de la niñez, una amistad que se esfumó con el paso de los años. Ni siquiera sabía si creía en esa palabra. Solo creía en mi hermana y en mí misma.

Anya no pareció notar mi desconcierto y, si lo hizo, lo disimuló muy bien. Y siguió hablando, con esa sonrisa que no se le borraba de la cara.

—Espero que nos llevemos muy bien. Estoy segura de que será así. Tengo muchos libros y me sé muchas canciones. Lo vamos a pasar genial los ratos

que compartamos juntas.

Ese fue el detonante, lo que hizo que Kimberly se levantara deprisa y se acercara a ella, sin darme tiempo a agarrarla para impedirlo.

—¡Me encantan los cuentos! ¡Y las canciones! Yo también me sé una, es muy bonita. ¿La quieres oír?

—Por supuesto que sí. ¡Estaría encantada! —respondió Anya, mirándola con ternura.

Me di cuenta de que Kimberly estaba dispuesta a enseñarle la canción que nos había dedicado la chica del viaje, la que nos salvó del aburrimiento y de la desolación con el simple hecho de regalarnos un trocito de su vida. Le hice señas con la mirada, instándole a que desistiera de su intención. Kim lo comprendió a la primera y se llevó una mano a la boca.

—¡Lo siento! Se me acaba de olvidar —se disculpó con tanto énfasis que sonó a mentira.

Anya echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita. Después, acarició el cabello de mi hermana y le dijo con dulzura:

—No te preocupes. A mí, a veces, también se me olvidan. ¡Con decirte que ni de mi edad me acuerdo!

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar esas palabras. Le eché, a simple vista, unos cuantos años más que yo. Unos dieciséis, o diecisiete. Era difícil saberlo, pues su cara risueña parecía de una cría, pero su cuerpo, considerablemente desarrollado, era el de una mujer hecha y derecha. Me sobrecogió el hecho de que olvidase su propia edad. ¿Tanto tiempo llevaría en esa casa, para no recordar cuántos años habían pasado desde su llegada? En silencio, me repetí a mí misma con determinación, con una ansiedad inesperada. «Tengo doce años. Kimberly tiene cinco. Tengo doce años. Kimberly tiene cinco». Después, recé para que no se me olvidara.

Después de la primera impresión causada, comprobé que mis pensamientos hacia ella eran ciertos. Anya era una chica muy simpática, agradable; con la que, a pesar de no existir confianza, una se sentía bien, a gusto en su compañía. Se sentó junto a nosotras y pasó largo tiempo contándonos anécdotas, todas divertidas, ninguna triste; nos habló de las demás chicas que vivían allí, distribuidas por las muchas habitaciones que tenía esa casa; nos dijo nombres, apodos y opiniones sobre ellas. Algunas nos caerían bien enseguida; con otras, sería mejor guardar las distancias. Nos prometió que nos enseñaría todo el edificio, que, poco a poco, nos acostumbraríamos a sus largos pasillos y sus puertas cerradas. Nos informó de que, la puerta que teníamos dentro de la habitación, era un cuarto de servicio en el que deberíamos asearnos y hacer nuestras necesidades por turnos. Escuché con atención cada palabra, guardando en mi memoria toda la información recibida para usarla en caso necesario.

Cuando hubo terminado de hablar, me dirigí a Kimberly:

—Kim, cariño. Ve al baño y lávate la cara. Recuerda que eso es lo primero que debemos hacer cada mañana.

Le guiñé un ojo, cómplice, y ella, aunque remolona, se dispuso a obedecerme. Se dirigió hacia el servicio con pasos lentos y, antes de entrar, se dio la vuelta para mirar de nuevo a Anya. Estaba claro que a ella también le había gustado. Además, a Kim la volvía loca hacer nuevas amigas. Será porque nunca había tenido el privilegio de hacerlo.

Cuando me vi a salvo de sus oídos, clavé mi mirada en la de Anya y le pregunté lo que había querido hacer desde el momento en el que se presentó:

—¿Qué harán con nosotras? ¿Para qué nos han traído aquí?

Ella desvió sus ojos de los míos y, por primera vez, su semblante se volvió serio.

—No voy a decirte lo que quieres oír. Me gustaría contarte alguna otra cosa, algo diferente, pero no puedo. —Se encogió de hombros—. Seré directa. Cometiste un error muy grande al caer en las redes de Andy, al ponerte en sus manos. Con ello, te has metido en un mundo turbio. Estás dentro de una de las mafias más grandes del país.



Abrí mis ojos como platos, tanto, que creí que se me iban a salir de las órbitas. Tragué saliva con rapidez, tratando de darme prisa en asimilar la información que esa chica me estaba dando.

—¿Qué clase de mafia?

Anya emitió un suspiro.

—Traficantes de mujeres. Para ellos no somos nadie. Simplemente... objetos sexuales.

Creí que iba a desmayarme.

—¿Objetos? ¿Sexuales? ¿Pero... de qué va todo esto? ¿Qué les hemos hecho?

—Nada. No hemos hecho nada. Pero en nosotras ven negocio y dinero. Mucho dinero. Eso es lo único que mueve a esta gente.

—De todas formas, no pueden mantenernos aquí metidas por mucho tiempo. Tarde o temprano, tendrán que dejarnos salir. Y entonces... nosotras nos iremos lejos.

Miré los ojos, de un color verde que nunca antes había visto, de Anya. Analicé su mirada y supe que mis intenciones eran inútiles. De haber podido escapar de ese sitio, ella ya lo hubiera hecho. En cambio, se encontraba ahí, sentada junto a mí, dándome información por órdenes de sus superiores. Al entenderlo, sentí un nudo en la garganta, un peso gigantesco que me impedía casi respirar. Anya no dijo nada. Agachó la cabeza, dejando caer hacia adelante su rubia melena larga, y guardó silencio respetando mi angustia. Seguramente, ella ya había vivido esa escena hacía mucho tiempo. Solo que, por aquel entonces, se encontraba en mi lugar, recibiendo noticias de una chica que le resultaba desconocida y demasiado aturdida para querer creerlo.

Me levanté de la cama, enfadada, y la miré fijamente. Mis ojos echaban chispas de la rabia. Ella me mantuvo la mirada.

—No podrán conmigo. No les tengo miedo.

Anya meneó la cabeza de lado a lado, reprobando mi rebeldía repentina.

—Eres valiente, lo sé por tus ojos. Pero aquí no se trata de eso. No conseguirás nada con tu valor. Solo meterte en problemas. Aquí tienes que ser inteligente.

En ese momento, no quise hacer caso a sus palabras. No tardé mucho tiempo en comprenderlas...

## HA LLEGADO EL MOMENTO

Cuando tienes miedo, un simple sonido o movimiento puede llegar a ser lo más terrible que te puede llegar a pasar. Lo más aterrador... La señal de que el calvario ha comenzado. Supe que había llegado la hora en cuanto se abrió la puerta por segunda vez en aquella mañana. En cuanto vi el rostro de ese hombre, me eché a temblar. Mi cuerpo se volvió víctima de una ansiedad incontrolable y tuve que hacer esfuerzos enormes para controlar mi nerviosismo.

La segunda cosa que activó la alarma fue la expresión de Anya. En su cara se había formado un mohín de disgusto y su mirada reflejaba casi el mismo miedo que ya estaba sintiendo yo. Temía por mí, lo supe desde el primer segundo.

Anya desvió su mirada de la mía y la clavó en Andrés, el hombre que había entrado para llevarme a mi propio infierno. Él se acercó con pasos amplios, como un verdadero gigante. Y sentí el mismo miedo que se siente cuando eres demasiado pequeño aún para comprender que los monstruos, los extraños seres que habitan en nuestras pesadillas, no existen. Solo que, en mi vida, en mi realidad, sí existían. Y estaba allí, parado frente a mí, mirándome con ojos inquisidores.

—Buenos días —saludó aun a sabiendas de que no obtendría respuesta por mi parte.

Anya, en cambio, sí lo hizo. Le devolvió el saludo con exagerada educación.

—Buenos días, Andrés. He venido hasta aquí para presentarme y contarle cómo van las cosas en esta casa, como tú me has pedido. Enseguida traeré mis cosas y me instalaré aquí, junto a ellas.

Andrés no se dignó en contestarle. Permaneció con sus ojos intactos en los míos y abrió su boca para decir las palabras que tanto temía oír.

—Ha llegado el momento. Es hora de trabajar.

Mi cuerpo se tensó al escucharlo. Desesperada, busqué los ojos de Anya y le pedí ayuda con la mirada. Ella, afligida, se limitó a acercarse a mí y agarrar mi brazo con suavidad.

—Ven. Te enseñaré el camino. Pero primero deberás cambiarte de ropa.

Me negué a obedecer. Mi cuerpo y mi mente luchaban, incansables, por salir inmune de aquella situación irreal. Me mantuve inmóvil, con los pies clavados sobre el suelo, pero todos mis intentos no sirvieron de nada.

—Pórtate bien. Espero que no nos des problemas —me habló Andrés—. No estoy para tonterías. Y recuerda... eres virgen. Debes esforzarte en parecerlo.

Su voz llegaba lejana a mis oídos y, a la vez, me taladraba el cerebro. Mi angustia se acrecentó cuando vi a Kimberly acercarse a mí. Me observaba con mirada interrogante, y su presencia en esa escena hizo avivar mis emociones. Como la actriz en la que ya me había convertido, me esforcé en que el tono de mi voz sonara despreocupado, al preguntar:

—¿Qué pasará con ella? No puedo dejarla sola.

Anya se dirigió a mí, tratando de tranquilizarme:

—No te preocupes por tu hermana. Yo cuidaré de ella. Primero, tengo que acompañarte a tu lugar de trabajo. Después, volveré a su lado y la acompañaré hasta que vuelvas.

No sabía si podía fiarme de ella. Le estaba confiando a lo más preciado de mi vida, la persona de la que nunca me había separado. No me quedó más remedio que hacerlo.

Después de darle un beso en la frente a Kim y acariciar su cabello con ternura, me dispuse a salir de la habitación en compañía de Andrés y Anya. Antes de marcharme, miré a mi hermana:

—No te muevas de aquí. Juega con Lara y hazle caso a Anya. Volveré pronto.

Kimberly asintió y, desde la distancia que ya nos separaba, me envió un beso, lanzado al aire por su pequeña mano. Fue ese gesto el que avivó la llama de mis emociones. Mi piel se erizó y mis ojos se humedecieron, amenazando con desbordar el inmenso mar que llevaba dentro. Suspiré con fuerza y, con el corazón a mil por hora, salí dispuesta a cumplir con mi obligación. Y a sobrevivir a ello.

## TENGO MIEDO

Pasamos por pasillos oscuros, dejando atrás chicas, curiosas todas ellas, que nos observaban al pasar. Distinguí en sus rostros una pizca de compasión, un atisbo de pena hacia mi persona. Todas eran conscientes de lo que me esperaba en esa habitación a la que, en unos pocos pasos más, llegaríamos.

Andrés se despidió de nosotras con prisa. Antes, me dedicó una mirada que dejaba claro lo que esperaba de mí. Indecisa, entré en ese cuarto seguida de Anya. Ella parecía desenvolverse con una tranquilidad absoluta en ese mundo. Se dirigió al enorme ventanal que había al fondo y dejó correr sus cortinas, envolviendo la estancia en una oscuridad absoluta. Después, pulsó el botón de la lamparita que había en la única mesita de la habitación y una leve luz se encendió. La intención de aquella iluminación era la de proporcionar un espacio cálido, acogedor; sin embargo, a mí lo único que me provocó fue un terror absoluto.

A continuación, Anya abrió uno de los cajones de esa mesita y sacó un paquetito, el cual me ofreció, extendiendo su mano hacia mí.

—Toma. Son condones. Úsalos siempre, a no ser que sea muy necesario prescindir de ellos.

Al comprobar la incompreensión en mi rostro, Anya abrió la boca y se la tapó con sus manos, realmente sorprendida.

—¡No me digas que no sabes lo que es esto! —exclamó.

Me encogí de hombros.

—Nunca lo había visto antes.

—Entonces... Por lo que me ha parecido entender, tú ya no eres virgen. Eso dijo Andrés cuando me habló de ti. Entonces... ¿no los habías usado? ¿Sabes el peligro que conlleva tener relaciones sin usar protección?

Volví a encoger los hombros, ante su recriminación.

—No. No lo sé. Nadie se ha molestado en explicármelo. En realidad, a mi padre no le importó acostarse con su propia hija. No creo que le importara mucho tener que usar eso...

Mientras señalaba lo que aún tenía ella entre las manos, mil dudas surgían por mi mente. Anya me las resolvió todas en un momento, sin necesidad de tener que exponérselas en voz alta.

—Comprendo. La situación por la que has pasado es dura, es realmente injusta. Pero, aunque suene cruel, tal vez eso te ayude a sobrellevar mejor todo esto. Quiero decir... que tú ya has pasado por ello. Hay niñas que lo pasan realmente mal cuando es su primera vez. El dolor al estrenarte, y mucho más si no es deseado, puede llegar a ser verdaderamente horrible. —Por su voz, deduje que hablaba de ella misma—. Los hombres que vendrán a ti no serán diferentes de tu padre. Tienen la misma frialdad, la misma sangre fría y el mismo deseo de disponer de tu cuerpo a su antojo. De ti depende que el acto en sí sea más fácil o más complicado. Yo te aconsejo que les dejes hacer. Actúa con indiferencia, como si nada estuviera pasando; y no pongas pega alguna. De lo contrario, lo harán de todas formas, pero con menos cuidado.

Guardó silencio unos segundos para recobrar el aliento. Después, continuó:

—Esto... —Señaló el misterioso paquetito—. Se llama condones, preservativos. Y deberás disponer siempre de ellos. Tiene muchas utilidades. Una de ellas sirve para no dejarte embarazada. No querrás traer un niño a este mundo, ¿verdad?

Pensé rápido en su pregunta, y pensar en ello me hizo evocar la imagen de Kimberly. Otro niño, o niña, como ella; al cual tener que cuidar y proteger de las injusticias que se nos presentaban. No... no podría soportarlo. Así que negué con contundencia.

—¿Y la otra? ¿Cuál es la otra utilidad?

—La otra... —Anya dudó un momento, después suspiró y continuó—: la otra sirve para mantenerte con vida.

No entendí lo que quería decir con eso; pero me fue suficiente analizar la seriedad de su voz para comprender que, sin hacer caso a sus recomendaciones, mi vida podía correr peligro. Me bastó con eso para saber que usaría aquellos trozos de plástico, los cuales Anya ya había desembolsado de su paquetito para mostrarme cómo se usaban. Después de una detallada explicación, Anya se acercó a mí y me abrazó. Me aferré a su cuerpo, a la única señal de cariño que había recibido desde hacía demasiado tiempo, y tuve que luchar por no echarme a llorar entre sus brazos como una niña pequeña.

—Tengo miedo —me atreví a confesar, en un susurro.

Ella me apartó el pelo que cubría mi rostro y me habló con voz dulce:

—Todas lo tenemos. El miedo es algo con lo que tendrás que aprender a vivir. Aunque parezca imposible, se puede conseguir; solo tienes que saber

engañarlo. Déjame decirte una última cosa, pues ya tengo que irme. En unos pocos minutos, un hombre entrará por esa puerta. Desde el momento en que lo haga, tienes que salir de tu cuerpo. Olvida que es tuyo, convéncete de que nada de lo que suceda es real. Obedece sus órdenes sin oponer resistencia. Y no te sientas culpable por nada. Cierra los ojos así. —Cerró los suyos con fuerza—. Y no vuelvas a abrirlos hasta que se vaya.

Asentí con torpeza, incapaz de controlar el torbellino de emociones que se agolpaba en mi interior. Sin hablar, le di las gracias por sus consejos, por sus palabras de aliento que, sin saberlo, me estaban proporcionando un bote salvavidas al que poder agarrarme sin miedo de caer al vacío.

Después, y sin poder hacer nada por remediarlo, Anya se alejó de mí y se marchó, dejándome sola en aquella pesadilla de la que nadie podía despertarme.

## BIENVENIDA AL MUNDO DE LOS ADULTOS

No se puede explicar con palabras el terror que sentía en ese momento. El miedo es un sentimiento tan fuerte, tan poderoso, que te bloquea por completo y anula cada pensamiento de tu alma. Es la firmeza de saber que todo está perdido, que no podrás hacer nada para salir inmune. Todo eso estaba viviendo en mi interior cuando visualicé la puerta al abrirse.

Asustada, asustadísima, di unos pasos hacia atrás, hasta quedar completamente pegada contra la pared del dormitorio. Sin quitar la vista de la puerta ni un solo segundo, aguanté la respiración y, después, la solté en un gran suspiro. Mi cuerpo se tensó al verlo. Contrariada, guardé silencio y me mantuve en la misma postura.

Aquella figura masculina no era la que esperaba ver. Era un chico, no podría calificarlo como hombre; pues su edad máxima rondaría los dieciocho años. Examiné minuciosamente su aspecto. Parecía limpio... y honrado. Eso es lo que más me agradó de todo. Más que su belleza, que en realidad no tenía, me gustaron sus ojos. Estos, de un color azul cristalino, reflejaban un carácter bondadoso.

En ese instante, no pude ni siquiera pensar que ninguna persona buena, independientemente de su apariencia, podría entrar a ese cuarto. Fue más fácil para mí el consolarme pensando que, por lo menos, se trataba de un chico joven. No demasiado apuesto; pero joven, al fin y al cabo.

Todavía sin moverse de la entrada de la habitación, se presentó:

—Buenas. Me llamo Paul.

Con un tono bajo y tembloroso que dejaba ver los nervios que sentía, le respondí:

—Yurani.

—Encantado, Yurani. Es un placer.

Asentí con la cabeza con un leve movimiento, demasiado aturdida para poder articular alguna palabra más. Entonces, el muchacho cerró la puerta tras de sí y, cuando lo vi correr el pestillo, supe que no era tan bueno como había creído. Las pocas esperanzas que tenía se esfumaron en un segundo y mi corazón comenzó a latir apresurado. Mi cuerpo se tensó más al verlo aproximarse a mí, con pasos lentos pero decididos. Se paró cuando estuvo lo

suficientemente cerca y me observó, examinándome de arriba abajo. Cuando su mirada se cruzó con la mía, me esmeré en expresarle con mis ojos todo el miedo que estaba sintiendo. Ese sentimiento se acrecentaba a cada segundo y se lo dejé saber, en un gesto que intentó ser suplicante. Creí que había logrado mi propósito cuando estiró su mano y la acercó a mi rostro, acariciándolo con ternura.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño.

Asentí de nuevo, temblorosa, agradeciendo enormemente sus palabras de consuelo.

—Eres preciosa. Para ser sinceros, mucho más de lo que había imaginado. Me habían hablado de tu belleza, pero no creí que podría ser tanta.

En lugar de halagarme, sus piropos no hicieron más que aumentar el pánico que me embargaba. Había escuchado antes esos adjetivos hacia mi persona y, en todas las ocasiones, lo único que había sacado de ellos eran intenciones oscuras, pensamientos malintencionados escondidos en bellas palabras.

Paul bajó la mirada hacia mi cuerpo. Se detuvo unos instantes sobre mi escote, demasiado pronunciado. Tras una expresión resignada, algo así como un «Esperaba más, pero algo se podrá hacer», siguió recorriendo mi figura. Fundida solo en un llamativo vestido de raso -demasiado rojo para mi gusto y lo suficiente corto para el suyo-, me sentía completamente incómoda, fuera de lugar en un ambiente al que no pertenecía. Por exigencias de Andrés, había tenido que subirme sobre unos zapatos de tacón tan fino como una aguja y con los que me costaba horrores mantener el equilibrio.

Él dio el visto bueno, dedicándome una mirada aprobatoria. Entonces, la mano que había acariciado suavemente mi mejilla se deslizó por encima del vestido, parándose sobre mi cintura.

—Quítatelo —me exigió.

Mi cuerpo se encontraba completamente paralizado. No fui capaz de mover un solo músculo. Quise hablar, quise susurrarle un «Por favor, no lo hagas»; mas fue en vano. De mis labios temblorosos no salió sonido alguno. De mis ojos, ni una lágrima. Estaba en un estado de «shock» que nunca antes había vivido.

Paul no pareció entenderlo y, con voz autoritaria, volvió a hablar:

—He dicho que te quites la ropa. ¿No me has oído? Quiero verte desnuda, solo para mí.

Comprendí que no me quedaban más opciones. Recordé las palabras de



mi nueva amiga -si es que podía considerarla así- antes de comenzar ese fatídico momento. «Déjales hacer». «No te resistas». Y, entonces, actué. Con movimientos lentos, pasé las manos por el vestido y fui deslizándolo por mi cuerpo, hasta que cayó sobre mis pies. Solo un tanguita, rojo al igual que el vestido, evitaba una completa desnudez. Avergonzada, rodeé mi cuerpo con las manos, intentando taparlo lo más posible.

A Paul, al contrario de incomodarlo, mi timidez pareció avivar su deseo. Excitado, se llevó una mano a sus partes y, por encima de los vaqueros, comenzó a acariciarse.

—Ven —me pidió—. Puedes tocar tú también.

Yo no me moví. No di un solo paso, ni hice amago alguno de obedecer sus órdenes. Entonces, todo sucedió demasiado rápido. Se abalanzó sobre mí y me agarró del pelo. Haciendo uso de toda su fuerza, me instó a arrodillarme.

—Como veo que no estás muy dispuesta a colaborar, voy a ayudarte un poco. Te mostraré cómo me gustan las cosas. Ahora, abre la cremallera.

Desde abajo, dirigí la mirada hacia él, rogándole que se compadeciera de mí. Seguramente, ese muchacho tendría que tener alguna hermana, alguna prima, quizá incluso una novia, de edad parecida a la mía. ¡No era posible que se sobrepasara tanto conmigo! La mirada que me devolvió me hizo comprender que sí lo era. Lamentablemente, existían personas como él, personas sin escrúpulos ni capacidad para ponerse en la piel del otro; y personas como yo, que estaban hechas para conceder sus deseos carnales. Con el temblor insistente que se había apoderado de mis manos, agarré su pantalón y no me detuve hasta bajarlo por completo. Un bulto sobresalió sobre sus calzoncillos blancos. Él, impaciente ante mi lentitud, terminó de desnudarse por completo y siguió con sus peticiones.

—Ahora, enséñame lo que sabes hacer. Calientame, lo estás deseando.

Lo hice. Acerqué mis labios hasta su miembro erecto y los posé encima. Como tantas veces había hecho, pero con diferente persona; recorrí con mi lengua aquella parte íntima de su cuerpo, con movimientos experimentados, pero igualmente torpes.

—Lo haces muy bien. Sigue así... —me indicó en una voz medio cortada por el placer causado—. Un poco más hondo. Así, muy bien... No pares.

A pesar de tener los ojos bien cerrados, siguiendo las recomendaciones que me había dado Anya, pude sentir que se avecinaba el desenlace de aquel acto repugnante. Lo había vivido anteriormente, con mi padre, y había aprendido a adivinar el momento exacto en el que todo terminaba. Un leve

temblor sacudió a Paul. Sin darme tiempo a apartarme y con sus manos agarrando con firmeza mi cabello, evitando que lo hiciera, descargó en mi interior un líquido realmente desagradable. Lo peor que había ingerido en toda mi vida. De todas formas, a pesar del asco que sentía, respiré aliviada, sabiendo que con eso se ponía fin a ese acto que me perturbaba.

Me incorporé y acepté el pañuelo que me ofrecía. Deprisa, me limpié el rostro y cada trozo de mi piel, allí donde me había manchado con la prueba del acto cometido. Sentía vergüenza y desprecio por mí misma. Jamás terminaría de acostumbrarme a esos momentos, a aquellos actos que destruían la autoestima que me quedaba, si acaso quedaba algo de ella.

Creí que todo había terminado. El tal «Paul» no había sido capaz de resistirse a su instinto sexual y había acabado antes de tiempo, traicionando a su propio ego y a su masculinidad. En cambio, pronto me di cuenta de que estaba equivocada. Sonriente, realmente complacido, volvió a agarrarme del pelo y me arrastró hacia la cama. Me tumbó sobre ella y, a continuación, hizo lo mismo.

—Ahora... viene lo mejor, pequeña.

Desde abajo, observé sus ojos claros. Vi en ellos tanto deseo, tanto morbo, que me asustó seguir mirándolos.

—Dime la verdad. ¿Con cuántos hombres has estado?

Sabía lo que tenía que decir, y así lo hice. Como un autómatas, respondí:

—Soy virgen. Esta es mi primera vez.

Paul dudó unos segundos, sopesando mis palabras y la credibilidad de lo que le habían contado sobre mí. Después, esbozó una amplia sonrisa, finalmente satisfecho.

—Pues entonces... Déjame decirte algo. Esta será la mejor vez de tu vida. Jamás probarás algo mejor que lo que yo puedo darte. Después de mí, no querrás parar, no querrás salir del mundo de los adultos. Bienvenida.

Y, entonces, empujó. Y siguió empujando mientras soltaba quejidos de placer, y yo me esforcé por aparentar corresponderle. Me habían indicado que debía fingir dolor, debía parecer que, en verdad, yo nunca había estado con nadie antes. No tuve que esforzarme demasiado en ese aspecto. Sus movimientos eran tan rápidos, tan bruscos, que hubo momentos en los que deseé que él fuera mi padre.

Cuando abrí los ojos, ya todo estaba en calma. Paul, el joven «limpio y honesto», se había marchado; orgulloso de creer haber disfrutado del privilegio de mi virginidad. No hubo un beso de despedida, tampoco un amago de volver a vernos. Así como llegó, se marchó; sin contemplaciones ni remordimientos. Probablemente, no volvería a verlo.

En cuanto me vi sola, me apresuré a levantarme de la cama. Haciendo caso omiso a mi dolor, más interno que físico, me apresuré a lavarme. El cuarto estaba perfectamente acondicionado y disponía de un amplio aseo. Deprisa, froté, haciéndome incluso daño; intentando borrar cada rastro de piel ajena en la mía propia.

Cuando me encontraba secándome, deseosa de salir cuanto antes de aquel lugar, escuché unos pasos acercarse. Supe de quién se trataba por el sonido de sus tacones al pisar.

—Hola, Anya —saludé, antes de que entrara en el cuarto de baño.

Ella asomó su cabeza, dejando caer su pelo rubio hacia adelante.

—¿Se puede?

Me encogí de hombros. Casi me sorprendió que me pidiera permiso para entrar, ya que allí nadie parecía tener en cuenta mis opiniones. Carecía de voluntad y de decisión propia desde el mismo momento que puse un pie sobre la entrada de esa casa. En realidad, había vivido sometida desde mucho antes. Podría decirse que desde mis más tiernos y primeros días de vida.

—Supongo —respondí, mientras cubría mi cuerpo desnudo con la toalla.

Anya entró y entonces me dedicó una de sus sonrisas.

—No tienes que taparte. Las dos somos mujeres. No voy a asustarme.

Indecisa, seguí manteniendo la toalla pegada a mi piel. Era un tanto irónico, puesto que acababa de entregarme a un completo desconocido; pero ahora mostrar mi cuerpo a Anya me causaba pudor.

—Quiero ser tu amiga. Puedes confiar en mí.

Fijé mis ojos en los de ella y, gracias a la claridad que desprendía su mirada, dejé abrir un resquicio de la muralla que había formado en mi corazón. Anya era lo más cercano a una figura materna en esa casa y, aunque era escaso el tiempo que llevábamos compartido, me había enseñado mucho

con muy pocas palabras. Entre otras cosas, que, hasta en un lugar tan horrible como ese, siempre habría una mano amiga para ofrecerte apoyo. Aún seguían existiendo las personas buenas, aunque a veces dudara de ello. Como muestra de esa nueva confianza que nacía en mí, dejé caer la toalla a un lado de mi cuerpo, depositándola en el suelo.

La sonrisa de mi nueva amiga se hizo más amplia, al comprender la magnitud de mi gesto.

—Me gustas, Yurani. Me caes bien —confesó—. Eres diferente a las demás. Lo supe desde el primer momento que te vi. Debajo de esa capa de tristeza, de esa mirada apagada y ese terror que ahora te acompaña, escondes algo muy grande. Puedo ver en ti a una gran mujer; una mujer valiente, decidida y con coraje. Una mujer indomable.

Recibí esas palabras con gran satisfacción. Se había referido a mí como a una mujer de verdad, y no una niña. Una mujer que sabe lo que es, lo que quiere, y que seguiría luchando por ello, costara lo que costara. Es increíble cómo el simple hecho de que otra persona, capaz de ver dentro de ti lo que ni tú misma puedes, con solo unas frases de aliento, logra hacerte creer que puedes sobrellevar todo lo que se te venga encima. Y eso mismo fue lo que me pasó. Con su opinión positiva hacia mi persona, Anya consiguió depositar un atisbo de esperanza en mí, una línea de confianza en mí misma. Y en mi valor. Creía en mí, y eso, para mi herido orgullo, era mucho. Supe que, con ella a mi lado, guiándome por ese nuevo ambiente al que no estaba acostumbrada, todo sería más sencillo. Solamente tenía que tener paciencia y mantenerme fuerte, como siempre lo había sido.

Mientras caminábamos hacia nuestro dormitorio, Anya me iba explicando lo que sucedería a partir de ese momento. Con el extraño acento que acompañaba a sus palabras (supe que provenía de Rusia más tarde), me iba haciendo partícipe de las vivencias rutinarias de esa casa. Me explicó que, por ser mi primer día de trabajo, me permitirían descansar hasta que llegara la noche. Esas horas, cuando el sol ya se escondía, eran las cruciales en esa casa. Entonces, el timbre no pararía de sonar y los hombres de entrar, solicitando servicios nuevos y chicas, a veces nuevas y, otras, ya conocidas. Cada cliente, con su individual gusto a la hora de decantarse por su pedido.

Andrés nunca mantenía contacto directo con esos individuos; es más, en raras ocasiones se dejaba ver por ellos. Lo mantenían demasiado ocupado el control del dinero recaudado a diario y los problemas inesperados que surgían con frecuencia. No quise imaginar cuáles serían esos problemas. De atender las visitas, se encargaba Jénifer, una veterana trabajadora de ese negocio. Ella era joven, como nosotras. También vendía su cuerpo a cualquier hombre que se pusiese en su camino; pero era más astuta, más fría de mente y de sentimientos. Y por eso Andrés la había elegido y bautizado como «su ojito derecho». También se encargaba de recoger el dinero, el que nosotras ganábamos a costa de entregar nuestras partes más íntimas; del cual nunca veríamos un duro. Todo lo recibía ella, en efectivo, antes de empezar cada acto. Y lo guardaba bajo llave en una caja, para después entregárselo a su jefe. Otra de sus ocupaciones era mantener a las demás chicas a raya, en especial a las más conflictivas. Anya me recomendó mantenerme alejada de ella.

—Cuídate de Jenni —me había dicho—. Es tan lista que sabe dónde tiene que dar para hacer el máximo daño. Y huele el miedo, y la traición, antes de que tengas tiempo ni siquiera para pensarlo.

Me limitaba a escucharla con atención, mientras seguíamos avanzando por los pasillos, levemente iluminados. Estaba ansiosa por llegar a mi escondite, el lugar que había sido otorgado para mi descanso diario. Allí podría estar hasta que llegara mi turno, la hora de comenzar de nuevo. «No suele hacerlo, no suele permitir estos lujos a nadie», me dijo mi amiga, «parece que, en el fondo, a él también le has gustado». Cortesía del jefe,

pensé. Iba a resultar que, después de todo, tenía que agradecerle su condescendencia.

Dudé un poco antes de entrar a nuestra habitación. Sabía que allí estaría Kimberly. Anya también me había explicado que había estado cuidando de ella en todo momento. Solo se había separado de su lado para ir en mi busca, cuando Jénifer se lo había ordenado. Me aseguró que estaba dormida, pues así la había dejado ella; pero aun así me mostré recelosa a entrar en el cuarto. Sentía vergüenza de mi aspecto, con ese llamativo vestido rojo, ahora arrugado; los tacones, que ahora llevaba colgando de mis manos, y mi abundante pelo mojado y alborotado. No quería que mi hermana me viera en semejantes circunstancias. Sin embargo, no me quedó más remedio.

Anya se despidió de mí en la puerta, alegando que tenía que continuar su jornada, y me dijo que nos veríamos más tarde.

—Descansa. Te lo mereces.

Asentí y le hice una señal de despedida con la mano. Después, armándome de valor, por fin entré. Lo que vi allí dentro me derrumbó por completo. Me había mantenido fuerte hasta ese momento, había logrado aguantar sin llorar la vejación a la que había sido sometida, pero la imagen que vieron mis ojos sacó del todo los sentimientos que había mantenido encerrados.

Mi hermana estaba acostada, como Anya me había dicho; pero no dormía. Su cuerpo había formado un ovillo, acurrucándose sobre sí misma y abrazando sus piernas con las manos. Dirigía su mirada turbada hacia la puerta, por la que yo acababa de entrar. Cuando me vio, suspiró de alivio. Corrí hacia ella y me senté a su lado.

—Hola, preciosa. Ya estoy aquí. He vuelto.

A pesar de que mi voz se esforzaba por parecer calmada, Kim percibió la emoción que me embargaba y me escrutó con sus inocentes ojos oscuros.

—¿Dónde estabas? Estaba muy asustada.

—Tenía que trabajar. Hemos venido a este sitio para estar mejor, para tener más comodidades, cosas que antes no teníamos —le expliqué, improvisando en el momento—. Pero, para eso, tengo que trabajar. No es gran cosa, tan solo limpiar la vajilla y el suelo de la casa, también lavar ropa y cocinar de vez en cuando; pero todas esas tareas me mantendrán ocupada bastante rato. Pasaré tiempo separada de ti, pero no estaré lejos. Cuando me vaya, Anya te cuidará. Puedes confiar en ella. Estoy segura de que lo pasaréis genial.

Kimberly me observó con gesto dubitativo. Trataba de asimilar rápido la información que le estaba dando. Después, puso cara de haber tomado una decisión irrevocable.

—No quiero que trabajes. No me gusta estar sola. Anya es guapa —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos—. Y graciosa. Pero prefiero estar contigo. Si para tener todas esas cosas que dices, tenemos que pasar por esto, creo que es mejor que nos vayamos.

Guardé silencio, tratando de encontrar en mi interior los argumentos necesarios para hacerla desistir de su idea, sin obligarla, sin imponerle una negativa.

—¿Quieres volver a casa? ¿Es eso lo que quieres?

—No. No quiero ver más a papá. No me gusta. Aunque a mamá sí la echo de menos...

Mi corazón se encogió al escucharla. Kim me estaba abriendo su alma, sincerándose conmigo de la mejor forma que sabía hacer. Y yo no podía hacer nada por ayudarla. No tenía la capacidad de hacerle más fácil ese sentimiento de nostalgia, de suavizar el dolor que le causaba la pérdida de su madre, nuestra madre. En la vida tendría que soportar unas cuantas pérdidas más, y yo no podría hacer nada para evitarlo.

—Sé que la extrañas. Yo también lo hago. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo siempre. Para lo que sea, siempre estaré a tu lado.

—No quiero volver, Yurani. Solo quiero que las cosas sean como antes. Que juegues conmigo y me cuides como siempre.

Me acurruqué a su lado y le acaricié el cabello. También el rostro, humedecido por las lágrimas derramadas. Ella se apretó contra mi cuerpo, buscando la protección que creía haber perdido en mi ausencia.

—Te quiero.

La estreché entre mis brazos. Mis ojos se humedecieron y peleé, con resistencia, contra la pena que recorría mi cuerpo. Intenté desdramatizar. Traté por todos los medios de quitarle importancia al asunto.

—Yo también te quiero. Te quiero mucho. Quédate tranquila, aquí estaremos bien. Hemos venido para ser felices y vamos a serlo. Te lo prometo.

Una sensación de culpa se apoderó de mí al pronunciar esas palabras. Sabía que no podría mantener mi promesa. Irremediablemente, una de las dos saldría herida de todo eso. Con toda probabilidad, las dos lo haríamos. Nunca volveríamos a ser las mismas. El daño ya estaba hecho.

## GRACIAS

Como todo lo bueno acaba y, lamentablemente, los momentos bellos se esfuman con más rapidez de la que nos gustaría, mi momento a solas con Kimberly terminó demasiado pronto para mi gusto. Y para el de ella. Desde el instante en el que vi a Anya entrar en nuestro dormitorio, supe que mi «descanso concedido» había llegado a su fin.

Cuando llegó, nos encontró sentadas en el suelo, jugando, inmersas en la consulta de médicos que habíamos montado para atender a Lara. Se nos quedó mirando unos minutos, con gesto extrañado; ella no entendía bien el escenario imaginario que habíamos preparado. No era capaz de verlo; tal vez nunca había tenido a nadie con el que compartir esos entretenimientos. Durante un ratito más, nos dejó hacer y se limitó a mirarnos. Por un momento, sentí pena por ella. Al observar sus ojos, inesperadamente iluminados, corroboré mi idea. Anya había estado sola mucho tiempo, puede que demasiado.

En un momento dado, se levantó de la cama en la que se había sentado y se acercó a nosotras.

—Siento mucho tener que estropearos este momento. Pero... debes prepararte. Tu turno empieza en media hora.

No levanté la cabeza, no aparté la vista de la muñeca, la cual tenía mi hermana en brazos. Quise alargar ese pequeño trozo de felicidad, atrasar el suplicio al que estaba obligada a asistir.

Anya insistió:

—Yurani, tienes que venir conmigo. Mañana podréis seguir jugando.

Me puse en pie y me planté enfrente de ella. Inconscientemente, la miré con gesto desafiante.

—¿Y si no quiero? ¿Qué pasa si me niego y me quedo aquí?

Sabía que estaba diciendo incoherencias, palabras sin sentido que no lograrían salvarme de lo que me estaba destinado. Pero tenía que intentarlo; todo mi cuerpo y mi alma se negaban a aceptar ese martirio.

Anya me devolvió la mirada y en la suya no había ningún rastro de enfado, ni de superioridad. Lo que sí divisé en sus ojos fue lástima, una lástima tan profunda que me causó más enfado del que ya tenía.

—Sabes que no es posible. Ya lo hemos hablado antes. No hagas las



cosas más difíciles. Si no es por ti, hazlo por ella. —Señaló con sus ojos a Kimberly, mirándola de reojo—. Ella no tiene la culpa de nada. ¡No seas egoísta!

Una descarga de rabia impactó en mi interior. *Egoísta*. ¡Me había llamado egoísta! Yo, que había accedido a las peticiones inmorales de mi progenitor, para evitar que desahogara esos deseos en la piel de mi hermana. Yo, que me había negado en un primer momento al amor, para no dejarla sola. Yo, que, más tarde, me había entregado a ese amor disfrazado, con el único fin de salvarla de esa vida injusta. Todo lo había hecho por ella, por la única persona que en verdad me importaba. Desde el momento en que nació, y terminé por aceptar su llegada, a pesar de la inesperada envidia y el miedo por lo que pudiera arrebatarme; hasta ese mismo momento, en el que me encontraba frente a frente con «mi maestra personal».

Por un momento, la odié por ello. Esa chica se estaba encargando de enseñarme todo lo relativo a ese mundo, un mundo al que no quería pertenecer y que me estaba siendo impuesto. Y ella no era más que una ficha más en aquel juego, no le importaba más allá que sus propios intereses y salvar su propio pellejo. En aquel justo instante, supe que allí debía jugar de otra manera. En aquel lugar, una tenía que pensar únicamente en sí misma, y no dejarse llevar jamás por la consideración a los demás ni la pena. Esa era una debilidad; y en esa casa permitirse una debilidad podía salir muy caro. Podía significarlo todo.

Anya pudo entender mis sentimientos, los vio a través de mis ojos negros. Y se quedó callada unos segundos, ligeramente aturdida.

—Yo tampoco tengo la culpa de lo que te pasa. Solo obedezco órdenes. Algún día lo entenderás. Es más, algún día harás lo mismo.

Negué con la cabeza, con rabia.

—Jamás me resignaré a vivir así. Nunca me convertiré en su maldito perrito faldero. ¡No somos marionetas! Nadie puede manejanos y movernos a su antojo. Y, aunque lo hagan, no podrán mandar en mis sentimientos. Esto, —me llevé una mano al corazón—, esto no les pertenecerá nunca. Solo mi cuerpo.

Anya asintió, comprendiendo. Se compadecía de mí y, al mismo tiempo, me admiraba. En el brillo de sus ojos claros distinguí una chispa, una chispa llamada envidia, por la valentía que yo tenía y que a ella le faltaba.

—Ahora... voy a ir contigo. Pero todo esto no será por mucho tiempo. Encontraré la manera de irnos de aquí. Te lo aseguro —afirmé en tono bajo,

para que solo ella pudiera escucharme.

Me agaché al lado de mi hermana, la cual seguía entretenida charlando con su muñeca, y me despedí de ella. Con el tono más natural que pude, le pedí que se acostara pronto y me esperara tranquila, asegurándole que mi ausencia no sería muy prolongada.

Después, seguí a Anya hasta el servicio, donde me maquillé y me peinó. Me dejé hacer, ignorando las sugerencias que me hacía sobre los diferentes peinados y tonos de pintura. Me era completamente indiferente. No podría verme más guapa, por mucho que me arreglara; no viendo en el espejo a una persona que, en realidad, no era. Anya continuó con su trabajo callada, absorta en sus propios pensamientos. Creo que puedo decir que mi llegada a esa casa hizo mella en su vida. Había llegado y, con mi aparición, había logrado levantar en ella sentimientos olvidados, emociones escondidas en lo más profundo. Y todo ello sin proponérmelo.

—Gracias.

Esa palabra me pilló desprevenida, por lo que le pregunté:

—¿Gracias de qué?

Me miró fijamente, a través del espejo.

—Por entrar en mi vida. Y por los momentos que nos quedan por vivir.

Inesperadamente, sentí un deseo inmenso de abrir mis brazos y ofrecérselos, de darle un abrazo de esos que quitan el dolor o, por lo menos, lo hacen más ligero; pero me contuve. Debía seguir pareciendo fuerte; me repetí a mí misma que no debía flaquear ante nada ni nadie... Y aparté la mirada de la suya, con gesto indiferente.

—No tienes que darme las gracias. No he hecho nada. Ahora... vamos, tenemos que irnos.

## ME ALEGRO DE HABERTE CONOCIDO

Recorrí ese pasillo, acompañada una vez más por Anya. Ya me conocía el camino; era el mismo que habíamos efectuado aquella mañana. Vi a las mismas chicas a mi paso. Algunas caras ya me eran conocidas; otras, no tanto. Pero el proceso era el mismo. Anya me dejaría en esa puerta y, allí, esperaría mi calvario. ¿Quién sería esta vez? Eso no lo sabía. Podría ser un hombre mayor, demasiado maduro para alguien como yo; o tal vez se trataría de otro muchacho joven, joven pero inhumano. En realidad, no me importaba. Me traía sin cuidado el aspecto de mi próximo cliente, la próxima persona a la que entregaría un trocito más de mi vida. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer; sabía cómo sobrellevar ese momento incómodo, ese asco que me proporcionaba tener que unirme a alguien al que, sin conocerlo, ya detestaba. Solo bastaría con cerrar los ojos y evadirme de aquel lugar; volar muy alto, hasta las estrellas, donde nadie pudiera alcanzarme.

En mis sueños, a veces dormida y a veces con plena consciencia, era libre. Y no existía mal alguno ni hecho capaz de hacerme daño.

Segura de mi capacidad, seguí andando con paso lento pero decidido. Incluso estaba aprendiendo a llevar esos tacones tan altos, a pesar de mi nula experiencia con ellos. Anya caminaba a mi lado, en silencio, incapaz de soltar alguna palabra con la que romper el hielo; sintiéndose quizá demasiado culpable por empujarme a aquel encierro.

Bastaron un par de segundos para destruir la muralla firme que había construido, bastó una mirada para derrumbar la fuerza que me había impuesto. A pocos metros del cuarto que me correspondía, vi a Leslie, parada enfrente de la puerta contigua. Y su mirada desgarró mi alma. No nos habíamos vuelto a encontrar desde nuestra llegada a esa casa, desde el momento en el cual se marchó de nuestro lado sin explicar a dónde. Después, vino ese grito, ese lamento agonizante que encogió mi corazón. Y ya no volví a saber de ella. Hasta ese momento, en el que la tenía enfrente de mí, a unos pocos pasos; pero, a la vez, demasiado lejos. Nuestras miradas se cruzaron. Intenté preguntarle con mis ojos tantas cosas, dónde había estado todas esas horas, cómo estaba llevando el infierno al que nos estaban sometiendo. Sus ojos

oscuros respondieron mis preguntas en un breve espacio de tiempo. Me explicó su dolor, me agradeció mi interés y me suplicó ayuda. No había ni una lágrima en su rostro, pero me sobrecogió terriblemente el gesto que se había apoderado de ella. La resignación hacía señal de presencia, una expresión de rendición hablaba por ella.

Bajé la vista hacia su cuerpo, casi desnudo al igual que el mío. Y me impactó comprobar que, medio escondidos con la tela de un fino vestido negro, se divisaban unos moratones recientes; dolía incluso mirarlos. La rabia se apoderó de mí, también la frustración, al saber que no podía hacer nada por ayudarla. Nos despedimos con un leve movimiento de cabeza y, en silencio, nos deseamos suerte. Después, ella desapareció de mi vista, empujada por una chica bastante bonita que la precedía. Y entró en su habitación.

Antes de hacer lo propio, Anya se acercó a mi oído y susurró:

—Esa es Jennifer, la chica de la que te hablé.

Asentí despacio; me habría dado cuenta de ese detalle, aunque no me lo hubiera dicho. Unos rasgos tan endurecidos y un comportamiento tan brusco solo podían pertenecer al «ojito derecho» de los jefes.

Me despedí de Anya con otra mirada silenciosa; una mirada más falta de complicidad, pero, al mismo tiempo, cargada de sentimientos. De pronto, cuando la puerta ya casi se estaba cerrando, exclamé:

—¡Anya!

Ella no abrió la puerta, pero se detuvo un instante, como si en realidad lo hubiera estado esperando.

—Dime.

Entonces, hablé sin pensar, sin detenerme a sopesar lo que estaba bien y lo que no lo estaba; guiada solo por los impulsos de mi corazón.

—Yo también me alegro de haberte conocido.

Ella suspiró hondo y, sin decir nada más, se marchó.

Podría saltarme esta parte, podría limitarme a resumir que lo que sucedió en esa habitación fue demasiado horrible, demasiado incluso para contarlo. Debería salvar a mi propio corazón del daño que le hace recordarlo. Sin embargo, quiero hacerlo. Es más, necesito recordar, necesito sumergirme de lleno en el vacío para, después, poder dar un salto y salir, herida pero no derrotada, del pasado.

Cuando entré en esa habitación, asustada, pero con un repentino coraje instalado en mi interior, no imaginaba, ni por un momento, lo que iba a suceder. Esperé ansiosa el sonido de la manilla al girarse y, cuando lo hizo, me armé de valor y suspiré para mis adentros, infligiéndome la valentía que me había propuesto tener. Pero la imagen que vieron mis ojos se llevaron toda mi fortaleza.

Fueron dos hombres los que abrieron esa puerta. En primer lugar, apareció uno ante mis ojos. Era un individuo grande, bastante entrado en años, de aspecto desaliñado. Su rostro estaba marcado por un par de cicatrices que le daban un aspecto aún más intimidante del que ya tenía; sus ojos eran tan pequeños que casi no podía distinguirlos, entrecerrados y medio perdidos, fruto seguramente de alguna sustancia ingerida. Lo seguía otro hombre, todavía más feo, mayor y más imponente si cabe.

Tuve miedo, tuve mucho miedo. Tanto, que pensé que iba a perder la calma en cualquier momento e iba a echar por la borda el control que ya había conseguido mantener. Una sensación de asfixia me invadió de repente y me encontré con una seria dificultad a la hora de respirar. Pese a todo, logré mantener la compostura y me mantuve firme, mirando fijamente a esas figuras que se acercaban más a mí con cada segundo que pasaba. El tiempo era crucial para mi suerte; cada momento era un paso más cerca para el martirio y un paso más lejos para mi salvación. Tenía que hacer algo, tenía que pensar en algo ya.

Sin pensarlo siquiera, di un paso al frente y actué con lo primero que se me pasó por la cabeza. Me detuve en frente de ellos lo suficientemente cerca, pero, a la vez, manteniendo la distancia necesaria. Y, entonces, hablé:

—Me llamo Yurani. Solo tengo doce años.

Uno de ellos, el primero al que había visto, me observó sonriendo, con

una sonrisa bobalicona, carente de significado. Se acercó más a mí y el otro, al verlo, hizo lo mismo. Sin dejar de sonreír, me dijo:

—Arnold.

Supuse que era su nombre, un nombre que nunca había escuchado y que, sin saber por qué, me hizo temblar de miedo. Corroboré mi suposición cuando señaló a su acompañante con el dedo.

—Keiler.

Asentí despacio, aceptando su presentación. Algo me decía que no existía la posibilidad de comunicarme con ellos verbalmente, esos hombres no entenderían mis palabras; por lo que tenía que encontrar la manera exacta de expresarles mis temores. Deprisa, sin detenerme a pensar demasiado, junté mis manos, pegándolas con firmeza, en un gesto claro de petición. Imploraba clemencia, mendigaba compasión; pero no me sirvió de nada.

El llamado «Arnold» estiró su mano y acarició mi rostro. Una vez más, ese gesto, ese maldito gesto que sabía que abriría las puertas del infierno. Era la señal de que la batalla había comenzado. Y así fue. Su mano recorriendo cada facción de mi cara y, después, se dirigió a mi cabello. Me soltó la goma que sujetaba la coleta alta que Anya me había preparado, para que el pelo colgara sobre mi rostro. El temblor de mi interior se hizo más grande, más insoportable. Lo miré con ojos suplicantes, llenos de temor. Los suyos, en cambio, me saboreaban con la mirada.

Cerré los ojos con fuerza, decidida a poner en práctica lo que me había propuesto minutos antes, y entonces todo se fue dando. Aquella mano áspera comenzó a acariciarme con la yema de los dedos: mi cara, mi tripa delgada, mis piernas... Después, se metió bajo mi vestido corto y se posó en la zona que rodeaba la entrepierna, sin detenerse un solo momento. Me susurró algo que no entendí al oído y el vello de mi piel se erizó. Debió tomarlo como una señal de deseo correspondido, pues dirigió sus labios hacia mi cuello y lo llenó de besos.

A continuación, llamó al otro hombre.

—¡Keiler!

Sin atreverme todavía a mirar, sentí la presencia de ese sujeto al acercarse. Ahora, dos bocas besaban mi piel, dos pares de manos recorrían mi cuerpo. Comencé a llorar en silencio; pero solo por dentro, sin permitir que ni una sola lágrima saliera de mis ojos. Uno de ellos pronunció mi nombre y musitó algo que no entendí. De repente, un fuerte dolor me quemó el rostro. Asustada por el golpe, no me quedó más remedio que abrir los ojos. Cuando

lo hice, Arnold sonrió, complacido.

—Así. Chica buena. A Arnold gusta que Yurani mire.

Se tropezaba con las palabras, incapaz de articular una frase seguida, pero no tuve problemas en entenderlo. Quería que lo observara, exigía que me involucrara en la escena, sin posibilidad de decidir ni de negarme. Deseché la idea de pedirle ayuda de nuevo, de rogar que se compadecieran de mí. Y decidí obedecer sin rechistar, pues algo me decía que corría serio peligro al lado de aquellos seres monstruosos.

Entre los dos, me agarraron de los brazos y me empujaron, instándome a ponerme de rodillas. Una escena ya vivida, pero por partida doble. Con gran rapidez, vi caer sus pantalones, seguidos de la ropa interior, a un lado del suelo. Quise cerrar los ojos de nuevo al comprobar lo que tenía enfrente, pero recordé el tortazo reciente y me abstuve de hacerlo.

—¡Come!

Eso sí sabía decirlo bien en mi idioma, pensé mientras obedecía. Tras unos minutos eternos de jadeos por su parte y de atragantamiento por la mía, me apartaron de un empujón, con verdadero desprecio. Uno de ellos me agarró y me obligó a ponerme de pie. Me llevó hacia la cama y, entonces, el pánico se apoderó de mí. El miedo que sentía era más grande que todo lo demás, más fuerte incluso que el sentido de supervivencia. Intenté escapar de sus brazos; pateé, forcejeé y luché hasta el último momento, hasta el momento en el que vi que no tenía nada que hacer contra esa fuerza masculina. Entonces, cuando su boca se acercó a la mía, ávida de mis besos, cerré mis dientes con fuerza, con toda la que fui capaz de emplear. Arnold profirió un grito de dolor.

—¡Ahhh! Perra mala. ¡Has mordido!

Recibí otro golpe, mas no me importó. Me encaramé a su brazo y volví a atacar, furiosa como una gata salvaje; defendiéndome con las uñas y con los dientes. De un empujón, caí sobre la cama. Pensé que iba a pegarme de nuevo, se acercarían y entre los dos me molerían a golpes; pero me equivoqué. El hombre al que había herido se dirigió al otro y le dijo algo en su idioma. A pesar de no comprenderlo, adiviné que no se trataba de nada bueno por el tono de su voz, terriblemente amenazante. El tal Keiler asintió y salió con rapidez de la habitación, dejándonos solos. En los minutos que pasaron hasta su regreso, Arnold y yo nos limitamos a mirarnos, uno enfrente del otro, en profundo silencio.

Cuando Keiler volvió, no lo hizo solo. A su lado venía Andrés y su rostro dejaba ver toda la furia que le ocasionaba mi rebeldía. Me preparé para lo

peor. No sabía si lograría salir con vida de todo eso.

Andrés se paró frente a mí y con sus manos fuertes rodeó mi cabello, apretándolo con fuerza. Pegó su cara a la mía y me habló, en un tono pausado pero imponente.

—Estos chicos dicen que estás dando problemas. Te estás negando a cumplir con tus responsabilidades. Y ellos han pagado por ti. Así que debes portarte como una señorita y cumplir con lo acordado.

—Lo acordado por ti. Yo no he pactado ningún trato, ni he acordado ningún precio —sabía que me estaba pasando, pero ya no podía hacer nada por remediarlo—. ¿Cuánto valgo, Andrés? ¿Cuánto pagan por mi cuerpo? Concédeme, por lo menos, el honor de saberlo.

Andrés esbozó una sonrisa, era una mezcla entre la burla y la excitación que, en el fondo, le causaba mi actitud desafiante.

—Más de lo que mereces. Eres guapa, ya te lo dije en una ocasión; pero... en realidad, eres igual de zorra que todas las demás.

No pude evitarlo. La indignación me corroía por dentro y la dejé salir, escupiéndole en la cara, directa, con la mejor puntería posible. Andrés cerró los ojos y apretó los labios, rechinando los dientes; trataba por todos los medios de conservar la calma y no darme lo que, pensaba, me merecía.

—Está bien. Tú ganas. No tienes que seguir trabajando para mí. Solo te diré una palabra y escúchame bien —pegó sus labios a mi oído y me habló, con una voz tan fría que heló mi sangre—, Kimberly.

Aturdida, debatiéndome entre el odio y el terror, agaché la cabeza. Una palabra tuvo más poder en mí que cualquier golpe y, entonces, me rendí.



## OSCURIDAD

Todo lo que siguió a continuación es algo borroso. Lo viví yo, en primera persona, pero mi alma estaba muy lejos del suelo de aquel dormitorio.

Andrés volvió a dejarme sola con esos dos hombres, los cuales ya habían entregado su dinero y eran libres, por ello, de disponer de mí a su antojo. Recibí otro golpe, esta vez en el otro lado de la cara, que hizo que las lágrimas saltaran de mis ojos y mis piernas se doblaran. Mareada, caí al suelo. Uno de los dos, no pude distinguir quién era, me enderezó la cabeza para obligarme a mirarlo. Estaba demasiado aturdida para distinguir su rostro. Las lágrimas corrían por mis mejillas, llevándose todo el maquillaje que Anya, con tanto cariño, me había puesto.

Se inclinaron sobre mí. Me pusieron de pie y me sujetaron. Entre sus brazos, yo era un simple objeto, un objeto muy codiciado, pero sin valor alguno al mismo tiempo. Me llevaron de nuevo hasta la cama. Keiler se echó en ella y me tumbó sobre él. Arnold se colocó detrás de mí. Quise gritar, en un acto reflejo, pero me lo impidieron poniendo una mano sobre mi boca. Entonces, se metieron dentro de mí; por un sitio por el que ya tenía experiencia y por otro, por el cual jamás nadie había entrado. Reprimí un grito de dolor. Enloquecidos, movían sus caderas contra mí, ejerciendo una brutalidad contra la que no podía hacer nada. Creí que iba a partirme, creí que iban a desgarrarme las entrañas.

Entonces, todo terminó. Ignoro cuánto tiempo duró ese tormento, cuántos minutos, o tal vez horas, se sobrepasaron abusando de mi vulnerabilidad. Afortunadamente, el cuerpo dispone de un mecanismo de defensa, el cual se activa cuando el dolor físico y psíquico no puede más... y lo bloquea. Todo aguante tiene un límite... y el mío lo había sobrepasado. Perdí el conocimiento. Lo último que recuerdo de aquel instante es el ruido de mi cuerpo al caer contra el suelo. Entonces, agradecí en mi interior que el dolor hubiera dejado de ensañarse conmigo y se hubiera disipado. Después, mi lucidez se apagó y todo se volvió negro.

Hay un milagro en la vida que encuentro inexplicable. Y es eso mismo, el hecho de vivir, el arte de estar vivos, aunque no queramos estarlo. Y es que uno no se muere cuando quiere; sino cuando su papel en el mundo ha terminado. Y el mío no debía de haberlo hecho. Así lo comprobé ese día, cuando abrí los ojos en una vieja camilla, en una sala que hacía las veces de enfermería.

Lo primero que vi al despertar fue un rostro desconocido, pertenecía a una señora baja y gordita, la cual me miraba con atención. En cuanto se dio cuenta de que me encontraba estable, se dirigió al teléfono fijo que había en la mesa de aquella estancia y se apresuró a marcar un número. Desde mi cama, escuché la información que daba sobre mí a quién sabe qué persona.

—Es la chica. Ha despertado.

En menos de cinco minutos, se oyó un golpe en la puerta. Sin esperar respuesta, la abrió y entró, haciendo un sonoro ruido bajo sus pasos gracias a sus zapatos de tacón. Todavía confusa y un tanto mareada, reconocí la cara de Jénifer en esa figura femenina. Ella se acercó a la enfermera y le preguntó:

—¿Cómo está?

—Ha perdido mucha sangre. Creí que no lo contaría, pero esta chica es fuerte. Está bien, dentro de lo que cabe.

Hablaba de mí como si yo no estuviese presente. Después de una breve pausa, añadió:

—Nunca terminaré de acostumbrarme a estos casos. Son solo unas niñas...

De reojo, pude observar cómo su rostro se torcía en un gesto de fastidio. Estaba en contra de aquellos actos tan crueles, conmovida por lo que habían hecho conmigo. Me pregunté si sería una persona digna de confianza. Puede que, más adelante, necesitara a alguien en quien poder creer. Jénifer disipó mis dudas, dirigiéndose a la señora con tono tajante y despectivo.

—¡No empieces con tus tonterías, Marisol! Me aburres ya con tanto dramatismo. Recuerda por qué estás aquí... si alguna vez tienes intenciones de traicionarnos, movida por una pena inútil.

La pobre señora rechoncha agachó la cabeza, sumisa.

—Sí, señorita. Lleva razón. Ustedes me ayudaron cuando nadie más podía hacerlo. Y se lo debo todo.

—Así me gusta. Eso está mejor.

Giré la cabeza hacia el otro lado de la habitación, fingiendo no haber sido partícipe de esa conversación ajena, justo antes de que Jénifer se acercara a mí. Me escondí en mi interior, me mantuve paralizada con la vista clavada en un punto imaginario. No tenía ganas de dar explicaciones sobre mi estado, ni escuchar ánimos falsos. Jénifer no hizo nada de eso. Se paró, de pie a un lado de la cama, y me dijo:

—Buenos días, Yurani. Por fin nos conocemos.

Giré entonces la cabeza y trasasé sus ojos con los míos. Su tono de voz, burlón e irónico, no me había pasado inadvertido. Esa chica, en realidad, era incluso más fría de lo que había imaginado.

—Es un placer —le respondí, con el mismo sarcasmo que ella había empleado.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Te llamas Jénifer. Me han hablado bien de ti —le conté entonces tratando de dibujar una sonrisa, la cual quedó solo en un simple amago. Me encontraba demasiado débil hasta para sonreír.

—Llámame Jenni. Ya sabes, Jenni para los amigos...

Me pregunté si esa clase de persona tendría amigos, pero me guardé ese pensamiento. Me limité a volver a caer en el silencio, deseando que su visita no se extendiera demasiado. No me agradaba su compañía.

—Esto te ha pasado por egocéntrica. Por lo que me han contado, tienes demasiado orgullo, principios estúpidos que aquí no te van a servir de nada.

Ignoré su acusación directa. Hice como si no la hubiera escuchado. Cerré los ojos y, tras unos largos segundos, su voz llegó de nuevo a mis oídos.

—Hay alguien que quiere verte. Le diré que pase —me informó, sin dignarse siquiera a pedir mi opinión al respecto.

Abrí los ojos como platos, con un repentino nerviosismo que se apoderó de mi mente. ¡Kimberly! No podía permitir que ella me viera en aquella situación tan... lamentable. Me incorporé como pude en la cama, haciendo caso omiso al dolor que sentía en cada parte de mi cuerpo, y me quedé sentada con la espalda apoyada en el cabecero. Arreglé mi pelo apresuradamente con las puntas de mis dedos, tratando de desenredarlo, y confié en que mi rostro no

se viera tan desastroso como lo estaba mi alma.

Jennifer salió con paso altivo y, antes de salir, hizo un gesto con su mano, invitando a quien fuera que estuviera ahí a pasar. La enfermera también abandonó la sala. La preocupación dejó lugar a la sorpresa cuando mis ojos observaron a aquella persona. Con pasos lentos, se aproximó a mí y se quedó mirándome de pie en el mismo punto que acababa de ocupar Jennifer; pero con una mirada totalmente distinta. La suya expresaba compasión, un tanto de miedo también.

—Leslie...

No fui capaz de decir nada más. Ella era de las últimas personas que hubiera esperado ver allí dentro.

—¿Cómo estás?

Mi cara se torció en un gesto doloroso, que intentó ser una sonrisa.

—No en mi mejor momento...

Ella sonrió, con un deje de tristeza.

—No es justo.

Me encogí de hombros.

—Nada en esta vida lo es.

Leslie agachó la cabeza.

—En realidad, no sé qué decir.

—No digas nada. Solo dime una cosa, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Más de veinticuatro horas. Lo que te sucedió... —trató de no entrar en detalles—, fue ayer por la noche. Ahora... el sol ya se está poniendo de nuevo.

Un sentimiento de desasosiego recorrió mi cuerpo. Leslie se apresuró a tranquilizarme, antes de que pudiera exponerle mi miedo.

—No te preocupes por Kimberly. Está bien cuidada. Anya y yo nos hemos ido turnando para cuidarla y hemos intentado que notara lo menos posible tu ausencia. Le hemos dicho que has tenido que salir fuera, a desempeñar un trabajo, pero que volverías pronto.

Suspiré hondo, aliviada. El corazón se me llenó de gratitud hacia esa chica, siempre huraña, pero con una gran bondad dentro, la cual se empeñaba en tapar. Y no supe cómo expresar ese agradecimiento.

—¿Por qué estás aquí?

Había soltado esa pregunta sin pretenderlo, las palabras habían salido solas de mí y pillaron a Leslie desprevenida. Aturdida, guardó silencio unos segundos y, de nuevo, agachó la mirada en dirección al suelo. Después, la

levantó de nuevo, movida por un repentino sentimiento, y clavó sus ojos oscuros en los míos.

—¿Por qué lo estás tú?

Había respondido a mi curiosidad formulando la misma pregunta que yo le había lanzado. Y no pude menos que sonreír para mis adentros.

—Tengo una razón de peso, para haber venido hasta esta casa y para aguantar en ella. Mi hermana...

No hizo falta explicar más. A Leslie le bastó para comprender lo que Kimberly significaba en mi vida, para darse cuenta de que, por ella, estaba dispuesta a todo.

—Te toca...

Leslie, sin dejar de mirarme, se llevó una mano a la frente con gesto pensativo. Imaginé que debía de andar debatiéndose entre guardar sus sentimientos o dejarlos salir ante mí. Se decantó por lo segundo.

—Tienes suerte. A mí también me hubiera gustado tener una hermana. Una como tú, para ser más exactos.

—Lo primero, no es la primera vez que me lo dicen. Lo segundo, realmente creo que no merezco ese sentimiento.

—En realidad, yo también tengo un hermano. O tenía.

Su confesión me dejó atónita. Entonces... ¿Leslie también había tenido alguien por quien luchar, una persona a la que querer por encima de todo lo demás? Y en ese caso, ¿qué había sucedido para que se alejaran? Una repentina curiosidad me invadió por completo; quería saber más sobre ella, conocer un poco más de su historia. Sin embargo, guardé silencio, expectante y paciente a la vez, permitiendo que ella encontrara el momento adecuado para abrir su corazón.

Entonces, sucedió. Leslie tomó asiento en el borde de la cama lo suficientemente cerca de mí, pero sin llegar a hacerme daño, y respiró hondo. Se estaba preparando para enfrentar sus propios fantasmas, los demonios que la atormentaban a diario. A continuación, fijó la vista en un punto fijo de la pared blanca y comenzó a hablar, más para sí misma que para mí.

—Sebas era mayor que yo, me sacaba un par de años. Cuando éramos pequeños, esa diferencia de edad no se notaba demasiado. Tampoco la diferencia de sexo. Siempre estábamos juntos; jugábamos, tanto a las muñecas, como a las guerras que él se montaba, pero siempre juntos. Después, fuimos creciendo y nuestros deseos fueron cambiando. Entonces, sucedió. Mi padre emigró. Nos abandonó a nuestra suerte, con la promesa de volver con una vida

mejor para ofrecernos. Se marchó del país y... ya no volvimos a verlo. La furgoneta en la que viajaban volcó, dicen que a causa de la velocidad que llevaba. Mi padre falleció en aquel accidente.

Hizo una pausa, demasiado emocionada a causa de sus propios recuerdos, que la trasladaban a un pasado bastante lejano, pero imborrable para su alma. De pronto, comprendí tantas cosas. Recordé esa imagen, minutos antes de subir al automóvil que nos llevaría a nuestro destino; rememoré el rostro aturdido y aterrado de Leslie, su recelo a la hora de decidir subir a esa furgoneta y la mirada que me dedicó, llena de temores. Probablemente, su pánico venía infundido debido a ese suceso, la pérdida de su padre, al que seguro quería, en unas circunstancias similares. Me compadecí de ella y me lamenté por no haber podido adivinarlo. Me hubiera gustado echar el tiempo atrás para ser capaz de ofrecerle mi apoyo. Como eso no era posible, me consolé con seguir allí, sentada en esa cama, dispuesta a seguir escuchándola.

—Por aquel entonces, yo solo tenía diez años; Sebastián, doce. Éramos críos, unos chiquillos todavía demasiado vulnerables ante las adversidades de la vida; pero nos tocó crecer a pasos agigantados. De golpe, de un día para otro, mi madre se echó a perder. Cayó en el peligroso vicio del alcohol y comenzó a gastar el poco dinero que nos quedaba en esas sustancias, tratando así de ahogar sus penas, de la única manera que sabía. A mi hermano le tocó entonces ocupar un papel doble en nuestra familia. Hizo de padre y también de madre, luchando con la perseverancia que lo caracterizaba. Salió a la calle, encontró un trabajo medianamente honrado y, gracias a su sacrificio, las cosas empezaron a ir mejor para nosotros. Nunca olvidaré lo que hizo por nosotras, ¿sabes? Si no fuera por las horas que dedicó a los campos, por el sudor y el cansancio con el que siempre volvía a casa al llegar la noche, nunca habiéramos salido de eso. Comí y vestí gracias a él. También aprendí muchas cosas que, hasta el momento, no sabía; como, por ejemplo, que hasta las personas más buenas pueden volverse oscuras, que incluso el alma más pura es capaz de cambiar su color, en un momento inesperado.

De nuevo, guardó silencio. Por el gesto que se dibujó en su cara, comprobé que le costaba horrores seguir hablando. Estaba luchando con gran determinación con el nudo que se había formado en su garganta, decidida a no dejarse vencer por la emoción.

—Nunca olvidaré aquel día. El día en el que me di cuenta, por palabras textuales de mi hermano, de que ya me había hecho mujer. Fue el año pasado, en una noche oscura de verano. Aquel día, Sebas había vuelto a casa más

temprano de lo normal. Se había cansado de trabajar tanto, me dijo. Noté algo extraño en su comportamiento. Su cuerpo se tambaleaba levemente y le costaba trabajo mantenerse de pie; su respiración se agitaba más de lo normal y sus palabras se trababan al salir de su boca. Su mirada... su mirada tenía algo que me asustó terriblemente. Sus ojos se clavaban en mí y lo hacían con tanta fiereza que tuve que apartar la mirada. Esos no eran los ojos de mi hermano, no del Sebas que tantas veces había jugado conmigo, que me había protegido del dolor, del hambre y del miedo. Esos ojos oscuros me devoraban, traspasaban mi alma y me hacían sentir casi desnuda. Fueron sus palabras las que me avisaron de que las cosas se estaban torciendo. Me dijo: «Me gustas mucho, Leslie. Siempre me has gustado». No quise darle importancia a esa confesión, traté desesperadamente de tomarlo como un acto fraternal, una demostración de cariño entre hermanos. Pero él me demostró lo equivocada que estaba al creer eso cuando puso sus manos sobre las mías. No debí dejarle, lo sé. —Sacudió la cabeza con rabia, moviendo su larga coleta negra de un lado al otro—. No debí permitirselo. ¡No tenía derecho a hacerme eso! A mí, que siempre lo había idolatrado casi como a un dios. Pero lo hizo. Y lo siguió haciendo durante mucho tiempo más. Exactamente, hasta dos días antes de mi partida, la noche en la que me conociste en la plaza del pueblo.

Me encontraba completamente absorta en su narración, sumergida en lo que me estaba contando como si yo misma lo estuviese viviendo. Con la mirada, la animé a seguir hablando. Entonces, tomó aire, inspirando profundamente, y retomó la conversación.

—No pude soportarlo más tiempo. Aguanté un año, un año de besos, caricias y tocamientos prohibidos. Escondí esos actos a nuestra madre, la cual no se daba cuenta de nada, o hacía como que no se enteraba. Quién sabe, para ese entonces su cabeza ya había dejado de tener pensamientos coherentes. Rozaba la locura. Sebas siguió trabajando, siguió dándome todo lo que se me antojaba; pero para mí sus obsequios y regalos dejaron de tener sentido. Hasta que una noche, una idea se encendió en mi mente. Era un pensamiento tan grande, tan poderoso, que nubló por completo mi razón y me envolvió, bloqueando cualquier pensamiento razonable. Era solo una niña, Yurani —me explicó, tratando de justificar sus propios actos—. Una niña asustada, una niña que se negaba a seguir viviendo en una vida con la que no se sentía feliz; a seguir cargando con ese peso insostenible que estaba acabando conmigo poco a poco. Si seguía así, si seguía consintiendo los abusos a los que él me sometía, la culpa iba a acabar conmigo. Era él... o yo. Y decidí salvar mi

pellejo. Mientras Sebas dormía, agotado tras una dura jornada de trabajo y nuestra diaria sesión de sexo, medité en mi interior todas las soluciones posibles. Entonces, sin detenerme a pensar lo que estaba a punto de hacer, agarré un cuchillo de la cocina, el más grande, el más punzante... y me dirigí a su cuarto. No me tembló el pulso, Yurani. No sentí ninguna clase de remordimiento al clavar ese objeto en su pecho con fuerza, con determinación, con la rabia que llevaba contenida durante tanto tiempo.

Leslie detuvo su relato y guardó silencio, esperando, tal vez, una reacción escandalizada de mi parte. Me estaba haciendo partícipe de un suceso muy grave, forzándome a volverme cómplice de ese hecho, simplemente por contármelo. Al comprobar que en mi rostro no había emoción alguna, más que unas ganas infinitas de que siguiera hablando, continuó con su historia:

—El grito que pegó Sebas al sentir el cuchillo traspasando su cuerpo me desgarró los oídos. Todavía oigo ese grito por las noches. Ignorando sus lamentos, seguí con mi propósito, decidida a acabar con lo que había empezado. Me había convertido en un monstruo, un ser despiadado y frío. No sentía nada al acabar, poco a poco, con su vida. Él no tuvo tiempo de reaccionar. En un momento dado, dejó de quejarse. Solo entonces, tiré el arma al suelo y salí corriendo. Corrí y corrí, sin mirar atrás, sin detenerme siquiera a coger aliento, hasta que mis piernas me traicionaron y me dejé caer al suelo. —Su voz estaba rota por el dolor; pero, aun así, siguió hablando—. Ni siquiera sé si lo conseguí, ¿sabes? Ni siquiera hoy sé si lo maté aquel día, puede que nunca lo sepa... Yo lo quería, Yurani. Lo quería mucho, tal vez demasiado. Llegué a pensar, incluso, que lo amaba. Pero... ¡No es posible! ¡Los hermanos no pueden enamorarse!

Asentí, comprendiendo, dejándole saber que estaba de su parte, y no contra ella. Era capaz de imaginar su sufrimiento como el mío propio, de ponerme en su piel y entender ese *amor* que ella creyó sentir, pues no le habían enseñado otro. Leslie fijó su mirada en la mía y, de pronto, sus ojos se empañaron. Un sollozo la estremeció y dejó correr las lágrimas. Quise estirar el brazo, quería acariciar su piel y demostrarle que no estaba sola en su dolor, que podía contar conmigo. Sin embargo, un extraño pudor me paralizó y permanecí inmóvil, observándola con una mirada compasiva.

—¡No quería hacerlo! ¡Era mi hermano, mi sangre! ¡Yo no quería!... ¡No quería matarlo!

Su cuerpo se estremeció y convulsionó en un llanto incontrolable. Busqué en mi interior las palabras adecuadas para ese momento, la forma en la que



poder consolar su alma herida, esa tristeza tan gigantesca que aplastaba su corazón. No me importaba lo que sucedió después con el cuerpo de su hermano, no me interesaba lo más mínimo saber si, al final, consiguió acabar con su vida. En ningún momento la juzgué por ello. Todo lo contrario, la admiré, maravillada por la entereza con la que había sobrellevado la situación y por haber sido lo suficientemente valiente para decidir poner fin a ese tormento, también por contármelo.

Una pregunta rondaba mi cerebro desde hacía varios minutos y, aunque tal vez no viniera al caso, decidí formulársela. Esperé un poco a que Leslie se hubiera calmado y, cuando lo hizo, le pregunté:

—Andy no es tu primo, ¿verdad?

Negó con la cabeza, limpiándose las lágrimas de sus mejillas con la manga de su jersey.

—No. Ya sé que el parecido entre nosotros es muy grande, pues su rostro se asemeja mucho al mío, pero Andy no es mi primo ni nada que se le parezca. Lo conocí dos días antes que a ti, la misma noche en la que atenté contra mi hermano.

Su confesión no me pilló desprevenida. Mi intuición me había dicho desde el primer momento que ellos dos no pertenecían a la misma familia; pero nunca quise escarbar más en el asunto, hasta ese instante. Me pregunté si a ella, como a mí, también la habría embaucado con sus palabras bonitas y su capacidad de seducción. Leslie pareció adivinar mis pensamientos y se anticipó a responderme:

—Andy me encontró perdida, vagando por los alrededores del pueblo, sin un rumbo fijo. Estaba completamente desorientada, aturdida por lo que acababa de hacer y sin saber a dónde dirigirme. Era cuestión de tiempo que me encontraran; mamá se levantaría al día siguiente y se encontraría con una escena tenebrosa, digna de una película de terror. Entonces, daría la voz de alarma y todo el pueblo, también la policía, iría en mi busca. No tenía escapatoria. Nadie, absolutamente nadie, estaría de mi lado. Nadie sería capaz de comprender los motivos por los que había cometido semejante atrocidad. Andy lo hizo; él me entendió sin necesidad de explicar mis argumentos, sin juzgarme ni acusarme. Me ofreció su ayuda y, aturdida, la acepté sin dudarle un momento. Estaba realmente desesperada, con un grado de angustia tal que, si él no me hubiera encontrado, probablemente hubiera atentado también contra mi propia vida. Me escondió en su casa. La tarde que tú fuiste a visitarlo, yo estaba allí, escondida en la otra habitación, siguiendo órdenes del

hombre que también vivía en ese piso. Escuché tu voz y, en el fondo, sentí rabia. Oía cada palabra vuestra... y no pude evitar pensar que tu deseo de huir, de escapar a su lado, se limitaba a una atracción hacia él, a un egoísta pensamiento de niña mimada.

—Nada más lejos de la realidad. Nunca fui una niña mimada. ¿Sabes? Voy a contarte algo.

Respiré hondo y me armé de valor. Ahora había llegado mi turno. Estaba demasiado cansada aún para hablar mucho, por lo que me limité a resumirlo de la mejor forma posible; quería que Leslie comprendiera que, en el fondo, ella y yo no éramos tan diferentes.

—Yo también sé lo que es el dolor. Conozco la desesperación que se siente cuando no sabes si seguir viviendo o terminar con todo ese sufrimiento. Yo no tuve un hermano... pero sí tuve un padre.

Leslie aceptó mis palabras con gesto solemne. Adivinó su significado y guardó unos minutos de silencio.

—Ahora... tengo que irme. Jénifer no tardará en venir a buscarme.

Su voz se apagó. Estiré la mano hacia ella, antes de que se levantara, y se la ofrecí, buscando un gesto de complicidad, una señal del principio de algo bonito, algo que se estaba formando entre nosotras. Leslie, en cambio, rechazó mi oferta.

—Quiero que sepas que no te he contado todo esto para darte pena. Tampoco para ganarme tu confianza. Tú y yo nunca podremos ser amigas, somos demasiado diferentes.

Me quedé atónita, asimilando lo que estaba escuchando. El cambio en ella había sido tan brusco, tan radical, que no me había dado tiempo a reponerme. Se levantó de la cama y me dedicó una última mirada.

—Con esto, quiero que veas que no solo tú has sido débil. Quiero que dejes de martirizarte. Que entiendas que no solo tú tienes un pasado.

A continuación, sin decir más palabras, se dio la vuelta y se alejó de mi lado. Confundida, no fui capaz de detenerla ni de replicar nada. Me limité a quedarme allí, pensativa, vagando entre los recuerdos de esa muchacha, la cual cada vez me sorprendía más, y los míos, que se resistían a abandonarme. Sonreí para mis adentros. Supe a ciencia cierta que, a pesar de la actitud defensiva de Leslie, entre ella y yo acababa de nacer algo muy grande, un lazo indestructible. Un lazo que nos salvaría de caer al vacío y que, en caso de llegar a caer, lo haríamos juntas.

Dicen que todo tiene solución en este mundo, salvo la muerte. Y que, por fortuna o por desgracia, la mala hierba nunca muere. Todos esos refranes antiguos y conocidos habían llegado a mí de boca de mis padres. Ahora, la veracidad de esas palabras se confirmaba. La prueba estaba en que me encontraba de pie, caminando por los pasillos de esa casa. La enfermera acababa de darme el alta, tras unas cuantas negativas por mi parte ante las recomendaciones que me hizo sobre esperar un par de días más. Con un último consejo sobre guardar reposo, me levanté de aquella cama y me dispuse a seguir con mi vida, por muy dura que fuera.

La conversación que había mantenido con Leslie la noche anterior, me había servido para darme cuenta de que yo no era la única persona en el mundo que estaba mal. Existía más gente sufriendo, tal vez incluso más que yo, y no por eso se rendían y se dejaban caer al abismo. Había que luchar o quedarse en el camino... Y yo decidí luchar. Tenía muchas ganas de volver a verla, hablar con ella y reanudar la charla que habíamos dejado a medias; de contarle mi historia, como nunca había hecho con nadie. Pero muchas más ganas tenía de ver a mi hermana, a la cual había extrañado terriblemente en el tiempo que llevábamos separadas.

Cuando, por fin, llegué al dormitorio, unos ruiditos desconocidos me hicieron dudar un momento. Me quedé parada, inmóvil enfrente de la puerta, que se encontraba entreabierta; dudando de si empujar y dejarme ver, o espiar de dónde provenían esos sonidos. Me decanté por lo segundo. A través del resquicio que quedaba abierto, asomé mi cabeza despacio, con cuidado de no ser descubierta. Lo que vieron mis ojos allí dentro me dejó sin habla. Había imaginado el reencuentro con mi hermana de muchas formas, en la mayoría dramáticas, pues esperaba encontrarla sumida en un mar de lágrimas o, a lo mínimo, bastante asustada por mi ausencia.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Kimberly se encontraba allí, en nuestro dormitorio, sí. Pero, uno, no estaba sola. Y dos, no estaba llorando ni daba la impresión de estar preocupada. Se hallaba sentada en el suelo, casi en la misma posición que yo la había dejado un par de días antes. Seguía atenta con la mirada los pasos que daban unos muñecos, a los que ella misma

hacía andar. ¡Un momento! En sus manos no solo sujetaba a Lara, nuestra fiel y única muñeca de trapo, sino también otro muñeco, un muñeco con aspecto de bebé, en mejores condiciones que la suya. Me detuve unos largos minutos para observarla con atención; desde la posición en la que estaba, solo atisbaba a ver el perfil izquierdo de su rostro, pero me bastó para descubrir la alegría que la embargaba. Su mirada rebosaba de felicidad, su sonrisa no dejaba lugar a dudas de lo ilusionada que estaba. Hablaba, y sonreía mientras lo hacía, a una compañera de juegos. Esta estaba, sentada al igual que ella, a su lado. Se trataba de una niña, y mi sorpresa se hizo enorme al percatarme de su presencia en aquella habitación. Desde nuestra llegada, tan solo había divisado a chicas, en su mayoría bastante jóvenes, pero no tanto como Kimberly. Ni por un momento había imaginado que podría haber otra chiquilla cerca de nosotras. En cambio, allí estaba. Jugaba y reía, realmente contenta con la compañía de mi hermana.

Desde el punto donde me encontraba, no pude distinguir bien sus facciones. La analicé rápidamente. Tenía el pelo claro, de color castaño tirando a rubio; este le caía liso como una tabla sobre los hombros y me impedía ver bien su cara; su tono de piel era blanquecino. Realmente, parecía una princesa sacada de un cuento de hadas.

Dejé correr un poco más el tiempo, limitándome a mirarlas, completamente embelesada con su mundo imaginario. No hay nada más bonito que ver a un niño feliz, un niño alegre, pero alegre de verdad; con la única preocupación de inventar un juego nuevo y una historia que vivir. Eso... eso no tiene precio. Y me permití disfrutarlo al máximo. Mi hermana, ¡mi pobre hermana! Se merecía tanto esos momentos, era tan injusto para ella privarla de la felicidad que le correspondía, que agradecí enormemente al cielo, o a quien hubiera sido, que hubiera puesto a esa niña en su camino.

Tras un prolongado espacio de tiempo, me decidí a entrar, un poco fastidiada por tener que romper ese mágico momento, pero realmente emocionada con la idea de acercarme hacia ellas. La niña rubia fue la primera en percibir mi presencia. Señaló hacia el lado donde me encontraba, haciendo un gesto a Kimberly, y entonces ella se giró hacia la dirección que su amiga le indicaba. La sorpresa se posó en sus ojos al verme. Después, esa sorpresa dio paso a la alegría. Entusiasmada, se levantó de prisa y se lanzó a mi cuerpo. Yo no pude sino recibirla con los brazos abiertos, y el alma más abierta todavía. Nos fundimos en un largo abrazo, de esos abrazos que parecen interminables, de esos abrazos en los que no hace falta decir nada. Las palabras, a veces,

sobran. Y cuando dos personas están realmente unidas sobra un simple gesto, o una leve mirada, para comprender todo. Lo que no se puede decir, lo que se lleva dentro, sale a la luz de una forma veloz, a raudales. Y... nosotras lo estábamos. Más que unidas... estábamos compenetradas. Éramos una sola, formábamos parte de un mismo cuerpo, de un mismo corazón.

Después de un rato, Kimberly aflojó un poco ese abrazo y se distanció levemente de mi cuerpo, elevó su cabecita y buscó mi mirada. En la suya, vi todo lo bueno que puede existir en el mundo. Bondad, dicha, la inocencia personificada.

—Te he echado mucho de menos —confesó, con su vocecita dulce que tanto me gustaba.

—Yo también a ti, pequeña.

No preguntó dónde había estado, no quiso saber las razones por las que me había alejado de su lado, dejándola a cargo de unas personas casi desconocidas para nosotras. Estaba demasiado entusiasmada con el hecho de haber encontrado una nueva amiga, y quiso hacerme partícipe de ello.

—Mira, ven. Te voy a presentar. Esta es Celia. —Señaló a la niña, la cual, todavía sentada, me observaba con sus ojos bien abiertos, curiosos—. Es muy maja. Anya la ha traído para que juegue conmigo. Me dijo que, así, ninguna de las dos estaremos más tristes. Tengo que decirte algo...

Tiró de mi blusa (Jénnifer me había mandado ropa nueva a la sala de enfermería) con insistencia, instándome a agacharme. Se acercó a mi oído y susurró, con el tono típico que usábamos para nuestras confidencias:

—¡Me encanta!

Sonreí, realmente divertida, ante su confesión. Me alegraba que a Kim le gustara tanto esa niña. Y solo con distinguir su aprobación hacia ella decidí que, a mí, Celia también me encantaba. Fue entonces cuando la niña, aburrida de quedarse al margen, se levantó y se acercó a nosotras. Tosió para dejar constancia de su presencia. Me miró y yo le devolví la mirada. En su expresión, noté cierto enfado, cierto resentimiento hacia mi persona. Seguramente, se trataba de una envidia repentina, al sentirse desplazada de la atención de Kimberly por culpa de mi llegada. Después, y sin un motivo exacto, su gesto cambió y relajó su rostro, dibujando una sonrisa angelical. Carraspeó, como quien va a decir algo muy importante, y entonces habló:

—Eres guapa.

Le dediqué una sonrisa, no tan bonita como la suya, pero igual de sincera.

—Gracias. Tú eres mucho más bonita.

Era cierto. Lo era. El color de su pelo, de su piel, esa sonrisa hipnotizadora y sus ojos verdes... ¡Un momento! Verdes. De un verde precioso que llegaba al alma. Había visto esos ojos antes, estaba segura. Y esa voz... ese acento personificado. Junté cabos deprisa, buscando en mi cerebro las piezas que me faltaban. No me costó trabajo encajarlas y, aunque así hubiera sido, hubiera solucionado mis dudas rápidamente, pues escuché unos pasos tras de mí y, cuando me giré para comprobar quién era, lo comprendí todo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Esa niña, Celia, era el vivo retrato de Anya. La misma mirada; la misma cara, un tanto más delgada, pero con idénticas facciones; la misma claridad en su tono de piel, la misma voz...

Me quedé parada, inmóvil como una estatua, bloqueada a causa de la sorpresa. Anya me miró con gesto confuso, sin comprender mi reacción al verla.

—¿Qué pasa? ¿Has visto un fantasma? —preguntó irónicamente, verdaderamente contenta de volver a verme.

—Eso tendrás que explicármelo tú.

Para dar más énfasis a mis palabras, di unos pasos hacia el lado derecho y dejé ver a las dos niñas que se encontraban detrás de mí. Ellas ya habían vuelto a sumergirse en su mundo imaginario, ingenuas ante lo que estaba sucediendo a su alrededor. Anya me miró, yo la miré... y nuestra mirada dijo más que mil palabras.

## EL PRINCIPIO DE UNA AMISTAD

Corroboré mis suposiciones al contemplar la dulzura con la que Anya trataba a aquella niña rubia, de ojos verdes y de mirada angelical, como la suya. Después de darle unos cuentos para que se entretuviera leyendo con mi hermana, la despidió con sonoros besos y un cálido abrazo. Me hizo señas para que la siguiera y, juntas, salimos de la habitación.

Me disgustaba un poco volver a dejar sola a Kimberly, sobre todo, después de tantas horas separadas; pero debo decir que la curiosidad que sentía por la historia de Anya era más grande.

Ella me condujo hasta una sala amplia que había en otro de los pasillos, una especie de cafetería que había sido improvisada para las muchachas de ese edificio. Por lo que supe más tarde por Anya, allí no acudían los jefes ni las personas con cargos importantes en ese negocio; era explícitamente para las trabajadoras, y lo digo así porque nombrarlas de otra manera me parecería muy feo.

En la salita se hallaban distribuidas unas cuantas mesas, con sus correspondientes sillas. Al fondo, una barra, tras la cual atendía una señora entrada en años, pero con buena presencia. Me pregunté si aquella señora también desempeñaría otras labores en esa casa, o si su empleo se limitaba a servir cafés con leche y refrescos a las muchachas.

Nos sentamos en una de esas mesas, la que más alejada se encontraba de oídos ajenos. En realidad, apenas había un par de chicas en la estancia, saboreando su taza de café y charlando alegremente entre ellas. Se las veía bien, despreocupadas, y no pude evitar pensar cómo lograrían manejar toda esa situación, sobrevivir a esa vida y, además, lucir felices. Imaginé que se trataba de una felicidad disfrazada, una evasión de la realidad para no caer en la locura; pero, aun así, no conseguía imaginarme a mí misma con la misma sonrisa en los labios, la misma mirada brillante al compartir una conversación con una amiga... no en esa casa.

Anya hizo un gesto con la mano a la camarera y esta enseguida se acercó. Le pidió, sin preguntarme, dos cafés bien cargados, solos, sin nada de leche. No puse pega alguna, me vendría bien despejar la mente y activar mis sentidos. Al poco, ya teníamos los vasitos, bien calientes, sobre la mesa.

—Muchas gracias, Sofi. Eres un amor.

Sofi respondió a su cumplido con una sonrisa. En ella, se divisaba claramente la ausencia de algunas piezas dentales. Observándola así, desde más cerca, deseché de inmediato mis anteriores ideas sobre ella. Además de ser bastante madura ya -imaginé que unos cuarenta años, si no eran cincuenta-, su aspecto estaba bastante perjudicado. Las arrugas afeaban gran parte de su piel, las bolsas debajo de sus ojos le daban una imagen cansada, realmente envejecida... y el cuerpo no tenía mucho para ofrecer. Definitivamente, nadie pagaría por estar con una mujer así. De pronto, una idea se me pasó por la cabeza y me asustó terriblemente. ¿Acaso acabaría yo de esa manera? ¿Terminaría, en un futuro no muy lejano, con la misma apariencia desvalida? Moví la cabeza de lado a lado, negándome a mí misma aquella visión. No iba a vivir allí hasta esa edad, bajo el mando de esos hombres. Antes de llegar a eso, preferiría no seguir viviendo...

Anya me sacó de mis pensamientos, dándome unos suaves empujones en el hombro.

—¡Hola! ¡Llamando a Yurani! ¿Estás aquí?

Volví a la realidad en unos segundos y, cuando lo hice, lo primero que vi fue su sonrisa, su eterna sonrisa.

—Perdona, estaba... pensando.

—Ya, a mí también me pasa a menudo. Pero, aquí, lo mejor es no pensar demasiado... Corres el peligro de volverte loca si lo haces.

—Anya... ¿Nunca has intentado salir de este lugar?

—No —respondió ella con contundencia—. La verdad es que no. Y si lo hubiera intentado, tampoco habría podido.

Enmudecí ante su determinación; daba por hecho que no había nada por hacer. Su resignación me sobrecogió; sin embargo, seguí insistiendo:

—¿Por qué no? Anya, eres muy joven. Tienes, tenemos... muchos años por delante. ¡La vida no puede limitarse a estas paredes!

Desvió un poco la vista, a la vez que daba un pequeño trago a su café, aún humeante. Contrariada, un tanto incómoda ante mi cabezonería, enmudeció unos segundos. Después, continuó:

—Las cosas no son tan fáciles como tú te piensas, Yurani. Me gustaría decirte que fui como tú algún día, que tuve esa fuerza, ese valor que derrochas por todos los costados de la piel. Quisiera decirte que, con el paso del tiempo, me doblegué. Pero la verdad no es esa. Yo nunca fui valiente, nunca tuve la capacidad para enfrentarme a los que sí lo eran, para luchar por mis sueños...



Desde que tengo uso de razón, siempre me he visto a mí misma como una cobarde.

Su expresión afligida me apenó, sentí lástima por ella y por esos deseos truncados que, seguramente, alguna vez albergó en su corazón. Estiré la mano por encima de la mesa y la posé sobre la suya, en un intento mudo de demostrar mi empatía hacia ella.

—¡No digas eso! Tú no eres cobarde. Simplemente, eres una mujer afectada por las circunstancias que te han tocado vivir, marcada por la maldad ajena.

Mientras que hablaba, me di cuenta de que me había referido a ella como una «mujer». Así la veía, y así me veía a mí misma. Las cosas habían cambiado mucho en muy poco tiempo. En apenas unos días había pasado de ser una niña insegura y soñadora a convertirme en una mujer, una mujer de verdad, con sus correspondientes miedos, pero con una fortaleza infinita, la cual había desconocido hasta entonces.

—Sé que quieres preguntarme por qué vine a este sitio, qué me hizo acabar poniendo los pies sobre el infierno —adivinó Anya—. La verdad, no he hablado de esto con nadie. Me limito a cumplir mis obligaciones y a atender a las recién llegadas, orientándolas un poco entre todo este ambiente. Por todo eso, me he ganado la confianza de los superiores. No tanto como Jénifer; pero puedo decir que llevo una vida tranquila desde que... desde que asumí que era la que me tocaba. Nunca he dado un problema, ni he tenido un enfrentamiento con nadie en el tiempo que llevo aquí. Que es bastante...

—¿Cuánto? —la interrumpí, deseosa de averiguar lo que quería saber desde que nos conocimos.

Ella agachó la cabeza, cohibida de pronto, y dudó un poco antes de hablar. Después, la levantó de nuevo y, mirándome fijamente, me dijo:

—Seis años, exactamente el tiempo que tiene mi hermana.

No hizo falta decir más. Ya no fueron necesarias las preguntas que le tenía preparadas, ni apremiarle a revelarme la verdad sobre Celia, la niña que había encandilado a Kim completamente. En los ojos de Anya pude distinguir un brillo distinto. La mirada se le iluminaba involuntariamente al nombrar a esa niña pequeña.

—Yo también tengo una hermana. Supongo que no te pilla de sorpresa, pues el parecido entre nosotras es más que evidente. No suelo permitir que la vean mucho por la casa. He conseguido tener un área exclusiva para ella, en la cual puede jugar y divertirse a su antojo. Dispone de su propia habitación, por

petición suya. Ya sabes, empieza a querer sentirse mayor y hacer cosas apropiadas a su edad... No me mires así. En realidad, no tengo miedo de dejarla sola. Sé que estará bien. Aunque te parezca mentira, Andrés no es tan malo como piensas. —Tras ver mi expresión irónica, se apresuró a rectificar —: Bueno, está bien, sí lo es. Es cruel, despiadado y todo lo que te puedas imaginar, pero es fiel a sus palabras. Él no se anda con rodeos y, si dice algo, lo cumple. Hicimos un trato. Él nos salvaría de la miseria y, a cambio, yo le ofrecería mi vida, sin condiciones. En otras palabras, vendí mi alma al diablo a cambio de un techo, comida y una seguridad que nos faltaba.

A pesar de su tono sarcástico, atisé en su voz una pizca de melancolía. Estuve a punto de indagar más en la llaga, quería conocer más sobre ella. En realidad, lo necesitaba.

Entonces, ella siguió hablando, disipando así mi intriga:

—Eres libre de creer lo que quieras. Puedes pensar que, en busca de estabilidad, me metí de lleno en un sitio en donde la seguridad brilla por su ausencia. Pero todo tiene una explicación, todo en la vida pasa por algo. Y, seguramente, si Andrés no me hubiera traído hasta aquí, ahora no estaríamos sentadas en esta mesa; no estaría para contarlo. La verdad, no tengo muchas ganas de relatarte todo lo que me sucedió. No me siento aún preparada para hablar sobre ello; así que te lo resumiré como pueda... Crecí en una familia conflictiva, una casa en la que escaseaba el amor...y el respeto. Nunca conocí a mi padre y, en su lugar, hubo un hombre, el cual trató de cumplir con esas responsabilidades. No es que fuera malo... en realidad, no lo era. Pero lo perdía su enorme adicción al alcohol y a otras sustancias más peligrosas. En el fondo, lo entiendo. No podía hacer otra cosa con la relación que le ofrecía mi madre. Ella siempre fue a lo suyo, preocupándose solo de sus propios intereses. La cegaba el dinero y, para conseguirlo, vendió su cuerpo durante toda su vida. Ganaba lo necesario para malvivir; pero, aun así, jamás abandonó ese camino. Nunca me importó ser la hija de una fulana, me acostumbré a vivir con ello. Hasta que llegó Celia. Cuando supe del embarazo de mamá, fui la niña más feliz del mundo. ¡Anhelaba tanto tener una compañía, estaba tan necesitada de afecto!

Escuchándola, los recuerdos vinieron a mí y me golpearon de lleno. De repente, rememoré aquellos días en los que, lejos de alegrarme por la llegada de mi hermana, sentí una rabia infinita y una especie de envidia, acompañada de un profundo desprecio hacia esa criatura a la que, por obligación, tenía que aceptar en mi vida. Ese tiempo ya había quedado atrás y, aunque el sentimiento

negativo hacia Kimberly se evaporó enseguida, jamás pude dejar de culparme por haber sido tan egoísta. Me deshice rápido de esos pensamientos para seguir atenta a la narración de Anya.

—Sin embargo, los demás no aceptaron a Celia como yo lo hice. Mi madre intentó tapar la noticia lo máximo posible; pero, como es obvio, una cosa así no puede esconderse por mucho tiempo. En cuanto mi padrastro se enteró de la noticia, se hizo el escándalo. Yo era demasiado pequeña todavía para comprender lo que sucedía. Tenía unos once años; pero era consciente de que algo grave estaba pasando. Tan grave como que el bebé que esperaba mamá no era de su marido. Entonces, todo se descontroló muy rápido. Tras un sinfín de discusiones, unas leves y otras no tanto, entre ellos, tomaron la decisión definitiva, la decisión que les haría librarse de todos los males. Y eso significaba librarse de mi hermana. El embarazo estaba ya bastante avanzado, y no tenían los medios para pagar a una clínica privada que aceptara correr el riesgo de interrumpirlo ilegalmente. Así que decidieron que, en cuanto mi hermana hubiera nacido, se desprenderían de ella. La darían en adopción; había muchas familias necesitadas y dispuestas a acoger a un bebé. Y más aún a un bebé con esos genes tan... bonitos. Porque, a pesar de ser lo que fue, mi madre era una mujer realmente guapa. Entonces, me desmoroné. Había perdido a mi hermana antes de tenerla. Cuando nació, rogué y pataleé para que me permitieran acudir al hospital. Solo quería conocerla, despedirme de ella y desearle suerte. Mi padrastro accedió y me llevó junto a ellas. Entonces, lo tuve claro. Supe lo que tenía que hacer desde que tuve a Celia en mis brazos. Y así, cuando él se marchó a traer ropa para mamá y ella se quedó dormida, cogí a ese bebé diminuto entre mis brazos, lo escondí bajo mi chaqueta y salí corriendo. Estaba aterrada de que nos pillaran y de que me arrebatasen a ese pedazo de cielo; pero eso no me impidió salir de ese hospital. Lo conseguí y, después, todo se me vino encima. No sabía a dónde ir, no tenía familia ni nadie cercano a quien pedir ayuda. Entonces, Andrés me encontró en una parada de autobuses, mendigando por un pasaje. Fue uno de los hombres al que pedí clemencia y el único que no se negó. Me llevó con él a su casa y nos dio abrigo, comida y todo lo necesario para Celia. Yo misma le puse el nombre... —Se detuvo un momento y emitió una leve sonrisa al recordarlo—. Nadie nos buscó, nadie se interesó por nosotras. Solo Andrés se esforzó por nuestro bienestar, porque no nos volviera a faltar de nada y... sobre todo, porque permaneciéramos juntas. Después, ya sabes lo que sigue...

Guardó silencio, realmente agotada ante su larga confesión. Le debía

costar bastante trabajo hablar sobre ella, pues su rostro expresaba un gesto cansado, debilitado, casi al borde del llanto.

—Eres muy valiente. No puedes volver a decir que no lo eres, pues, con ese acto, demostraste tu fortaleza. En verdad, te admiro.

La mirada de Anya cambió entonces, dejando aparecer una satisfacción repentina al oír mis halagos.

—¿De verdad? ¿Tú crees eso? No sé, no puedo evitar pensar que escapé de esa vida, me alejé de una mujer... para acabar convirtiéndome en lo mismo que ella.

Negué con la cabeza, casi enfadada.

—¡Tú no eres como ella! Esa mujer de la que me hablas no tenía escrúpulos ni consideración alguna. Tú demostraste la gran diferencia que os separaba al decidir poner tu vida en riesgo para salvar la de tu hermana. Si no has sido capaz de abandonarla a ella, no creo que lo hicieras con un hijo tuyo.

Entonces, asintió. Analizó mis palabras y las aceptó con agrado.

—Llevas razón. Soy completamente distinta.

—Sí, lo eres. Y me encanta que lo seas. —Sonreí—. ¿Te digo algo? Llevabas razón, creo firmemente que tú y yo... seremos grandes amigas.

En la cara de Anya se dibujó una sonrisa, una sonrisa amplia, feliz. Apretó mi mano con fuerza y me respondió:

—De eso no te quepa la menor duda.

Se dice que, después de la tempestad, siempre llega la calma. En mi caso, ese dicho sucedió a la inversa. Tras unos cuantos días de aparente normalidad, comencé a creer que, de verdad, podría acostumbrarme a ese ambiente. Jamás sería una de ellos, no deseaba verme sometida como las demás mujeres, las cuales parecían haber nacido únicamente para servir a sus superiores. Pero, por lo menos, empezaba a aprender a moverme por ese mundo. Así, fueron pasando los días, disfrutando lo máximo que podía de la compañía de mi hermana y de mi reciente amistad con Anya, con la que me lo pasaba realmente bien en los ratos que nos daban libres. También pasaron las noches, con sus correspondientes sesiones de trabajo. Dormíamos a altas horas de la madrugada y, al llegar el alba, luchaba contra el sueño para satisfacer los deseos de Kimberly. Ella era incansable, repleta de energía como casi todos los niños de su edad; así que, mientras las demás dormían a pierna suelta hasta el mediodía, yo me dedicaba a inventar juegos y contar historias mágicas.

A veces, cuando no estaba demasiado cansada, Anya me reemplazaba. Se ofrecía a cuidar de las dos niñas, la suya y la mía, las cuales ya eran completamente inseparables. Esos pequeños detalles llenaban mi alma y afianzaban mi aprecio hacia ella. A Kim también le gustaba, por lo que, poco a poco, llegamos a convertirnos en una «pequeña familia». Una familia un tanto extraña y diferente, pero esas dos hermanas de pelo rubio y piel pálida eran lo más cercano que yo había tenido con respecto a esa palabra.

Con Leslie, en cambio, todo era diferente. A pesar de la conversación tan íntima que habíamos mantenido en aquella sala de enfermería, cuando vino a verme tras recibir una brutal agresión que casi me cuesta la vida, las cosas no fueron a mejor entre nosotras. Nuestra relación seguía siendo distante y no por decisión mía, sino porque ella prefería guardar las distancias. Así lo demostraba con su ausencia de contacto, tanto físico como verbal. Y no pude menos que respetarlo. Esa chica morena, de mirada esquiva, tenía sus razones para aislarse del mundo. Ahora que la comprendía sin necesidad de más palabras, se me hizo más fácil darle el espacio que ella necesitaba.

Una de esas noches, una de tantas, salí de mi correspondiente «habitación de visitas» después de atender a uno de mis clientes. Ese, en concreto, llevaba

repetiendo chica unas cuantas veces. Por lo que se ve, yo, con mi tez morena y mis rasgos marcados, no le había sido indiferente; así que decidió probar de nuevo el plato y, después, degustarlo cada vez que creyó necesario. No puedo decir que me acostumbrara a esos actos. Dudo seriamente de que nadie pudiera acostumbrarse a eso; pero sí es cierto que, con cada noche que pasaba, con cada hombre nuevo que entraba en mi cama, el hecho en sí se me antojaba menos desesperante. Ya no lloraba tras despedirme de ellos; tampoco me limpiaba como una posea, rasgando casi mi piel con tal de borrar las huellas creadas... Ni siquiera sentía ya esa sensación de asco y vergüenza contra mi persona. Era la vida que me había tocado, y lo más fácil que podía hacer era resignarme a ello. Por lo menos, hasta que encontrara la solución adecuada.

Pero todo cambió en cuestión de unos minutos. En cuanto cerré la puerta del dormitorio, que ya se hallaba vacío, supe que algo andaba mal. Unos fuertes quejidos llegaron a mis oídos y me hicieron volverme en la dirección contraria de la que debía tomar para llegar a mi cuarto. Ante mí se encontraban un montón de chicas, todas enfundadas en sus vestidos sensuales y sus altos zapatos de tacón. Dándome la espalda, gesticulaban alarmadas, llevándose unas las manos a la cabeza y lanzando otros gritos angustiosos. Me acerqué hacia ellas, deseosa de averiguar la razón de tanto alboroto. Mientras me hacía paso, empujando a algunas y esquivando a otras, logré escuchar:

—¡Es terrible! ¡No puedo mirar más!

Con una angustia inexplicable que, de pronto, se apoderó de mí, me apresuré a llegar hasta el fondo de aquel bullicio. Topé de frente con la mirada de Anya, la cual estaba rodeada de otras jóvenes, con la misma mirada asustada que ellas. Sus ojos me lo dijeron todo. Fuese lo que fuese lo que estaba ocurriendo allí, ese algo me incumbía. Por un segundo, pensé en Kimberly, asustada. Después, me tranquilicé a mí misma recordando que, a esas horas, mi hermana debía de estar ya rondando el quinto sueño, protegida en la cama que compartíamos desde nuestra llegada.

—¡Yurani! —exclamó Anya, haciéndose oír entre las demás—. Será mejor que regreses al cuarto. Pronto me reuniré contigo.

Haciendo caso omiso a su recomendación, le propiné un leve empujón y la aparté de mí, para poder ver lo que trataba de esconderme. Lo que contemplé entonces me dejó paralizada. Incapaz de creer las imágenes que tenía enfrente, a tan solo unos pasos de distancia, me llevé las manos a la cabeza, exactamente igual que las demás muchachas.

—¡Leslie! —proferí en un grito ahogado.

Anya me agarró por un brazo y apretó, en un afán firme de retenerme junto a ella.

—No podemos hacer nada, Yurani. Será mejor que te quedes quieta.

Mis ojos vagaban en un vaivén descontrolado, desviándose hacia Leslie y después hacia los hombres que la acompañaban; mejor dicho, que la martirizaban. Ella, mi compañera de viaje y también de habitación, estaba tumbada en el suelo, formando un ovillo con su delgado cuerpo y tapando con desesperación su cabeza. Los otros, entre los que distinguí a dos de los primeros hombres que vimos al llegar a esa casa, se encontraban de pie junto a ella. Enloquecidos, dejaban soltar sus manos y sus piernas en un sinfín de puñetazos y patadas que iban, todos, destinados a su víctima. Parecían realmente animales salvajes; daban la impresión de estar poseídos por el propio diablo. Y así era, en parte. Su diablo, con rostro indiferente, casi diría morboso, se limitaba a observar la escena, como fiel espectador de circo.

Mi instinto me ordenó avanzar, la voz de mi conciencia me empujaba a lanzarme sobre esas bestias y atacar, como un buen animal defendiendo a su manada. Sin embargo, Anya, mi protectora en todos los sentidos de la palabra, lo impidió.

—¡Márchate, Yurani! Te lo pido por favor. ¡Vete de aquí, antes de que te vean!

En su tono de voz había casi un ruego desesperado; se esforzaba por evitar un conflicto que sabía que llegaría con mi presencia.

Sin poder quitar la vista de Leslie, la cual permanecía desvalida en el frío suelo, pregunté:

—¿Por qué le hacen esto? ¿Qué ha hecho tan malo para recibir semejante castigo?

Anya se acercó a mi oído para conseguir hacerse entender entre las demás voces preocupadas.

—Se ha negado a trabajar. Y no solo eso... Ha agredido brutalmente a uno de los clientes. Uno de los mejores.

—¿Qué les ha hecho? —pregunté de nuevo, movida por una repentina curiosidad.

—Ha mordido a uno en varias partes de su cuerpo. Y, al otro, le ha atizado con una botella. Se ve que el desgraciado entró a la habitación con un litro de whisky y ella aprovechó la ocasión para abrirle la cabeza.

Abrí los ojos como platos, debatiéndome entre la sorpresa y la

admiración. Por un leve momento, pensé que, realmente, me hubiera gustado tener sus agallas. Me habría encantado hacer lo mismo con los dos babosos que entraron a mi habitación aquella noche, ya pasada, para someterme a sus más lujuriosas fantasías. Después, esas sensaciones dejaron paso a la angustia; no podía soportar quedarme allí, como simple espectadora, observando cómo acababan con Leslie. O lo que quedaba de ella.

Justo en el instante en el que mi mente se debatía desesperada por hallar una solución a esa crueldad, cesaron los golpes que estábamos presenciando. Los hombres, siguiendo una orden apenas visual de su jefe, agarraron a Leslie por los brazos y tiraron hacia arriba. Ella, como una muñeca de trapo, se dejó hacer, tambaleándose y sujeta por aquellas manos fuertes, sin las cuales no habría podido mantener el equilibrio. Su cabeza, cabizbaja, se tambaleaba de lado a lado. Deseé que estuviera inconsciente, libre por fin de sufrir aquellos abusos a los que estaba siendo sometida. Mis ruegos se desvanecieron en el mismo momento en el que la vi levantar la cabeza. Su mirada se cruzó con la mía, me miraba sin verme, me hablaba sin emitir sonido alguno. Su rostro carecía de expresión; deambulaba con sus ojos negros por todos los que estábamos allí presentes, testigos de su sufrimiento y humillación.

Reprimí un sollozo y apreté con fuerza la mano de Anya, la cual, haciendo a la perfección el papel de hermana mayor, no aflojaba ni un poco la fuerza con la que me tenía agarrada.

Entonces, por si el acto en sí no había infundido ya el suficiente pánico, Andrés dio un paso al frente y se acercó al cuerpo tembloroso de Leslie. Clavando sus fríos ojos en todas nosotras, una por una y sin detenerse en ninguna en especial, dejó salir su voz atronadora:

—Mis queridas muchachas, lamento terriblemente haberos hecho ver una situación como esta. No es plato de buen gusto para mí verme envuelto en esta clase de sucesos; pero, a veces... es necesario. Esto es lo que sucede cuando una de mis chicas se niega a realizar su trabajo. Eso me implica a mí perder dinero... y perder dinero duele.

Un mohín de incredulidad se formó en mi rostro. En verdad me preguntaba si a ese hombre, despiadado e inhumano, podía dolerle algo; aunque fuera algo tan valioso como unos buenos billetes.

Andrés siguió hablando. Mientras, de forma inesperada, en el ambiente se formó un silencio ensordecedor, un silencio que demostraba la habilidad que tenía de imponer a todos los demás.

—Estas son, ni más ni menos, las consecuencias que tiene el desobedecer



mis reglas. Las reglas son las mismas para todas. ¡Y no permitiré a ninguna de vosotras rebelarse ante mi presencia!

Su grito enfadado tuvo el efecto deseado. A mi alrededor, docenas de chicas temblaban de miedo, enmudecidas todas e incapaces de articular palabra. Hubo un leve asentimiento colectivo. Todas, incluida Anya, se esmeraban en demostrar su lealtad hacia Andrés. Todas, excepto yo, claro está, que di un paso al frente sin saber exactamente qué iba a hacer.

No me dio tiempo de intervenir. Andrés nos dio la espalda, dirigiéndose a sus secuaces, y vociferó de nuevo:

—¡Ahora, terminad lo que habéis empezado! ¡Que no le queden ganas de volver a desafiarme!

Sin apenas dejarle terminar, uno de los hombres se plantó frente a Leslie, mientras el otro amarraba sus manos por detrás de su espalda. El golpe que recibió en las costillas me dolió hasta a mí. Fue un puñetazo seco, acertado, que dejó a Leslie sin respiración, incapaz siquiera de emitir quejido alguno.

—¡Esto para que te quede bien claro quién manda aquí! —amenazaba Andrés, cercano, pero sin inmiscuirse en la paliza que le estaban dando a la pobre chica.

No pude aguantarlo más tiempo; con un rápido movimiento, que pilló a Anya desprevenida, me solté de ella y corrí hacia el centro.

—¡Basta ya!

Leslie, inclinada hacia delante, con su largo pelo cubriéndole la cara, no se percató en un principio de mi presencia. Sus labios emitían unos gemidos ahogados, unos lamentos casi imperceptibles, a causa de su debilidad. Una vez me encontré enfrente de ella, supe que no había vuelta atrás. Ignoraba cuál era el siguiente paso que debía dar; pero, fuera lo que fuera, debía seguir adelante.

Cuando Andrés se aproximó a mí, situándose solo a unos pocos milímetros de mi cuerpo, un repentino estremecimiento me recorrió la piel. Era mucho el poder que tenía ese hombre, demasiado el terror que infundía solo con su cercanía. A pesar de no soportar la terrible injusticia que se estaba cometiendo, no deseaba verme envuelta en problemas con él, sobre todo y ante todo porque de mí dependía la seguridad de mi hermana. Y eso nunca lo olvidaba. Por esa misma razón, comencé a temblar, en mi interior, con temor descontrolado.

—¡Pero bueno... a quién tenemos aquí! Yurani, la bonita chica recién llegada, la morenita que está causando estragos entre el público masculino.

Reprimí un gesto de asco. Andrés siguió hablando, con la mirada fija en

mí, con una mueca perversa en su rostro.

—Hemos mandado a llamar a las chicas para que, amablemente, comprobaran el peligro de saltarse mis normas. A ti, jovencita, te hemos dejado tranquila porque estabas bastante ocupada con mi buen amigo Frederick —recalcó, con fingida simpatía—. No pensaba que erais tan amigas, la putita esta y tú; pero, por lo que veo... me equivoco. Voy a explicarte un par de cosas. Tu amiguita se ha dignado a rechazar a mis clientes, hombres importantes, gente de negocios, igual que yo. Y, no contenta con ello, ha tratado de ensañarse, provocando, gracias a Dios, unas simples heridas superficiales. Hemos acudido allí, alarmados por los excesivos gritos, e imagínate qué panorama nos hemos encontrado. La habitación bañada en sangre, los pobres hombres aturcidos y asustados, por culpa de esa vulgar ramera. —Señaló con desprecio a Leslie, la cual seguía sin levantar la mirada.

Tuve ganas de abofetearlo. Quise lanzar mi furia contra él y vengarme de sus injustas palabras. «Pobres hombres», se atrevía a decir, cuando las verdaderas infelices éramos todas y cada una de las chicas que vivíamos en esa casa. Me contuve, luchando obstinadamente contra la rabia y el miedo que me invadía a partes iguales. Y me limité a mantener la mirada de Andrés, con toda la determinación con la que fui capaz.

—¡Déjala en paz! —mascullé entre dientes—. Ya ha tenido suficiente.

Andrés echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada, que retumbó por todos los pasillos del edificio. Lanzándome un gesto que quiso parecer intimidante, guardó silencio.

—¡Deja que se vaya! —insistí.

—Me parece que una vez ya te quedó claro que no eres quién para darme órdenes. Esta chica va a limpiarse ahora mismo y va a seguir con su trabajo. Mis hombres, aún reponiéndose del susto, la esperan. Y van a ser atendidos como se merecen, con el consiguiente perdón que Leslie va a solicitarles.

Apreté los puños, escondiendo mis manos bajo mi espalda. No daba crédito a lo que estaba escuchando. No podía creer que Andrés fuese capaz de enviar a Leslie a continuar lo que había empezado en aquel estado tan deplorable. En cambio, sí lo era. Era consciente de ello, por lo que tuve claro, por primera vez, lo que tenía que hacer. No quedaban más opciones.

Con la voz temblándome de miedo, abrí mis labios:

—Yo iré por ella.

Esta vez, fue Andrés el que abrió los ojos, sorprendido ante mi inesperada determinación.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, me ofrezco a trabajar en su lugar. Déjala ir, conmigo no será necesario que permanezca más aquí. Puedo trabajar mejor que ella. Solo hay que ver cómo está...

Echando un rápido vistazo a mi alrededor, me di cuenta de que todas las miradas estaban fijadas en mí. Era de sobra conocido mi ya famoso trío, forzado y con no muy buen final. Entre el grupo, me crucé con los ojos claros de Anya. Sin hablar, sin moverse siquiera, me rogaba que desistiera de mi idea. Rehuí su mirada y la clavé en Leslie. Ella, tras oír mis palabras, había levantado por fin su rostro. Distinguí unas lágrimas caer por sus mejillas, y supe que no se debía al dolor recibido, sino a la conmoción que le causaba mi sacrificio por ella.

Andrés, igualmente sorprendido, dudó unos instantes ante mi propuesta. Después, se dirigió a mí:

—En realidad, y aunque me joda reconocerlo, no sería una mala idea. Bien es sabido que eres bien recibida entre mis clientes más selectos, con ese aire que te gastas infantil y sensual a partes iguales. A los hombres les gustas, por lo que no encuentro pega alguna en aceptar tu ofrecimiento. Pero, como ya sabes, no acabaste bien parada en la otra ocasión. No quisiera volver a tenerte unos días inservible... Además, tu hora de trabajo ya ha terminado. Puedes irte a descansar, si así lo deseas.

Inmóvil, me mantuve firme en mi decisión.

—No estoy cansada. Y, en realidad, aunque me joda reconocerlo, me halagan profundamente tus palabras. —Sonreí, mientras giñaba un ojo, irónica—. Soy una joya preciada en esta casa. Por lo que no se hable más, dime el número de habitación donde me esperan mis clientes... y no nos hagas perder más tiempo.

## LA MUJER QUE ME MIRA EN EL ESPEJO

Esta vez no hubo desvalimiento, ni oposición por mi parte. Cuando entré a ese dormitorio, el cual no me correspondía, los dos hombres ya estaban esperándome, al acecho. No tuve miedo, ni siquiera un leve arrepentimiento por haberme ofrecido a acudir en lugar de Leslie. No sentí absolutamente nada.

Con la maestría de quien ya conoce el oficio, me desvestí despacio, sin pudores, sin temores escondidos; después, simplemente, me dejé hacer. A decir verdad, participé activamente en el acto; devolví caricias, propiné besos y fingí orgasmos. Todo valía con tal de que el momento no durara demasiado. Con cada gemido de placer que emitían los hombres que me tenían envuelta entre sus brazos, con cada embestida por su parte, fui estando más segura de mi decisión. Pensé en Leslie, en su mirada perdida; en Anya, con su resignación fingida; en Jénifer, y la máscara de hierro que la rodeaba; también en Kimberly y Celia, las cuales no podrían librarse de un futuro parecido. Pensé en las demás chicas que formaban ese negocio, todas víctimas de una mala elección, de una esperanza truncada. Por todas y cada una de ellas, seguí aguantando.

En un momento dado, todo terminó, dejando a mis dos «amantes» finalmente satisfechos, al haber conseguido, por fin, lo que tanto habían anhelado desde un principio. Entonces, me despedí de ellos con un leve movimiento de cabeza y, recogiendo mis prendas, me dirigí al cuarto de baño. Allí, me dispuse a asearme por décima vez en aquella noche. Pero, por alguna extraña razón, esa vez fue distinto. No hubo remordimientos, ni esfuerzo al tratar de borrar las pruebas de lo sucedido. No hubo absolutamente nada. Despacio, me acerqué al espejo y observé mi reflejo. Con el pelo mojado cayendo por mis hombros y acariciando levemente mis pechos, con los labios aún calientes por el sexo recién vivido, con la piel enrojecida a causa del agua caliente, el rostro que allí se plasmaba me devolvía la mirada. Y fue esa mirada la que me hizo comprender todo. En los ojos de esa chica, a la que ya no reconocía, se impregnaba una expresión indomable, una expresión que bien podía haberme asustado, si no fuera porque ya nada me asustaba.

La niña que había entrado en esa casa, confundida y asustada, se había

perdido en alguna parte del camino. Aquella sensación de angustia, de impotencia y de vulnerabilidad, quedaba ya muy lejos. Ahora, tan solo veía a una mujer decidida, una mujer que sabía lo que tenía que hacer y que no dudaría en conseguirlo. Una mujer capaz de aguantar cualquier golpe de la vida, por más duro que fuese. Por unos segundos, sentí nostalgia de aquella cría inocente, a la que había dejado atrás, sin ni siquiera despedirme. Entonces, traté de llorar, lo intenté con todas mis fuerzas, así como tantas otras veces había luchado por no hacerlo. Fue en vano. Las lágrimas, si quedaba alguna, se negaron a salir de mí. Y lo único que divisé en mi cara fue una sonrisa que se presentó de repente, burlona, haciéndome ver que el cambio era irreversible. Me había convertido en otra Yurani. Me había vuelto inmune. Y no habría nada ni nadie que pudiera doblegarme. Ya no.

## LA FIERA SE DESPIERTA

La bienvenida que recibí al llegar al día siguiente al comedor que compartíamos todas las muchachas, fue digna de recordar. Me recibieron como si de una persona muy importante se tratase. De pronto, todas las miradas se posaban en mí y los murmullos se detenían al pasar yo, indiferente, al lado de cada una de las mesas. Había dos o tres repartidas en esa salita. Dos eran largas y rodeadas de sillas. En una de ellas nos sentábamos todas las reclusas de ese edificio; la otra estaba vacía, aunque seguramente no por mucho tiempo. Un poco más alejada, se hallaba otra mesa, circular y más pequeña, en la que solo comían las únicas niñas que allí había, Kimberly y Celia.

Disfrutaba de verdad de ese tiempo de las comidas; normalmente media hora, a veces más, a veces menos. Me agradaba compartir esos momentos con las demás, degustar los deliciosos platos que nos ofrecían (porque, todo hay que decirlo, de la calidad de la comida no tenía queja alguna), en compañía de las muchachas; charlar con ellas animadamente y participar en el teatro colectivo, en el que fingíamos tener una vida normal. Esos ratos eran lo más parecido a un ambiente familiar. Sin embargo, como suele suceder, siempre hay algo que ensombrece la alegría, una pequeña espina que molesta y que no se termina de arrancar.

En mi caso, la espina tenía nombre propio. Se llamaba Jénifer, y me había resultado antipática desde mi llegada. Antes incluso de encontrarnos cara a cara, ya me había prevenido de ella, gracias a los consejos de Anya. Después, poco a poco, con cada comida y cada cena diaria, pude sacar mis propias conclusiones respecto a esa chica intratable. Me bastó un simple vistazo para saber que jamás llegaríamos a congeniar. En realidad, eso no era demasiado extraño, ya que Jénifer no terminaba de hacer migas con nadie. Todas la temían y respetaban... y no llegué a comprender el motivo, pues yo no sentía ni una pizca de miedo hacia ella. Desconfianza sí, mucha; e incluso una especie de admiración indeseada. Su atractivo era evidente; con su pelo castaño hasta los hombros, lleno de unos rizos desordenados pero hermosos; sus ojos marrones, duros e impactantes; sus labios carnosos y llenos de

sensualidad y su figura bien formada, dotada de unas curvas perfectas, Jénifer levantaba pasiones. Las chicas se morían por ser como ella, o, por lo menos, parecersele un poco, y los hombres siempre la elegían. Solo en el caso de estar ocupada, las demás nos llevábamos a alguno de los clientes. Éramos su sombra y recogíamos las migajas que ella dejaba. Pero, más allá de toda esa belleza física, me cautivaba su forma de ser, su estilo, elegante pero despótico, con el que se desenvolvía ante la vida; y ante nosotras. Jamás divisé en ella una señal de debilidad, un amago de sentimientos. En el fondo, deseaba ser como ella, implacable, y me empeñaba en seguir sus pasos. Aunque, en realidad, era consciente de lo tan diferentes que éramos. Ella carecía de alma, y seguramente así habría sido siempre. La mía, o una parte de ella, había sido arrancada de mí y destruida para siempre.

Como bien es sabido, los polos opuestos se atraen; pero, de la misma forma, también chocan. Y eso nos sucedió a nosotras.

Esa mañana todo iba marchando bien, entre halagos hacia mi valentía y conversaciones amigables. Supongo que, simplemente, Jenni no pudo soportar tanta admiración colectiva hacia la chica nueva. Había dejado de ser el centro de atención, y ahora las cosas giraban en torno a mí y, por eso, decidió tomar cartas en el asunto. Mientras me llevaba la cuchara a la boca, dispuesta a probar los garbanzos que tan buena pinta tenían, un golpe inesperado llegó a mi cara. Un plato me había dado de lleno, sin llegar a hacerme daño, pero consiguiendo derramar todo el caldo sobre mí. A pesar del impacto y del repentino escozor que sentí, pues la comida todavía estaba caliente, tardé unos segundos en reaccionar. Después, me limpié como pude el rostro con unas servilletas, las cuales me pasaron algunas de las chicas que se encontraban sentadas a mi alrededor, todas con la misma mirada preocupada. No me llevé ninguna sorpresa cuando vi los ojos de Jénifer, brillantes por la satisfacción que sentía. Estaba enfrente de mí, al otro lado de la mesa, y su sonrisa reflejaba una expresión de triunfo, un punto sumado a su favor.

Me levanté despacio y permanecí inmóvil en mi sitio, sin dar un solo paso. En la sala se hizo el silencio. Todas, excepto las más pequeñas, que comían ajenas a todo, nos observaban expectantes. Curiosas y, a la vez, inquietas por mi inminente reacción. Entonces, en un acto casi mecánico, llevé la mano hacia el plato que tenía al lado del mío, que pertenecía a Anya y que ella había dejado intacto, sin apenas probarlo debido a los acontecimientos. Lo levanté despacio y lo volqué hacia mi atacante, dejando caer todo el líquido sobre ella. Su pelo castaño se volvió más oscuro y de los mechones

ondulados comenzaron a caer gotas de un succulento guiso de garbanzos. No pude evitar pensar que era un verdadero derroche, desperdiciar tal manjar en la cabeza de una estúpida, y mis labios se torcieron en una sonrisa involuntaria.

Jennifer se me quedó mirando, incrédula. A continuación, como convenciéndose de que tenía que hacer algo para no quedar como una verdadera incompetente, se levantó también de su asiento y echó el cuerpo hacia adelante, apoyando sus manos en la mesa que nos separaba. No se molestó siquiera en limpiarse, y su rostro, sucio y desencajado por la furia, no hizo más que aumentar mi diversión. Tuve que controlarme para no estallar en una carcajada.

—Voy a contar hasta tres. Cuando lo haya hecho, me pedirás perdón. Y limpiarás todo este estropicio que has causado —dictaminó, sin llegar a alzar la voz, pero con tono autoritario.

No respondí. Me limité a esperar a que contara y, cuando lo hubo hecho, seguí mirándola con expresión burlona.

—Veo que no me estás entendiendo. No tengo mucha paciencia, así que te recomiendo que comiences a disculparte lo antes posible.

—No pienso hacerlo. Pierdes tu tiempo.

Sus ojos echaban chispas de la rabia. Me dedicó una de sus miradas, directa, una mirada de esas que te taladran al mirarte; o, al menos, eso intentaba, porque conmigo no conseguía intimidación alguna. Murmuró algo por lo bajo que no llegué a entender y después se dirigió a mí, con el mismo tono calmado pero amenazante:

—No te soporto, niñata. No me has caído bien desde que pusiste un pie sobre esta casa.

Me encogí de hombros.

—El sentimiento es mutuo. Pero no por eso voy lanzando garbanzos por cabezas ajenas.

Recibí un codazo de mi lado izquierdo; mirando de reojo, comprobé que provenía de Anya. La pobre intentaba con buena intención librarme de ese fatídico enfrentamiento. Hice caso omiso a su advertencia y seguí mirando fijamente a mi rival, desafiándola con mis ojos oscuros y mi actitud despreocupada.

—Te crees muy valiente por haber estado con dos hombres. Te piensas que eres ya una «heroína» por haberte ofrecido a trabajar por Leslie. Pero déjame decirte que no eres más que una mocosa, una niñata incrédula que



piensa que, por comportarse así, se ganará una medalla. ¡No conoces nada de este mundo! ¡No tienes ni la más pequeña idea de lo que puedo hacer contigo si me cansas!

Un nuevo encogimiento de hombros por mi parte, y una sonrisa todavía más grande.

—No te molestes en darme tu opinión sobre mí, *querida*. Realmente, me trae sin cuidado. De todos modos, puestos a ser sinceras, déjame decirte que yo también guardo alguna idea sobre tu persona. Tú te crees invencible por atemorizar a las muchachas valiéndote de tus lazos estrechos con los jefes, cuando lo único que das es pena —las palabras salían solas de mí, con una seguridad repentina, pero sin llegar a estar enfadada—. Te piensas que eres muy madura, toda una mujer seductora, por conseguir llevarte a la mayoría de los clientes a tu cama, cuando lo que en realidad eres es una vulgar puta. Más puta que todas juntas.

Si hasta entonces un silencio inmenso reinaba en la sala, ahora fue todavía más grande. Las miradas iban de una a otra, adivinando y sopesando el inminente desenlace.

Jennifer hizo un gesto de profundo fastidio y, después, como ya había prevenido, trató de abalanzarse sobre mí. Anya hizo el amago de intervenir, se apresuró a poner sus brazos frente a mi cuerpo para evitar el golpe, pero se lo impedí, empujándola firmemente hacia atrás.

Recibí aquel tortazo con entereza y dignidad, como solo una mujer hecha y derecha podía hacerlo. No me inmuté lo más mínimo, y me cohibí de emitir sonido alguno y de llevarme las manos a mi rostro, movida por el escozor que ardía en mi mejilla izquierda. Jennifer, sin apartar la vista de mí, parecía sorprendida y desconcertada.

—¿No vas a defenderte? ¿No eres lo suficientemente valiente para pelearte conmigo?

Azuzó, convencida de antemano de su victoria. Volví a encogerme de hombros, con ese gesto que, había comprobado, la sacaba de sus casillas.

—No lo veo necesario. Puedes desahogarte conmigo. ¡Venga! ¡Dale! Suelta en mí todos tus deseos truncados, el asco que sientes hacia ti misma. No tengo ningún problema en servirte de saco de boxeo, si con eso consigues limpiar tu sucia conciencia.

Un silbido de admiración llegó a mis oídos. También unos cuchicheos, lo suficiente altos para percibirlos, pero lo bastante bajos para no entenderlos. Si antes levantaba respeto, ahora lo hacía todavía más. Me estaba convirtiendo

en la única persona que había tenido agallas para enfrentarse a Jénifer. Y eso, en gran medida, la descolocaba, concediéndome a mí una gran ventaja.

—En verdad, podría partirme la cara. No me costaría gran esfuerzo arrastrarte por toda esta habitación, para bajarte esos humos que tienes. Pero una vez alguien me dijo que aquí no se trataba de ser valiente, sino inteligente. —Guiñé un ojo, con gesto cómplice, en dirección a Anya—. Y, afortunadamente, de eso tengo mucho. Cosa que, por lo que veo, a ti te falta. ¿Sabes qué? En realidad, no me caes tan mal. Es más, me resultas hasta agradable, porque, gracias a ti, puedo comprobar que todavía existen personas con una vida más desgraciada que la mía.

Me di la vuelta, dispuesta a dirigirme a la mesa donde se encontraba mi hermana y calmar sus nervios, pues no me había pasado por alto su llanto asustado al otro lado del comedor. Sin decidirse a acercarse, había permanecido allí, abrazada y consolada por su amiguita Celia. Un sexto sentido me hizo prevenir un ataque traicionero, un golpe a mis espaldas, pero nada de eso llegó. Girando mi cabeza por última vez hacia el grupo de chicas, contemplé el rostro de mis compañeras, silenciosas pero entusiasmadas. No se atrevían a encarar a su, hasta ahora, líder; pero todas me aplaudían con la mirada. Jénifer, con la cabeza alta, pero con un claro gesto de derrota en su cara, se limitó a alejarse, dirigiéndose a la puerta en silencio, y abandonó la sala.

Tras el incidente con Jénifer, esperé represalias. Me preparé para un castigo, culpa de mi inquieta rebeldía; o, como mínimo, una regañina por parte de Andrés, por atreverme a faltar al respeto a su «adorada» muñequita. Sin embargo, las cosas estaban saliendo realmente bien aquel día. ¡Demasiado bien! Tanto, que no me lo creía. En la hora de la comida, después de que Jenni se marchara del comedor con gesto altivo pero derrotado, la velada siguió transcurriendo con normalidad. Con toda la normalidad posible, incluyendo, claro está, algún comentario relativo a lo sucedido y algún que otro adjetivo de admiración hacia mi comportamiento. Me estaba convirtiendo, sin buscarlo, en una especie de heroína para las demás, viendo en mí la valentía y el coraje que ellas no habían logrado reunir en tantos años. No era esa mi intención; pero mentiría si dijese que no me enorgullecí de ello. Una sensación de satisfacción se depositó en mí; por eso acepté con agrado los platos de comida que me ofrecieron y las charlas amistosas que continuaron durante el tiempo que estuvimos allí.

Cuando hubimos terminado y la cocinera nos avisó de que iba a recoger la sala, salimos, una por una, encaminándonos cada una a nuestros respectivos dormitorios a descansar antes de la dura jornada que nos esperaba o, simplemente, a continuar chismoseando sobre lo que había pasado. Cualquier noticia allí era recibida como uno de los regalos más preciados; cualquier suceso que alterara, en cualquier medida, la rutina diaria, se acogía con los brazos abiertos. Me despedí de las chicas en el pasillo, devolviéndoles la sonrisa y haciendo gestos con la mano. Sin embargo, no era capaz de compartir esa misma alegría. En el fondo, tenía miedo; aunque me guardara bien de demostrarlo. Miedo a las consecuencias de un ataque impulsivo, una reacción improvisada con la que nadie, ni yo misma, había contado.

Había disimulado ese estado de nervios con toda la maestría. A ojos de las demás, mi yo interior era completamente desconocido. Nadie, en realidad, me conocía bien en esa casa. Nadie, excepto Anya. Ella percibió mis sentimientos; pero evitó ponerme en evidencia y hacer comentarios incómodos. En cambio, se dedicó a hacerme esos momentos más llevaderos, con su habitual sonrisa y esas conversaciones eternas a las que ya me había

acostumbrado.

La sorpresa llegó a la tarde, mucho antes de anochecer, cuando una de las chicas, Melania, si no recuerdo mal su nombre, entró en la habitación para darnos un recado, exactamente como le había sido ordenado.

—Me envía Andrés. Hoy no trabajaréis. Podéis quedaros en la cama. Ninguna de las dos. Hoy sois libres, así que disfrutad y... descansad.

Mi mente asimiló con rapidez esas palabras e, inevitablemente, solo conseguía entender aquellas en especial. «Hoy sois libres». ¡Libres! ¡Qué palabra tan bonita y, a la vez, tan complicada! Dudaba de haberlo sido alguna vez; pero, de todas maneras, sonreí a la muchacha, portadora de tan buenas noticias, y le respondí con amabilidad:

—Gracias, Melania. ¡No podías decirnos nada mejor!

Busqué con la mirada a Anya y ella me miró con sus ojos brillando por la emoción. Asintió con la cabeza, en silencio, y no fue hasta que nos encontramos solas que se permitió demostrar la emoción que sentía. Se acercó hasta mí y estiró los brazos. Entonces, sin dudas ni disimulos, acepté su abrazo. Y lo hice con mucho gusto. Comenzamos a dar saltitos de alegría, a la vez que dejábamos salir nuestras risas a carcajadas. Después, agotadas ya de tanto reír, nos dejamos caer sobre la cama. Celia y Kimberly, que habían estado jugando, como de costumbre, en un rincón de la habitación, nos observaban con expresión extrañada. Anya y yo nos miramos y, al unísono, volvimos a reír. ¡No recordaba habérmelo pasado tan bien nunca! Hasta nuestras hermanas se contagiaron de nuestra alegría y comenzaron a sonreír, realmente contentas de vernos así de dichosas; casi como niñas.

Una vez nos hubimos calmado un poco, debatimos sobre cuál era la mejor manera de aprovechar ese día de descanso. Nos planteamos acudir a la sala de ocio, que no era más que otro cuarto más, con unas cuantas sillas y un televisor en el fondo. El televisor se encendía solo en contadas ocasiones, siempre bajo vigilancia estricta de alguno de los superiores, y se nos permitía ver solamente lo que a ellos les pareciera oportuno. Aun así, estar allí daba la sensación de disfrutar, en cierto modo, de una vida social; sobre todo, cuando lo hacías acompañada de más chicas.

De todas maneras, rechazamos esa idea. Decidimos quedarnos allí, encerradas en nuestra habitación, pero... juntas. Y con eso nos bastaba. Hicimos de todo, todo lo que se nos ocurrió y se pasó por nuestra cabecita. Nos probamos infinidad de prendas, todas posesión de Anya, la cual, a lo largo de los años, había reunido montones de vestidos, pantalones, camisas,

zapatos de tacón... En definitiva, un armario lleno de ropa con la que sentirte más bonita y menos infeliz. Desfilamos por los rincones del cuarto, de lado a lado, poniendo morros y posturas de modelos experimentadas. Bajo la atenta mirada de las pequeñas, nos sentimos verdaderamente bellas. Después, les dimos su turno a ellas. Accediendo por una vez a sus peticiones, maquillamos sus caritas, iluminadas por la emoción de lo nuevo, y las convertimos en todas unas princesas; más de lo que ya eran. Aplaudimos sus movimientos y disfrutamos con ellas. También dedicamos un par de horas a seguir sus juegos. Resultó sencillo: solo teníamos que prestar atención y dejarnos guiar por su imaginación desbordante. Hicimos las veces de mamá, de papá y también de hijas. Ni una sola vez jugamos a ser la hermana mayor. Se trataba de que todo fuera divertido e irreal; lejos de nuestra vida.

Al final, y comprobando ya el extremo cansancio que las dominaba, las acostamos a las dos en mi cama, tras varios ruegos por su parte de permitirles dormir juntas. Tras narrarles un cuento, esa vez yo sola, puesto que era a la que mejor se le daba inventar historias, ambas cerraron los ojos y se dejaron vencer por el sueño, cogidas de la mano y realmente complacidas por el día vivido. Dedicué unos segundos a simplemente observarlas. Analicé cada rasgo de la piel de aquellas niñas, cada gesto, tranquilo y sosegado, que realizaban inconscientemente al dormir. Comprobé que Anya estaba haciendo lo mismo cuando desvié la vista y la encontré de pie junto a la cama, con una sonrisa de oreja a oreja que quitaba el valor a las palabras. Recuerdo que pensé que no podía ser más feliz. Está bien, decir *feliz* tal vez sería pasarme demasiado... Pero, si no era eso exactamente, lo que sentía se parecía mucho a la felicidad. Casi rozaba el límite.

## NO ESTÁ TAN MAL ESTA VIDA

¡Qué bonito es dejar transcurrir el tiempo, cuando no haces nada! Alguna vez escuché que este pasa más despacio cuando estás desocupado, cuando no estás realizando algo de vital importancia. Para mí, para mi mente y mi cuerpo cansados, dejar correr las horas muertas, sin esperar nada, era lo más delicioso que podía llegar a saborear. Y así lo hice, a tope.

Tumbada en la cama, la más alta de la litera, junto a Anya, disfrutábamos plenamente de tanta tranquilidad. Con la mirada fijada en el techo, conformándonos simplemente con nuestra mutua compañía, permanecíamos en silencio, sumidas cada una en nuestros propios pensamientos.

Fue ella la primera en romper dicha calma:

—Me das miedo, Yurani. Tengo que confesarte que, a pesar de habérmelo pasado mejor que nunca, estoy terriblemente cagada por dentro.

Mis ojos se ensombrecieron, pero traté de no darle importancia al asunto y seguí inmóvil, en la misma postura, con expresión ausente.

—No tienes que tenerlo. El miedo es el peor enemigo de un ser vivo.

Por el rabillo del ojo, vi que Anya giró su cabeza, buscando mi mirada, pero no accedí a ello.

—Sabes la razón de todo esto, ¿no? —insistió.

Me encogí de hombros.

—No. Y, en realidad, tampoco quiero. Siéndote sincera, lo único que me importa es esto. —Señalé a nuestro alrededor—. Nosotras, aquí y ahora. Lo demás carece de significado.

Tras unos cortos, pero interminables, segundos de silencio, Anya volvió a hablar, decidida a expresar lo que había querido insinuar:

—No conozco a nadie como tú, amiga. En los largos años que llevo en esta casa, jamás tuve la suerte de encontrarme con alguien así. Doy gracias por ello y, créeme, estoy realmente feliz de que quien sea te haya puesto en mi camino. Pero no puedo evitar sentir una especie de temor hacia ti. No tengo miedo de que me hagas nada —se explicó—. Es solo que siento una necesidad imperiosa y continua de protegerte.

—No tienes que hacerlo. Sé cuidarme sola —le respondí, sin deseo de resultar prepotente ni borde con ella.

Emitió un largo suspiro, como cansada.

—Lo sé. Y es eso lo que me preocupa. Tienes demasiado dentro, Yurani. Escondes aptitudes que ni tú misma conoces. Eso no pasará desapercibido a ojos de los demás. Y, ya sabes, siempre hay alguien que quiere ser el más fuerte.

Me volví, entonces sí, para mirarla. Me choqué de frente con sus ojos verdes, pequeños pero expresivos. Y sentí una necesidad inmensa de tranquilizarla.

—Si te refieres a Jenni, puedes estar tranquila. No habrá más problemas con ella. Me guardaré de causarle molestias. En verdad, lo de hoy no estaba pensado. Me salió así, de repente. Me urgió la sensación de defenderme y demostrarle que no me acobarda, ni me impone, su chulería.

—No es solo eso. Jénifer es dura, de armas tomar, pero, puedes conseguir evitar los conflictos si sabes cómo llevarla.

Fruncí el ceño, curiosa.

—¿Entonces?

—Es Andrés el que me intranquiliza. Él... y los demás que lo siguen. Hoy ha permitido que nos quedemos aquí. Mejor dicho, ha permitido que tú te quedes. Lo mío ha sido solo un simple envoltorio con el que cumplir el detalle. Déjame decirte algo, nena, jamás, en todo el tiempo que llevo bajo sus órdenes, me ha dado un día de fiesta, una noche de descanso.

Junté los cabos con prisa, lo más rápido que mi inteligencia interna me permitía. No me costó entender el trasfondo de las palabras de mi amiga, pero no quise decírselo; quizá por miedo a ver mis suposiciones corroboradas.

—Le gustas, Yurani. Le gustas mucho. Y no digo como mujer, no me refiero a esa clase de atracción. Si Andrés hubiera querido tenerte, ten por seguro que ya lo hubiera hecho. Es algo más, algo que va más allá de un simple deseo carnal. Tú lo atraes, por tu personalidad arrolladora.

Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas y, después, siguió explicándome:

—Cuando te conocí, cuando empecé a ver lo que había en realidad bajo esa máscara de niña compungida y asustada, me imaginé que tendrías verdaderos conflictos en esta casa. Que las cosas no te serían fáciles por tu ingenuidad. Pero, asombrosamente, me he equivocado. Tienes coraje, Yurani. Y eso, en las chicas que viven aquí, escasea. Por eso le gustas. Tu fortaleza y rebeldía ha cautivado al jefe. Y eso... no sé hasta qué punto es bueno.

Medité lo que llegaba a mis oídos, de verdad traté de comprender un

poco de la gravedad que estaba intentando transmitirme Anya, todo con buena intención; mas no pude. En mi mente, solo se encendía la idea de que mi vida allí estaba mejorando; tal vez no era la vida que había soñado tener, ni el lugar donde deseaba estar, pero tampoco estaba tan mal como lo pensaba al principio. Sí, estaba forzada a acostarme con unos cuantos hombres, con muchos hombres, y seguramente seguiría siendo así por mucho más tiempo. Pero tenía al ser máspreciado para mí, conmigo, feliz por haber encontrado a una compañera de juegos, cosa que, en nuestra antigua casa, jamás hubiera sido posible.

Tenía también a Anya, la cual se encontraba ahora a mi lado, como había hecho casi desde mi llegada, avisándome de un peligro que creía inminente; preocupándose por mi bienestar como nadie había hecho. Realmente, la apreciaba.

También a Leslie, a pesar de su comportamiento precavido y su actitud huraña. Echando una rápida ojeada a su cama, ahora vacía, me dije a mí misma que, en verdad, me importaba. Esa morena desorientada había formado parte de mi camino desde el comienzo del viaje, desde nuestro encuentro en el pueblo. Ella me había salvado sin saberlo de mi desolación, con solo una visita cuando estaba desfallecida. Después, intenté agradecer ese gesto con mi involucración en su brutal castigo, ofreciendo a dar mi cuerpo en lugar del suyo, en un acto que anteriormente me había causado tanto daño. Leslie seguía ingresada en la misma salita que había estado yo; seguramente, pasarían un par de días hasta su regreso. No se me permitió ir a verla, alegando uno de los jefes, cuando lo pedí, que no sería bueno para ella ni para sus nervios. Había aceptado esa negativa con fastidio; pero estaría allí, esperándola, cuando ella volviese; dispuesta a compartir sus silencios y sus miradas esquivas.

Además de todo eso, ahora resultaba que también le gustaba a Andrés, el capataz de todo, el que tenía el poder de hacerte la vida más fácil o, por el contrario, conseguir que desearas morir. Era más de lo que podía pedir, era más de lo que había tenido. Y, con esa seguridad, sin responder más a mi amiga, cerré los ojos y me quedé dormida, entrando de lleno en el mundo donde nadie puede influir en tu mente, ni en tu cuerpo. Solo tu propia alma.



## LA FUERZA DE UN GESTO

Me alegré realmente de volver a ver a Leslie. Para ello, tuve que esperar unos cuantos días, que se me hicieron largos a pesar de la compañía de mi amiga y, cómo no, de mi adorable hermana y su mejor amiga.

Me enteré de su regreso por Anya, quien me comunicó que ya estaban preparándole el alta; y, desde ese momento, permanecí sentada en mi cama, esperando su llegada. Cuando, por fin, la puerta se abrió, estiré mi cuerpo, quedando en posición bien erguida, y seguí con mis ojos a las personas que aparecieron en la habitación. Una de ellas, por supuesto, era Leslie; la otra... Fruncí el ceño en cuanto la reconocí. Si ese podía haber sido un momento bonito, su presencia acababa de estropearlo, volviéndolo negro con solo poner un pie en mi cuarto. Desvié la mirada, fijándola en la pared, en la parte que más lejos quedaba de ella. Pero, aun así, no pude evitar oír su voz, que llegó directa a mis oídos.

—Buenas tardes, Yurani. ¡Es un placer volver a verte!

Mis labios se torcieron instintivamente en una mueca desagradable, pero no respondí a su saludo sarcástico, ni me di la vuelta para observarla. No le daría ese gusto.

—Aquí traigo a tu corderito —habló, refiriéndose a Leslie, como si esta no estuviera presente—. Espero que la sigas cuidando bien, como buena líder que eres.

La ironía en su tono de voz era más que evidente, mas seguí aguantando, decidida a no participar en su juego. No quería más líos, ni situaciones comprometidas en las que verme envuelta. De todas formas, agradecí mentalmente que me encontrara sola. Había convencido a Anya para que pasease un poco por los pasillos del edificio con las niñas. Quería recibir a Leslie con intimidad, para que no se sintiera cohibida a la hora de hablar conmigo. Anya, como buena amiga, comprendió y accedió, ofreciendo a las pequeñas ir a la «sala de ocio» a ver un poco la televisión. Con suerte, conseguirían que las demás muchachas les dejaran disfrutar un ratito de los dibujos animados.

Y, ahora, allí estaba, sentada en la cama dando nerviosos puntapiés al suelo, y esperando que la visita de Jénifer no durase demasiado. En efecto,

mis plegarias fueron escuchadas.

—Veo que te ha comido la lengua el gato, niña. Así me gusta, tranquila y respetuosa.

Iba a volverme, iba a girar el rostro para demostrarle, con una simple mirada, que nada de eso era cierto. Sabía tener respeto, sí, me lo habían enseñado desde muy niña. Pero solo con quienes se lo merecían. Y ella no era una de esas personas. Sin embargo, una vez más, tragué saliva y suspiré para mis adentros, conteniendo mis impulsos.

Entonces, por fin, escuché el sonido de la puerta al cerrarse. Seguidamente, su voz.

—¡Hola, Yurani! ¡Cuánto tiempo!

Me apresuré en levantarme y, casi abalanzándome sobre ella, me planté a su lado en un santiamén.

—¿Cómo estás?

Fue lo único que acerté a decir, aunque, echando un rápido vistazo a mi compañera, supe la respuesta antes de que saliera de su boca.

—Bien —se limitó a responder ella.

Su mirada decía lo contrario. Sus ojos, pequeños pero expresivos, hablaban todo lo que el alma, o el orgullo, no se atrevía a decir. Su aspecto era bueno, se notaba que los días en la cama de la enfermería la habían servido para mejorar bastante, exceptuando las huellas que dejaron aquellos golpes al impactar sobre su piel; esas todavía tardarían un tiempo en borrarse, si es que algún día lo hacían. Eran sus ojos, y el brillo que faltaba en ellos, pareciendo su color negro todavía más oscuro, los que me contaron que ya nada iba bien. Había perdido la fe y la confianza en sí misma. A ella, como a mí, también le habían robado un trozo de su corazón, de su vida.

Se me hizo un nudo en el estómago, pero ella se dedicó rápidamente a deshacerlo.

—No hagas caso a esa tipa. Está tarada y cree que todo gira en torno a ella. Se piensa que es el ombligo del mundo. A mí, en realidad, me hace gracia.

Se refería a Jénifer, claramente, y agradecí su comentario a mi favor sin decírselo. Hice un gesto despreocupado con la mano.

—¡Bah! Esa chica no me preocupa. Tengo cosas verdaderamente más importantes por las que preocuparme.

Mi comentario no iba dirigido hacia ella, sino más bien a todo el lío en el que nos habíamos metido desde el mismo día que decidimos salir de nuestro

país, y a cómo salir de todo eso sin acabar demasiado heridas. Sin embargo, Leslie pareció darse por aludida, pues abrió un poco más sus ojos y me dijo:

—No me gusta deberle nada a nadie. Estuvo bien lo que hiciste por mí — guardó silencio unos segundos, dudando—. Ofrecerte a trabajar en mi lugar, aun a sabiendas de que serían dos hombres... Fue un bonito gesto. Pero nada más, fue un gesto que no te pedí y, por eso, espero que no aguardes nada a cambio.

Su mirada me rehuía, sin atreverse a mirarme. Abrí mis ojos como platos. No daba crédito a lo que escuchaba. Había deseado tanto verla, saber de ella... No había esperado un agradecimiento. De hecho, eso era lo que menos me importaba. Pero tampoco una manera tan fría y cortante de tratarme, como si yo no mereciese casi su atención ni su compañía. Fue justo en ese instante cuando comprendí que, lamentablemente, el sufrimiento había hecho mella en esa chica. Si ya me había parecido esquiva desde el primer momento, cuando las circunstancias de la vida nos juntaron, mucho más me lo parecía ahora. Leslie había sobrellevado el encierro mucho peor que yo misma; también las noches con los hombres y la estricta vigilancia a la que nos sometían. Si en su corazón había existido algo de sentimientos, de ganas de querer a otras personas, eso acababa de ser aniquilado por completo.

—¡No puedo creer lo que me dices, Leslie! No lo hice para pedirte nada a cambio. Es más, ni siquiera sé por qué lo hice. Créeme que lo estuve pensando varias veces durante esa noche, mientras era sometida por aquellos babosos... Y también después, cuando tu imagen, tirada en el suelo y completamente desvalida, aparecía en mi mente. Ni un solo momento sentí arrepentimiento. No sé si hubiera hecho lo mismo si, en tu lugar, hubiera estado otra niña, quizá Melania o cualquier otra. Lo que sí sé es que, si volviera a pasar, volvería a hacerlo de nuevo. Daría ese paso al frente otra vez, y ya no solo por ti, sino por mí. Porque mi integridad moral no hubiera aguantado un solo golpe más a tu cuerpo.

Emití un largo suspiro, satisfecha ya y más relajada por lo que acababa de soltar. Al ver que Leslie permanecía inmune, ajena a mis palabras, me di la vuelta con intención de marcharme. Iba a salir en busca de las chicas, las que sí me querían y por las que sí era bien recibida. Su voz me lo impidió.

—¡Yurani!

Me giré despacio. Entonces, la vi. Se había sentado ya en su cama, imagino que todavía no llegaba a estar recuperada del todo de tan brutal agresión. Sus manos se encontraban sobre sus piernas y jugaba con los dedos,

con un marcado nerviosismo. Respirando hondo, como si lo que iba a decir le costase horrores, me miró fijamente a los ojos y me dedicó una débil sonrisa.

—Gracias. Fue solo un gesto, un gesto bonito... Pero ha sido el gesto más bonito y humano que han hecho por mí, en toda mi vida.

Sentí una punzada en el corazón. Un escalofrío recorrió mi piel, sin dejar un solo hueco sin erizarse. Hacía tiempo que no sentía ganas de llorar y no quería echarlo todo a perder ahora con unas cobardes lágrimas. Me encogí de hombros, como solía hacer cuando quería mantener a raya los sentimientos, y me limité a decir:

—No hay de qué. Espero que sea el último.

Y así, guiñándole un ojo con gesto cómplice, salí de la habitación y desaparecí de su vista, dejándola a solas con sus emociones, las que pensaba no tener y las que, para bien o para mal, estaba empezando a sentir.

## UNA MAÑANA DISTINTA

En ese lugar, en nuestra casa, o nuestra cárcel, como cada una la quisiera llamar, la diversión brillaba por su ausencia. Generalmente, no existían las noticias buenas ni los sueños cumplidos; tan solo reinaba entre nosotras una profunda y despiadada monotonía con la cual habíamos aprendido a vivir, día a día. ¡Qué remedio nos quedaba! Los días pasaban sin cambio alguno, con sus correspondientes noches de trabajo infinito, juntando semanas y, a la vez, meses. Si una quería seguir cuerda, con la cabeza bien puesta en su sitio, no había más opciones que tomarse todo eso con tranquilidad. Resignación... no. Nunca llegué a resignarme a mi suerte; jamás, ni por un momento en el tiempo que permanecí allí, a la sombra, dejé de soñar con el momento de nuestra libertad. De nuestra felicidad real y sin límites, como las que solo había visto en las películas. Pero sí es cierto que conseguí adentrarme en ese mundo, logré ser una más, una de tantas, aceptando que, aunque temporalmente, esa era mi vida.

Cada vez me costaba menos practicar las artes amatorias a las que, primero por obligación y luego ya por costumbre, tenía que sucumbir cada madrugada. Cuando terminaban, siempre con la fiel rutina del correspondiente aseo, me retiraba a mi habitación, donde mi cuerpo y mi mente podían descansar completamente a salvo. A veces, coincidía con Leslie en mi vuelta al dormitorio; otras veces, con Anya. Y siempre dedicábamos un rato de charla; a veces se extendía durante horas, para evadirnos de todo cuanto nos pasaba y aferrarnos a nuestra agradable amistad. Fue una gran amistad, la nuestra. Tanto con una como con la otra, tan diferentes entre sí, viví, casi podría decirse, los mejores momentos de mi vida.

Leslie, con el paso del tiempo, fue suavizando su carácter. No dejó de ser aquella chica precavida y distante, demasiado orgullosa para dejar salir sus sentimientos; pero puso de su parte para que la relación con nosotras, sus compañeras de habitación y de vida, funcionase cada vez mejor. Y así fue. Nos convertimos en una piña, un trío de tres niñas, completamente diferentes una de la otra, pero con tantas cosas en común. Realmente inseparables, o eso creímos entonces.

Al principio, debido a mi intenso miedo de dejar a mi hermanita sola y

desamparada, las chicas se turnaban para cuidar de ella y vigilar su sueño en mi ausencia. Con los meses, yo misma me relajé ante esa preocupación y me atreví a dejar sola a Kimberly, siempre asegurándome primero de que dormía. Solo entonces, le daba un suave beso en la frente y salía de esa habitación para regresar unas cuantas horas después. Entre hombre y hombre, en el breve espacio de tiempo de que disponía, antes de volver a ser elegida por otro cliente, me escabullía al dormitorio. Echaba una rápida mirada al interior y, corroborando que todo estaba en orden, volvía a marcharme. A veces, me reunía con las demás en alguno de los pasillos, y conversábamos un poco o tomábamos un café rápido para entretenernos y para hacer más llevadero el cansancio físico que solía embargarnos.

Después, cuanto todo terminaba, cuando las puertas del edificio se cerraban y se negaba ya la entrada a los intrusos, la oscuridad se apoderaba de la casa, y también el silencio, pues cada una se apresuraba a retirarse lo más rápido posible, para cargar fuerzas antes del siguiente día. O de la siguiente noche, pues, para nosotras, la noche era día y el día era noche.

En mi cama, siempre apretujada contra el cálido cuerpo de Kimberly, me permitía soñar despierta e imaginarme a mí misma fuera de ese lugar, en un mundo limpio, libre de cuerpos desnudos y de hombres embriagados por el alcohol y por el deseo. En medio de esas imaginaciones, acababa quedándome dormida, sucumbiendo al agotamiento externo que mi cuerpo sentía. A menudo, Kimberly interrumpía mi descanso. En numerosas ocasiones se despertaba llorando y gritando, sudorosa, completamente bloqueada por el miedo. Sin hacer caso al sueño, me frotaba los ojos y me empeñaba en calmarla, evadiendo su mente, con cuentos y caricias, de aquellas pesadillas oscuras que se empeñaban en martirizarla. Esa fue la única manera que tuvo Kim de mostrar sus temores, de dejar salir su dolor más profundo. Jamás vi un gesto asustado en su expresión, ni una pizca de tristeza en sus diminutos ojos negros. Supo aguantar el tipo con gran maestría, mucho más que la mayoría de las niñas que vivían bajo ese techo. Exceptuando, obviamente, las típicas pataletas que, como niña, era normal que tuviera; casi siempre debido a alguna pelea tonta con su amiga Celia o algún rato en el que el aburrimiento sobrepasaba sus límites.

Por todo eso, por la normalidad que ya se había acomodado en nuestras vidas y por la fiel rutina a la que, en el fondo, estaba agradecida, evitándonos conflictos y situaciones desagradables, la sorpresa se apoderó de mí con la noticia tan impactante que recibí aquella mañana.

Me había levantado más pronto de lo habitual, incómoda por un molesto dolor de vientre que no quería darme tregua ni permitirme dormir tranquila. Más tarde, y por palabras de Anya, supe que era el indicio de mi cambio a la madurez, eran mis hormonas enviándome señales de que mi cuerpo se estaba transformando, que pronto dejaría de ser una niña.

Las chicas todavía dormían, Kim junto a mí, Anya y Celia en la cama de arriba y Leslie en la de al lado. No quise molestarlas, así que me calcé las zapatillas de andar por casa y salí del cuarto. Sin un rumbo exacto, me dejé llevar por mis pies y terminé frente a la puerta de la cafetería. Sofi abría bien temprano su puesto y permanecía allí, dispuesta a atender a sus clientes, aun cuando sabía que ninguna de las muchachas acudiría a las ocho de la mañana a pedirle un café con leche. Sin embargo, yo lo hice. La sorpresa fue evidente en la mujer cuando me vio entrar con paso vacilante y aún cansado. Sin preguntar ni añadir nada, se limitó a darme los buenos días y servirme un café solo, bien cargado. Y también una manzanilla para aliviar mis dolores. Una mezcla un poco extraña, pero... ¿qué había allí que no fuera raro?

Tras desayunar con tranquilidad, disfrutando de la compañía silenciosa pero agradable de la camarera, me dispuse a volver al cuarto. En el camino, tropecé con uno de los hombres. La verdad, no recuerdo el nombre exacto, pues había tantos involucrados en ese negocio que jamás les presté demasiada atención ni hice esfuerzo alguno por recordarlos. Se paró frente a mí, haciéndome una señal de detención con la mano.

—Te estaba buscando.

—¿A mí? —pregunté, extrañada.

¿Para qué querría buscarme y, encima, a esas horas tan tempranas? Nadie sabía nada de mi desvelo, excepto Sofi, la cual no habría tenido tiempo siquiera de contar nada.

—Andrés te llama. Quiere hablar contigo.

—¿Tiene que ser ahora? Iba a acostarme

—Quiere verte ya. Dijo que es necesario. Y dio órdenes de levantarte de la cama y llevarte hasta él —me explicó con voz monótona y fría.

Sin oponer resistencia, y guardándome bien de parecer preocupada, asentí con la cabeza. Y seguí sus pasos. Cruzamos los pasillos, que me resultaron, extrañamente, más largos que de costumbre. Y no nos detuvimos hasta llegar a una puerta grande, dura a simple vista, una puerta que nunca había tenido la oportunidad de franquear. Ni falta que hacía. Mis piernas temblaban levemente al entrar en la habitación. Con Andrés, nunca podía

esperarse nada bueno. Y cualquier toque de atención por su parte merecía activar todas las señales de alarma disponibles.



## UN INESPERADO REGALO

—Buenos días, guapa —saludó, sentado en un sillón grande como él, tras una pequeña mesa de escritorio.

—Buenos días, Andrés —me limité a responder.

Obedeciendo un gesto de manos de su jefe, el hombre que había acudido en mi busca salió, cerrando la puerta tras él. Me quedé a solas con Andrés y mis nervios no hicieron más que empeorar. Más que miedo, era curiosidad lo que sentía por dentro, pues era realmente raro todo eso.

Él se levantó, jadeando como si le costase gran esfuerzo, y se aproximó hacia mí con sus pasos de gigante.

—Llevo días sin verte. Y debo reconocer que estás tan guapa como siempre.

Mi sentido de alerta se activó ahora ya por completo. ¿Acaso me había llamado ese señor para eso? ¿Buscaba en mí lo que otros hombres ya habían encontrado? No tenía ganas, y no era solo por lo poco atractivo que me resultaba, pues, a menudo, pasaban por mi cama personas con una fealdad inmensa, indescriptible. Más bien era que no quería tener nada que ver con asuntos mayores, e involucrarme demasiado con el jefe era meterme en camisas de once varas. Yo lo sabía, mi sexto sentido lo sabía; así que me tensé y permanecí quieta, a la espera.

—No pongas esa cara, chiquilla. No quiero hacerte nada. No es que no me atraigas; indudablemente, lo haces. Pero no como tú piensas. Estoy suficientemente servido con lo que tengo, que no es poco.

Algo me dijo que se refería a Jénifer, de sobra era oído que la guapa muchachita se entendía bastante bien con nuestro superior. Por eso, las buenas conductas y facilidades hacia ella. Mis músculos se relajaron poco a poco y dejé de sentir ese frío que había estado calando mis huesos.

Andrés, sin dejar de mirarme, prosiguió:

—Me gustas de otra forma, Yurani. Me tienes realmente sorprendido. Y cautivado —añadió—. Has logrado en poco tiempo lo que otras no conseguirían en una vida entera en esta casa.

Mis ojos se abrieron de par en par y seguí mirándolo, incrédula. No entendía lo que quería decir. O estaba demasiado adormilada todavía, o sus

palabras escapaban a mi razonamiento. De todas formas, me sentí satisfecha y reí para mis adentros, verdaderamente orgullosa de mí misma. Ya no evadía su mirada, ni daba un paso atrás cuando él se me acercaba. Ya no le tenía miedo; al menos, no la clase de miedo que había sentido por él desde mi llegada. Ahora simplemente quedaba un respeto. Un respeto poco merecido, pero precavido e inteligente, al fin y al cabo.

—¿Se puede saber a qué se debe tanto piropo? No me habrás hecho venir solo para decirme cosas bonitas, ¿verdad?

Andrés sonrió, satisfecho de que, por fin, le hubiera hablado. Aunque de forma burlona, se alegró de escucharme. En el fondo, creo que esa era la faceta de mí que más le gustaba.

—No son cosas bonitas, Yurani. Son cosas reales. Tengo que reconocerte que, contrariamente a lo que había esperado de ti, has superado todas mis expectativas. En los años que llevo a cargo de este negocio, y créeme que son muchos, jamás me había topado con alguien así. Eres bonita, claro, eso ya te lo he dicho; pero eso no lo es todo. Mujeres hermosas hay muchas, como tú misma has podido comprobar con muchas de tus compañeras. Unas rubias, otras morenas, pelirrojas, altas, bajas, delgadísimas y otras llenas de curvas. Hay de todo para elegir en este sitio, cada una con su respectivo encanto, pero solo una ha logrado llamar la atención de todos, *todos* —recalcó— los clientes que vienen a visitarnos.

No hizo falta que me explicara que hablaba de mí. Sabía que era bien recibida por el género masculino, pues, casi todas las noches, terminaba mi jornada más tarde que las demás. Incluso me tocó varias veces poder elegir a un compañero de cama y no que ellos me eligiesen a mí. De todas formas, dejé a Andrés seguir hablando.

—Todos quieren contigo. No me preguntes por qué, pero la mayoría reclama tu compañía. Ofrecen dinero, mucho dinero, más incluso del que estamos acostumbrados a recibir. E, incluso, muchos se niegan si tú no puedes atenderlos, debido a estar ocupada con otros clientes, y prefieren marcharse sin su dosis tan deseada de sexo antes que sustituirte por cualquiera de las otras mujeres. No sé si es por tu cara de niña buena, por tu aspecto dulce e inocente, pero a la vez fiero; quizá se trate de que seas una verdadera diosa en la cama y eso vaya llegando a oídos de los demás, como todo lo bueno, que siempre se expande de oreja en oreja. O, simplemente, se deba a ese misterioso halo que te envuelve, ese *algo* que hace que uno se quede prendado contigo, desde el primer momento. Lo ignoro. Y, para serte sincero, no me

importa. Me dan igual el motivo y el método que utilizas para llevarte a la gente a tu terreno. Lo único que de verdad me importa es lo que consigues con ello. Nos haces ganar dinero, mucho dinero. Y te estoy realmente agradecido por ello.

¡Vaya! Resulta que, ahora, Andrés me daba las gracias por algo. Cuando se suponía que debía ser al revés. Como siempre nos decían, si no era él, alguno de sus secuaces o la misma Jénifer, debíamos vivir eternamente agradecidas por el techo que nos ofrecía, la vestimenta y el alimento. Las cosas estaban dando un giro espectacular, y me asusté un poco por ello. Me encogí de hombros, tratando de mostrarme indiferente.

—No hago nada especial. Me limito a obedecer órdenes. Cuando un hombre me solicita, voy con él a la habitación y actúo según sus preferencias. Ni más ni menos. Como todas mis compañeras. Aun así, déjame decirte que preferiría con mucho gusto no resultar tan deseable para todos ellos. Con unos cuantos alientos nauseabundos en mi cama me daría por satisfecha. No necesito tantos.

De nuevo, una sonrisa en sus labios. Por primera vez, se dirigía a mí de forma amistosa, aunque sin abandonar del todo su actitud impasible.

—Hazme caso. Sí los necesitas. Cuantos más tengas, más ganas. Y... esto es lo que quería decirte, para esto te he llamado. Si sigues ganando así, si continuas ayudándome a reunir tanta pasta, dentro de poco serás libre. Tú... y también tu hermana.

Abrí, aún más, mis ojos oscuros, ya completamente vacíos de sueño. Las preguntas se agolparon en mi cerebro. Estuve a punto de pellizcarme, de pedirle también que volviese a repetir eso de nuevo para acabar de poder creerme lo que estaba oyendo. En cambio, de mis labios, ahora temblorosos, solo salió un murmullo:

—¿Libres? ¿Libres de verdad? —Señalé a su espalda, a la ventana, también enrejada, que había en esa oficina.

Andrés asintió, interiormente contento de mi reacción.

—Libres. Completamente. Para poder salir, ir y vivir a vuestro antojo. Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti; pero respetaré tu decisión de no volver, si así lo deseas.

Tragué saliva. Irremediablemente, mi corazón dio un salto enorme y comenzó a dar pequeños saltitos seguidos, llevados por una alegría gigantesca que se estaba depositando en mí. Recelosa todavía, y sin ser capaz de creerlo, le pregunté:

—Haré todo lo que me pidas. Te volveré el hombre más rico, si de mi esfuerzo depende eso. Pero, ¿cómo sé que puedo confiar en ti? ¿Cómo sé que lo que dices es cierto?

—No lo sabes, pero te lo demostraré. Para empezar, tengo pensado darte una tarde libre. No como las que te he dado alguna vez, no bajo este techo. Libre de verdad, fuera de estas paredes. Con la única condición de que regreses antes de la noche para cumplir con tus obligaciones. ¡Ah! Se me olvidaba decirte, puedes llevar a Kimberly contigo, por supuesto.

Lo miré boquiabierto. La sorpresa se había apoderado de mí y no se marchaba. Los pensamientos se mezclaban, veloces, ansiosos por creer en esas palabras y, al mismo tiempo, temerosos de dar un paso en falso, de derruir una muralla que con tanto esfuerzo había construido. Entonces, sin detenerme a seguir martirizándome con mis dudas, rompí el silencio. Y no pude evitar que mi voz vibrara de emoción.

—Está bien, acepto. Saldremos mañana mismo. Prefiero dejar pasar el día de hoy tranquilo, para tener tiempo de hablar con mi hermana y prepararla para su salida. Hace demasiado que no ve la luz del sol, sin contar el minúsculo patio interior al que nos dejáis salir de vez en cuando.

Andrés asintió, accediendo. Volviendo su rostro a su habitual seriedad, me informó:

—Mañana a las 16:00, uno de mis hombres irá a buscaros. Estad preparadas, puesto que os recogerá inmediatamente y os acompañará al exterior. Os llevará con su coche hasta el centro de la ciudad. Y, después, a las 21:00 en punto, irá a buscaros en el mismo sitio donde os habrá dejado. Confío en ti, Yurani. No me decepciones.

Esa vez fui yo la que asentí, con demasiada vehemencia, dejando ver así lo feliz que estaba con el regalo que acababa de obsequiarme. Cuando ya estaba a punto de salir, con la mano ya en el pomo de la puerta, detuve mis pasos y me giré. Él, por su parte, no había cambiado de posición ni había dejado de observarme, como sabiendo ya mi reacción. Recobrando por fin esa seguridad en mí misma que tanto me caracterizaba, hablé con tono firme y sin dejar lugar a réplica alguna:

—Hay algo más. Una última cosa: un cambio de planes de última hora.

Andrés arqueó sus cejas, curioso.

—Leslie viene conmigo, también Anya y Celia. Por lo que te recomiendo que le digas a tu hombre que cambie el coche por una furgoneta.

## TODAS PARA UNA Y UNA PARA TODAS

La noticia fue recibida entre mis chicas con mucha sorpresa y con no demasiada aceptación. Al contrario de lo que había esperado, y deseado, ninguna se puso a dar saltos de alegría, ni hubo emoción alguna ante la inesperada oportunidad que se nos presentaba.

Encerradas en nuestra habitación, a salvo de oídos ajenos, observé defraudada los rostros de mis amigas. Hasta las más pequeñas, Celia y Kimberly, no dieron muestra alguna de alegrarse tras mi propuesta. Kimberly, remolona, renegó que no quería salir a la calle y dejó claro que ella prefería quedarse en «su» casa, con su adorada muñeca y las de Celia. Su amiga, simplemente, optó por imitar su comportamiento, poniendo la misma cara de protesta, aunque guardando silencio. De todas formas, fue fácil convencerlas. Bastó con prometer que les dejaría llevar a sus muñecas favoritas a acompañarnos en nuestra divertida aventura. Y, como a todos los niños les apasionan las aventuras, cambiaron de actitud encantadas.

Con las demás, sin embargo, fue más complicado. No me sirvieron los argumentos razonables sobre lo interesante que sería ver algo nuevo, disfrutar por fin del aire libre; del verdadero, del que había allí fuera rozando los árboles, las calles y a las personas que andaban por ellas. Tampoco valieron los ruegos, implorando que me acompañaran en ese deseo que, por fin, iba a verse cumplido. Tan solo un par de horas, unos cuantos minutos allá fuera, bastarían para hacerme recobrar la alegría, el optimismo y las ganas de vivir; para hacerme recordar que todavía seguía viva. Y que existía, en alguna otra parte del mundo, una vida real, una vida digna de ser vivida.

Anya no compartía mis sentimientos, estaba demasiado acostumbrada a permanecer encerrada entre esas paredes. Quizá, incluso le gustaba. El ambiente callejero, lo que no se veía desde esa casa, le daba miedo, la asustaba. No consideraba necesario salir a experimentar, no había perdido nada por la ciudad... Esas fueron sus palabras.

Leslie, por su parte, negó con contundencia en cuanto abrí mi boca para contarles mi conversación con Andrés.

—No cuentas conmigo. No pienso ir.

Irritada, le pedí explicaciones, incapaz de comprender que no quisieran

participar en esa salida. Desde que habíamos pisado ese suelo, que nos mantenía sujetas, presas entre los oscuros pasillos y las habitaciones, idénticas unas a otras, no habíamos visto nada más. Desde hacía exactamente un año nuestra vida se resumía a deambular bajo ese techo y, en nuestro limitado territorio, no había opciones, ni oportunidades de avanzar.

—Pero, ¿por qué? Dame una buena razón para no querer acompañarme. Si lo haces, no insistiré más.

Con expresión ausente y voz fría, carente de sentimientos, me respondió:

—Mi razón es... que no encuentro una buena razón para hacerlo. No veo el lado bueno de salir de aquí, de explorar lugares nuevos y desconocidos para nosotras. De todas maneras, al final tendremos que acabar volviendo.

Lo comprendí entonces. Bajo su fachada de indiferencia, Leslie tenía miedo. Estaba asustada por las emociones que todo eso podía causarnos. Yo lo sabía, ya lo había pensado; el regreso a nuestra rutina impuesta sería más duro después de haber saboreado unos instantes de libertad, tan ansiados por todas, pero al mismo tiempo, tan temidos; pero no iba a consentir que esos temores vencieran a la ilusión. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía verdaderamente ilusionada, y me agarré a esa chispa como si se me fuera la vida en ello.

—¡Eres una cobarde! —la acusé—. Siempre lo has sido. Cubres tu miedo con ese disfraz de chica dura y prepotente, pero... en realidad, no eres más que una niña, una cría que no tiene lo que hay que tener para enfrentar sus propios fantasmas. Es una pena, porque estoy segura de que, siendo de otra forma, podrías llegar muy lejos. Pero ahora comprendo que nunca saldrás de aquí, porque no tienes el valor suficiente para hacerlo.

En cuanto hube terminado de hablar, me di cuenta de lo que había hecho. Le había hablado de una forma que nunca antes había empleado con ella. Leslie abrió la boca, como dispuesta a replicar sobre mi reproche. Sin embargo, por alguna razón, las palabras se atascaron en su garganta y cambió de expresión. Ya no parecía la chica dura que yo la había acusado de ser. Sus ojos se oscurecieron y se le quebró la voz, al murmurar:

—No tienes derecho a hablarme así.

—¡Sí lo tengo! Pensaba que éramos amigas, a pesar de tus continuos intentos de alejarnos de tu lado. Y ahora me doy cuenta de que no es así. ¡Somos demasiado distintas para ser amigas! Yo quiero volar... y tú ni siquiera te atreves a mirar tus alas.

Mis ojos estaban encendidos por la rabia. Me fastidiaba enormemente su

actitud. Tenía el poder de estropear los mejores momentos y bajar mi ánimo con su negatividad. Y, esta vez, no pensaba permitírselo. Si ella quería quedarse allí, atascada en sus propios terrores, ¡bien por ella! En lo que respectaba a mí, pensaba seguir adelante con mi plan, con compañía o sin ella. Y así se lo hice saber, antes de salir de la habitación.

—Me voy mañana. Y Kim viene conmigo. Tenéis tiempo para pensarlo. Pero no lo hagáis demasiado... Pensar mucho no es muy saludable.

Les di la espalda entonces, decidida a apartarme de su lado y refugiarme en la cafetería, o en cualquier otro lugar donde no tuviera que aguantar la actitud pesimista de mis amigas; y, entonces, la voz de una de ellas detuvo mis pasos.

—Iré contigo. Llevas razón, las mejores cosas se hacen sin pensar, pensar nunca me trajo nada bueno.

Volteé mi cuerpo para mirar a Anya. Abrazada a su hermana, me dedicaba una mirada llena de entusiasmo, de una alegría que, afortunadamente, había conseguido contagiarle. Respondí a sus palabras con una sonrisa. Esperanzada, desvié mis ojos hacia los de Leslie, confiando en que cambiara de idea. Y así lo hizo.

—Yo también iré. Eso sí, solo lo haré por no dejaros solas. Puede haber peligro allí fuera. En tal caso, no me perdonaría no haber estado con vosotras.

Mi sonrisa se amplió, y aún se hizo más grande la que se dibujaba en mi interior. Realmente contenta, cerré la puerta de nuevo; de pronto, las ganas de tomar un café habían desaparecido por completo.

—¿Os he dicho antes que os quiero?

Puedo asegurar con certeza que, aquella tarde de invierno, no existían niñas más felices que nosotras. Las cinco habíamos estado ocupadas durante mucho rato, eligiendo qué ropa usar para la ocasión. No podíamos salir de allí, donde nuestro ambiente oscuro no existía, con los vestidos con los que acostumbrábamos a pasear por la casa. Tampoco teníamos ropa suficiente acorde con ese tiempo. La sorpresa fue mayor cuando uno de los hombres llamó a la puerta de nuestro dormitorio y nos obsequió con una bolsa para cada una. En ellas había ropa para todas. Abrigos, jerséis de lana y pantalones vaqueros, ajustados pero decentes. También zapatillas de deporte, y no esos incómodos tacones que parecían ya parte de nuestro cuerpo.

Probándonos rápidamente las prendas, corroboramos que eran exactamente de nuestra talla. Completamente entusiasmadas, terminamos de arreglarnos, peinándonos unas a otras y halagando nuestro nuevo aspecto. No nos molestamos en maquillarnos; por primera vez, no nos iba a ser necesario.

Disfrutamos, embelesadas, de todos los momentos que siguieron, desde el mismo instante en que uno de los hombres de Andrés vino a recogernos, hasta que el rugido del motor paró y se detuvo en medio de la ciudad. Durante el viaje, que no duró más de media hora, permanecemos con los ojos bien abiertos, investigando el paisaje con atención desde las oscuras ventanas. Guardé en mi memoria cada rincón, cada trozo de carretera, intentando memorizar el trayecto para usarlo en caso necesario. Quién sabe, quizá algún día...

Cuando bajamos de aquel furgón grande, ya no tuve tiempo para pensamientos y ensoñaciones. Me apresuré a bajar, seguida de las demás, y casi no pudimos ni escuchar al hombre que nos hablaba, monótono y frío, con una retahíla de palabras aprendidas casi de memoria.

—Estáis bajo mi entera responsabilidad. Lo que suceda con vosotras, será culpa mía. Así que espero que seáis buenas chicas y os comportéis como es debido. Nada de tonterías, ni de escándalos de última hora. Os quiero aquí a las 21:00 en punto. Os dejaré este reloj, que os pondréis alguna de vosotras, para que estéis atentas de la hora. Tengo órdenes estrictas de llevaros a la fuerza en caso necesario.



Asentimos al unísono, estirando veloces las manos para alcanzar el reloj de pulsera que nos ofrecía. Fui yo la que lo cogí y me lo puse en la muñeca, asumiendo así el mando y el papel de responsable del grupo.

Traté de tranquilizar a ese señor con voz suave y serena:

—No te preocupes por nosotras. No tenemos intenciones de salir corriendo. Tampoco tendríamos a dónde.

Él relajó un poco las facciones de su rostro y, emitiendo una media sonrisa, me dijo:

—Está bien. Ahora, no perdáis más tiempo. Id y disfrutad de la tarde.

Asentí, también con una sonrisa, agradeciendo sinceramente sus buenos deseos. Después, retiré mi mirada de la suya y emprendí el camino junto con mis amigas. Casi nos echamos a correr, pero nos contuvimos para no llamar la atención de la gente, la cual paseaba por nuestro alrededor ignorantes a nuestra ansia de libertad.

Aquella tarde fue, en verdad, una buena tarde. Paseamos por las calles sin alejarnos demasiado, pues no conocíamos ese lugar y nos asustaba no encontrar el camino de regreso, consiguiendo así un gran problema con nuestros superiores. Deambulamos entre las personas, perdiéndonos entre la multitud y fingiendo ser como ellos. En esos momentos, nada nos diferenciaba de aquellas gentes, algunas jóvenes y otras no tanto, que se apresuraban en hacer las primeras compras de esa estación, impacientes ante la llegada de la Navidad, que tan próxima se encontraba. Para nosotras, esas fechas no tenían sentido alguno; pero sí lo tenían esos momentos de paz, de fingida normalidad. Y los saboreamos al máximo.

En un momento dado, la oscuridad se apoderó de las calles y consiguió espantar a los transeúntes, que se iban retirando, cada uno a sus correspondientes casas. No nos importó, seguimos caminando, bien pegadas unas a otras, entre charlas animadas y algún que otro comentario gracioso. Como no llevábamos dinero encima, ya que nunca veíamos ni un solo billete de los que, se supone, que ganábamos, no pudimos resguardarnos del frío en una cafetería o en una de las tiendas, que, una tras otra, iban cerrando sus puertas. No nos desanimamos por ello.

Continuamos andando hasta que dimos con un parque. Era enorme, el más grande que había podido ver en mi vida. En mi tierra natal, en mi antiguo barrio, que ahora recordaba tan lejano, escaseaban las zonas de ocio para los niños. Y las que había se limitaban a simples plazas, sin ninguna diversión más que la de nuestra propia presencia. Allí, sin embargo, todo se antojaba

divertido. Nos acercamos poco a poco, cruzando los hermosos jardines que había a nuestro paso, y nos dirigimos hacia la mitad de aquel gigantesco parque. Kimberly y Celia se volvieron locas de la emoción al descubrir los toboganes y balancines que allí se encontraban. Mucho más lo hicieron con los columpios. Se lanzaron corriendo hacia ellos lo más rápido que sus pequeños pies les permitieron. Y, en cuestión de segundos, ya estaban montadas, dispuestas a alzar el vuelo. Leslie, Anya y yo, nos acercamos hacia ellas, contentas al ver su inocente felicidad. Comenzamos a empujarlas, ayudándolas así en su hasta ahora desconocido juego.

—¡Estoy volando! —exclamaba Kimberly, que había soltado hasta su querida muñeca, dejándola en el suelo para poder aferrarse a las cadenas con firmeza.

—¡Yo también! ¡Yo vuelo más alto! —le seguía la vocecita simpática de Celia.

Dedicamos un buen rato a observarlas, a deleitarnos con sus ojitos brillantes y sus mejillas sonrojadas, cansadas pero rebosantes de alegría. Cuando las pequeñas se cansaron del constante balanceo, se dirigieron a los toboganes. Entonces, guiada por un repentino impulso, me senté sobre uno de los columpios. Eché la cabeza hacia atrás, dejando caer mi largo pelo sobre mi espalda, cerré los ojos y cogí impulso. Corroboré entonces las palabras de mi hermana. Realmente, parecía que iba a echarme a volar en cualquier momento, elevándome al cielo como un gran pájaro... libre. ¡Libre por completo! Sin verjas, ni oscuridad, ni puertas cerradas.

Mirando por el rabillo del ojo, comprobé que Anya había decidido seguir mis pasos. También ella se balanceaba, con los ojos mirando al cielo y una gran sonrisa en sus labios... y en su mirada. Leslie, desde abajo, esperaba su turno. Y ni siquiera ella pudo reprimir una expresión de satisfacción en su rostro.

Dejé pasar unos minutos más así, negándome a bajar de aquel sueño. La brisa acariciaba mis mejillas y movía mi pelo. No había sentimiento más bonito que ese; no podía existir felicidad más grande que la mía, que la nuestra.

El penetrante frío, ese que había conseguido que las calles se volvieran solitarias, no fue impedimento para nosotras. Permanecimos allí durante horas, mirando, eso sí, el reloj que rodeaba mi muñeca derecha con continua frecuencia, comprobando así que todavía nos quedaba tiempo por delante.

Al cabo de un rato, nos encontrábamos sentadas, las tres, en uno de los

bancos que había allí. Mirábamos a las pequeñas, vigilando sus movimientos, y permanecíamos en silencio. Tratábamos, con todas nuestras fuerzas, de disfrutar plenamente todo cuanto estábamos viviendo. Fue Leslie la que rompió ese silencio.

—¿Lo decías en serio? —preguntó, en una pregunta que iba directa a mí, a juzgar por su mirada.

—¿El qué?

—Antes, cuando nos despedimos de Ernesto, dijiste que no podríamos escaparnos, pues no sabríamos dónde ir. ¿Lo dijiste para convencerlo, o hablabas en serio?

Su pregunta me pilló desprevenida. Ni siquiera yo me había parado a pensarlo. Así que busqué las palabras adecuadas para contestarle.

—Supongo que sí. Hablaba en serio. Todas sabemos que no tenemos lugar alguno al que acudir, ni personas que nos estén esperando con los brazos abiertos.

—Lo sé, pero podríamos intentarlo. Ahora tenemos la oportunidad de hacerlo. Nada nos impide echar a correr y alejarnos de ese sitio sucio y tenebroso sin mirar atrás.

Miré a Leslie. De pronto, su rostro se había iluminado. Bajo la luz de las farolas, divisé en sus ojos negros un brillo inusual, algo que nunca había visto en ella. Me dolió terriblemente tener que ser la causante de apagar aquel brillo.

—Eso es una estupidez. Lo que dices no tiene sentido. No es posible que nos marchemos; de sobra sabes que las cosas no son tan fáciles.

—¿Por qué no? Dame una buena razón para no hacerlo.

Me guiñó un ojo, usando las mismas palabras que yo había empleado con ella para convencerla aquella misma tarde. De todas formas, no me dejé contagiar por su repentina ilusión.

—No tenemos los medios necesarios. Para empezar, nos perderíamos por la ciudad. Debe de ser enorme —dije, echando una mirada a mi alrededor—. Nos quedaríamos sin comida, ni ropa, ni un techo donde resguardarnos. Y, por último, sabes tan bien como yo que, aunque lo intentásemos, no funcionaría. Andrés y sus hombrecitos no nos lo permitirían. Agradezco enormemente su gesto, al permitirnos esta tarde de libertad, pero no soy tan tonta como él cree. Ni tan ingenua como para no saber que están vigilándonos. Llevan haciéndolo todo el tiempo.

Dije todo eso sin apartar la vista de ellas, sin dar muestra alguna, ante

miradas intrusas, de mi suposición acertada. Llevaba toda la tarde, durante cada paso dado, con la incómoda sensación de sentirme observada. De tener unos ojos penetrantes clavados en mi espalda, siguiendo cada movimiento que hacíamos y atentos ante cualquier imprevisto por nuestra parte. No había querido alarmar a las muchachas, las cuales parecían no haberse dado cuenta de nada. Pero ahora era necesario hacérselo saber e impedir así cualquier decisión errónea, cualquier paso en falso, que podría traernos terribles consecuencias.

Leslie bajó la cabeza y escondió su cara bajo su largo pelo negro.

—No es justo. No pueden hacernos esto. Dejarnos salir de esa pocilga para después obligarnos a regresar... es realmente inhumano.

Pasé mi mano por su hombro, tratando de transmitirle un poco de ánimo; aunque yo misma me sentía ya bastante entristecida.

—No te lo tomes así. Piensa que hemos tenido algo que las demás chicas de allí no tienen. Ninguna podrá salir durante muchos años. Algunas, puede que no lo hagan nunca, que nunca más vuelvan a ver todo esto.

Sonó como si tratase de convencerme a mí misma. En realidad, una sensación de amargura me había invadido de repente, apagando todas mis ilusiones y borrando mis esperanzas. Leslie llevaba razón, no se había equivocado en su razonamiento. Pensándolo bien, todo eso no era un regalo de Andrés, como en un principio había pensado. Solo se trataba de una carta más de su juego, un inteligente movimiento más en su interminable partida. Y él siempre ganaba, no importaba cuán listo o fuerte fuese su contrincante. Había decidido darnos permiso de disfrutar, de permitirnos ver lo que había en el mundo, para después arrebatárnoslo de golpe. Era como dar un caramelo a un niño y dejárselo saborear, para después quitárselo, antes de que se lo terminara. Entonces, lo comprendí todo. Había jugado sucio. Su repentina generosidad solo se debía a una simple artimaña, una más de las suyas. Quería hacerme ver que, a pesar de todo, sin importar mi belleza ni lo mucho que ganaba conmigo, yo era suya. Todas lo éramos. Y jamás volveríamos a ser libres. Comprendiendo eso, miré a Leslie y también a Anya, la cual no había participado en la conversación, limitándose a escucharnos con mirada reprobatoria y labios fruncidos. Ella sabía tan bien como yo lo que estaba pasando. Quizá lo supo desde el primer momento.

Reprimí un sollozo, ahogué en mi garganta un grito de impotencia, e intenté fingir, como siempre hacía. Dibujé una sonrisa en mis labios; aunque no conseguí más que una mueca débil. Con el corazón en un puño, me levanté del

banco y desvié la vista hacia los toboganes.

—¡Celia, Kimberly! ¡Vamos, es hora de volver a casa!

Aquel amago de libertad hizo mella en mí. Por alguna extraña razón, desde esa fría tarde de diciembre, aguantar la situación que tenía me resultó mucho más difícil; realmente insoportable. Ya no tenía paciencia para contar los días, los minutos, que pasaba encerrada en esa casa a la que debíamos llamar hogar, pues no cesaban de repetirnos que debíamos estarles eternamente agradecidas, por proporcionarnos todo lo necesario para subsistir.

En cierto modo, llevaban razón; nos habían dado, y nos daban, mucho más de lo que habíamos recibido en nuestra corta existencia. Entre esas paredes, bajo el mando de aquellos tiranos sin sentimientos, degusté la mejor comida que había probado en mi vida, vestí las mejores ropas y conocí a personas que marcaron mi alma irremediabilmente. Pero todo eso no bastaba para ser feliz. No podría serlo nunca metida en ese edificio, completamente cerrado por barrotes y con la continua vigilancia estricta, que hacía que me sintiera observada con cada paso que daba.

Solamente en nuestra habitación, a la que llegué a coger gran cariño, me sentía cómoda, liberada de la disciplina severa a la que estaba sometida. Hubo momentos en los que, de verdad, llegué a creer que era feliz. Y todo ello fue gracias a las pequeñas personitas que llenaban mi vida; no es necesario decir que me refiero a mi hermana, a mis dos buenas amigas y a la pequeña Celia, a la que llegué a querer como parte de mi familia. Juntas, vivimos los mejores y los peores momentos; los buenos escaseaban, pero los había. Aprendimos a calmar nuestros vacíos con risas, juegos y confianzas. No acostumbrábamos a regalarnos muestras de cariño; en realidad, nadie nos había enseñado eso; pero nos demostramos, día a día, nuestra eterna fidelidad con hechos. Y, bien se sabe, que los hechos valen más que mil palabras.

Entre alegrías y tristezas, pasó la temporada de calor y, después, volvió el frío. La verdad era que nunca sabíamos del todo cuándo era verano y cuándo invierno, u otoño o primavera. Allí dentro, nos manteníamos siempre en la misma temperatura, bien fuera por el clima natural o por la ayuda de los numerosos radiadores que abundaban en la casa. Nos enterábamos de la estación aproximada en la que estábamos, por la ropa que vestían los distintos clientes que nos visitaban. Nunca supimos con exactitud el día en el que

vivíamos; no disponíamos de calendarios ni de teléfonos móviles que nos informaran sobre aquello. A veces, gracias a la televisión, nos hacíamos una vaga idea del tiempo y de los sucesos que ocurrían allí fuera, en la vida real, donde nosotras no podíamos llegar. Pero, casi siempre, cuando el presentador que daba paso a las noticias aparecía en la pequeña pantalla, se plantaba ante ella alguno de los grandes, a veces un hombre y, otras, la propia Jénifer, y nos la apagaba; alegando que la hora de ocio ya había llegado a su fin.

Tampoco lo tuvimos jamás en cuenta; al fin y al cabo, poco importaba el día o mes que fuera si de todas maneras teníamos que permanecer allí, día tras día, mes tras mes, año tras año. Y así, sin darme apenas cuenta, pasó el tiempo. Y llegó un momento en el que fui consciente de que me había hecho mayor, sin quererlo, sin proponérmelo, pero sin poder hacer nada por evitar mi desarrollo, tanto físico como interno.

Con frecuencia, me miraba al espejo, indagando sobre los cambios que presentaba mi cuerpo. Mi figura ya no era la misma que antes, se veía más formada, más femenina; en dos palabras: más mujer. Mis pechos, antes pequeños, ahora aparecían más firmes, más redondeados y, la verdad, me hacían ver mucho más bella. Lo mismo pasaba con mis caderas y con las demás partes de mi piel. Todo había cobrado vida propia y se volvía cada vez más maduro.

Por dentro... en realidad, no sabía si me quedaba algo allí dentro. Había conseguido la habilidad de encerrarme en mi propio ser. De esa forma, no podían hacerme daño ni los hombres que penetraban mi cuerpo una y otra vez, ni las burlas de Jénifer, la cual parecía detestarme cada vez más; ni las inquebrantables normas de Andrés, con el que mantuve distancia desde aquella conversación en su oficina. Sencillamente, todos ellos no podían llegar a mi corazón, pues lo mantenía cerrado y, casi, convertido en piedra. Esa muralla voluntaria que había formado, poco a poco, me servía de mucha ayuda, ciertamente; pero también creaba en mí una continua sensación de angustia a la que ya me había acostumbrado.

Sin ninguna novedad interesante en mi vida, había cumplido ya los catorce años. Lo supe al cumplir la tercera temporada de frío en aquella casa. Ahora, iba camino de los quince. En el fondo, me sentía mucho más vieja, inutilizada por los abusos a los que sometía a mi cuerpo; y desgastada como un trapo viejo. Lo peor es que, al mismo tiempo que yo, las demás también crecían. No dejaba de asombrarme observar el progreso de Kimberly. Seguía siendo una niña, con sus siete años ya cumplidos, o a punto de cumplir; pero

sus ojos dejaban ver una muestra de madurez, de conocimiento interno, que antes no tenía. También su figura fue cambiando, un poco más lenta que la mía, pero formando, inevitablemente, lo que algún día sería una mujer. No me pasaron por alto tampoco los cambios físicos a los que se enfrentaron Leslie y Anya. Leslie, como yo, estaba muy cambiada y mucho más bonita si cabe. En Anya, sin embargo, no fue tan notable su progreso físico, pues ella parecía toda una mujer desde el mismo día que la conocí. De todas maneras, nos pasaba unos cuantos años; si mal no recuerdo, en esas fechas rondaba ya los diecinueve. Y eso se notaba tanto por fuera como por dentro. Ella era, mayormente, la que nos obsequiaba con sus consejos sabios y ahuyentaba nuestros impulsos imprudentes cuando los teníamos; aunque, la verdad, eso sucedía cada vez con menos frecuencia. Nos convertimos en autómatas, títeres guiados al antojo y gusto de su creador, ovejas fieles a su pastor. Y todo se tornó fácil, tolerable. Acostumbradas y sometidas a los deseos y órdenes de los demás, siguieron pasando los días, envueltas en una capa de rutina que nos envolvía y nos atrapaba.

Un día o, mejor dicho, una tarde, todo eso cambió. Y la normalidad en la que vivíamos se desvaneció, dejando paso a una noticia devastadora, completamente imprevisible. Faltaban unas pocas horas para la llegada de la noche y nos encontrábamos, como cada día, sentadas en las sillas que había en el comedor. Cenábamos siempre antes de que el sol se pusiera, pues, cuando este se ocultara, llegaba nuestro turno de trabajo. Y en nuestro puesto no estaban permitidas la impuntualidad ni la vagancia. No podíamos ausentarnos jamás, ni siquiera cuando nos encontrásemos indispuestas, cosa que a veces sucedía, bien fuera por un leve catarro o por un simple dolor de regla. A no ser que el caso fuera muy grave, que saltara a la vista que no podíamos mover ni un solo músculo de nuestro cuerpo, debíamos acudir con buena presencia, mejor higiene y una eterna sonrisa en la cara, a las habitaciones que nos estaban destinadas.

Aprendí a saber manejar a esos hombres; ellos, con distinta apariencia, distinto lenguaje y diferente forma de actuar en la intimidad, coincidían en una misma cosa: todos eran fáciles, verdaderamente sencillos de complacer y sin dificultad para hacerlos terminar rápido, librándome así de más de uno demasiado desagradable de aguantar. A veces, incluso llegaba a hacer buenas migas con alguno; aunque suene difícil de creer, los había buenos, simpáticos, con una educación que a otros les faltaba. Era con esa clase de señores con los que mejor me sentía. No me forzaban a hacer nada que no quisiera; pedían mi



consentimiento y opinión para casi todo, y trataban de proporcionarme el placer que ellos sentían, aunque raras veces lo consiguieran. También existían los graciosos; los que, más allá de un simple acto sexual, buscaban una persona con la que hablar, con la que echarse unas risas. En ocasiones, me tocaba fingir, disimular una alegría compartida; en otras, realmente me causaban gracia y hacían que me lo pasara bien con sus chistes y bromas, todo lo bien que podía pasarse en esa habitación.

Esa tarde, durante la cena, nos encontrábamos conversando sobre algún suceso de esos graciosos con alguno de nuestros compañeros de cama. Nos echábamos alguna risa compartida, casi siempre, por la mayoría de las muchachas. En especial, nos centrábamos en una de las chicas, Lucy, que contaba, con verdadero entusiasmo, que se había enamorado de uno de sus clientes. Era una de las mías, una de las niñas que entró al mismo tiempo que yo en ese negocio sucio y sombrío. Sin embargo, nadie podría decir que llevaba tan solo dos años aproximados vendiendo su cuerpo, sometida a una red tan grande que se escapaba de nuestro control. No era una chica problemática; todo lo contrario, solía mantenerse al margen de problemas y de conversaciones intensas; pero se veía en sus diminutos ojos marrones que ese periodo de tiempo había marcado su vida. Se había convertido, como las demás, en una simple ficha de aquel juego misterioso. Mientras comíamos nuestro correspondiente menú (de primero, paella y, de segundo, filetes a la plancha), hablaba y hablaba sin parar, contando lo ilusionada que estaba con su reciente amor.

Recuerdo que pensé en lo absurdo de sus palabras. Me pregunté una y otra vez cómo era posible que se hubiera enamorado de uno de aquellos tipos. Tipos que, en realidad, pagaban por nuestra atención; tipos que, por una razón o por otra, no eran capaces de conseguir ese acercamiento con otras mujeres, fuera de esa casa. Me acuerdo también de la seguridad con la que me prometí, mentalmente, que jamás me ocurriría lo mismo a mí. Nunca me brillarían los ojos al hablar de un hombre, ni se dibujaría en mis labios una sonrisa, involuntaria, al recordar alguno de los momentos vividos con una persona del sexo masculino. Mucho menos podía pasarme eso con alguno de mis fieles clientes, pero tampoco con un chico normal. Primero, porque dudaba de llegar a conocer a alguno en circunstancias ajenas a las que vivía; y, segundo, porque ya lo había hecho una vez y no había salido bien parada. La primera y última vez que puse mis ojos sobre un hombre, solo me sirvió para marcar mi propio calvario, para forjar mi propio camino a los infiernos.

Entonces, mientras disfrutaba ya del sabroso café que nos había ofrecido la cocinera tras la succulenta cena, una voz me sacó de mis pensamientos. Y fue, nada menos, que la voz de mi amiga Anya.

—Chicas, tengo algo que contaros. ¡Chicas, chicas! —subió un poco su tono de voz cuando comprobó que nadie la escuchaba—. Prestad atención, por favor, tengo algo importante que deciros. Es tan importante, que quiero que lo sepáis todas. Y he preferido contároslo así, estando todas reunidas, para no tener que ir explicando luego una por una lo que me ha sucedido.

Se hizo el silencio en la casa. Todas, absolutamente todas, clavamos nuestros ojos en el rostro claro de Anya, expectantes ante la nueva información que tenía que darnos. No era costumbre expresar nuestras emociones, ni dar detalles sobre nuestra vida personal, y menos en Anya. Yo la conocía bien y sabía que siempre guardaba las distancias con las demás personas. Su grupo de confianza era muy reducido; ese se limitaba a Leslie y a mí. Por eso supe que, en verdad, debía de ser algo muy importante lo que tenía que contarnos. Sentada, como siempre, a su lado derecho, presté toda la atención posible a sus palabras. También lo hizo Leslie, que se hallaba a su izquierda.

—Antes de nada, quiero pedir os que no pongáis el grito en el cielo, ni me pidáis más explicaciones de las necesarias. A veces, las cosas suceden porque sí, sin ningún motivo concreto. Y no sirve de nada darle vueltas.

Daba la impresión de querer convencerse a sí misma, de estar infundiéndose una seguridad que, en realidad, le faltaba.

—Ve al grano, chica —soltó Jenni, sentada enfrente de nosotras—. No nos aburras con presentaciones estúpidas.

Le lancé desde mi sitio una mirada de fastidio. Siempre se encargaba de joder los mejores momentos, de estropear todo con su dañina voz y su comportamiento soberbio.

Anya, haciendo caso omiso a su intromisión, siguió hablando. Antes de hacerlo, carraspeó y emitió un leve suspiro.

—Estoy embarazada. Embarazada de dos meses, exactamente.

Si el silencio ya abundaba en el comedor, ahora se hizo todavía más penetrante, inquietamente profundo. Abrí mis ojos lo más que mis párpados me lo permitieron, solté un involuntario gritito de sorpresa y me llevé las manos a la boca, incrédula ante lo que acababa de escuchar e incapaz de creérmelo. Las demás también la miraron con gesto sorprendido, pero en sus labios se formaban ya sonrisas, cómplices y alegres ante una noticia semejante. En los míos, no.

—¿Qué estás diciendo?! ¿Cómo ha podido pasarte eso?

—Pues... ¡cómo va a ser, Yurani! Jugando a las muñecas, no te fastidia. ¡Hay que ver lo ingenua que eres!

Jenni soltó una carcajada, satisfecha con su comentario, y todas la siguieron. Excepto Leslie y yo, naturalmente. Las dos nos encontrábamos realmente sobrecogidas.

—La verdad, que no sé exactamente cómo ha pasado. Hubo un hombre que me pidió, bueno, me exigió, acostarme con él sin preservativo. Al principio, me negué, temerosa de las enfermedades que, ya sabéis, podemos contraer si no usamos precaución. Pero, después, por órdenes de Andrés, el cual me explicó que era un viejo amigo suyo y que podía tener completa confianza en su higiene y buena salud, accedí a sus deseos. Podría ser él el causante de esto. —Señaló su tripa, que todavía no daba muestras de lo que había dentro de ella—. Pero es que luego, más adelante, pasó lo mismo con otro señor. Y con otro. Así que supongo que nunca podré saber quién es el verdadero padre. En realidad, creo que no me importa.

Sonrió débilmente y casi me caigo de la silla entonces, al corroborar la veracidad de los hechos. Todo eso estaba pasando de verdad y, encima, a una de mis mejores amigas. Las preguntas se agolparon en mi cerebro. Sabía cómo se formaban los hijos, no era una estúpida, como había querido insinuar la arrogante de Jennifer; sabía que, con la llegada de una nueva criatura, llegaban muchos cambios, responsabilidades y ataduras que, no estaba segura, Anya pudiese cumplir. De tantas dudas que se formaban en mi mente, solo una formularon mis labios:

—¿Vas a tenerlo?

Anya rehuyó mi mirada, de repente avergonzada y vulnerable. Después, levantó su cabeza, con una inesperada muestra de orgullo en su mirada, y me miró directamente.

—Sí. Voy a ser madre. Y nada ni nadie podrá impedírmelo. A partir de ahora, este bebé que llevo en mi vientre es parte de mí, y lo protegeré contra viento y marea, contra cualquiera que se atreva a interponerse en nuestro camino.

No me atreví a rechistar, no fui capaz de alegar razón alguna para impedirle tomar esa decisión, no pude exponer mis motivos, por los cuales lo más correcto sería que tomara cartas en el asunto, con una decisión dolorosa pero sensata, al fin y al cabo. Me limité a permanecer en silencio, inmóvil como una estatua, desorientada entre risitas ahogadas y comentarios alegres,

todos girando en torno a Anya y su nuevo bebé. Fue en ese justo momento cuando constaté que nuestra vida había cambiado. Habíamos dejado de ser, definitivamente, unas niñas ilusas y soñadoras para convertirnos en unas personas adultas con cuerpo de crías, pero con alma de guerreras. Y, en ese instante, comenzaba una batalla para la que no estaba preparada, un combate para el que no había preparado las armas.

Aquella noche, me costó mucho más que de costumbre cumplir con mis actividades rutinarias. Los ratos que pasé en la habitación (bien fuera en la cama, en el servicio, o contra la pared, dependiendo de los gustos personales del hombre que tocara) se me antojaron larguísimos, completamente interminables e insoportables. En los ratos que podía, entre hombre y hombre, me esmeraba en asearme con toda la rapidez posible y salía corriendo por los pasillos en busca de Anya. Entre cuerpos enfundados en vestidos llamativos y charlas, bajitas pero animadas, buscaba con desesperación la cara de mi amiga. Necesitaba hablar con ella, pedirle explicaciones, aun a sabiendas de que no había muchas más de las que ya nos había dado. Logré coincidir con ella más de una vez, mas me fue imposible llamar su atención. Repentinamente cohibida ante mi presencia, se apresuraba a escabullirse, rehuyendo mi mirada y también el interrogatorio que, intuía, se le avecinaba. Se excusaba diciendo que la estaban esperando en su dormitorio, pero yo sabía que era mentira. Sus ojos eran demasiado bondadosos para mentir, demasiado cobardes para esconder sus sentimientos.

Tuve que esperar hasta bien entrada la madrugada, cuando no quedaban por la casa más que un grupo reducido de muchachas, todas cansadas y deseosas de retirarse ya. En cuanto mi último servicio hubo terminado, me escabullí con prisa hasta mi habitación, notando que esa noche el camino se me hacía más largo. Cuando por fin llegué, cerré la puerta, con cuidado de no despertar a las niñas, y dirigí mi mirada hacia la cama de Anya. Desilusionada, comprobé que se encontraba vacía, rigurosamente hecha con su bonito edredón floreado. Leslie sí que se encontraba ya; con una rápida mirada, observé que ya estaba dormida. Ya resignada, me dispuse a meterme en la mía, convencida de que tendría que posponer la conversación que teníamos pendiente para el siguiente día.

Para mi sorpresa y alegría, la puerta del baño se abrió y, por ella, asomaron los ojos verdes de Anya. Me detuve unos segundos en ellos, había estado llorando, a juzgar por el círculo enrojecido que los rodeaba y el brillo inusual que desprendían. Disimuló ese hecho, esbozando una improvisada sonrisa en sus finos labios.

Esperé a que se acercara. Mientras, no cesé de analizar sus facciones ni un solo momento. Cuando se puso frente a mí, un tanto incómoda pero preparada para todo, rompí el silencio y dejé salir, de golpe, todo lo que había estado atormentándome durante gran parte de la noche.

—¿Cómo has podido? —le reproché, inconscientemente—. ¿Cómo has permitido eso? ¿Cómo has podido hacerme esto a mí, que siempre he confiado en ti y he estado contigo?

Mi voz echaba chispas de la rabia, así como lo hacían mis ojos oscuros, ensombrecidos por la terrible angustia que me embargaba. Luchaba obstinadamente por contener las lágrimas. Desagradablemente para mí, me invadía de nuevo una profunda sensación de desamparo. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, y la odié por ello.

—¡No te he hecho nada, Yurani! Tú no tienes nada que ver con esto. Y soy yo la que no puedo creer que te dirijas a mí de esta forma. Yo siempre te he respetado, independientemente de tus errores o tus cambios de humor.

Meneé la cabeza con rabia, cegada por los pensamientos que nublaban mi mente.

—No lo entiendes. ¡No entiendes nada! Sabes tan bien como yo que un niño lo cambia todo. ¡Todo! Lo has vivido con Celia, asumiendo el papel de madre desde hace muchos años. Pero un hijo es diferente, amiga. Un hijo puede darte todo... o puede quitártelo todo. ¡Abre los ojos, por Dios! ¡No estamos en la maldita calle, en una maldita casa normal! ¡Estamos aquí, encerradas como criminales, obligadas a dejar perder nuestros cuerpos y nuestras almas, día a día, noche tras noche! ¿Es eso lo que quieres para tu futuro hijo? ¿Crees que podrá con ello? ¡¿Cuánto tiempo piensas que podrán aguantar así Celia y Kimberly?! ¡¿Cuánto?!

Hice una pausa para recobrar el aliento. Las palabras salían solas de mí, sinceras y envenenadas al mismo tiempo. De tan furiosa como estaba, tardé tiempo en darme cuenta de la actitud de Anya. Se encontraba callada, sin dejar de mirarme, con una expresión de clara amargura en su mirada.

—Estás siendo injusta conmigo —murmuró—. No ha sido algo buscado, ni planeado. Simplemente, ha sucedido así. ¡Podía haberte pasado a ti, o a cualquiera de las otras! Pero no, yo he sido la elegida para esto y, si ha sido así, quiero creer que es por algo. El cielo, o quien sea que esté ahí arriba, ha puesto a este niño en mi camino. Y ni tú, ni yo, tenemos derecho a decidir lo contrario.

Guardó silencio unos segundos, conmovida con sus propios sentimientos.

A continuación, limpiándose con la tela de su vestido las lágrimas que ya resbalaban, lentamente, por sus mejillas, continuó:

—Siempre he parecido una chica alegre, ¿verdad? Tú lo sabes, nadie es más optimista que yo. Siempre me esmero en cuidar a las demás y en tratar de mitigar los miedos de las niñas, sobre todo de las nuevas. Pero, en realidad, todo eso no es más que una fachada, una máscara que me puse desde el mismo momento en que cogí en mis brazos a Celia para llevármela conmigo. Toda mi vida he sido una don nadie, una cría sin rumbo ni sentido. Hasta ahora, me he sentido incompleta, presa de un vacío que no he podido llenar, ni con todo el cariño que las peques y vosotras dos me dais... —Desvió levemente su mirada hacia la cama de Leslie, la cual seguía descansando, ajena al alboroto que estábamos formando—. Ahora, todo eso ha cambiado. Empecé a sentir los cambios en mi cuerpo hace ya un par de semanas, pero no quise alarmaros con eso, puesto que ni yo misma terminaba de creerme lo que me estaba sucediendo. Fue la misma Jénifer la que me aconsejó hacerme una prueba de embarazo, saliendo así de dudas.

Abrí los ojos asombrada. ¡Con que Jenni ya lo sabía, mucho antes que Leslie, mucho antes que yo! Mi enfado se elevó más todavía, al constatar que había confiado más en esa engreída que en sus propias amigas. Pero, de todas formas, seguí callada, escuchando.

—Cuando las dos rayas salieron en la pequeña pantalla, cuando Jénifer me informó de lo que eso significaba, puedes creerme si te digo que no sentí absolutamente nada. Podía haberme desmayado en ese mismo momento, muerta de miedo; o podía haberme puesto a dar saltitos, alegre de la gran bendición que siempre, de un modo o de otro, significa engendrar una nueva vida. No hice nada de eso. Me quedé quieta, siguiendo después los pasos de Jénifer hasta la cafetería, como un verdadero robot; con la única imagen en mi mente de Celia. Su inocente cara se elevaba sobre todo lo demás. ¿Qué pensaría? ¿Se lo tomaría mal? ¿Podría querer a ese bebé como a ella algún día? Entonces, de golpe, lo comprendí todo. No hay aún pruebas de su presencia, ni patadas que me demuestren que está aquí, conmigo. Pero es algo tan, pero tan grande, que sencillamente no puedo explicarte con palabras. Es algo mío, Yurani, algo que depende de mí desde el primer minuto, el primer segundo, de su vida. Porque ya está vivo... Y lo hace gracias a mí. ¿No es eso bonito?

Tragué saliva, realmente conmocionada con el llanto y los sentimientos de Anya, los cuales me estaba regalando abriendo su alma, sin pudores ni

recelos. Me quedé mirándola, recorrí su rostro y también su cuerpo con mi mirada investigadora. Intenté ver en ella algún atisbo de una nueva vida, un leve indicio del cambio al que se exponía su, ya rellena, tripa. No encontré nada, más allá de una piel hermosa, la cual se volvería todavía más bella cuando empezaran a notarse las señales de ese ser inocente, al que ya estaba empezando a querer yo misma.

Volví a posar mis ojos en los de ella. Las lágrimas se deslizaban ahora más despacio, casi deteniéndose por completo, al comprobar mi actitud más serena y sosegada. Su rostro, sonrojado, adquiría un color que no había podido ver antes, ciega como estaba por mi propio pánico. Lucía realmente guapa, a pesar de las marcadas ojeras que tenía, prueba clara de las malas noches que había pasado desde que se enteró de su estado. Aun así, vi en ella a una mujer verdaderamente madura y me admiró el orgullo con el que defendía lo suyo, con los ojos empañados pero la barbilla en alto, como una verdadera mujer coraje. Como tantas veces ella me había llamado a mí. Me dedicó una expresión amistosa, un gesto silencioso de comprensión; Anya sonreía hasta cuando lloraba.

Por todo eso, por su comportamiento sincero y comprensivo, no pude más que rendirme ante sus motivos y relajar mi alma. Con la voz temblorosa, confesé:

—Estoy asustada. Perdóname por hablarte así, en verdad lo siento. Lo que pasa es que me aterra tanto la idea de que te pase algo... No quiero perderte, Anya. No quiero que te vayas de mi vida.

El nudo que sentía en mi garganta se iba haciendo más grande a medida que hablaba; y tuve que hacer esfuerzos enormes para deshacerlo, impidiéndole sacar lo que tenía dentro, guardado bajo llave.

Anya abrió sus brazos y me los ofreció. No dudé ni un segundo en lanzarme a ellos. Me escondí entre su cuerpo y apoyé mi cabeza sobre su pecho, con una necesidad imperiosa de sentirme protegida, aun cuando era ella la que necesitaba esa protección.

—Déjame decirte algo, amiga. Pero no se lo cuentes a nadie —susurró, en mi oído—. Yo también tengo miedo.



Tras el principal revuelo que causó la noticia «bomba» que nos dio Anya, volvió la calma. Su nuevo estado iba transcurriendo con relativa normalidad, con toda la normalidad que cabe en semejantes circunstancias. Mi sentido de la responsabilidad, aquel que se empeñaba en volverme precavida y apática, no me permitía terminar de aceptar aquella nueva situación. No estaba de acuerdo con la decisión que había tomado ella, no de aquella manera, pues de todos era sabido que ninguna nueva vida podía ser recibida en aquella casa. Pero, ante todo, era mi amiga. Más que eso, era mi hermana. Y por esa misma razón acepté y respeté su parecer. Tuve tiempo de arrepentirme de aquel comportamiento. No ha pasado un día, hasta hoy, en el que no me maldiga a mí misma por no haberla persuadido, por no haber luchado, a como diera lugar, por hacerla entrar en razón.

Lamentablemente, y sin poder hacer nada ya por remediarlo, no lo hice. No actué en su momento y las cosas siguieron su curso. El bebé, tan querido y esperado por mi amiga, siguió formándose dentro de ella y, aunque todavía sus signos no eran visibles, todas comenzamos a verla de distinto modo. Ya no era como las demás, ya no era una chiquilla. Por el mero hecho de ser madre, Anya se había convertido, a ojos de todas, en un ejemplo de madurez y admiración. Las muchachas habían encontrado en ella una nueva ilusión, un rayo de luz al que agarrarse en sus más marcados momentos de aburrimiento y de soledad.

Pasábamos las tardes entre charlas, bien fuera en las horas de las comidas o en la cafetería, durante nuestros ratos libres. Anya recibía, por todas partes, numerosos halagos y cumplidos por su preciada valentía; también estaba expuesta a continuas preguntas, todas queriendo saber más, más de lo que ella misma sabía. Siempre atendía a esas curiosidades con amabilidad, tratando con la dulzura que la caracterizaba a todo el que quisiera hablar con ella sobre el asunto.

En la soledad, en cambio, era muy distinta. Durante los ratos que compartíamos juntas, a solas en nuestro dormitorio, con la única compañía de nuestras hermanas, las cuales todavía no sabían nada, y de Leslie, que se dedicaba a mantenerse al margen, limitándose a escuchar y sin dar ninguna

clase de opinión al respecto; en esos momentos, Anya se mostraba de verdad, tal cual era, y me confesaba sus temores y su incertidumbre, su miedo de no saber ser una buena madre, su inevitable terror al evocar el recuerdo de la suya propia, y la angustia que le causaba el acabar siendo como esa mujer. Entonces yo, con una determinación que, en realidad, no sentía, la consolaba y le daba ánimos lo mejor que podía, haciendo acopio de toda mi simpatía y mi sentido fraternal, tratando de infundirle un poco de calma, aun a pesar de sentir yo el mismo miedo que ella.

Una de esas tardes, una de tantas, una exactamente igual que las demás, nos hallábamos en la sala de ocio, pasando las horas muertas, hasta que llegara nuestra hora de trabajo, la desagradable noche, la que nos esperaba cada día, para demostrarnos quiénes éramos y de dónde veníamos. La televisión estaba encendida, dando en esos momentos una de esas novelas que tanto gustaban a la mayoría, pero ninguna le prestábamos demasiada atención. Sentadas en el suelo, formábamos un corro compenetrado, todas alrededor de nuestra buena compañera Anya. Las preguntas llovían por todos lados, algunas chicas la interrogaban sobre sus deseos próximos, su futura vida con su nuevo bebé; otras, daban ideas y opciones, intentando cada una demostrar su sabiduría en el tema relacionado a los hijos, sugerían recomendaciones sobre su cuidado, consejos durante el embarazo. Una sabiduría falsa, en realidad, puesto que ninguna de las allí presentes teníamos la más remota idea de lo que la maternidad significaba.

De repente, entre risas y comentarios animados, una voz tuvo que enturbiar el momento. Obviamente, se trataba ni más ni menos que de Jénifer.

—No nos has contado todo, Anya. Hay algo que estás omitiendo y no me parece bien que, como amigas que somos, nos escondas información.

Anya, sentada en medio de las demás, meneó su coleta rubia de lado a lado, encogiendo sus hombros con fingida indiferencia.

—No sé a qué te refieres, Jenni. No hay nada que tenga que contaros, aparte de lo que ya sabéis. —Acarició su tripa con una ternura indescriptible y nos dedicó una sonrisa sincera, desviando su mirada por todas nosotras—. Estoy esperando un bebé, un bebé que será muy feliz, con tantas tías para mimarlo y cuidarlo. No podrá ser más afortunado, lo es desde que decidió formarse dentro de mí. Y yo también lo soy, por tener tantas manos amigas en las que apoyarme.

Su mirada trasparente se clavaba en nuestros rostros, agradeciendo de verdad la comprensión que había recibido por parte de todas, menos de

Jennifer.

Ella, no contenta con su acusación innecesaria, arremetió de nuevo:

—Ese es el problema. Que quizá no llegue ni a conocer este mundo. Puede que no vea a ninguna de sus «tías» —remarcó, con clara ironía—. Así que, lo que yo opino, es que es mejor que no nos hagamos ilusiones. Las cosas cambian mucho y pueden torcerse en cuestión de segundos...

Me incorporé deprisa, quedando de rodillas y clavando mi mirada en la de Jennifer. Ella se percató y mantuvo su cabeza firme, sin acobardarse ni apartar la mirada. Mis ojos lanzaban chispas de rabia, los suyos permanecían imperturbables, con una calma exagerada que me exasperaba todavía más.

—Cierra la boca, Jennifer —ordené—. ¡No estás diciendo más que tonterías! En realidad, suena a amenaza. ¿Acaso es eso? ¿Quizá tienes envidia y, por eso mismo, tienes pensado hacerle daño?

Jennifer, con su habitual arrogancia, me sonrió burlona, convencida de su sabiduría.

—Haz el favor de callarte, niña. No hables, si no sabes de lo que hablas. ¿Yo, envidia? ¿De qué se supone que tendría que tener envidia? En poco tiempo, en cuestión de unos meses, tu querida Anya se convertirá en una foca, en un conjunto de grasa, mucho más grande de lo que ya es... Después, tendrá que sufrir unos dolores horribles, por lo que tengo entendido, no es nada agradable sacar del cuerpo a un crío... Y, para colmo, dedicar su vida, la que le queda, a cuidarlo. Todo eso, mientras sigue trabajando en esta casa, sin poder abstenerse de acostarse con todo lo que se mueve. ¿De eso tengo que tener envidia?

Eché su melena hacia atrás y soltó una carcajada, una risita sarcástica, cargada de maldad y de malas intenciones. No pude contenerme; en un acto impulsivo, me lancé hacia ella, con la mano en alto, dispuesta a detener sus malos presagios, aunque fuera a golpes. Una mano me lo impidió. Leslie, sentada a mi lado, me agarró con firmeza del brazo y me impidió cumplir mis deseos. La miré... Después, hice lo mismo con Anya. Ella, sin moverse de su sitio, se hallaba ahora con la cabeza agachada, avergonzada de repente y sin razón alguna. Suspiré hondo y me obligué a mí misma a controlarme. No quería ser la causante de una nueva pelea; sobre todo, no quería darle a mi amiga más disgustos de los que ya tenía.

Jennifer, sin dar su brazo a torcer, seguía sonriendo. En un momento dado, sacó su lengua y saboreó sus propios labios, cual serpiente venenosa.

—Veo que tampoco a tu íntima amiga le has contado todo —adivinó, esta

vez dirigiéndose directamente a Anya—. Muy mal, ¿eh? Pensaba que con las amigas había que ser sincera.

—¡Cállate ya! —exclamó Anya de pronto, con una voz tan alta que nos sobresaltó a todas—. Para empezar... ¡Tú no eres mi amiga! Ni lo serás nunca, con esa maldad asquerosa que guardas dentro de ti. Es cierto lo que ha dicho Yurani, te carcome la envidia. Tal vez no de mi situación actual, ni de la que me espera, pero si algo hay cierto es que te gustaría ser como yo, tener alguien a quien querer... ¡Alguien que te quiera! Porque todas aquí sabemos que estás sola en la vida, no hay nadie que vele por ti. ¿O te piensas que Andrés, *tu adorado* Andrés, se la jugaría por ti, en caso de ser necesario? No eres para él más que su maldito instrumento, una pieza a la cual usar y mover a su antojo, para después romperla y tirarla cuando ya no le sirva. ¡Eso eres, una vulgar ramera con aires de señorita! Pero te abres de piernas como todas las demás y lo peor es que tú no lo haces por obligación, ni siquiera por dinero. Lo haces solo para complacer tu propio ego.

De repente, un silencio cortante se apoderó de la sala. De fondo, solo se oía el sonido de la televisión. Las demás, una por una, nos habíamos quedado con la boca abierta, realmente sorprendidas por la reacción inesperada de Anya, la cual nunca se salía de sus casillas, ni llegaba a enfadarse del todo con nadie. Ninguna se atrevió a decir ni una palabra, a romper ese hilo invisible, ese hilo que estaba a punto de desgarrarse.

Por unos instantes, hasta la altiva Jénifer se quedó bloqueada. Miraba a su contrincante con expresión aturdida, incrédula por su atrevimiento. Pero, como era de esperar, recobró rápido la compostura y abrió sus carnosos labios, dispuesta a contraatacar:

—Todo eso que has dicho suena muy bonito, razonable. Aunque, tal vez, no te hayas parado a pensar que, quizá, no tengo a nadie cercano porque no quiero tenerlo. Me bastaría chasquear los dedos —hizo el sonido, para dejarlo claro—, para tener al hombre que quisiera a mi lado, besando el suelo por donde yo piso. De haberlo querido, ya hubiera salido de aquí hace mucho tiempo, Andrés me aprecia más de lo que tú te piensas. En cambio, me gusta vivir así, y esa es la gran diferencia que me separa de vosotras. De todas formas, no tengo ganas de contar mi vida. Prefiero hablar de ti, querida, es más... entretenido.

Hizo una pausa, para crear más tensión al momento. Estiró su delgada mano hacia su cabello negro y lo echó para atrás, acariciándolo con suavidad. Después, continuó:

—Te escuché hablar con Andrés y con los demás hombres. Antes, en su oficina. Yo estaba en el baño y fue inevitable que me enterase de todo. —Guiñó un ojo, nuevamente burlona—. Si no entendí mal, estas fueron exactamente sus palabras: «He decidido dejarte tener eso que llevas dentro. Pero, hay una condición, tiene que ser una hembra. Como sé que eso no está en tus manos, dejaré pasar el tiempo, hasta el momento en el que nuestro médico particular pueda averiguar con claridad el sexo de ese niño. Si es una niña, estarás de suerte. Te permitiré seguir aquí, bajo este techo, con Celia y con tu hija. Eso sí, claro está, que tendrás que trabajar más, para pagarme todos los gastos que conlleva manteneros. De todas formas, las niñas siempre son bien recibidas. No trabajamos con ellas, de momento, pues llamaríamos demasiado la atención y podríamos exponernos a una investigación policial. No necesitamos más problemas; pero, en un futuro, esas chiquillas nos servirán de mucha ayuda. Estoy convencido de que sacaremos grandes beneficios de ellas, en apenas un par de años».

Mi cuerpo se tensó al escuchar esas palabras. Jénifer imitaba, con una perfección asombrosa, la autoritaria voz de Andrés. Comprendía lo que quería decir, sabía que quería infundirnos miedo. Y lo estaba consiguiendo. No pude evitar evocar la imagen de Celia, también de Kimberly, en un futuro no muy lejano. Nunca me había detenido a pensar en ello, tratando de alargar lo inevitable, temerosa de que el simple hecho de imaginarlo pudiera volverlo realidad. Pero era consciente de que ese momento llegaría, más pronto que tarde; las niñas crecerían, mental y físicamente. Y, entonces, yo no podría hacer nada por ellas. Su destino estaba marcado, desde el mismo momento que pisaron esa casa. Las vi, de pronto, metidas en nuestros propios cuerpos, vestidas con nuestras ropas, acostadas en una cama demasiado grande para ellas, acompañadas de unas figuras masculinas... que harían con ellas lo que les viniese en gana. El terror se apoderó de mí y todavía más lo hizo cuando Jénifer siguió su retahíla de palabras, disfrutando como una enana con el daño que estaba causando intencionadamente.

—«En cambio, si lo que esperas es un niño, habrá que poner cartas en el asunto. No podemos permitirnos un estorbo más; lo que no sirve... estorba. Por lo tanto, en caso de ser varón, nos desharemos rápidamente de él. Tengo conocidos, doctores que me deben favores, que no pondrán impedimento alguno en interrumpir el embarazo, aunque el mismo ya se encuentre demasiado avanzado. Así que, no te digo más, solo que reces cada noche, por tu propia suerte y la del hijo que esperas».

Terminó su actuación, feliz, mirándonos directamente, tanto a Anya como a mí. Por unos segundos, reinó el silencio. Un silencio incómodo, un silencio que callaba lo que las palabras no podían decir. Entonces, Anya levantó la cabeza. Parecía triste y asustada. La angustia oscurecía sus ojos claros y sus labios temblaban levemente. Aun así, consiguió esbozar una sonrisa y, con toda la certeza de la que fue capaz, nos dijo:

—Será una niña. Y se llamará Azahara.

Suspiré hondo. Los pensamientos huían de mí frenéticamente, tratando de echar a las dudas oscuras que invadían mi mente. Se llamaría Azahara, mi futura sobrina, el fruto del valor de mi amiga; el bebé, al cual quería desde ya, por el simple hecho de ser parte de Anya. Sería una niña, estaba segura. Tenía que serlo.

Una de las chicas, una muchachita delgada y bajita llamada Ilania, se atrevió entonces a participar con ingenua curiosidad:

—Es un nombre muy bonito. Pero, y si fuera un niño, ¿cómo lo llamarías?

Observé a Anya con atención. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Vi el miedo brillar en sus ojos. Pero, haciendo acopio de toda su entereza, respondió con amabilidad:

—Será una niña. Y se llamará Azahara. De eso no tengo la menor duda.

Nadie mencionó nada más al respecto. Ni siquiera Jénifer volvió a intervenir. Con una mueca perversa, convencida de su victoria, dio por terminada la discusión. Después de eso, ninguna tenía demasiadas ganas de continuar charlando, tampoco de ver las telenovelas. Además, las horas habían pasado y había llegado el momento de marcharnos. A pesar de su estado, Anya siguió en la obligación de cumplir con sus responsabilidades diarias. Su reciente embarazo no la libró de la sesión nocturna de besos, caricias y actos no deseados.

Apreté los puños mientras caminábamos por los pasillos, una al lado de la otra, con Leslie pisándonos los talones. En silencio, sumidas cada una en nuestros propios pensamientos, nos despedimos en el punto que separaba nuestras habitaciones.

Al terminar la noche, volvimos a encontrarnos en nuestra habitación. No mencionamos nada que tuviera que ver con el incidente causado por Jénifer. Preferimos hacer como si no hubiera pasado nada, simulando sentir una alegría irrompible por la futura vida, que vendría a salvarnos a todas de un desasosiego extremo. Y que sería un verdadero regalo para nuestras pequeñas hermanas. Un muñeco de verdad con el cual jugar y al que cuidar con todo su

cariño.

Tras charlar un poco, no demasiado a causa del cansancio que nos embargaba a todas, nos acostamos, cada una en su correspondiente cama. Me quedé así, con Kimberly a mi lado, tumbada con la mirada fija en el techo, durante mucho tiempo. Las ideas revoloteaban en mi cabeza y me impedían conciliar el sueño. Recé por Anya, recé mucho, como no había rezado nunca. Me convencí a mí misma de que todo saldría bien, de que el destino no podía ser tan cruel, tan despiadado, y no podía cebarse tanto con nosotras. Guardé todos mis temores y mis dudas en mi interior, cerradas bajo llave, para no asustar más a Leslie, ni a Anya. Para no reavivar más el fuego que estaba a punto de expandirse por todas nosotras.

De todas formas, a pesar de mi precaución, Anya no pudo esconder su repentina tristeza. Actuó con normalidad, mostrándonos una tranquilidad y una actitud como siempre positiva, para no alarmarnos. pero no pudo engañarme. En la oscuridad de la noche, separadas tan solo por unos centímetros de distancia, percibí su desolación. Desde la cama de encima de la mía, me llegaba su respiración agitada, sus sollozos silenciosos, ahogados para no ser escuchados. No me levanté para consolarla. La apoyé desde mi interior, desde lo más profundo de mi ser, quise transmitirle mi comprensión, mi cariño sincero; pero no pude moverme, ni siquiera formulé una sola palabra de ánimo. Me hice la dormida, dejándola así desahogarse en solitario, en una intimidad que, tal vez, necesitaba. Aquella noche, Anya lloró hasta quedarse dormida.

## ALGO BONITO ENTRE TANTA OSCURIDAD

Entre artes amatorias y visitas de clientes, a veces conocidos y, a veces, no, fueron pasando los días, cada uno réplica del anterior. Así, sin darnos apenas cuenta, pasó un mes más. Ya casi dejábamos atrás la temporada de frío; aunque, en realidad, poco o nada nos importaba. Con frío o con calor, nuestra rutina no variaba; daba igual la estación del año en la que nos encontrásemos, seguíamos estando obligadas a ofrecer nuestros servicios a todos los hombres que frecuentaban la casa.

A menudo, dichos hombres nos conocían por los mismos pasillos de esa casa, iluminados todos con mil lucecitas cuando llegaba la noche. Podían pasearse, a sus anchas, estudiando la mercancía, para después elegir producto a su gusto y preferencia. En otras ocasiones, Jénifer nos hacía llamar, una por una, a las muchachas que ella consideraba apropiadas para el demandante en cuestión; entonces, desfilábamos individualmente delante del susodicho y hacíamos gala de toda nuestra belleza, de los atributos físicos que Dios nos había dado, volviéndonos interesantes a cada una por nuestras características especiales. Normalmente, el cliente elegía rápido, sin pensarlo demasiado, con solo echar una mirada a nuestros cuerpos. En nuestros rostros... apenas se fijaban. Si lo hubieran hecho, si alguno de ellos se hubiera parado a analizar con más atención nuestro gesto, resignado y derrotado, carente de sensualidad, tal vez entonces hubieran desistido de sus planes para con nosotras. Pero eso no sucedía nunca. Tras ser nombradas, nos dirigíamos a nuestra habitación y esperábamos hasta que Jénifer ya tuviera el dinero, dinero que, en realidad, debería ser nuestro. Solo entonces, la puerta se abría y comenzaba nuestra faena. A veces corta, a veces larga, a veces medio agradable y a veces verdaderamente insoportable. En ocasiones, el acto se extendía demasiado, dejándome sudorosa y agotada; otras, duraba menos de cinco minutos. Sin embargo, poco me importaba el tiempo que transcurriera con cada cliente, pues después llegaría otro. Y otro, y otro más.

En alguna ocasión, y aunque no con demasiada frecuencia, nos hacían acudir al bar central del negocio. Este se encontraba dentro del edificio; era grande y oscuro, aun con los numerosos focos que lo iluminaban. La barra que tenía a un lado era inmensa, mucho más amplia que la de nuestra sencilla



cafetería. Allí trabajaban, incansables, un par de chicas jóvenes atendiendo y sirviendo toda clase de licores, a veces mezclados y otras veces puros. Todos destinados a embriagar lo suficiente a cualquiera de los hombres que acudían allí para entonarse un poco, y reunir el valor que muchos de ellos no tenían. A algunos se les veía en la cara el remordimiento, la vergüenza propia por lo que estaban a punto de cometer. Muchos eran casados, lo supe por sus anillos de oro; otros, simplemente, eran conscientes de que se hallaban rodeados de mujeres muy jóvenes, casi unas niñas. Pero, ni su estado civil ni su sentido de culpabilidad les impedían perseguir sus objetivos, nada los hacía echarse para atrás al decantarse por una figura femenina, para después someterla a su antojo y voluntad.

Me acostumbré a esas personas, con su egoísmo y su carencia de sensibilidad; aprendí a tratarlos con la misma frialdad que ellos me trataban a mí. Me paseaba por aquel bar con la misma tranquilidad y seguridad de quien se conoce el terreno, exactamente como antes había visto hacer a Anya. Ahora, que ya llevaba más de dos años en aquel sitio, era yo la que me dedicaba a consolar a las recién llegadas, las cuales aparecían con frecuencia. Siempre jóvenes, siempre vulnerables, siempre asustadas por el tortuoso camino que las esperaba. Debo reconocer que nunca se me dieron bien esos consuelos, había perdido ya casi todo mi sentido de empatía hacia los demás, encerrándome cada vez más en mí misma. Así que, a menudo, dejaba esas tareas para Anya. Ella siempre fue un trozo de pan, un alma caritativa, bondadosa, dispuesta a ofrecer su corazón y sus brazos a quien los necesitara. Tenía el cielo ganado; lo supe siempre y lo sé ahora.

Pensando en todo eso, divagando entre mis recuerdos y mi presente, caminaba aquella noche por los recovecos del bar. Trataba de pasar desapercibida, aislándome del bullicio en los rincones más oscuros y escondidos que podía encontrar. Aun sabiendo que era inútil, pues los superiores, los que mandaban sobre mí, no tardarían en encontrarme. Normalmente, me paseaba por la estancia con confianza absoluta, lejos ya de sentirme cohibida por las luces cegadoras, los hombres borrachos y las muchachas, casi desnudas, que hacían exactamente lo mismo que yo. Casi con arrogancia, confiando en mi singular belleza, me dejaba ver, luciendo mis encantos con poses sensuales y mirada altiva; convirtiéndome en presa fácil para los hambrientos cazadores. Recordaba continuamente las palabras de Andrés, en aquella conversación mantenida que cambió gran parte de mi manera de ver las cosas. Su voz grave se hacía eco sobre todo lo demás,

ganaba al miedo y también al asco que me ocasionaba mi propio comportamiento. Ganaba incluso a la dignidad. Él me había dicho, me había prometido, que si continuaba haciéndole ganar tanto dinero, sería libre en menos de lo que pensaba. «Muy pronto», había dicho. Y esas palabras habían quedado grabadas en mi mente a fuego. *Libertad...* Era esa una palabra tan simple, pero tan grande, que se escapaba a mi razonamiento, era difícil de alcanzar hasta para mi imaginación. Por conseguirla, haría lo que fuera; aunque eso significara pisar mis propios principios. Total, ya me había humillado en incontables ocasiones. ¿Qué importaba hacerlo un poco más? Por esa razón, y guiada por un único propósito, cambié radicalmente. Si antes ya me estaba convirtiendo en una mujer fría, carente de sentimientos, ahora ya me había vuelto de hierro. Solamente existían unas cuantas personitas en mi vida, para las cuales guardaba todavía un lugar en mi corazón, en lo que quedaba de él. Y, a veces, hasta demostrarles mi cariño a ellas me resultaba todo un esfuerzo.

Una voz interior, muy dentro de mí, me repetía incansable que no debía fiarme de las palabras de Andrés, que no tenía que creer en sus promesas. Eran promesas lanzadas al aire, sobornos con los que mantenerme sometida, modelada a su manera. Sin embargo, otra voz, la que anhelaba con desesperación creer en un futuro mejor, me instaba a seguir sus consejos, a obedecer sus indicaciones para conseguir mi objetivo. Por ello, dejé de esconder la mirada entre mi pelo cuando los hombres me degustaban con sus ojos; dejé de apartar sus frías manos cuando las posaban sobre mi frágil cuerpo. Dejé de cerrar los ojos cuando invadían mi ser, como si de una muñeca sin alma ni sentimientos se tratase. Dejé de lamentarme por mi suerte y, erradicando mi comportamiento asustadizo, me volví astuta, seductora y arrogante, explotando al máximo los encantos que me habían sido otorgados.

Como bien había dicho Andrés, mi belleza física no pasaba desapercibida. Los ojos se clavaban en mí, los sentía incluso cuando les daba la espalda, contoneando mis caderas con paso sexy y decidido. Los clientes se peleaban por mí, deseosos cada uno de llevarme a su terreno. Y yo... sencillamente, me limitaba a disfrutar de ello. Mi objetivo era solo uno: atraer a mi cama el máximo número de hombres posible, el máximo número de billetes ganados. Pero, todo hay que decirlo, llegué a enorgullecerme de ello. Me hacía sentir deseada, importante, mucho más de lo que lo había sido nunca. Fue el primer paso de mi transformación, aun sin saberlo todavía. El primer paso de mi perdición interior, de mi fracaso como persona y como mujer.

Hubo algo o, mejor dicho, alguien, que estuvo a punto de cambiar todo eso. Con solo un encuentro visual me vi en peligro, a punto de derrumbar lo que con tanto trabajo había construido. Y llegó a mí aquella noche, justo la noche en la que trataba de esconderme de las miradas ajenas; sintiéndome, sin razón aparente, terriblemente vulnerable, expuesta a los sentimientos humanos, a los que había jurado no volver a dejar entrar nunca.

Lo vi entre todos los demás. Desde el rincón, donde me mantenía a salvo, apoyada contra la pared, degustando despacio mi cubata de whisky, ya aguado, mis ojos se encontraron con los suyos. Fue una casualidad, una casualidad realmente hermosa, que nuestras miradas se cruzasen en un fugaz momento. Mezclado entre el gentío, acompañado de unos cuantos hombres más, también de un par de muchachas que revoloteaban a su alrededor cual leones al acecho; se encontraba sentado en un taburete, bebiendo también un cubata, quién sabe de qué. Desviaba la vista hacia los lados, aparentemente desorientado, incómodo tal vez en un mundo que no era el suyo. Hasta que me vio. Entonces, todo cambió. El tiempo se paralizó entre nosotros y, a nuestro alrededor, dejaron de oírse la música y las voces altas, tratando de hacerse escuchar por encima de lo demás.

No sé si fueron sus ojos, dulces y de color avellana, o tal vez su rostro, varonil y tierno al mismo tiempo, los que causaron ese impacto en mí. Solo sé que, desde aquel mismo segundo, algo se despertó en mí. Un resquicio de la muralla que tenía formada sobre mi corazón se quebró, rompiéndose inevitablemente. No tuve tiempo para dejar paso a la razón, no pude escuchar a mi conciencia, la cual me diría seguramente, a voz en grito, que no podía dejarme engatusar de nuevo por una simple cara bonita. No otra vez. Ya había pagado las consecuencias por ello. Simplemente, me dejé llevar por esos sentimientos repentinos y me deleité con su presencia, contemplándolo absorta desde el punto donde me encontraba. Él, por su parte, hizo lo propio. Su mirada no se apartaba de la mía; desde la distancia que nos separaba, buscaba en mí lo que no podía ver, me analizaba lo más que la leve iluminación le permitía.

Parecía tímido, muy diferente a los demás hombres que frecuentaban esa casa. Había algo en él que lo diferenciaba de todos y no pude evitar preguntarme qué diantres estaría haciendo un muchacho como él, tan joven y bello, con sus pies metidos en esa jaula. Sin poder apartar la vista, observé cómo era acorralado por Melania y también alguna chica más. Incluso la engreída Jénifer se hallaba a su lado, usando al máximo sus artes seductoras

y casi acosando al muchacho con su acercamiento físico, incitándole a lo prohibido. Pero él hizo caso omiso a sus ofrecimientos, él solo tenía ojos para mí. Llegué a pensar que estaba delirando, estaba siendo víctima de una imaginación desbordante, al creer que se había fijado realmente en mí. Entonces, su sonrisa me demostró que no había estado equivocada.

Sentado aún en su silla, apartando con la mano a las que se le acercaban acechantes, me sonrió débilmente. Y sentí un escalofrío que recorrió cada parte de mi piel, electrizando mi vello y mi alma por completo. ¡Dios! Era tan guapo... ¡Era sumamente guapo! Su belleza me atraía y me hipnotizaba, pero no era una belleza común, no esa clase de belleza que te seduce pero te perturba al mismo tiempo; su atractivo era singular, de un modo bonito, puro y sincero.

No correspondí a su gesto. No hice gesto alguno, ni expresé ninguna emoción con mi rostro. O, por lo menos, eso intenté. De pronto, me sentí terriblemente afligida por mi comportamiento infantil. Retiré la mirada, avergonzada, alegrándome en mi interior de que la oscuridad tapase mi rostro sonrojado. Di un paso al frente decidida y le di la espalda. Caminé en dirección opuesta a la suya, dispuesta a hacer como si nada hubiera pasado, como si ese encuentro no hubiese existido nunca. Me aparté de su vista... y de su vida, como bien sabía hacerlo. Como bien me habían enseñado.

## LA MAGIA EXISTE

Por alguna extraña razón, concentrarme esa noche en mis obligaciones laborales me costó mucho más de lo normal; más de lo debido.

En mi cama, medio aplastada por el peso de un señor cualquiera, uno demasiado gordo y feo para mi gusto, me sentí violada y deshonrada. Sentí un desprecio descomunal por ese hombre, y los que siguieron; y por mí misma, por permitirles quebrantar todos mis derechos como hacía mucho tiempo que no sentía. Y, aunque no fuera agradable para mí reconocerlo, sabía que todo ese cambio se debía a aquellos ojos. Su imagen no me abandonó ni un solo momento. Con cada embestida, con cada gemido, con cada entrada y salida a esa habitación, me acompañó, guiándome con su hermosa sonrisa y haciéndome más fácil, y más difícil a la vez, aguantar cada nuevo abuso.

Durante el tiempo que me costó volver a mi cuarto por el largo corredor, caminé a pasos lentos, casi automáticos, vagando por mis pensamientos. Me sentía terriblemente triste, privada de sentir, de querer y de amar, como había visto en cientos de novelas. Por otra parte, una angustia lacerante oprimía mi pecho; no podía dejar de pensar en lo sucedido, de preguntarme qué habría sido de aquel chico cuando abandoné aquel bar, cogida del brazo de un hombre mayor. Lo había hecho así intencionadamente, queriendo demostrarle con mi elección que su presencia no había significado nada para mí. Pero me había equivocado. Debí haber hecho caso a mis impulsos y correr a su lado, acercarme a él y plantarme enfrente, cara a cara, para después alejarme de todos... a su lado. Sin embargo, no lo hice. Y seguramente él habría terminado la noche en muy buena compañía; quizá había sido Jénifer, o Melania, o puede que incluso hubiese acabado con Leslie o Anya, quienes no sabían nada todavía del caos que se había desatado en mi interior.

Tenía que contárselo, tenía que desahogarme y dar rienda suelta a mis sentimientos, retenidos por tanto tiempo. Si no, iba a volverme loca del desespero. Cuando entré, cuidadosa como siempre de no hacer ruido, para no despertar a las pequeñas, busqué ávidamente las figuras de mis amigas, en sus camas. La de Leslie estaba vacía y cuidadosamente hecha; todavía no había llegado de su jornada. A pesar de que, seguramente, no tardaría mucho en hacerlo, pues ya era bien entrada la madrugada, no podía esperar más tiempo.

Al no ver tampoco a Anya en la litera que compartíamos, me dirigí al servicio, ansiosa, y allí la encontré. Estaba sentada en el retrete, orinando, pero, lejos de sentir pudor alguno, me planté frente a ella y cerré la puerta. La confianza era ya absoluta y ciega entre nosotras; no había paso para las vergüenzas ni los recatos. Sonrió al verme, con esa sonrisa que iluminaba mis días y que, por un breve instante de tiempo, consiguió apaciguar un poco mi corazón desbocado. Por su expresión alegre y la especie de chillido ahogado que dio cuando me vio, diría que, de no haberse encontrado ocupada con sus necesidades, se hubiera lanzado a mis brazos.

Esperé, paciente, a que terminase de asearse, acompañándola en su ducha nocturna, la cual ella siempre prefería darse en nuestro baño personal y no en los que ocupaban nuestras habitaciones de trabajo. Estaba cansada, lo vi en su rostro, más blanco que de costumbre, y en el marcado color morado que acompañaba sus ojos verdes. Lo achaqué al embarazo, el cual ya iba progresando, y no le di más importancia al asunto.

Ansiosa como estaba, no pude aguardar hasta estar acostadas. Mientras se estaba vistiendo, poniéndose su bonito pijama de rayas rosas, me lancé hacia ella y la cogí por los brazos.

—¡Tengo algo que contarte! —le dije, con tanta efusividad que sus ojos se abrieron, aun cansados, curiosos por mis palabras.

—¡Yo también!

Sonrió de nuevo y, entonces, me di cuenta de que su expresión había cambiado. Ella siempre trataba de ser amable, cordial con todo ser viviente que la rodeara; pero últimamente había perdido parte de esa alegría que la caracterizaba. El miedo por su futuro, el temor por las represalias, la había achicado, haciéndola cada vez más frágil. En cambio, ahora que la tenía frente a mí, tan cerca, volví a ver en sus ojos esa chispa de felicidad, ese brillo que me encandiló desde el primer momento en que nuestras vidas se cruzaron. Era tanto su entusiasmo, que me olvidé de golpe de lo que, tan impacientemente, había querido contarle.

—Soy toda oídos. —Abrí mis brazos, con expresión también sonriente en mi rostro, dispuesta a escucharla—. Pero, cuidado con lo que dices, ya sabes que las paredes tienen oídos por todos lados.

Mi voz suave sonó a broma, pero las dos sabíamos que era cierto. Debíamos ser precavidas, pues en ningún lugar de esa casa estábamos realmente seguras y a salvo de espías ajenos.

Sonrió aún más ampliamente si cabe. Y me miró fijamente.

—No tienes de qué preocuparte. Es algo que puede ser contado. Es más... ¡Merece ser contado! —Echó su cabecita hacia atrás levemente y dejó salir una carcajada, feliz como una niña pequeña, a punto de revelar un gran triunfo—. De hecho, yo misma se lo diré a todos en cuanto pueda. Pero, primero, quería hacerlo contigo. Quiero que tú seas la primera en saber esto, pues serás la primera en compartir mi alegría.

Asentí despacio, agradecida por su gesto y curiosa por sus palabras.

—¡Se llamará Azahara! —exclamó, casi gritando, olvidando, por momentos, que debíamos guardar silencio, dadas las horas que eran ya.

Abrí mis ojos como platos, incapaz, en un primer momento, de asimilar la información recibida. Tal vez debido al cansancio acumulado, o a la sorpresa repentina, no pude entender lo que estaba tratando de decirme mi amiga.

—Confío en que me ayudes a cuidarla. Con una tía así de guapa y fuerte a su lado, mi niña será la más afortunada del mundo...

Dejó caer su mano por encima de la tela de su pijama, y acarició con dulzura su tripa, la cual poco a poco iba dando señales de su crecimiento, pues se encontraba ya cerca de los tres meses de gestación. Entonces, bajo la mirada atenta y divertida de Anya, lo comprendí todo. Y puedo jurar que no existió entonces felicidad más grande que la mía. La alegría invadió cada parte de mi ser, borrando todo lo demás. Y dejé salir esos sentimientos desbordados en un abrazo, repentino y cálido, que le di a Anya. No supe cuánto necesitaba ese abrazo hasta que estuve en sus brazos, rodeándola con los míos y emitiendo chillidos de emoción.

—¡Es una niña! ¡Es una niña! —repetía, auto-convenciéndome de lo que había escuchado—. Anya, ¡vas a tener una niña!

Ella asintió, radiante y entusiasmada, divertida con mi comportamiento inesperado. Me abrazó, aún con más fuerza, y dio saltitos siguiendo el paso de los míos. Un sollozo la estremeció y dejó correr las lágrimas. Lo mismo me pasó a mí. Por primera vez en mucho tiempo permití a mis emociones salir de mí, con fuerza y sin retenerlos. Pero, aquella vez, nuestras lágrimas tenían un significado distinto. Eran lágrimas de alegría, eran la señal de que todo estaba saliendo bien, precisamente como habíamos esperado. Por fin, la vida nos sonreía, o empezaba a hacerlo; despacio, dándonos permiso de disfrutar, de saborear esa felicidad que nos había sido robada, arrebatada antes de tiempo.

En un momento dado, entre hipidos y lágrimas que se entremezclaban en nuestros rostros, Anya se separó ligeramente de mi cuerpo y me preguntó:

—Y tú, ¿qué querías contarme? Habías dicho que querías hablar

conmigo.

Me encogí de hombros, despreocupada. Aunque acababa de recordar mis ansias por hacerla partícipe de mis emociones encontradas, no quise estropear ese mágico momento con nimiedades absurdas, con romanticismos que no venían al caso. Porque aquel instante era mágico de verdad, estaba lleno de magia, de una magia que, afortunadamente y contra lo que habíamos pensado, sí existía. Y estaba de nuestro lado.



## SE LLAMA PABLO

Aquella noche no dormimos, tanto Anya como yo permanecemos despiertas, hasta que el mundo se levantó y dio comienzo un nuevo día. Nos había sido imposible conciliar el sueño, debido a tantas emociones juntas, por lo que aprovechamos el tiempo hablando, tumbadas sobre el suelo de nuestra habitación, permitiéndonos soñar con el futuro que nos esperaba y que, por fin, parecía estar a nuestro favor. En medio de todo ese infierno que viví durante esos años de mi vida, puedo decir que esos fueron los mejores momentos que tuve... y que tendré nunca. Quien tiene una buena amistad, quien de verdad sabe lo que significa una amiga, sabe lo que es estar al lado de esa persona, con la única preocupación de escuchar sus confidencias y de contarle las tuyas. No hay nada más bonito que dejar pasar la noche, con sus largas horas, sin poder parar de hablar, sin que las palabras se acaben nunca.

Después de aquel día, toda mi vida giró en torno a Anya. Por supuesto que seguí trabajando, tratando de reunir cada vez más dinero para mi ambicioso jefe. También continué cuidando a mi hermana lo mejor que podía; en mis ratos libres aprovechaba para enseñarle a leer; una habilidad que afortunadamente sabía y por la que estaba muy agradecida. Kim era muy inteligente para sus siete años y aprendió rápido, a pesar de los años perdidos de enseñanza. Tanto ella como Celia ponían verdadero empeño en las clases privadas que yo les impartía, con la única aula de nuestra habitación y el único material de un par de cuentos viejos, que la bondadosa camarera me regaló en secreto. Hasta Leslie y Anya me escuchaban con atención. A pesar de no saber leer ni escribir, ni tener en realidad muchas ganas de aprender a esas alturas, ambas participaban atentas en cada clase, embelesadas con el cambio que manifestaba mi comportamiento al convertirme, por un par de horas, en profesora... de dos únicas alumnas.

De vez en cuando, me sorprendía a mí misma recordando a ese muchacho extraño de mirada cautivadora. Todavía seguía sintiendo un extraño cosquilleo que recorría mi cuerpo al recordar su sonrisa y la forma en la que me miró; pero, en cuanto su imagen llegaba a mi mente, la hacía desaparecer, con la firme convicción de que no había tenido sentido. Llevaba casi un mes sin verlo; lo sabía porque había contado los días, marcándolos en mi mente y

aumentando el número cada vez que me despertaba. Probablemente, no volvería a verlo más. Y, en verdad, poco importaba. Él no podía ofrecerme más que los demás: unos momentos de placer fingido y, como mucho, unas esperanzas que serían inútiles, pues nunca llegarían a llevarse a cabo.

La mayor parte del tiempo, mis pensamientos volaban en torno a mi amiga y a su cada vez más notable embarazo. Me agradaba mucho comprobar el proceso de la naturaleza, cómo su tripita iba creciendo al mismo tiempo que lo hacía su bebé. Sentía en el fondo cierta envidia por ella, al comprobar lo radiante que lucía y lo mucho que brillaban sus ojos. Pero era una envidia sana, una alegría compartida, pues no había cosa que me hiciera más feliz en el mundo que ver feliz a las personas que tanto amaba. Al menos, la vida de una de nosotras, insignificantes para todos los demás, había servido de algo. Anya iba a dar vida a un nuevo ser y no había mayor mérito y bendición que esa.

Lo único que me preocupaba era su aspecto cansado, fatigado por tantos cambios hormonales y, mayormente, por tanto trabajo diario. No era justo, ni concebible, que obligasen a Anya a seguir trasnochando como antes de haberse quedado embarazada. El supuesto padre del niño no volvió a aparecer por la casa y, si lo hizo, no se supo nunca a ciencia cierta de quién se trataba, pues jamás logramos identificarlo. Aun así, seguía asombrándome sobremanera que existieran hombres en la faz de la tierra capaces de elegir a Anya para pasar un buen momento, aun estando embarazada. Estábamos disponibles cientos de chicas, todas bonitas, jóvenes y con un atractivo personal. Sin embargo, por encima de todas nosotras, había señores sin escrúpulos que preferían a Anya, con su abultada tripita y su clara condición de embarazada. No cabía en mi cabeza que pudiese haber personas tan... insensibles, despreciables y con un problema mental tan grave. Pero, lamentablemente, así era. Y ella se vio forzada a acostarse con cuantos clientes la pidieran, sin poner jamás pega alguna ni lamentarse de ninguna molestia. Como buena antigua en el negocio que era, nunca puso una mala cara ni varió su comportamiento respecto a sus temporales amantes. Si sentía aflicción o malestar alguno, no lo dejó ver. Pero lo tenía. Yo sabía que lo tenía. Lo notaba en sus ojeras oscuras, cada vez más pronunciadas; y en sus movimientos lentos y su andar pesadoso, con un aire que demostraba que, cada vez, le resultaba más difícil seguir el ritmo y mover con soltura su propio cuerpo.

Intenté hacerle más fácil ese calvario, traté de colaborar en lo que pude.

Cada vez que veía que un hombre se acercaba a ella, me apresuraba a salir en su ayuda y acercarme yo también. Después, daba muestra de toda mi capacidad de seducción y coqueteaba abiertamente con dicho hombre, tratando por todos los medios de que cambiase de parecer y decidiera decantarse por mí, con mi tez morena y mi atractivo inocente e irresistible. Pocos se resistían a mis encantos; otros, en cambio, negaban con la cabeza o me apartaban, los más agresivos, de un empujón para seguir camelandando a mi amiga.

Una noche, en la que me encontraba, una vez más, siguiendo los pasos de Anya atentamente con la mirada, algo me alejó de mi vigilancia. Me encontraba en el pasillo, haciendo fila con el resto de muchachas, esperando para entrar en el cuarto de nuestro siguiente postor, aguardando y rezando para que Anya no resultase la elegida. Algo, o mejor dicho alguien, tiró de mi pelo hacia atrás, cogiéndome desprevenida. Solté un involuntario grito de sorpresa, no tanto de dolor, pues el tirón en sí no había sido fuerte, sino más bien un toque de atención. No me hizo falta darme la vuelta para saber de quién se trataba semejante atrevimiento. Aun así, lo hice. Me giré para mirar cara a cara a mi atacante, y me encontré con el rostro sonriente de Jénifer. ¡Siempre Jénifer!

—¿Se puede saber qué te pasa?! ¿Te has vuelto loca?

Su sonrisa permaneció intacta mientras hablaba.

—Loca estás tú, si piensas que vas a quitarme lo que me pertenece.

Le lancé una mirada de profundo fastidio. Irritada, le respondí:

—Ya estamos otra vez. ¿No te cansas nunca de molestar y de inventar historias, para incordiarme? ¿Se puede saber qué te he hecho para que me odies tanto? O, por lo menos, permíteme enterarme de qué es lo que, se supone, quiero quitarte. Porque, que yo sepa, no tienes nada que a mí me interese.

Jénifer soltó una risita sarcástica y dura, cortante como ella era. Recuerdo que, en medio de la leve luz que nos iluminaba, pensé en lo guapa que era. Era realmente bonita, con sus rasgos latinos marcados y su aspecto dulce, que contrarrestaba con su carácter dominante. Lástima que estuviese podrida por dentro, pues eso la hacía perder gran parte de su belleza.

—No te hagas la tonta. Te vi la otra noche. Y a mí no se me escapa nada. Para cuando tú vas, yo ya he ido y vuelto muchas veces.

—Mira, guapa, no sé de qué estás hablando. Y, la verdad, me aburres soberanamente. Déjame tranquila y tengamos la noche en paz. Dedícate a lo tuyo.

Me di la vuelta, decidida a ignorar sus incordios y sus provocaciones. Debía dedicarme, en cuerpo y alma, a convencer a quien fuera que estuviese ahí dentro a irse conmigo. Y, para ello, tenía que concentrarme en ser capaz de mostrar todos mis encantos y usar al máximo mis dotes de seducción.

Sin embargo, Jenni, testaruda, volvió a llamar mi atención, cogiéndome esta vez por el hombro e instándome así a girarme de nuevo.

—No te acerques a él. Aléjate de Pablo. Yo puse primero mis ojos en él. Así que te sugiero, te exijo, que te mantengas al margen.

En un principio, me encogí de hombros, verdaderamente ajena a lo que me estaba diciendo. Después, de repente, comprendí todo en cuestión de segundos. Una luz se iluminó en mi mente y una imagen apareció con toda claridad ante mis ojos. Eso me hizo sonreír, irritando así, aún más, a mi «querida» Jénifer.

—Debo agradecerte la información. Ahora, por lo menos, ya sé cómo se llama. *Pablo*... —guardé silencio un momento, con expresión pensativa—. Un nombre muy... sugerente.

Mi comentario consiguió lo que me había propuesto. La cara de Jénifer enrojeció por momentos y sus ojos echaron chispas de la rabia. No era fácil conseguir esa pérdida del control en ella; casi siempre se mostraba segura y fría, inquebrantable en todos los sentidos. Me sumé un punto, en silencio, y le aguanté la dura mirada con firmeza.

—¡Aléjate de él! ¡Te lo advierto!

Esa vez fui yo la que solté una carcajada, dejando caer mi pelo suelto hacia atrás y moviendo la cabeza de lado a lado, en señal de reprobación.

—¡Vaya, vaya, Jenni! Conque resulta que, al final, tienes algo de sentimientos. Sigues siendo una simple humana, como todas las demás. Debe de gustarte mucho ese muchachito. Te felicito por ello; tienes buen gusto. Pero déjame tranquilizarte, *querida*; no me interesa tu Pablito lo más mínimo. No estoy abierta a sentimentalismos. Para mí, esto es trabajo a secas. Y no acostumbro a mezclar los sentimientos con el trabajo. Te aconsejo que hagas lo mismo.

Me miró con desprecio, con un desprecio tan grande que pensé que iba a fulminarme con su mirada. Sin embargo, mantuve la compostura y respondí a su enfado con una gran sonrisa y un guiño de ojos. A continuación, le di la espalda y esa vez ya no opuso nada más al respecto. Imagino que se quedó más calmada al escucharme y al comprobar que no corría riesgo alguno conmigo, que yo no estaba más interesada en su deseado objetivo que lo que lo estaba

en los demás hombres. «Trabajo a secas», había dicho. Aunque, la verdad, supe que había mentido desde el mismo momento en que las palabras salieron por mi boca. No lo reconocería nunca, ante nadie y mucho menos ante ella; pero mi corazón había comenzado a latir, de una manera extraña e inquietante, desde que escuché su nombre en labios de esa arpía. No había que ser muy astuta para averiguar que, si Jénifer había elegido justo esa noche, ese preciso momento, para alertarme de sus intenciones, había sido con un motivo exacto. Había pasado ya tiempo desde aquel encuentro, en el cual dejé de ser la chica fuerte en la que me había convertido, para dejar temblar a todo mi cuerpo con la simple visión de un joven apuesto. Si Jénifer se había dado cuenta entonces de mi reacción y, aun así, había esperado casi un mes para hacérmelo saber, eso solo podía significar una cosa.

En realidad, dos. La primera es que, el tal Pablo, mi anhelado y bello Pablo, con el que había soñado tantas veces desde entonces, se encontraba muy cerca, demasiado cerca, lo suficiente como para hacer erizar mi vello y amontonar toda clase de nervios en mi estómago. La segunda y más importante es que, por esa noche, no tendría que preocuparme de evitar el amargo momento a Anya. No tendría que luchar para ser la elegida, ni mostrar una coquetería provocadora que, en realidad, no tenía.

Mis suposiciones se confirmaron cuando me llegó el turno de abrir esa puerta. Echando una última mirada a Jénifer, la cual seguía acribillándome con sus fríos ojos marrones, entré con paso firme y decidido, borrándose de pronto todo el nerviosismo que había ido acumulando.

Levanté la cabeza y, cerrando la puerta tras de mí, saludé a quien me esperaba:

—Hola, Pablo. Bienvenido.

## DEMASIADO BONITO PARA SER VERDAD

Lo que viví a continuación no puede contarse con palabras. No es posible describir un momento así con simples palabras, pues estas, bien sean habladas o escritas, no pueden hacer justicia a tanta magia. De todas maneras, lo intentaré, pues recordar es lo que me mantiene viva.

El tiempo se paró en el mismo momento en que lo vi. Automáticamente, dejé de contar los días, los minutos y los segundos que había pasado sin él, sin la mirada profunda que me dedicó aquella noche ya lejana, dejándome perdida en un mar de sentimientos hasta ahora desconocido para mí.

Él no era Andy. A pesar de haberlo comparado mil veces en mi imaginación, y de intentar buscar una similitud en las emociones que los dos, de distinta manera, me habían provocado, era terminantemente imposible encontrar un parecido entre esos dos muchachos.

Andy era puro fuego; Pablo, agua cristalina y transparente. Andy era oscuridad, una sombra que me había arrastrado, sin piedad ni contemplaciones, a su terreno más tenebroso. Pablo, en cambio, era la luz, un rayo de esperanza que iluminaba mi corazón por el mero hecho de existir. En definitiva, Andy era el infierno; Pablo, el cielo. Un cielo que se abría ahora ante mí con solo observar sus ojos castaños, que en ese preciso instante se hallaban fijos en mí con una expresión de incredulidad y, al mismo tiempo, una clara satisfacción al encontrarme de nuevo.

Sonará irónico, incluso absurdo, que me permitiese el lujo de volver a confiar en alguien, y precisamente en alguien completamente desconocido para mí, después de todo lo que había vivido, y lo que todavía estaba viviendo. Había sido engañada, manipulada, violada y ultrajada en todos los sentidos, durante cada respiro de mi corta vida. Había sido víctima directa de un maltrato desgarrador, tanto de parte de los de mi propia sangre, como de los que nunca habían conocido nada sobre mi verdadero «yo». Probablemente, seguiría siendo un objeto, un objeto productivo y valioso, pero objeto al fin y al cabo, durante lo que me quedaba de vida. Hasta que diese el último aliento, «Yurani» significaba «Nadie». Pero todo eso cambió cuando él apareció en mi vida.

Ahora puedo decir con exactitud que Pablo me salvó, en todos los

sentidos de la palabra. Pero no quiero adelantar acontecimientos. Así que iré por orden, contando las cosas tal y como sucedieron, sin omitir detalle ni sentimiento alguno.

Por aquel entonces, todavía no lo conocía, no como me hubiese gustado, al menos. Sin embargo, había algo en su persona que me hacía confiar, creer en su bondad hasta el punto de no pensar en nada más. A pesar de todo el daño que me habían causado, aún quedaba una esperanza. Y esa esperanza solo podía ser ese muchacho, que seguía mirándome, cada vez más profundamente, desde el momento que pisé la habitación y me planté frente a él, entrando en su vida con decisión determinada.

Estaba sentado en medio de un sofá demasiado grande y viejo. Y sus ojos adquirieron un brillo tal al analizar mi rostro, que los míos no pudieron hacer menos que brillar también. Despacio, cuidando de que mis pasos fueran lentos pero seguros, me acerqué a su lado, dejando una distancia prudencial entre nosotros, para poder seguir contemplándolo como lo hacía.

Entonces, él abrió sus labios, dispuesto a romper el encanto que nuestro silencio había causado; mas la voz que llegó a mis oídos consiguió avivar más la magia, si eso era posible. Fue la primera vez que lo escuché y me concentré en disfrutarlo, queriendo grabar su tono viril a fuego en mi mente.

—He esperado mucho este momento.

Mi corazón palpité deprisa al escuchar esas palabras y todo mi interior convulsionó por dentro, mezclado entre la felicidad y la emoción. Quise disimular, como fuera, esa reacción que me había causado. Pasé la mano por mi cabello negro y ladeé la cabeza hacia un lado, coqueta y tímida al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres? ¿A venir a un sitio como este? Si es la primera vez, créeme, no te has perdido de mucho.

Pablo meneó la cabeza de lado a lado, despacio, dándose un breve tiempo para contestarme.

—Es la segunda vez que acudo a un lugar así. Y créeme tú si te digo que no lo he hecho por voluntad propia. Odio los sitios como este; bueno, tal vez *odiar* sea demasiado. En fin, la verdad es que no me gustan, no son mi estilo, pero sí el de mi padre. Él viene día sí y día también, sobre todo desde que se separó de mi madre. Y, desde hace tiempo, me insiste en acompañarlo. «Es de mariquitas negarse a disfrutar de una buena hembra»; esas son sus palabras, con las que me tiene atormentado.

Permanecí en silencio, inmóvil frente a él, completamente atenta a todo lo

que me estaba contando. Su voz sonó de repente melancólica, casi cansada, preso de una tristeza evidente. Me pregunté si, acaso, él podía saber lo que significaba en realidad tales sentimientos. Si conocería el sufrimiento, la angustia de vivir una vida que no era la tuya. Deseché deprisa esos pensamientos, diciéndome a mí misma que, en ningún modo, aquel chico tenía la culpa del calvario al que yo estaba sometida.

—Por dejar de escucharlo, y por la lástima que me causa la soledad en la que se encuentra desde que mamá lo dejó, accedí a acompañarlo —siguió contándome Pablo, y todo esto lo hacía sin dejar de mirarme—. De no muy buena gana, seguí sus pasos hasta este local. Mi padre es un gran amigo, o compañero, o socio, no sé cómo llamarlo, de Andrés, el jefe de este negocio. Supongo que lo conocerás...

Asentí lentamente, sin mediar palabra. Lo conocía. ¡Claro que lo conocía! Fue la primera prueba que tuve de mi grandísimo error al llegar a esa ciudad, aún desconocida para mí, a pesar de llevar más de dos años en ella.

—Le dejé claro que no iba a hacer nada, con nadie. Que vendría con él y lo acompañaría a echarse unos tragos, con la condición de que no me insistiera en participar en nada de lo que él hacía, y hace, casi cada noche. Se rio y me dijo muy seguro que eso cambiaría cuando atisbara el panorama que aquí había. Me explicó, convencido de que en este antro habitaban las más bellas mujeres del planeta, todas disponibles y dispuestas para hombres como nosotros, con demasiados billetes en el bolsillo. Creí que estaba equivocado, ¿sabes? Me dije a mí mismo que esa sería la primera y última noche que pisara yo un sitio como este, pues yo prefiero las mujeres de verdad, las de carne y hueso, las que no se ofrecen ni se venden al mejor postor. Aunque todavía no he encontrado a la mujer de mi vida, confío en que, cuando eso pase, esta sea una mujer decente, entregada solo a mí.

Me sentí ofendida cruelmente. Pablo me estaba lanzando unas acusaciones, indirectas pero claras, que hacían mucho daño, lastimando mi orgullo femenino y pisoteando mi dignidad, dejándola por los suelos. Sin embargo, aguanté el tipo y me mantuve fría, no dejando ver en mis facciones emoción alguna tras su fría calificación de las chicas como yo. «Rameras», eso es lo que éramos para él. Simples y vulgares rameras. Y así seguiría siendo siempre; su vida y la mía estaban a años luz de distancia. Y fui una tonta al creer que podía darse algo bonito entre dos mundos tan diferentes.

Entonces, Pablo, el muchacho amable pero sincero, se levantó del sofá y se acercó a mí, quedando muy cerca de mi cuerpo. Demasiado cerca.



—Pero todo eso cambió la otra noche, cuando vi a una muchacha escondida quién sabe de qué, que trataba de pasar desapercibida. Sin embargo, no lo pasó para mí. Por alguna razón, me encontré con su mirada. Y fueron sus ojos, negros y penetrantes, los que me han hecho volver aquí hoy, esta noche. Para encontrarla.

Creí que iba a desmayarme. Juro que pensé que mi conciencia me iba a abandonar y también mi cuerpo, el cual temblaba, a esas alturas, delatando mis nervios. Quise seguir fingiendo, hablar para interesarme sobre esa chavala que, sin quererlo ni buscarlo, había causado tanto revuelo en él. Pensé en sonar curiosa pero despreocupada, mas no conseguí ni una cosa ni la otra. Las palabras se atascaron en mi garganta y se negaron a salir, dejando caer solo un suspiro ahogado.

Pablo estiró una mano hacia mi rostro y se paró, antes de llegar a tocarlo, a escasos milímetros de mi piel. Con miedo de acariciarme, como si temiese que fuera a desaparecer o evaporarme en un segundo, suspiró él también.

—Me gustaría saber el nombre de esa chica, si me lo permites.

Entonces sí, hablé. Sacando las fuerzas que había dentro de mí, las cuales parecían haberme dejado en la estacada.

—Te lo diré si me das más detalles. En esta casa estamos muchas chicas con ojos negros; aunque no tantas... con ojos penetrantes.

No hicieron falta las explicaciones. De pronto, su respiración se juntó con la mía y sentí el cálido aliento de Pablo, pegado a mis labios, a punto de rozarlos, pero sin decidirse a hacerlo.

—Yurani. Me llamo Yurani —susurré.

La emoción que expresó mi voz fue correspondida en su rostro. De pronto, Pablo sonreía, mostrándome de nuevo una sonrisa tan bonita que hubiera matado por ella, en caso de ser necesario.

De repente, fue el sonido de la puerta el que rompió el encanto. Se abrió, y tras ella apareció el rostro de Jénifer. Era ella la que, en circunstancias normales, se dedicaba a presentarnos a todas, dejando a cada una unos minutos a solas con el cliente de turno, para después preguntarle al susodicho por cuál muchacha se iba a decantar. Esa, en cambio, no era una circunstancia normal. Jénifer quería participar, quería ser el foco de atención una vez más. Y había llegado su hora de desplegar sus cualidades. Su rostro se endureció al mirarme y comprobar mi estado soñador, casi elevado de la realidad misma.

—Habéis sobrepasado el tiempo permitido —anunció con voz fría, a pesar de que, para mí, los minutos se habían hecho demasiado cortos—. Es mi

turno. Yurani, puedes salir. En breve, os comunicaré quién es la elegida.

Conocía el protocolo; ahora me tocaba salir y reunirme con las demás candidatas, chicas a las que, en realidad, les era indiferente ser llamadas o no; pues si no fuera ese el hombre, llegaría enseguida otro con el cual cumplir sus obligaciones carnales. En cambio, para mí no había otro. Era él, o nadie. Ya no podría entregarme a otro y fingir que no pasaba nada, cuando en verdad sí pasaba. No podría mirar a nadie más. Al menos, no por esa noche. Me dispuse a salir, decepcionada, obedeciendo sin rechistar las órdenes de Jénifer. Recé en mi interior que no fuese ella, que su belleza exótica y personal no deslumbrara a Pablo, como hubiese hecho con cualquier otro hombre sobre la Tierra. Prefería que se fuera con otra, con cualquiera de las demás, Melania o la misma Leslie, antes que con esa arpía usurpadora de almas y carente de sentimientos. Mis ruegos obtuvieron respuesta mucho antes de poder terminarlos.

—No hace falta. No es necesario que pases. Con todas mis disculpas, ya he elegido a la chica con la que quiero estar esta noche.

Su voz llegó a mis oídos desde mi espalda. Y me paralizó por completo, dejando mis pies bien anclados al suelo y sin tener el valor de volverme.

Jénifer carraspeó, de pronto indecisa como nunca era.

—¿Y bien? ¿Quién es la afortunada? Puedes tener a la que quieras, eso te lo aseguro.

No le sirvió de nada su acento sensual y sugerente. Pablo habló de nuevo y, entonces, escuché lo más bonito que había escuchado nunca.

—Yurani. Quiero a Yurani.

Entonces sí, me giré. Y me encontré de frente con la mirada aturdida de Jénifer, que lanzaba chispas de la rabia; y con la cara dulce de Pablo, que me miraba abiertamente, sonriendo sin necesidad de pintar una sonrisa en sus labios. No dije nada; no era necesario. Escuchar mi nombre en sus labios... fue lo más bello que había sentido nunca. Era demasiado bonito... demasiado bonito para ser verdad.

Como era la norma, fui enviada al dormitorio principal, el que me correspondía desde mi llegada, y al que había conseguido acostumbrarme... hasta esa noche. Mi cuerpo se encontraba exaltado y mis pies parecían no poder estarse quietos. Deambulaba por la habitación, recorriéndola de lado a lado, subida sobre mis tacones rojos y envuelta en un fino vestido del mismo color. A pesar de haberlo usado en más ocasiones, de repente se me antojaba muy corto, demasiado sugerente e inapropiado para la ocasión. Traté de recobrar la compostura y la lucidez, recordándome a mí misma que aquella no era una situación distinta a las demás. Iba a acostarme con un hombre, con el mismo proceso y en el mismo tiempo que en las otras veces. Solo que esta vez se trataba de un joven apuesto, guapo y demasiado elegante para permitirme siquiera soñar con él.

Por algún motivo desconocido, así como desconocía por qué razón me fijé en él desde un primer momento, la sola imagen de nosotros dos, juntos, en aquella cama que tenía tan cerca, causaba un revuelo en mi interior al que no podía poner fin.

No tuve mucho tiempo para pensar y darle vueltas al asunto, para sopesar cuál sería el comportamiento correcto para dirigirme a un chico como él, tan diferente de todos los demás. Lo vi aparecer entonces, con andar desenvuelto, directo a mí, a mis brazos y a mi vida, entrando con pasos lentos pero decididos. Sonrió y yo no pude menos que sonreír también.

—Buenas noches, Yurani —saludó amablemente, como si no nos hubiéramos visto hacía tan solo unos cuantos minutos.

—Ninguna noche es buena aquí.

No sé por qué razón dije eso, pues no quería ponerle en alerta sobre mi situación, sobre el secuestro en el que, en realidad, vivía desde hacía tanto tiempo. Habíamos sido advertidas, desde el principio, de que un paso en falso podría acarrear nos terribles consecuencias. Y, a pesar de eso, casi estropeo todo con una simple confesión, con la sinceridad de mi corazón que, a su lado, se abría sin reparos. Pablo escudriñó mi rostro en busca de alguna emoción escondida. Después, meneó la cabeza de lado a lado.

—Para mí, las noches también son tristes. Hasta ahora. Contigo, las

noches deben de ser lo más bonito de la vida.

Agaché la cabeza, tímida de repente. Sus halagos me hacían tanto bien... que me daba miedo escucharlos. Me acerqué hasta él, todavía temblorosa, y, como ya había hecho tantas veces, dirigí mi mano a su pantalón, dispuesta a quitárselo y empezar cuanto antes con lo prometido. Pablo me apartó la mano casi con brusquedad. Había impedido que le tocara, sorprendido con mi atrevimiento; pero no soltó mi mano en ningún momento.

—Vas demasiado rápido, muchacha.

Me encogí de hombros y aguanté su mirada, recuperando, por fin, mi actitud desafiante.

—Así es mi trabajo. Tú lo has hecho. Has pagado por mí. Y por eso estoy aquí.

Vi en su rostro, tan bello, una expresión desilusionada. Sin embargo, no desvió la mirada ni soltó mi mano.

—Si no fuera así, si no hubiera pagado, no aceptarías estar conmigo, ¿verdad? Aquí, solos en una habitación, tú y yo.

Suspiré hondo. «Tú y yo»... ¡Qué palabras tan simples, bonitas e imposibles al mismo tiempo!

—Si no hubieras pagado, no nos habríamos conocido —respondí resuelta—. Dudo mucho de que hubiéramos tenido oportunidad de encontrarnos.

Pablo apretó mi mano un poco más fuerte, como queriendo poner más énfasis a lo que iba a decir.

—Yurani, no quiero acostarme contigo. Es decir, sí quiero. Vamos, que me gustas y todo eso. Me gustas mucho —calló un momento, intentando buscar las palabras adecuadas—. Lo estoy haciendo mal, ¿verdad?

Me encogí de hombros de nuevo. En realidad, no lo entendía, así como no entendía nada desde el mismo momento en que nos vimos.

—No te conozco de nada. No sé quién eres ni qué diablos haces en un sitio tan feo como este. Solo sé que me hechizaste desde el mismo momento en que te encontré en el bar. Nunca me había pasado. He tenido novias, claro que las he tenido. También aventuras sueltas, aunque confieso que esas me gustan menos. Pero jamás he sentido por nadie lo que me provocas tú... y en tan poco tiempo.

Permanecí callada, intentando procesar lo que estaba escuchando. Quería creerlo, de verdad quería. Y quería también decirle que a mí me había pasado lo mismo. Pero la desconfianza era más fuerte que yo, no me dejaba hablar, ni tampoco dejar de mirar esos ojos hermosos.

—¿No vas a decir nada? Seguramente pensarás que soy un estúpido, un crío romántico que se ha obsesionado contigo. ¿Es así?

Negué con la cabeza. Abrí mis labios, que también temblaban y le dije:

—No me gusta que hayas tenido novias. En mis sueños, no te había gustado nunca nadie, más que yo.

Su cara se iluminó al escuchar mis palabras. Su interior se alegró enormemente al atisbar una pizca de celos en mí, y él lo dejó salir con una sonrisa radiante.

—Solo me gustas tú.

Entonces, yo también sonreí. Me atreví a dar un paso más al frente y estirar la mano que me quedaba libre hasta su rostro. Esta vez no me detuvo, posó su mano sobre la mía y acarició mis dedos con dulzura.

—No quiero hacer nada contigo. No así, no ahora. No de esta manera.

Asentí, comprendiendo. Pero me guardé de decir lo que, en realidad, pensaba. Si no era ahora... ¿cuándo? No habría más posibilidades de estar juntos, al menos no de una forma común y corriente, lejos de esas paredes aprisionadoras y de los invisibles ojos que parecían estar siempre alerta. Como no quería estropear el momento, seguí callada, disfrutando de la suave piel de su rostro.

—Sé que pensarás que estoy loco. He venido aquí con la esperanza de verte, con el único deseo de encontrarte, pero no quiero acostarme contigo. De hecho, quisiera creer que tú no haces eso con nadie.

Sin saber por qué, sus palabras me atacaron bruscamente, directas al corazón. Aquel chico no era para mí. Él había visto algo en mí que, en realidad, no había. Se había dejado llevar por una intuición que le había fallado y había querido creer que yo era una mujer que, en verdad, no era. Me acostaba con hombres, ¡claro que lo hacía! Y no con uno, ni con dos, sino con muchos. Con tantos cada noche que no podría contarlos con los dedos de las manos. Por eso, aparté rápidamente las mías y me eché unos pasos atrás. De pronto, había comprendido todo. La fina venda que me había tapado los ojos se había caído y me había devuelto la luz.

—Tú has pagado por mí —repetí—. Y pienso responderte como debo. Es mi trabajo y te pido, por favor, que no interfieras en eso. Si buscabas una chica normal, has venido al lugar equivocado. Aquí, solo puedes encontrar esto.

Mientras hablaba, había ido desabrochando la cremallera lateral que cerraba mi vestido. Para demostrarle que iba en serio, me despojé de él, dejándolo caer al suelo para apartarlo después con mi fino tacón.

Sin lencería que cubriera mi cuerpo, quedé completamente desnuda ante él. Sin pudores, sin vergüenzas, me mantuve erguida, dejando caer el peso a un lado de mi cuerpo. Pablo me observó sorprendido, a pesar de no aprobar mi comportamiento, de encontrarme, quizá, demasiado lanzada comparada a las chicas a las que él estaba acostumbrado, no dejó de mirarme ni una milésima de segundo. En sus ojos se reflejaba una clara admiración, maravillado por lo que tenía enfrente a su entera disposición.

De todas formas, se mantuvo firme en su postura, luchando contra su instinto que, a juzgar por su expresión, le pedía claramente otra cosa.

—Vístete, por favor —me pidió, con un tono demasiado bajo—. Solo quiero hablar contigo. De verdad, esto no es necesario.

Negué con la cabeza, esta vez sexy, con un brillo pícaro en mis ojos. Me acerqué entonces a él y susurré a su oído:

—No es necesario, pero quiero hacerlo. Quiero que me hagas tuya, ahora.

Sentí el escalofrío que recorrió su piel fundirse con el mío propio. Sin poder contenerse más, se lanzó hacia mí, buscando mi boca. Mis labios respondieron a sus besos, primero despacio, un tanto pudorosos; después, con una pasión desmedida que nunca antes había sentido. Tampoco él, a juzgar por su respiración entrecortada y su aliento cálido. Se detuvo solo unos segundos para susurrarme:

—Está bien. Tú lo has querido.

Mientras nuestros labios se juntaron de nuevo, rodeé su cuello con mis delgados brazos. Él, por su parte, me apretó contra su cuerpo. Dejando atrás toda la timidez, acarició mi espalda con la yema de sus dedos. El simple contacto de su piel en la mía me electrizó por completo. Después, cuando sus caricias bajaron hacia mi trasero, sentí que iba a volverme loca. Iba a perder la poca cordura que me quedaba, envuelta entre sus brazos. Tras unos minutos de besos intensos y tocamientos más intensos todavía, nos separamos. Entonces, busqué de nuevo esos ojos marrones. El deseo era más que evidente en ellos.

Embriagada por el placer y por la imperiosa necesidad de sentirme, no tanto deseada, sino querida, me dejé llevar por completo. Despacio, con la lentitud necesaria para no romper el encanto, olvidándome del tiempo pactado, me fui agachando. Continué besándole por el pecho. Cuando casi llegué a lo que estaba buscando, deseosa por vez primera de cometer ese acto, su mano me lo impidió, sujetando mi barbilla. Me instó a levantar la cabeza y encontrarme de nuevo con su mirada.

—Todavía no, Yurani. Tendremos tiempo. Hay más días.

A pesar de que había sido voluntad mía aquel intento, a pesar de que, por única vez, había querido hacerlo sin que me lo pidieran, me reconfortó su intervención y el respeto con el que se dirigía a mí. Eso me demostraba, una vez más, que era diferente.

En el tiempo que quedaba, pues habíamos acordado una hora juntos, no desaprovechamos ni un solo segundo. Nos acostamos los dos, uno al lado del otro, sobre la inmensa cama. Una cama que de pronto me parecía verdaderamente acogedora. Él recorrió mi cuerpo con sus besos y sus caricias. Sin dejar un solo trozo sin saborear, borrando de esa manera todas las huellas anteriores que en mi piel estaban marcadas.

Nos fundimos en un solo ser, un solo cuerpo, enloquecido y tan necesitado de esos sentimientos. Él murmuraba palabras que no entendía, mas no necesitaba descifrarlas, pues nuestros cuerpos se complementaban a la perfección. Yo, por mi parte, me encontraba muy alto, lejos de aquella habitación. Juro que toqué las estrellas con mis dedos. Y, si no lo hice, al menos rocé el cielo. Mi mente había salido de mi cuerpo y, en su lugar, ya solo quedaba un inmenso placer. Entonces, comprendí que esa era la primera vez que había hecho el amor. Lo demás había sido solo un simple simulacro.

Pablo sintió lo mismo que yo, estoy segura. Cuando todo terminó, sudorosos y cansados, extenuados al máximo por tanta emoción, nos dejamos caer, muy pegados, mirando hacia el techo. Ambos suspiramos y después, sin saber por qué, comenzamos a reír. Era una risa sincera, contagiosa, de esas que parecen rozar la locura.

Después, haciendo un enorme esfuerzo por levantarnos, pues no queríamos apartarnos uno del otro, nos dispusimos a despedirnos. Me despedí de él rápido, con un leve beso en los labios. Y corrí a encerrarme en el cuarto de baño antes de que pudiese decirme nada, antes de que me pudiese la tentación de quedarme a su lado.

Mientras me bañaba, mil ideas revoloteaban por mi mente. Sabía que había dado un paso importante; sabía que esa noche iba a cambiar mi vida, queriendo o sin quererlo. Me dije a mí misma que no lo volvería a repetir; tal vez, ni siquiera Pablo volviese a aparecer por esos lugares. Quizá, solo había sido una más. De un modo u otro, el recuerdo de aquel encuentro me serviría para mantenerme viva.

La sorpresa se apoderó de mí cuando volví al dormitorio. Pablo se encontraba todavía allí, sentado al filo de la cama, con la mirada fija en donde

yo me encontraba. Sonreía. ¡Dios, se veía tan guapo cuando lo hacía!

—¿Qué haces aún aquí? Ya se ha pasado el tiempo —murmuré.

Se encogió de hombros despreocupado.

—Pagaré cada minuto de más. Todo vale por un segundo más contigo.

Resoplé. Había sido muy bello y le agradecía enormemente por ello, pero estaba haciendo las cosas más difíciles. Y, de ese modo, me iba a resultar imposible salir de mi ensueño.

—¿Quieres más?...

Sonreí, con una mueca maliciosa en mi rostro. Aunque me encontraba cansada, no me importaría repetir esos momentos a su lado, una y otra vez, hasta que la noche se acabara y no nos quedara más remedio que separarnos.

Pablo negó con la cabeza y me miró. De pronto, vi que su expresión había cambiado. Ya no sonreía y sus ojos reflejaban una absoluta seriedad. Se levantó y se acercó a mí. Con suavidad, pasó sus manos por mis recién lavados cabellos, todavía húmedos.

—Ven conmigo. Marchémonos de aquí, juntos. Ahora.

Abrí la boca sorprendida. Mis oídos no daban crédito a lo que escuchaban. ¡Era demasiado! Quise pellizcarme para comprobar si se trataba de un sueño más, uno de tantos.

—No es posible. No puedo irme. Además, no me conoces.

Pabló me miró con ternura y me besó en la mejilla.

—Puedo hacerlo, si me dejas. Sé que no estoy equivocado; algo me dice que tú y yo hemos nacido para estar juntos. Déjame intentarlo. Abandona este mundo, puedes hacerlo. Si es por dinero, yo puedo darte lo necesario.

De repente, me sentí ofendida. ¡Pensaba que estaba allí por cuestión económica! Creía, tal vez, que era simplemente una mujer ambiciosa, deseosa de tener más y siempre más, carente de verdaderos sentimientos. Ni por un momento, se había parado a pensar que, quizá, me encontraba en ese negocio por causas ajenas a mi voluntad, recluida contra mis propias decisiones. Tuve claro que no podría hablarle sobre eso sin salir perjudicada. Tampoco de Kim, ni de las demás chicas que vivían en la misma situación que yo. Ofuscada, perdí la expresión soñadora que había tenido hasta entonces y la sustituí con una indignada.

—No necesito nada de ti. Solo que me dejes tranquila. ¡No me interesan los niños pijos como tú!

Pasé por alto su gesto compungido, ignorando mi propio dolor. Y continué con voz firme:



—Nuestro tiempo ha terminado. Ahora, si eres tan amable, debo seguir con mi trabajo.

Señalé la puerta, invitándole a marcharse. Sin embargo, no se movió. Se quedó allí, como petrificado, tratando de asimilar la dureza con la que le estaba hablando. Imagino que era incapaz de creer que la mujer que ahora lo estaba echando de su vida, fuese la misma que había estado hacía tan solo unos minutos, unida a su cuerpo... y a su alma.

En vista de que Pablo no reaccionaba, me adelanté y fui yo la que salió, con las manos vacías y el corazón más vacío todavía. Él no me retuvo, no dijo nada ni soltó una simple palabra de despedida. Y su rechazo me hirió más que si me hubiera insultado. Sintiendo sus ojos en mi espalda, abandoné la habitación con paso firme y altanero. Orgullosa como siempre, adolorida como nunca. Con la tristeza de quien tiene la certeza de hacer lo equivocado, con el pesar de saber que estaba echando por la borda la última carta, la única oportunidad que me había ofrecido la vida para mantenerme a salvo.

Preferiría saltarme este capítulo de mi vida; preferiría meterlo en un frasco hondo, muy hondo, y lanzarlo al olvido. Quisiera librarme de la maldita manía que tenemos los humanos de recordar, pues, por lo menos a mí, recordar me hace demasiado daño. Pero las cosas son como son y no se puede cambiar el pasado. Así que guardaré ese apartado de mi historia en mi corazón, donde siempre habrá un hueco para ese rostro amigo, que me guió y me acompañó hasta el último aliento.

Cuando todo tu mundo gira en torno a una única dirección, cuando no hay hueco para los sueños ni para las metas, lo único que queda es aferrarse a las personas que forman parte de tu vida, que te aceptan y te quieren por lo que eres, seas como seas. Así lo hicieron siempre mis amigas; tanto una como la otra me ofrecieron su compañía y amistad incondicional, regalándome trozos de sí mismas que para otros podrían ser insignificantes, pero para mí lo eran todo.

Me olvidé rápido del asunto con Pablo, ni siquiera se lo mencioné a Leslie, ni a Anya. No quise darle más importancia de la necesaria, ni demostrar que, en algún lugar dentro de mí, todavía quedaba sitio para los sentimientos. Esta última, la chica rusa que me alegraba el ánimo con su voz graciosa y su comportamiento positivo, se percató enseguida de que algo me sucedía. Trató de sonsacarme varias veces una información que, lamentablemente para ella, no conseguiría sacarme nunca. Yo era una puerta infranqueable, un corazón cerrado respecto a las debilidades, reacia a aceptar que seguía siendo vulnerable al amor.

Pasó otro mes, y llegó marzo, y tuve la certeza de que no volvería a encontrarme a ese muchacho de ojos marrones y sonrisa iluminadora. Había logrado asustarlo con mi actitud fría e insensible, alejándolo de mi vida, de una vida que no congeniaba con la suya.

Una de esas noches, aprovechábamos los minutos que nos quedaban para comenzar nuestra rutinaria jornada laboral, arreglando nuestros rostros con sombras de ojos llamativas y pintalabios más llamativos todavía. Disfrazábamos nuestros rostros a base de polvos y rayas de ojos, volviéndolos más maduros, más bellos, más cautivantes. Decidíamos qué modelito usar para

la ocasión; la verdad era que la organización no escatimaba en vestuario y nuestros armarios se encontraban cada vez más llenos, a causa de vestidos, lencería y un número infinito de zapatos de tacón.

Habíamos aprendido a hacer de esos ratos nuestro propio tiempo. Nos ayudábamos unas a la otras sentadas en un taburete, enfrente del espejo que había en el cuarto de baño; hacíamos las veces de peluquera con las demás y también de esteticista, al mismo tiempo que de confidentes.

Observé a Anya por el reflejo del espejo mientras esta terminaba de anudar mi cabello en un moño alto, dejando caer con esmero unos cuantos tirabuzones por mi rostro. Me pareció cansada, exageradamente cansada a juzgar por sus ojeras, ya características en ella, pero cada vez más pronunciadas. La verdad, nunca había sido una chica verdaderamente bella; su cara era redondita, a menudo me recordaba a la imagen de la luna llena; su figura, incluso antes de quedar en estado, no era bien proporcionada, tenía unos kilos de más que tampoco se había esforzado en eliminar. Su color de piel, casi enfermizo, le daba un aspecto un tanto tétrico. A pesar de todo eso, Anya tenía su encanto, su propio toque personal que la hacía única, insustituible. Y eso era para mí, completamente insustituible, con la sonrisa que acompañaba siempre su cara y su actitud desenfadada ante la vida, fueran cuales fueran las condiciones que nos limitaran.

Desde unos días atrás, había observado un pesimismo inusual en ella, una oscuridad que acompañaba a su mirada y la ensombrecía.

—¿Te encuentras bien, Anya? —me interesé, sin dejar de observar su reflejo.

La vi asentir, mientras seguía ocupada con mi pelo, peleándose con unos cuantos mechones rebeldes que se empeñaban en salir y tratando de sujetarlos con horquillas.

—Te noto cansada —insistí.

—Lo estoy —respondió con un tono tranquilo.

Debió de darse cuenta de mi gesto preocupado, pues se apresuró en añadir:

—¿Quién puede no estar cansada en esta casa, bajo la presión que nos someten?

Asentí despacio, olvidándome de que debía estarme quieta para no entorpecer su trabajo.

—Llevas razón; supongo que tanto esfuerzo físico se acaba notando tarde o temprano. Algún día todo esto pasará factura a nuestros cuerpos...

Soné apesadumbrada, pues de pronto un halo de amargura se había depositado en mí. Anya, con su don innato de apaciguar mis malos pensamientos, se plantó frente a mí con una amplia sonrisa en su cara.

—Bueno, muchachita, deja ya de lamentarte y mira el resultado. Estás realmente guapa. No, *guapa* es decir poco. Estás preciosa, indudablemente bella. Ya quisieran muchas parecerse, aunque fuese una pizca, a ti...

Sus cumplidos eran sinceros. Lo sabía porque ella nunca me mentía, no tenía por qué hacerlo. Y lo corroboré al levantarme y mirarme, sorprendida y satisfecha con mi propia imagen. Era bonita, no podía negarlo; los años pasaban por mí y, a pesar del exceso físico y psíquico al que era sometida, cada vez me encontraba más hermosa, con un toque mezclado entre delicado y agresivo que causaba estragos en el sexo opuesto y envidias entre el público femenino. A mí, ese atractivo me traía sin cuidado; me hubiese cambiado sin dudarlo, con los ojos cerrados y sin un mínimo remordimiento, por una niña mucho menos agraciada, pero libre. Libre para vivir como quisiera, sin tener que doblegarme más, ni obedecer normas impuestas.

Anya se dio cuenta de mi estado, repentinamente ausente y soñador.

—¡Ya estás otra vez lejos de aquí! A saber en qué andará ahora esa cabecita tuya, tan alocada y cabezota.

Le devolví la sonrisa con otra que trató de ser sincera sin conseguirlo.

—No es nada, Anya. Es solo que a veces me dejo llevar y me imagino lejos, muy lejos, donde nada de todo esto puede alcanzarme. ¿No te pasa nunca?

—No. La verdad es que no; hace mucho que dejé de perseguir sueños inalcanzables.

Busqué en su voz algún signo de nostalgia, mas no hallé ninguno. Lo único que quedaba en ella era una resignación absoluta e irrevocable.

—Por cierto, no me has hablado sobre ese tal Pablo.

Abrí los ojos como platos. ¿Cómo se habría enterado?

—Te lo ha dicho Jénifer, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Te equivocas. No he hablado con Jenni nada referente a ti; pero, ¿qué es lo que, según tú, tendría que decirme?

—Tuve un altercado con ella hace unas cuantas semanas, nada importante, simples diferencias, ya sabes. Me advirtió que me mantuviera apartada de un muchacho, uno que se ve que le encanta, a juzgar por sus celos exagerados.

El rostro de mi amiga se volvió serio entonces, repentinamente ofendida.

—Y, ¿debería estarlo? ¿Son justificados sus celos? Yurani, pensé que tenías absoluta confianza conmigo para hacerme partícipe de tus vivencias personales.

Suspiré inquieta.

—Y la tengo, Anya. Es solo que no hay nada importante que contar. Ya conoces a Jénifer; quiere tener todo y a todos al alcance de sus manos, y a mí me trae sin cuidado. Puede quedarse con ese chico y con todos los demás. ¡Por mí, que se los lleve a todos!

Sin darme cuenta mis palabras sonaron enfadadas, conmigo o con la vida, no lo sabía exactamente; pero lo cierto es que una sensación de frustración se había colado en mi mente. Y Anya, como bien me conocía, lo advirtió.

—Pues no parecía eso anoche, cuando gritabas su nombre entre sofocos y movimientos nerviosos. Ni tampoco la noche anterior, ni la otra, ni la otra.

Ahora la sorpresa se hizo más grande para mí, avergonzada y confundida al mismo tiempo.

—¿Lo llamo cuando duermo?

Anya asintió, sonriendo.

—Sí. Y no solo eso, le pides que venga a por ti, que te salve de tu agonía.

Me llevé la mano a la boca y sentí arder mis mejillas, fruto de un sonrojo inevitable. Aquel muchacho había dejado huella en mi vida. Era más importante en mi vida, tal vez, de lo que yo misma había creído. Y odiaba reconocerlo, pues era una debilidad que no podía permitirme, no llegada a ese punto.

Anya, comprensiva, pasó una mano por mi mejilla. Su gesto me recordó al de una madre protectora, deseosa de calmar mis dolores e infringirme aliento.

—No tienes que avergonzarte, Yurani. No conmigo. ¿Sabes? Un día a mí también me pasó, hace mucho tiempo. Antes de que tú llegaras. Hubo un hombre, un hombre apuesto y elegante, bastante más mayor que yo, que me engatusó con sus actos cariñosos y atentos hacia mí. Pasé una larga temporada enloquecida con él y contando desesperada las horas que faltaban para volver a verlo.

Incrédula, incapaz de imaginar a mi amiga enamorada, entregando su alma a alguien que no fuese su propia hermana, le pregunté:

—¿Qué paso después?

Soltó una risita forzada, casi enfadada.

—¿Qué va a pasar? Lo que pasa siempre. Que no volvió a verme. No vino a buscarme, ni siquiera a despedirse. Desapareció de aquí como había entrado, sin decir nada.

Asentí, comprendiendo. Sabía de lo que hablaba. Esa misma razón era por la que había apartado a Pablo de mi vida, previniendo futuros lamentos y diferencias entre nosotros.

De repente, la cara de Anya se torció en un gesto extraño que deduje como dolor. Toda ella se retorció sobre su propio cuerpo, llevándose una mano a su vientre. Me levanté sobresaltada.

—¿Qué sucede, Anya? ¿Te encuentras bien?

Ella asintió, con el cabello rubio tapando su rostro; pero no dijo nada. Creo que se encontraba demasiado indispuesta para articular palabra. Sin dejarme convencer, me acerqué y aparté su pelo, descubriendo así su cara, que se había vuelto colorada y desfigurada por el dolor.

—¡Anya! —exclamé, realmente angustiada—. No tienes buen aspecto. Voy a llamar a Andrés; necesitas que te vea un médico.

Negó con la cabeza lo más contundente que su estado le permitió.

—No lo hagas —murmuró—. No es necesario. Ya estuve ayer con Marisol, la enfermera; y ella me revisó y comprobó que todo estaba en orden.

—¿Con Marisol? ¿Y por qué fuiste a verla? ¿Va todo bien, Anya? Ahora parece que eres tú la que no me cuentas las cosas —la acusé, con una angustia que, sin saber por qué, estaba comenzando a oprimirme el pecho.

Anya buscó el taburete y se sentó. Daba la impresión de que fuese a desmayarse en cualquier momento. Con la mirada un tanto perdida, me miró y me dijo:

—No te preocupes, anda. No es nada. Fui por unas molestias sin importancia y ella me chequeó, y me explicó que esta clase de dolores eran normales cuando se está embarazada. A todas las mujeres les pasa...

Lejos de tranquilizarme, la indignación se hizo más grande en mí. Estaba a punto de estallar en una crisis de cólera, irritada por su resignación y sumisión.

—¡No a todas! ¡No todas las mujeres embarazadas están obligadas a acostarse con quien quiera que se pone en su camino! ¡Ni a hacer cosas sucias, degradantes e inapropiadas para su condición! Dime, Anya, ¿con cuántos hombres follaste ayer, sin descanso, durante horas? ¿Con cuántos lo harás esta noche? ¡Eso no puede ser bueno para mi sobrina! ¡¿Es que no lo ves?! ¡¿Es que no lo ven ellos?!

La mirada de Anya palideció aún más, si cabe. Clavó sus ojos verdes en los míos y, de repente, me sentí culpable por causarle el dolor que veía en ellos.

—¡Basta ya, Yurani! Eres demasiado dura, demasiado exagerada con todo. Sabes que no tengo más opciones. Y créeme que intento hacerlo lo mejor que puedo. Algún día, cuando el embarazo esté más avanzado, Andrés lo entenderá y me permitirá darme un tiempo para descansar y esperar a mi bebé.

Mentía, ella sabía que mentía tanto como lo sabía yo. Suspiré resignada, sin querer causarle más daño. Y me acerqué, temblorosa, como quien no está acostumbrado a dar su cariño; apoyé una mano sobre su hombro y la dejé ahí.

—Si necesitas algo, lo que sea, no dudes en decírmelo.

Anya sonrió de nuevo con una sonrisa débil y cansada, pero reconfortada ante mis palabras de aliento. Se incorporó haciendo esfuerzos que eran más que notables. Y se dirigió a la puerta del servicio.

—Ahora, vámonos. Las niñas ya deben de estar dormidas y Jénifer nos estará esperando. Lo que menos necesito es una regañina por su parte.

A disgusto, seguí sus pasos y salimos de allí. Anya se me adelantó y se marchó del dormitorio, insegura sobre sus tacones altos, con los que tanto le costaba caminar debido a su peso actual. Mientras, yo me aseguré de que nuestras hermanas estuvieran acostadas y, tras comprobarlo y darle un beso en la frente a cada una, me dispuse yo también a abandonar el pequeño cuarto.

Entonces, cuando apenas hube dado unos pasos, me topé de frente con Anya. La visión que vi de ella me paralizó por completo. Se encontraba hincada en el suelo, arrodillada, y sujetaba su ya abultada barriga con sus delgadas manos, en un gesto inconsciente por proteger lo que llevaba dentro. Pasado el primer impacto, que me había dejado bloqueada, me apresuré en correr a su lado, con una angustia que se acrecentaba cuanto más me acercaba.

En lo primero que me fijé fue en su expresión, compungida y desorientada.

—¡Anya! ¡¿Qué te pasa?!

Ella me miró con sus ojos verdes vidriosos clavados en mí, mirándome sin verme.

—¡No me pasa nada! —protestó, con un tono de voz nada convincente—. ¡No soy una inválida! ¡Dejad de tratarme como si lo fuera!

Haciendo caso omiso a sus palabras, la sujeté por los brazos, decidida a ayudarla a levantarse. Anya se dejó hacer, demasiado agotada para quejarse. Reprimió un gesto de dolor; pero a mí no me engañaba. El dolor era evidente

en su mirada. Había algo que iba mal, muy mal. Y a mí, inexperta y torpe en esos temas, no se me ocurría cómo ayudarla. Lamenté profundamente que no estuviese Leslie cerca, la cual seguramente ya estaría en su habitación acompañada por algún varón. Con certeza, ella habría sabido resolver esa situación mejor que yo.

Entonces, alarmada, mis ojos se desviaron hacia abajo y se percataron de algo que me había pasado inadvertido hasta entonces. En el suelo, bajo las piernas encorvadas de Anya, había un charco de sangre, sangre que ella habría perdido sin ni siquiera darse cuenta. Lancé un grito angustiado, presa de un pánico desbordado que casi me estaba asfixiando.

—¡Anya! ¡Estás sangrando, estás sangrando! ¡Algo pasa con el bebé, algo pasa con Azahara!

Sin pensar en que, de ese modo, solo conseguiría asustar más a mi amiga, me dejé llevar, cegada por una ansiedad indescriptible. Ella, en cambio, parecía tranquila. Entre dientes, con una voz que casi no se escuchaba, hablaba; pero lo hacía como en otro mundo, como si hubiera perdido la cabeza de repente.

—No pasa nada, no pasa nada —repetía susurrando—. Todo está bien, no pasa nada.

Sentí su peso deslizarse sobre mis brazos. Su cabeza se echó hacia atrás y perdió la poca consciencia que le quedaba. En un acto reflejo, empleando toda mi fuerza para no dejarla caer, comencé a gritar casi sin aliento:

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda! ¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Ayudaaaaaa!

Tras unos segundos que parecieron horas, el pasillo, antes abandonado y carente de vida, se llenó de miradas curiosas, todas alarmadas por semejante escena.

Con el alma ya fuera de mi cuerpo, en un estado casi inconsciente, vi cómo se llevaban a mi amiga en una camilla improvisada. Algunos hombres y también un par de muchachas que se ofrecieron para dar su ayuda, tiraban de ella y se apresuraban a guiarla hacia la enfermería. Con la mirada perdida, permanecí inmóvil, con mis manos manchadas de rojo y con un peso gigantesco, insostenible, que me estaba aplastando el alma.

Enloquecida, completamente histérica, me hice paso entre la gente y corrí hacia ella. Conseguí ver su rostro, con los ojos cerrados y una extraña sensación de paz, antes de que la apartaran de mi vista. Cerré los ojos y me concentré en guardar su cara en mi memoria, preguntándome si esa sería la



última vez que vería a mi amiga y maldiciéndome por atreverme a pensar eso y por no haber actuado antes, cuando todavía podía hacer algo por ella. Después, en mi propia lucha interna, me convencí de que todavía no era tarde. Quizá todavía había tiempo. La vida no podía ensañarse tanto con nosotras; no podía ser tan injusta. Pero se me olvidó plantearme algo: ¿acaso había algo de justo en nuestra insignificante vida?

## UNO NO SE MUERE CUANDO QUIERE

Los gritos que yo había empleado para pedir ayuda, más fuertes de lo que había pensado, alertaron a las pequeñas e interrumpieron su sueño. Ambas, tanto Kim como Celia, se encontraban ahora a mi lado, interrogándome con sus ojitos, unos oscuros y otros claros, pero asustados por igual. No pude tranquilizar su angustia; no pude inventar nada para mantenerlas tranquilas. Era incapaz hasta de pensar con claridad, demasiado aturdida con todo lo que estaba pasando.

Leslie se había unido también a nosotras. Ni siquiera me di cuenta de en qué momento apareció, o si acaso había sido testigo del desfallecimiento de nuestra amiga. Poco a poco, el corredor se fue quedando vacío, volviendo cada una a sus propias ocupaciones. Con sobresalto o sin él, había que cumplir con lo acordado, con lo firmado en un contrato inexistente, y volver a las obligaciones carnales. Pero yo me negué firmemente en moverme de la cafetería, que quedaba enfrente de la enfermería. Tampoco fui llamada a trabajar, nadie me molestó con órdenes ni advertencias. Lo mismo hizo Leslie que, en silencio, no dejaba de mostrarme su apoyo y su propia preocupación, permaneciendo fielmente a mi lado, sentada en una silla próxima a la mía.

Con una taza de café caliente en las manos, permanecí allí, vagando entre mis propios pensamientos; debatiéndome entre el pasado, el presente y el amargo futuro que nos esperaba allí metidas, donde nada bueno podía pasarnos. Y, si alguna vez pasaba, las frías y oscuras paredes de ese antro se empeñarían en desbaratarlo. Las horas transcurrieron sin apenas darnos cuenta y la noche se marchó. Nos mantuvimos despiertas, pegadas unas a otras y con la mirada compasiva de Sofí, la cual había llegado a abrir su pequeño negocio bien entrada la mañana y se había enterado de todo, quién sabe de boca de quién, puesto que a esas horas todas las internas debían estar en un profundo sueño.

Al cabo de un rato más, cuando ya pensaba que iba a volverme loca de los nervios, Jénifer apareció con su habitual andar altivo y mirada fría, carente de sentimientos.

—Anya ha despertado. Quiere verte.

Leslie y yo nos pusimos de pie de un salto, mirándonos una a la otra,

preguntándonos a quién se referiría, aunque creo que ambas sabíamos la respuesta.

—Yurani, sígueme. Eso sí, te aviso de que no dispones de mucho rato. Anya está delicada y no es conveniente causarle más emociones, ni que se altere demasiado —explicó con voz monótona.

Me pregunté si esa chica joven, pero envejecida por la dureza de la vida, alguna vez habría tenido alma, si alguna vez sentiría una mínima compasión por alguien, aunque fuese por ella misma.

Antes de salir, dediqué una mirada a Leslie en la que le pedía perdón por ser yo la elegida y en la que le pedía, sin palabras, que cuidara a las niñas en mi ausencia. Ella asintió sin necesidad de decir nada más, como queriéndome librar de cargas y de culpas que, en realidad, no tenía.

Respiré agitada, de pie frente a la puerta de la enfermería. Mi cuerpo se estremeció en una convulsión inevitable, temerosa de lo que iba a encontrarme al otro lado y sin estar segura de querer verlo.

Me armé de valor y di unos cuantos pasos más, los decisivos, los que me llevarían a mi amiga, aunque un sexto sentido me avisaba de que no me iba a gustar lo que iba a ver. Y, en efecto, así fue. El aire que se respiraba allí dentro estaba cargado de sufrimiento, de una tremenda injusticia con la que nunca podríamos luchar. Anya se encontraba sola, tumbada en una cama demasiado grande y vieja para ella, y su aspecto era tan lamentable que dolía mirarla. Aturdida, como despertándose de un eterno trance, giró su cabeza y dirigió su mirada hacia mí, esperándome, intuyendo mi presencia y con la seguridad de que yo nunca la abandonaría, no importaba cuales fuesen las circunstancias. Una débil sonrisa se iluminó en su apagado rostro al corroborar eso. En silencio, me invitó a acercarme y yo lo hice. De repente, nos habíamos quedado solas. No me había dado cuenta de en qué momento Jénifer se había marchado, acompañada por la enfermera, y me había dejado sola con algo que no sabía si estaba preparada para enfrentar.

De pie junto al lado derecho de mi amiga, estiré mi mano temblorosa y toqué su mejilla, con un cuidado extremo de no causarle más daño.

—¿Cómo estás? —pregunté en un susurro, aun conociendo bien la respuesta.

—No muy bien —confesó ella en un susurro también, pero sin dejar de sonreír—. Dicen que he perdido mucha sangre.

Guardé silencio, demasiado cobarde para preguntar lo que quería saber, lo que me había mantenido en vilo toda la noche, negándome a aceptar la

realidad. Anya se me adelantó y resolvió mis dudas, con un tono de voz tan resignado que me aterraba.

—La he perdido, Yurani. He perdido a mi niña.

Su voz se apagó, haciéndole imposible seguir hablando. Sus ojos verdes, fijos en los míos, se empañaron, presos de un dolor insostenible. Luché contra el mío propio, contra las lágrimas que amenazaban con salir, despiadadas, para dar rienda suelta a todo mi sufrimiento.

—Lo siento —murmuré con voz ahogada—. Lo siento, de verdad. Ahora, tienes que ser fuerte, amiga. Y estar tranquila. Eres joven... y habrá más oportunidades.

Anya negó con la cabeza, o lo intentó al menos. Con aire derrotado, me dijo:

—No, Yurani. No hay más oportunidades, no para mí. Acabo de perder a lo único importante que he hecho en mi vida, a la persona que podía cambiarlo todo, todo.

Desvió su mirada y la fijó en la pared blanca. De pronto, tuve ganas de sacudirla, de hacerle entrar en razón e infundirle un poco de fuerza, de esa que a mí me sobraba.

—¡No digas eso, Anya! —le reproché—. ¡Todavía tienes a Celia! ¿O acaso te olvidas de ella? Ella te necesita y tienes que ser valiente por ella.

Giró la mirada de nuevo hacia mí, con un toque de esperanza en su interior al oírme nombrar a su hermana.

—¿Cómo está? ¿Cómo están mis chicas?

—Bien —mentí, omitiendo el hecho de que ambas habían aguantado toda la noche despiertas como unas verdaderas luchadoras, esperando noticias de la salud de Anya—. Piensan que tienes un simple resfriado y están deseosas de volver a verte.

Otra sonrisa, más débil aún, se dibujó en los labios de mi amiga.

—Bien. Mejor así. Prométeme que cuidarás de ella como si fuese tu propia hermana. Por eso te he hecho llamar a ti y no a Leslie. Pídele perdón de mi parte. La quiero mucho, Dios sabe que es así, pero contigo siempre fue diferente. Desde que te vi por primera vez, cuando solo eras una chiquilla asustada, vi en ti algo que me deslumbró y me ató a ti. Siempre he sentido una necesidad de protegerte. Y, ahora, soy yo la que necesita ayuda. Por eso confío en ti y sé que puedo hacerlo. Prométemelo ahora, Yurani.

Su voz era suplicante, dejando ver claramente todo el miedo que sentía por el futuro de su hermana pequeña. Acerqué mi mano a la suya y se la apreté

con fuerza.

—Celia es mi hermana. Y lo será siempre. Pero no será necesario que yo cuide de ella; estarás tú para hacerlo, como siempre has hecho.

Anya me mantuvo la mirada y torció su rostro en un evidente gesto de conmoción. Entonces, habló con tal conformismo que me heló las entrañas.

—Se acabó, Yurani. Es mi fin, pero no el tuyo. Tienes que jurarme que seguirás siendo fuerte, como siempre has sido. Y que no dejarás que nada ni nadie entorpezca tu camino. No puedes cambiar nunca, amiga. Y tienes que luchar, contracorriente si es necesario, para salir de aquí. Y llévatelas contigo.

Sentí que iba a desmayarme. Quería llorar, quería gritar a los cuatro vientos mi desesperación, la infinita angustia que me estaba partiendo por dentro, pero no podía hacerlo. Tenía las lágrimas atascadas en mi corazón.

Anya, con la voz temblándole de miedo, susurró:

—No quiero morir, Yurani. Tengo miedo.

Me oí decir a mí misma que eso no iba a pasar, que no dijera tonterías, que se iba a poner bien y no iba a morirse ni mucho menos, que no le sería tan fácil librarse de nosotras. Sin embargo, una extraña voz en mi interior me atormentaba y desmentía mis palabras. Esa voz me repetía incansablemente una frase que averigüé hacía ya demasiado tiempo, cuando era yo la que convalecía en esa misma cama víctima de una violación brutal y desgarradora. Anya no quería morirse, quería agarrarse a la vida con toda su fuerza, pero yo sabía la verdad. Y la verdad no era más que una: «Uno no se muere cuando quiere».

## ADIÓS, AMIGA

¡Qué lento pasa el tiempo cuando la angustia te carcome!, cuando esperas con desesperación el desenlace de una noticia, de un hecho que marcará tu vida irrevocablemente, para bien o para mal.

Así estábamos nosotras, aguardando sentadas, esta vez en nuestras camas, pues poco más podíamos hacer. Esperar y seguir esperando. Tanto Kimberly como Celia necesitaban descansar; no habían dormido en toda la noche y ya era casi la hora de comer. Como ninguna nos sentíamos en condiciones de hacerlo, Leslie pidió permiso a los superiores para ausentarnos y permanecer en nuestra habitación. Extrañamente, no hubo pega alguna. Nos dejaron allí, en la intimidad de nuestra soledad conjunta, libres para vivir nuestra agonía.

Las pequeñas, aunque se quejaron un poco al principio (en especial Celia, que se negaba en correr el riesgo de perder alguna información sobre su hermana), acabaron sucumbiendo al sueño, tan agotadas que, en poco más de cinco minutos, dormían como unos bebés. Rondaban ya los ocho años y su pequeña cabecita no daba para imaginar el horror al que nos enfrentábamos, la gravedad de la situación y la terrible realidad... Anya había perdido a su hijita mucho antes de conocerla. Mucho más que eso, ¡no la había perdido! En realidad, se la habían arrebatado, la habían arrancado de sus entrañas, a causa de forzados actos sexuales y esfuerzo diario.

Con las pequeñas dormidas juntas en la cama de encima de la mía, dejé correr las horas, maldiciendo y jurando por lo bajo, odiando a todo aquel que formaba parte de ese negocio turbio. En esa casa, había aprendido también a odiar y ese sentimiento era tan grande que se escapaba a mi razonamiento. Me hacía olvidar todo lo demás, hacía que me costase creer que alguna vez fui una niña inocente como las que tenía sobre mí.

Leslie permanecía allí, con la mirada ausente, clavada en un punto fijo de la pared. Si no la conociese bien, hubiese asegurado que le traía sin cuidado todo lo que estaba sucediendo. Su expresión era fría, carente de emociones; sin embargo, sabía que en su interior bullía un torbellino de sentimientos. Por el movimiento nervioso de sus dedos, que se entremezclaban, supe que se sentía amenazada ante la debilidad del sufrimiento y por eso trataba de alejarse, de mantener esa compostura indiferente. Me levanté de mi cama y me

dirigí a la de ella. Despacio, me senté a su lado. No nos miramos, no nos dijimos nada. Las palabras eran insignificantes para expresar lo que teníamos que decirnos. Nos bastó con permanecer así, juntas, sintiéndonos muy cerca, aunque sin llegar a tocarnos. Ninguna de las dos éramos aptas a dar muestras de cariño; por mi parte, exceptuando a mi hermana, rara vez le ofrecí un abrazo a nadie, ni recordaba haberles dicho a mis amigas lo que significaban para mí. Leslie era igual o peor que yo en ese sentido. Pero nos conocíamos y, lo que es más importante, nos comprendíamos. Así que sufrimos ambas, en silencio, pero juntas, compartiendo ese dolor por la que había hecho durante más de dos años de nuestra hermana mayor.

No sé cuánto tiempo estuvimos así; solo recuerdo que la luz que recibíamos desde el exterior se apagó y seguimos así, a oscuras. De repente, el interruptor se encendió y apareció ante nosotras Jénifer. Y junto a ella había alguien más. Mis labios se torcieron en un gesto de fastidio al comprobar que era Andy, al cual trataba siempre de evitar y había conseguido así encontrármelo el menor número de veces posible desde mi llegada. Él, por su parte, hacía lo propio. Los días que no podíamos evitar coincidir, apartaba rápido la mirada y se escabullía, quizá arrepentido por su traición, la cual no había olvidado ni podría olvidar nunca.

Aquella noche, no actuó diferente. Al cruzarse nuestras miradas, en un fugaz instante, se apresuró a desviar sus ojos oscuros hacia Leslie, asustado quizá ante el brillo de rabia que se encendía en mi mirada. Demasiado cobarde para ser él el encargado de darnos la noticia, pidió relevo a Jénifer, haciéndole un gesto como señal de que hablara. Jenni dio unos cuantos pasos más y se acercó a nosotras. Sus pasos eran lentos, más indecisos que de costumbre. Analicé su rostro con rapidez, necesitada de repente de hallar respuestas en sus facciones. Entonces, lo comprendí. Sabía que todo estaba mal desde que vi la cara de Jénifer frente a mí. Insegura como no lo había sido nunca, se mordía los labios con evidente nerviosismo, dudosa sobre si pronunciar lo que pretendía decirnos. Sus ojos, siempre tan altaneros, dejaban ver una muestra de compasión, un atisbo de culpabilidad por algo de lo que, en realidad, no era culpable.

Me negué a escuchar sus palabras, así como el sonido atronador que retumbaba mi corazón. Me encogí sobre la cama como una niña pequeña y me tapé las orejas en un intento inútil de negar lo evidente. Sin embargo, Jénifer habló de todos modos y su voz llegó a mis oídos, por mucho que me esforzara en evitarlo.

—He venido a hablar con vosotras. He preferido hacerlo yo personalmente por todo el tiempo que, para bien o para mal, llevamos compartido. Traigo malas noticias. Y lamento profundamente tener que deciros esto.

Guardó silencio, descubriendo de pronto la presencia de alguien más en la habitación. Era la pequeña Celia que, seguida de mi hermana, se había bajado de la cama y se aproximaba ahora a nosotras con mirada soñolienta y gesto aturdido. Supongo que llevaba despierta bastante tiempo, lo suficiente para escuchar las palabras de Jénifer y asustarse por ello. Se dirigió hacia ella y, mirándola desde abajo, le preguntó:

—¿Dónde está mi hermana? Quiero verla. Ya está tardando mucho.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Todos, absolutamente todos, clavamos la vista en la figura infantil que nos hablaba, casi suplicante, implorando sobre lo que tanto necesitaba.

Ella, por su parte, siguió atravesando a Jenni con sus ojitos verdes, idénticos a los de Anya. Jénifer volvió la mirada hacia mí y, por primera y única vez, la vi dudar, tratando desesperadamente de hallar las palabras adecuadas para destrozarse la vida de una niña, la cual ni siquiera había comenzado a vivir.

A continuación, tras un largo suspiro que se me antojó eterno, se dirigió a ella con un tono dulce, casi exagerado de tan poco que estaba acostumbrada a utilizarlo:

—Tu hermana no puede venir. Ha pasado algo muy malo. Lo siento.

—¡No te entiendo! ¡No sé qué quieres decir! ¡Quiero ver a mi hermana! ¡Quiero verla! —exclamó Celia con unos gritos que me desgarraban el corazón.

Por si eso fuera poco, se acercó a mí y se lanzó a mis brazos. Vi en su expresión la certeza de quien sabe que está todo perdido; a pesar de su corta edad, había logrado adivinar lo que estaba sucediendo. Pero se negaba rotundamente a creerlo.

—¡Yurani, dime dónde está Anya! Quiero ir a verla, llévame con ella.

Sentí cómo el nudo que ya se había formado en mi garganta me apretaba más y más fuerte, amenazando con ahogarme.

—Tranquila —me oí murmurar mientras me ponía en pie.

Apretando a Kim y a Celia, una a cada lado de mi cuerpo, me preparé para lo inevitable. No tenía sentido alargarlo más. Miré a Jenni con toda la dureza que mis ojos fueron capaces de expresar.



—Habla de una vez. Suéltalo ya.

Ella suspiró y se llevó la mano a su abundante cabello, echándoselo para atrás.

—Anya ha muerto. Han intentado hacer todo lo posible por ella, pero había perdido demasiada sangre y perdió más durante el legrado. Desgraciadamente, no se ha podido hacer nada más. Lo siento.

Para esas alturas, ya nadie la escuchaba. Yo me había quedado anclada en la primera frase que soltaron sus labios: *Anya ha muerto. Ha muerto, ha muerto...* Esas palabras se repetían enloquecidas en mi cerebro, impidiéndome ver y pensar con claridad. Creí que iba a desmayarme, iba a perder la consciencia y caerme al vacío; pero no lo hice. Es asombrosa la capacidad que tiene el cuerpo humano de aguantar el dolor, soportando hasta lo insoportable.

Vi a Celia desfallecer. La vi hundirse en su propio abismo. Sin pedir más explicaciones, corrió a esconderse en un rincón de la habitación. Kimberly salió a su encuentro y la siguió, con expresión aturdida aún, incapaz de creer lo que veían sus ojos. ¡Mi pobre y pequeña hermana! No entendía nada; pero, aun así, protegió y apoyó a su amiga como solo las verdaderas amigas hacen. Celia convulsionó en un llanto incontrolable. Y yo no hice nada, ¡nada!, para calmar su dolor.

Jennifer y Andy nos dedicaron ambos miradas de compasión. Después, salieron una detrás del otro, sin saber nada más que decir.

Leslie lloró desconsoladamente en silencio. Las lágrimas caían por su rostro moreno, nublándole la vista y ensombreciéndole, un poco más, el corazón. Quiso consolarme, quiso demostrarme que ella estaba allí para ofrecerme su hombro, aun cuando estuviese sumida en el mismo dolor que yo. Estiró su mano para buscar la mía; pero se la aparté con brusquedad. A pesar de no tener culpa de nada, no quería hablar, no quería pensar, no quería sentir.

Me dejé caer al suelo, en medio de ese cuarto oscuro al que ya nunca podría mirar con los mismos ojos que antes. Y me tapé la cabeza con mis manos temblorosas. Las lágrimas me quemaban por dentro; pero se negaban a salir, burlándose de mí. No quedaba rastro de ellas en mi interior. No pude llorar, por mucho que lo intenté. No pude dar rienda suelta a mis sentimientos, retenidos durante tanto tiempo. Pero me oí gritar. Escuché, muy lejanos, los aullidos desesperados que rasgaban mi alma. Grité, grité tan fuerte y durante tanto tiempo, que pensé que iban a romperse las paredes de esa maldita casa, sepultándonos a todos bajo sus escombros.

Nadie se atrevió a detener mis lamentos, ni Leslie, ni Kim, ni Celia; ni tampoco nuestras demás compañeras, enteradas ya de la terrible desgracia a causa del alboroto causado en la noche.

Tampoco vinieron los superiores a reprochar mi comportamiento. Quizá les podía su propia carga, el peso de la culpabilidad que, a partir de ahora, cargarían siempre sobre sus espaldas. O, al menos, quiero pensar eso.

Pensé en matarlos. Me juré a mí misma que iba a acabar con cada uno de ellos; aunque eso fuera lo último que hiciese en la vida. Los aplastaría como a ratas y me cobraría, con gusto y sin contemplaciones, todas y cada una de las lágrimas que había derramado por su culpa, y también las de mis seres queridos. Por el momento, como no podía hacer nada más, seguí gritando.

Para bien o para mal, la vida sigue, aunque no lo queramos. El mundo se empeña en seguir girando, obligándonos a girar con él, sin importarle lo que hayamos dejado en el camino. Y así fue cómo la vida continuó, sin Anya. No nos quedó más remedio que aprender a estar sin ella. De mi amiga, solo quedó el recuerdo. Se destruyeron sus vestidos, sus zapatos, todo cuanto quedaba de ella. En poco tiempo, en apenas un par de semanas, se dejó de escuchar su nombre. La noticia ya había quedado atrás; ya no era interesante hablar sobre lo sucedido. Y el negocio siguió como si ella nunca hubiese existido, como si no hubiera pasado nada. A mí, en cambio, me dejó algo que la haría vivir siempre, que me recordaría, día a día, su paso por mi vida: Celia, esa muchachita de casi la misma edad de mi hermana, esa niña de pelo dorado y mirada risueña, por la que peleé contra viento y marea. Tuve que discutir mucho con Andrés, me arriesgué, desafiándolo y chantajeándolo. Le juré que, si no me permitía quedarme con esa niña, no volvería a trabajar de la misma manera que lo había hecho hasta entonces. Seguiría allí, bajo su mando y su poder, eso estaba claro, pero no me esforzaría en atraer a cuantos clientes fuese posible a mi cama. Al principio, renegó y me dio argumentos, para él, razonables. Dijo que otra niña más sería demasiada responsabilidad para mí, que llegaría un momento que yo no podría cargar con tanto peso sobre mi espalda. Después, tras valorar también la difícil situación que se les presentaba, puesto que soltar a Celia a la deriva en una ciudad desconocida, suponía un verdadero peligro para ellos (y acabar con ella aún más), terminó aceptando. En gran parte, ayudaron los motivos que le brindé. Celia no siempre sería una niña; acabaría creciendo de un modo u otro, y entonces podría salir a la luz todo lo que no se podía saber, todo lo que había vivido y visto en esa casa. No me faltaba razón y Andrés lo sabía. Por muy pequeña que fuese, Celia no era estúpida. Se daba perfecta cuenta de que aquel no era un hogar común y corriente, de que aquella no era una familia de cuentos de hadas. Y, con el tiempo, cuando su cerebro madurara, a la vez que su cuerpo, acabaría comprendiendo la magnitud de los hechos, la gravedad de todo lo que escondían esas paredes. Y quién sabe si decidiría buscar ayuda y contarlo, librándose de ese peso con el que cargaría siempre. Recordaría, de eso estaba

segura, como lo haría yo hasta el último día de mi vida.

Por eso, Andrés dio su visto bueno en que yo pasara a ser la responsable completa de aquella huerfanita, advirtiéndome de que asumiría total responsabilidad sobre ella y sus actos. Pude ver un atisbo de felicidad en el rostro de Celia cuando le di la noticia. Fue la primera vez que sonrió desde lo sucedido. También lo hizo Kimberly, que la adoraba y no podía imaginarse ya un mundo sin ella. Se habían convertido en partes del mismo cuerpo, inseparables casi desde que se conocieron. Ver sus caras de satisfacción calmó un poco la angustia que llevaba conmigo desde aquel fatídico día. Me prometí cuidarlas y protegerlas de la mejor manera posible; aunque, en realidad, no sabía cómo hacerlo conmigo misma.

Los días se me antojaban interminables, dejando pasar las horas con juegos y cuentos a las pequeñas con los que era inevitable recordar más a mi amiga. Las noches... las noches eran simplemente insoportables. Realizaba mis labores sexuales como una autómatas, haciendo y dejándome hacer con una naturalidad admirable, como si mi alma ya no perteneciese al cuerpo desnudo que ofrecía, sin ningún tipo de remordimiento ni pudores.

Después, cuando el silencio se apoderaba de la casa y me quedaba a solas en mi habitación con la única compañía de mis recuerdos, pasaba largas horas visualizando a Anya, dibujaba su imagen, me esforzaba en escuchar su risa, su voz cantarina... y me prometía a mí misma no olvidar nunca. A veces, ni siquiera dormía.

Con Leslie... bueno, si debo ser sincera, algo se rompió entre nosotras. La quise, la quiero y la seguiré queriendo mucho, de eso estoy segura; pero, con la pérdida de Anya, se perdió también una parte de nuestra amistad. No hubo culpables, ni motivos para ello. Quizá fue la imposibilidad de mantener un grupo unido, porque ya no era grupo. Ahora solo éramos dos, dos muchachas demasiado dolidas y marcadas por la maldad ajena, y con un dolor demasiado grande para nuestros catorce años. Seguimos juntas, por supuesto, continuamos compartiendo charlas, cafés y sesiones de belleza previas al trabajo, pero dejamos a un lado los sueños, los deseos y las esperanzas, apartando todo eso, como si realmente no lo mereciéramos. No volvimos a hablar sobre Anya; no nos atrevimos siquiera a mencionarla por miedo a aumentar la pena.

Ella me demostró su fidelidad de otra manera; me ayudó en el cuidado de mis chicas pequeñas, turnándose conmigo para que las dos tuviésemos oportunidad de descansar. Ambas vigilábamos el sueño de las niñas, velando

por su seguridad. Ahora, era Celia la que se despertaba por las noches, presa de unas pesadillas crueles que se empeñaban en atormentarla, forzándola a recordar.

Sin embargo, olvidó, como olvidan todos los seres humanos; de una forma normal y cruel a partes iguales. Con el paso del tiempo, en apenas dos meses después del fallecimiento de su hermana mayor, Celia volvió a ser la niña que era antes. Sonreía, se divertía y soñaba como cualquier niña de su edad. Desvió en mí todas sus atenciones, todas sus necesidades de amor. Y yo traté de cubrirlas como pude, bien sabe Dios que lo hice.

Mentiría si dijese que fui fuerte. No cumplí con las expectativas que Anya había puesto sobre mí, pues me estaba dejando desfallecer, poco a poco, sin hacer nada por remediarlo. La vida me decía que ya nada tenía sentido, que no se trataba solo de la pérdida de una amiga, sino de mí misma, de mi futuro. Allí, donde la oscuridad se burlaba de nosotras, nos esperaba un destino similar, más tarde o más temprano. El pensamiento del suicidio rasgó mis venas en numerosas ocasiones. Me visualizaba víctima de pensamientos enloquecidos, saltando desde una ventana y lanzándome al abismo. Otras veces, me quedaba observando el grifo de la ducha con la mirada perdida y el cuerpo paralizado, tratando de buscar el valor para poner fin a mi suplicio; pero no lo tenía. Era una cobarde; siempre lo había sido. Por eso, me resigné a seguir subsistiendo, a permanecer en esa rutina esclava que me estaba volviendo loca.

Una noche, mientras me hallaba envuelta en esos pensamientos dañinos, sentí la puerta del baño al abrirse. Por ella, apareció Kimberly restregándose los ojos con una mano, y apretando con fuerza a su muñeca Lara con la otra.

—¿Qué haces aquí, Kim? —le pregunté mientras me apresuraba en salir de la ducha y cubrirme con la toalla—. Son casi las cinco de la madrugada.

—No puedo dormir.

Me acerqué a ella y acaricié su oscuro cabello con ternura.

—¿Por qué? ¿Has tenido una pesadilla?

Movió su cabecita de lado a lado. Después, fijó sus ojos negros en los míos y su mirada casi me pareció la de una persona mayor, de tanta seriedad con la que me observaba.

—Tengo miedo, Yurani. No quiero perderte.

—Y no lo vas a hacer, cariño. No me perderás nunca. Te lo dije un día y te lo repito ahora: nunca me iré de tu lado.

Mis palabras quisieron ser tranquilizadoras. En un principio, creí que se

trataba de una simple llamada de atención, una petición de compañía y cariño. Después, contemplando su gesto, cada vez más profundo, me di cuenta de la gravedad de sus temores, en el fondo justificados.

—Prométeme que no te irás nunca. No quiero que te vayas con Anya.

Ya está, lo había dejado salir y ahora sus ojos, y también los míos, se habían empañado. Sin dejar de mirarla, comprendí de pronto que mi hermanita, con sus casi ocho años, había dejado de ser una niña a pasos obligados. Se había convertido en un ángel protector, un apoyo incondicional para Celia, la cual sin ella no hubiese podido afrontar un dolor tan grande. Sentí pena por ella y por mí misma. Y fue entonces, en ese preciso momento, mientras la estrechaba en mis brazos y la acariciaba con dulzura, cuando me juré a mí misma que no permitiría que se hundiera nunca, bajo ningún concepto. Lucharía por ella con uñas y dientes, contracorriente si era necesario, hasta que no quedara un solo latido en mi corazón.

## TODAVÍA QUEDA UNA OPORTUNIDAD

La vida tiene una capacidad asombrosa de hacernos tomar una decisión, de poner a personas y pruebas en nuestro camino con una única misión.

Jamás pensé que Jenni fuera una de esas personas. Ella, con su insensibilidad innata, con su nula capacidad para ponerse en la piel de los demás, jugó un papel decisivo e inesperado en mi vida.

Me encontró una tarde, en una de esas tardes en las que daba todo por perdido, sentada en el rincón de la sala de ocio, auto-compadeciéndome y maldiciendo mi propia existencia. No había más de cuatro chicas junto a nosotras; estas, cuando su telenovela favorita hubo acabado, abandonaron la sala y nos dejaron solas. Ninguna se atrevía ya a consolarme, ninguna se interesaba por mi estado ni se preocupaba por mi bienestar; me habían dado, en definitiva, por perdida. Pasaban a mi lado casi sin verme, seguían sus caminos como si yo no existiera, como si fuera un simple adorno más de esa casa. Ella, en cambio, lo hizo. Se quedó cuando todas las demás se habían ido, y se acercó con paso lento pero decidido. La vi plantarse enfrente de mí, la vi analizar mi aspecto con atención y vi su gesto reprobatorio al comprobar mi apariencia lamentable.

—¡Das pena!

Levanté la cabeza unos segundos para mirarla. Después, haciendo caso omiso a sus palabras, volví a agacharla. Cerré los ojos y me sumergí en mi mundo interior, donde ni ella ni nadie podían alcanzarme.

—Mírate, Yurani, pareces una muñeca de trapo. Inservible, apagada y derrotada. Dentro de poco, ni siquiera los hombres pondrán sus ojos en ti.

Si lo que pretendía era ofenderme, no lo consiguió. Hacía mucho que sus insultos habían dejado de tener importancia para mí.

—¿A qué has venido? —le pregunté con voz calmada.

—A abrirte los ojos. Creo que necesitas con urgencia a alguien que te quite esa venda que tú misma te has puesto... y que acabará por dejarte ciega.

Dejé salir una risita irónica que no pudo disimular un toque de amargura.

—¿Y tienes que ser tú esa persona? No eres la imagen que tengo de ángel de la guarda.

—¡No soy un puto ángel, Yurani! Pero tú tampoco lo eres, así que deja de

comportarte ya como un mártir. ¡Demuestra de qué estás hecha!

—De nada. No estoy hecha de nada. Ya no hay nada dentro de mí.

No quería sonar triste; pero lo hice. Y Jénifer captó muy bien mi voz derrotada. Se agachó junto a mí y me agarró la barbilla. Me enderezó la cabeza para obligarme a mirarla y, entonces, me encontré con sus ojos color miel, un contraste de belleza y dureza en su mirada.

—¡Maldita sea, Yurani! ¡Deja de actuar como una chiquilla! ¡Basta ya, no puedes vivir en la pena eternamente! ¿Es que no te das cuenta?

Ella, con su actitud decidida, lejos de consolarme, no estaba consiguiendo sino agrandar mi angustia. Mi voz se quebró al responderle.

—¡Tú eres la que no se da cuenta! ¡No quiero luchar, no quiero superar nada! Si la vida que me ha tocado se resume a estas paredes, no quiero seguir viviendo.

Jénifer se me quedó mirando entre asombrada y decepcionada. Me cogió por los hombros y me dijo:

—Eres una cobarde, señorita. Solo los cobardes y los fracasados se atreven a desear la muerte. La vida merece ser vivida; aunque tú no lo creas. ¡Me esperaba más de ti!

Entonces, sin saber por qué razón y por qué justo con ella, me derrumbé. Dejé salir de golpe todo lo que tenía guardado dentro de mí; todo lo que había luchado por esconder mi sufrimiento, se vino abajo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y ya no pude hacer nada para detenerlas. Las dejé salir, rendida y sin fuerzas ya para fingir, mientras un dolor punzante atravesaba mi pecho. Jénifer siguió frente a mí, de rodillas y sin soltar las manos de mis hombros desnudos.

—¡Lucha, Yurani, lucha! Yo sé que puedes hacerlo.

Negué con la cabeza y, entre sollozos ahogados, le dije:

—Déjame ser débil y llorar hoy, por favor. Lo necesito. Mañana volveré a ser fuerte... Mañana. Lo juro.

Creí divisar un brillo inusual en sus ojos. Si no hubiera sido porque la conocía demasiado bien, hubiese asegurado que iba a echarse a llorar en cualquier momento. Pero no, aquella chica morena y altiva no podía permitirse tales debilidades. En cambio, me miró, sin perder esa expresión endurecida que la caracterizaba, y suspiró hondo.

—Esta noche hay una reunión importante. La organización tiene temas esenciales que tratar y han quedado en verse a las 22:00. También acudirán cuatro hombres más, cuatro de los grandes. Andrés, como sabes, tiene plena



confianza en mí y me dejará al cargo de todo. Yo soy la responsable de vigilaros a todas y controlar que todo esté en orden, pero eso será a partir de las 23:00, cuando empiecen a llegar clientes.

Abrí los ojos, sorprendida. Si bien me había mantenido indiferente hasta ahora, había conseguido levantar en mí la curiosidad. No acababa de entender para qué me contaba a mí todas esas cosas, qué podría importarme a mí esa reunión. Jénifer, como adivinando mis pensamientos, se dispuso a hablar de nuevo, sosegada, con una voz tranquila pero profunda.

—A esa hora, estaré en mi dormitorio, arreglándome. Eso me llevará exactamente una hora, una hora en la que tendréis plena libertad para lo que queráis. Esta noche... es la noche perfecta para tomar decisiones.

Mi cuerpo se tensó al escucharla. Al descubrir esa invitación que ella, de forma indirecta, me estaba ofreciendo. ¿Acaso había perdido la cabeza del todo, o es que Jenni me estaba brindando su ayuda? Me fijé en su rostro. Carecía de expresión alguna. Entonces, disipó todas mis dudas. Me miró severamente a los ojos.

—No hay muchas oportunidades en la vida. Tú tienes una. Ahora, decide si la tomas o la dejas. Y una última cosa: no mires atrás, pase lo que pase. No mires atrás nunca más.

Y sin mediar más palabra, sin darme tiempo a preguntar nada, se dio la vuelta y se alejó, con paso firme y haciendo ruido con sus tacones finos.

Me quedé allí, sentada en el suelo, con el corazón retumbando enloquecido y una nueva sensación de agitación naciendo dentro de mí. Una sensación que hacía mucho tiempo que no sentía.

## OTRA DESPEDIDA

Miré la hora por enésima vez en el reloj de muñeca que ahora colgaba de mi mano izquierda. Lo había encontrado al entrar en mi habitación, en la mesita que separaba las dos literas. Alguien había entrado cuando yo no estaba y lo había dejado allí. No me fue difícil imaginar quién.

Pero eso no era todo. Lo que en verdad hizo que mis ojos y mi boca se abrieran, toda yo incrédula de lo que veía, fue el sobre que acompañaba al reloj. Lo había cogido y abierto con cuidado, intuyendo que, fuera lo que fuera que hubiese ahí dentro, iba a cambiar mi vida. Y no me equivoqué en absoluto. Deslicé mis dedos con rapidez, contando billetes, sin poder creer lo que tenía entre las manos. Era mucho dinero, más dinero del que podía haberme siquiera imaginado. En realidad, para otros podría tratarse de una cantidad insignificante, pero para mí era todo un tesoro. También había una nota escrita con letra pequeña. La leí deprisa, sorprendiéndome más con cada palabra nueva.

«Es para ti. Lo necesitarás, para salir de aquí. Sin esto no llegarías muy lejos. Es parte de lo que he ido guardando durante todos estos años para utilizarlo en caso de emergencia. Y esto lo es. Tómallo como un obsequio por las molestias causadas».

Mis ojos se humedecieron cuando terminé de leer; se me hizo un nudo en la garganta al comprender la magnitud de ese gesto. Era lo más grande que habían hecho por mí nunca. Y, viniendo de una persona como Jénifer, se me antojaba imposible de creer. Se me pasó por la cabeza la idea de que me estuviera engañando, que todo eso solo se tratara de una trampa más, en la cual pillarme como a un ratón enjaulado. No sabía si podía creer en ella; en realidad, tenía suficientes razones para no hacerlo; pero, sencillamente, no tenía más opciones. Así que agarré el sobre, introduciendo todo de nuevo en su lugar, y lo guardé entre mis pechos, escondido entre mi sujetador blanco de encaje.

Cuando Leslie entró me encontró de pie frente a la ventana, mirando por entre los barrotes al exterior. Tardé un tiempo en percatarme de su presencia; lo sé porque carraspeó, en un intento de llamar mi atención.

—¿Te encuentras bien?

Me giré para mirarla y asentí levemente.

—Sí. Leslie...

—Dime.

Me planteé la manera correcta de decírselo, las palabras adecuadas para comunicarle mi plan con tacto. Después, de repente, decidí que era mejor soltarlo de golpe, sin andarme con rodeos.

—Nos vamos. Saldremos de aquí en una hora. Kimberly, Celia, tú y yo.

En vez de extrañarse, como había pensado que haría, mantuvo mi mirada con seriedad y se encogió de hombros, como si ya hubiese sabido que este momento llegaría.

—Yo no voy, Yurani. Yo me quedo.

—¡No digas tonterías! Esta vez no es como la otra, cuando tuve que convencerlos para salir aquella tarde por la ciudad. Esta vez no volveremos. Esta vez es la definitiva.

—Lo sé y por eso me quedo. Tú misma lo dijiste ese día, ¿te acuerdas? No tendríamos dónde ir, ni nadie que nos ayude.

—¡No necesitamos ayuda! —exclamé, con voz enfadada pero cuidándome de no gritar demasiado. Las paredes tenían oídos demasiado agudos.

—Este es mi sitio. No conozco otro. Y me quedo, Yurani.

Resoplé con fuerza, irritada ante su cabezonería.

—Está bien, Leslie. Eres libre de elegir. Solo voy a decirte una cosa: voy a despertar a esas niñas. —Señalé hacia la cama—. Y me las llevaré de aquí, porque ellas no merecen vivir en este infierno. Entonces, nos iremos lejos, muy lejos... Y no volveré a mirar atrás nunca.

Asintió en silencio, comprendiendo el significado de mis palabras. Sabía que la apreciaba, sabía que me dolía abandonarla y dejarla atrás, pero ni la pena ni el miedo impedirían que cumpliera mi objetivo. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el cuarto de baño. Antes de entrar, se giró unos segundos para mirarme.

—Voy a arreglarme para la noche. Cuando salga, espero que ya estés lejos. Te deseo lo mejor, amiga.

El nudo que ya tenía formado en mi garganta se hizo más grande. Con la voz rota de dolor, le dije:

—Y yo a ti también.

## BILLETE DE IDA, PERO NO DE VUELTA

Con las pequeñas tampoco fue fácil. Me costó convencerlas de que teníamos que hacerlo y, sobre todo, de por qué teníamos que hacerlo. Les dije, por primera vez en todo el tiempo que llevábamos en esa casa, que aquel era un sitio malo, un sitio en el que no merecíamos vivir. Que nos marchábamos a un lugar mejor, donde podrían ir todos los días al parque y, ¿quién sabe?, quizá también a la escuela. Ellas me miraban al unísono con sus ojitos pequeños e inocentes, tratando de comprender todo sin conseguirlo demasiado. Al final, entre promesas futuras y palabras tranquilizadoras, las convencí. Me esmeré en recordarles que no podían hacer ningún ruido, ni hablar sobre esto, si alguien venía a nuestra habitación antes de la hora acordada para la huida.

Recuerdo con claridad la pregunta que me hizo Celia mirándome con sus ojos verdes, demasiado profundos para su corta edad.

—¿Nos vamos con Anya? ¿Vamos a buscarla?

La tristeza se apoderó de mí cuando me vi obligada a responderle con una negativa, cuando le dije que ya no volveríamos a ver a su hermana, no en esta vida. Sin embargo, no dejé que la melancolía destrozara mis planes. Ahora no había tiempo para los recuerdos ni para las lamentaciones. Era el momento de actuar y lo haría con ganas.

Agarré una mochila y metí en ella lo imprescindible, lo estrictamente necesario. No me haría falta el vulgar vestuario con el que estaba acostumbrada a vestir. Con un par de mudas para cada una y algo de ropa interior, tendríamos más que suficiente. El sobre, por supuesto, preferí dejarlo donde estaba, bien escondido entre mi piel. Hubiera querido ponerme algo más sencillo para la ocasión, pero llamaría demasiado la atención si alguien me veía por los pasillos de esa casa con una ropa demasiado recatada, por lo que decidí dejarme el vestido azul de seda y las sandalias de brillantes.

Cuando el reloj marcó las 22:00, ni un minuto más ni uno menos, salí de la habitación, con una mochila cargada a mi espalda y mis dos niñas guiadas de mi mano. Tal vez hubiera debido esperar un poco más, pues me topé con Jénifer en el largo corredor dirigiéndose, seguramente, a su habitación. Contoneaba sus caderas sobre sus altos tacones negros y la coleta se le movía

a un lado y a otro con cada paso que daba. Me vio, sé que me vio; pero no se dio la vuelta para mirarme.

Reprimiendo un gesto de dolor por no poder despedirme de ella y agradecerle lo que estaba haciendo, desinteresadamente, por mí, seguí caminando con una única meta: la puerta de salida. Como me había avisado antes, la casa estaba vacía, no había señales de vida. La reunión ya debía de haber empezado y las demás jovencitas se encontrarían en sus respectivos cuartos preparándose para las visitas, que no tardarían en llegar.

Una ligera duda se apoderó de mi mente a medida que me acercaba a la puerta de salida con Celia y Kimberly, una a cada lado. Jénifer no me había indicado la manera de salir, no me había proporcionado ninguna llave. Y, de repente, me quedé en blanco. Algo me empujó a seguir caminando y, cuando por fin llegamos, la sorpresa se apoderó de mí al comprobar que aquella pesada puerta estaba abierta. No tuve más que girar la manecilla y esta giró, sin hacer el menor ruido ni dar aviso alguno de nuestras intenciones. Entonces, me di cuenta. Había permanecido abierta todo ese tiempo, durante los casi tres años que llevábamos allí, dispuesta a dejarnos salir cuando quisiésemos. Habíamos sido libres sin saberlo. En realidad, no era más que una prueba más del seguro dominio que creían tener sobre nosotras nuestros superiores. Estaban convencidos de nuestro sometimiento, de su autoridad terrorífica, creyéndonos lo suficientemente cobardes como para dar un paso en falso. Pero yo era valiente, siempre lo había sido; o, al menos, eso decía Anya. Y, como las amigas nunca mienten, salimos de aquella oscura casa y nos adentramos en la oscuridad, sin prisa pero sin pausa.

No corrimos; aunque hubiéramos querido, no habríamos podido hacerlo. Mis piernas eran ágiles, pero no tanto las de Kimberly y Celia. Bastante hacían ya las pobres siguiendo mis pasos sin cuestionarme, obedeciendo a pies juntillas mis normas sobre guardar silencio.

Seguimos andando junto a carreteras desconocidas para nosotras. Para nuestra buena suerte, el tiempo era cálido, solo una suave brisa acompañaba nuestros pasos. No sabía a dónde íbamos, no tenía un destino fijo en mi cabeza, solo sabía que debíamos alejarnos, lo más lejos posible, donde la maldad no pudiera alcanzarnos. Tarde o temprano acabaríamos encontrando alguna señal de vida; entonces, preguntaría por una estación de autobuses y pagaría, con el dinero que Jénifer me había dado, tres billetes. A cualquier lugar, tres billetes de ida, pero no de vuelta.

El silencio escalofriante que nos acompañaba en esa zona solitaria por la

cual ni los coches pasaban, me hacía sentir tanto miedo como una amenaza directa.

Debimos darnos más prisa, debimos echar a correr hasta donde nos dejaran las piernas, escapando del peligro inminente que se hallaba demasiado cerca; pero no lo hicimos. Nos limitamos a andar, sin soltarnos las una a la otras, en dirección recta y cruzando calzadas abandonadas. El tiempo pasó deprisa, más rápido de lo que pensamos y, poco antes de que el sol se pusiera, nos detuvimos, agotadas y perdidas. Echando una mirada a las niñas, comprendí que no podían más, estaban sobrepasando sus límites, recorriendo un trecho tan largo y sin apenas horas de sueño acumuladas. Me sentí incapaz de obligarlas a continuar, por lo que les concedí un descanso.

Mirando a mi alrededor, buscando con ahínco un lugar escondido donde pudiéramos resguardarnos de la vista ajena, si acaso llegaba a pasar alguien por allí, nos sentamos bajo un árbol. Ese fue nuestro grandísimo error; la decisión equivocada que marcó nuestro desenlace. Quizá el destino no hubiera sido distinto; aunque no nos hubiéramos parado. Quizá el destino ya estaba escrito, hiciésemos lo que hiciésemos. Nunca lo sabré, solo sé que maldije ese sentimiento de pena hacia las niñas, el cual me llevó a darles una tregua, durante mucho tiempo de mi vida.

Tanto Kim como Celia habían aguantado estoicamente todo el camino, no había recibido queja por su parte, no salió ninguna lamentación de sus labios. Habían soportado con gran valor el dolor de sus pequeñas piernas, unas piernas que no estaban acostumbradas a semejante esfuerzo. Ambas cerraron sus ojitos, tumbadas y enlazadas entre sí; y, casi al unísono, se quedaron dormidas. No lo hicieron por mucho tiempo.

Yo, lúcida por completo, con los cinco sentidos funcionando al máximo, percibí pronto la tormenta que se avecinaba, el aviso de que había llegado el fin, nuestro fin. A lo lejos, o quizá no tan lejos, se oyeron voces lejanas; voces graves, provenientes de hombres; voces que, sentada debajo de aquel árbol, me fue imposible reconocer. En cuestión de un par de segundos, me levanté de un salto y me lancé sobre las chicas. Sacudiéndolas con una fuerza fuera de lo común, no me detuve hasta despertarlas.

—¡Deprisa! ¡Tenemos que irnos!

No opusieron resistencia ni pidieron explicaciones. Ellas, con sus ojitos arrugados por el sueño, el cual no habían disfrutado en condiciones, se limitaron a obedecer como si comprendiesen lo que nos jugábamos. Aquella noche comprendí que mis niñas habían dejado de serlo. La vida, a base de

golpes, las había obligado a crecer, privándolas de la inocencia que caracteriza a los más pequeños.

Corrimos, juro que corrimos hasta quedarnos sin aliento y, aun así, seguimos corriendo como si se nos fuera la vida en ello; porque, realmente, eso se nos iba: la vida, una vida que no habíamos tenido y que ahora nos iba a ser arrebatada de nuevo. Sin rumbo fijo, seguí acelerando el paso, sujetando con firmeza las manos de mis protegidas, a las que no soltaría bajo ningún concepto. Ignorando mi propio cansancio, me concentré únicamente en la respiración agitada de ellas, que parecía que iba a detenerse en muy poco tiempo. Bien hubieran podido nominarlas por el premio al mayor esfuerzo, pues no se rindieron en ningún momento.

En el fondo, sabía que era en vano; una molesta, pero sincera, voz me decía que ya estaba todo perdido; que aquellos demonios que nos acechaban no tardarían en alcanzarnos. Habían tardado tiempo en percatarse de nuestra huida; eso podría haber sido una ventaja para nosotras. Sin embargo, contaban con unas armas que a nosotras nos faltaban: ellos tenían vehículos para acelerar el proceso y también más información; conocían al dedillo aquellos recónditos lugares.

Las pisadas se oían cada vez más cerca y ya no solo era la presencia de esos hombres la que nos amenazaba, ahora también escuchábamos el motor de un coche que se acercaba. Estábamos rodeadas, a punto de ser cazadas por un lado o por otro. Deseé tener alas, unas bonitas alas que me permitiesen alzarme, elevándonos hacia el cielo, el cual, a la fuerza, tenía que ser más bonito que aquel mundo cruel que nos rodeaba.

Entonces, de repente, un gritito angustiado me hizo detenerme. Asustada, giré la cabeza en dirección a Kimberly para descubrir la causa de su lamento. Ella me miró, con sus ojitos negros marcando una desesperación gigantesca, y señaló hacia el suelo unos metros más atrás de nosotras.

—¡Lara! ¡Se me ha caído Lara!

Trató de soltarse de mi cuerpo; pero se lo impedí, sujetándola con dureza.

—¡No tenemos tiempo!

Sabía que unos segundos de más podían ser nuestra perdición. Por eso, y con el alma inundada por la pena, las cogí más fuerte de la mano y tiré de ellas. Kimberly comenzó a sollozar, presa de una tristeza incalculable. Entonces, con un movimiento rápido con el que no contaba, fue Celia la que se soltó de mi mano. Devolviéndole la lealtad que Kim le había brindado, en un

acto infantil, pero noble al fin y al cabo, echó a correr hacia un punto fijo donde yacía la vieja muñeca de trapo que mi hermana tanto adoraba. Su gesto me enfadó tanto como me impresionó. Y fue allí, en ese mismo momento, cuando vi las siluetas imponentes que se aproximaban, separándonos ya unos pocos pasos de distancia.

Celia fue la primera en ser atrapada. El corazón se me paró al verla en manos de aquellos hombres, que la cargaban sobre sus brazos como si de un simple saco se tratara.

Kimberly y yo dimos unos pasos al frente y... nos entregamos. Con la desilusión de quien sabe que no lo ha conseguido, con la tranquilidad de quien sabe que lo ha intentado.



Contra lo que había pensado, no fui castigada en el momento por mi tremenda imprudencia. Ninguno de los hombres encargados de darme caza puso un solo dedo encima de mi asustado cuerpo. No sentí alivio por ello, pues sabía que el castigo no tardaría en llegar de un modo u otro.

Durante el viaje de regreso, sentadas en los asientos traseros de un furgón negro, me mantuve con la mirada fija en la ventana. No pude mirar a mis niñas, que estaban igual, o más, asustadas que yo; no pude ni siquiera darles unas palabras de ánimo; me sentía demasiado culpable. El terror por lo que nos aguardaba me acompañó durante todo el trayecto. Solo le pedía al cielo que ellas no tuvieran que pagar por mis errores, víctimas de una decisión impulsiva que solo me correspondía a mí.

Volver a ver la entrada de esa casa fue como ver de nuevo la escena de una película vieja, ya conocida pero no por ello menos intimidante. Nos llevaron directamente al patio interior, ese en el cual se nos había permitido disfrutar de la luz del sol por unas cuantas horas al día. Por órdenes que aquellos hombres ya se sabían de memoria, me condujeron hasta el medio de ese patio. Respecto a Kim y a Celia, las separaron de mí y las mantuvieron bien sujetas a unos cuantos pasos. Ambas se retorcían y pataleaban, a punto de estallar en llanto por sentirse privadas de mi protección. Ellas, en realidad, no sabían hasta qué punto llegaba la maldad de aquellos seres humanos, pero no tardarían en descubrirlo...

Pasados unos minutos, el mayor tirano que había conocido irrumpió en el patio, haciendo un impactante ruido con cada paso que daba. Se trataba ni más ni menos que de Andrés y venía acompañado de Andy.

Solo Andrés se acercó; los demás permanecieron en su sitio como fieles espectadores. Con andar decidido, caminó hacia mí. Mis piernas flaquearon, víctimas de un temblor inevitable. Luché contra mis instintos, contra el sexto sentido que me avisaba de lo que se avecinaba. Estaba asustada, pero no lo demostraría. No les daría ese placer. Mi cuerpo estaba de nuevo en su poder; sin embargo, mi alma se encontraba muy lejos, allí donde habíamos estado a punto de llegar.

Cuando lo tuve delante de mí, le sostuve la mirada con toda la entereza que pude mantener. Sus ojos echaban chispas de la rabia; los míos, también. Sus labios se torcieron en una mueca perversa, haciendo el amago de una sonrisa que mostraba sus dientes y la ausencia de ellos.

—¡Bueno, bueno! ¡A quién tenemos aquí! Buenos días, señorita Yurani. Es un placer volver a verla.

Quise devolverle la sonrisa mostrándole lo mucho que me alegraba yo también de volver a verlo, mas solo conseguí un gesto de repugnancia. Andrés me borró rápidamente ese gesto cruzándome la cara con un tortazo que, creí, me había roto un par de dientes. Aguanté, valiente, la quemazón que comenzó a arder en mi rostro. Por el raballo del ojo, vi a mi hermana retorcerse en un intento desesperado por soltarse de los brazos de quien la sujetaba. Después, escuché su llanto.

—Es una pena, muchachita. Comenzabas a caerme bien. Pero, ya sabes: cría cuervos y te sacarán los ojos...

Guardó silencio, sopesando su siguiente paso y, después, otro golpe impactó en mi mejilla; esa vez más fuerte, con el puño cerrado. Reprimí un grito de dolor y el temblor de mis piernas comenzó a hacerse más evidente. Andrés me agarró de la barbilla y me obligó a mirarlo. Sin pensarlo, dejando que las palabras saliesen de mis labios sin poder detenerlas, le dije:

—Volvería a intentarlo una y mil veces. Todo con tal de no volver a ver tu estúpida cara.

Ví la furia crecer en sus ojos. En vez de pegarme de nuevo, hizo señas a sus hombres para que se acercaran. Estos obedecieron y escucharon su orden sin pestañear.

—Dadle lo que se merece. Ella se lo ha buscado.

Fue la clave. Un sinfín de golpes llovieron sobre mí; entre puñetazos y patadas, caí al suelo. Por más que trataba de cubrirme alguna parte de mi cuerpo, todo mi ser estaba siendo lastimado. El ataque venía por todos lados, tanto mi cabeza como mi estómago, mis brazos y mis piernas fueron víctimas de ello. Lancé un involuntario grito de dolor. Comprendí que mi vida corría peligro y recé por mis hermanas. No podía verlas. Ya apenas podía ver ni escuchar nada; pero sabía que se encontraban allí, forzadas a presenciar esa brutalidad, testigos directos del desfallecimiento de su salvadora. Me dolió más su angustia que todos los golpes. El dolor me desgarraba la piel; pero, en alguna parte de mi interior, me sentí aliviada. Había merecido la pena. Había tenido el placer de disfrutar, aunque fuese por unas cuantas horas, del dulce

sabor de la libertad.

En un momento dado, se inclinaron sobre mí, me pusieron de pie y me sujetaron. Todo mi cuerpo se tambaleaba y, de no ser por esos fuertes brazos, hubiese caído de nuevo, frágil como una pluma. Con la mirada perdida, busqué a Kimberly. La encontré de pie junto a Celia, inmovilizadas las dos por dos altos hombres, con una expresión tan asustada que no podría explicarla con palabras. Mi hermana lloraba desconsolada, en un estado de ansiedad tan profundo que temí por ella. Celia no estaba mucho mejor, la angustia era evidente en sus ojos claros, incapaz de comprender por qué me estaban haciendo eso; a mí, que tan bien me había portado con ella.

Me pareció distinguir a Jénifer entre la multitud de chicas que, en no sé qué momento, habían sido llamadas para presenciar semejante escena. Querían humillarme, enseñar a todas cuáles eran las represalias de un acto de rebeldía. Yo iba a ser el mejor ejemplo, la imagen que viviría en cada una de las jovencitas cuando tuviesen el más mínimo deseo de escapar.

Los ojos de Jenni me pidieron perdón en silencio. Me dijo que lo sentía sin palabras, manteniendo su pose erguida pero una profunda decepción en su expresión. Fue en ese momento cuando lo comprendí. Ella había tenido que anticiparse a eso. ¡Ella sabía que, tarde o temprano, nos acabarían encontrando! Y, aun así, me lanzó al abismo, instándome a cruzar la línea de fuego. La oí, con una fuerza tal que creí que me iba a explotar el alma. Y juré que me lo pagaría, así como lo harían los demás.

Entonces, Andrés levantó su pierna y la lanzó contra mí con un movimiento veloz y preciso que me hizo doblarme. Creí que me iba a desgarrar las entrañas. Después, siguieron, ensañándose hasta límites insospechados, descargando en mí todas sus frustraciones internas. Incapaz de controlar los esfínteres, sentí un líquido deslizarse por mis piernas. Grité, sin aliento. Lloré, sin lágrimas.

De pronto, el daño dejó de hacerse tan latente y me fui dejando llevar por un sopor repentino que se apoderó de mí. Entre la poca lucidez que me quedaba, un pensamiento sobresalió sobre todo lo demás: Habían podido conmigo, me habían demostrado, una vez más, quién era el más fuerte; pero, si su intención era matarme, estaban lejos de conseguirlo. Yo ya estaba muerta hacía muchos años. Mi cuerpo seguía en funcionamiento a pesar de los duros golpes; pero mi corazón ya no latía. Estaba enterrada en vida. Y creo, sinceramente, que no hay peor muerte que esa.

## ÁLISON

*Todo tiene solución, menos la muerte*, decían... Y tuve que darles la razón a esas palabras. Ni el fallido intento de fuga, ni la privación de libertad, ni la brutal paliza de la que fui víctima, pudieron conmigo. Mi cuerpo insistió en seguir luchando, negándose a abandonar el último aliento de vida que le quedaba.

Tras un par de días de recuperación, todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera pasado. Durante ese tiempo, en el que tuve que permanecer en la enfermería, no tuve más visita que la de Leslie. Ella, al verme, se echó a llorar, olvidándose por completo de los tapujos y de su eterna costumbre de guardar las apariencias. Después, volviendo a ser la chica fuerte que era, se esmeró en cuidarme y hacerme más fácil el proceso, obsequiándome con su compañía que, aunque silenciosa la mayoría de las veces, era todo lo que necesitaba para seguir adelante.

Con el alta volvió también la rutina diaria, los cafés con las demás compañeras y la continua sensación de sentirme vigilada. Volvieron las noches, con sus correspondientes sesiones sexuales. Era como si el mundo se hubiese detenido antes de aquella noche, cuando, guiada por un irrefrenable deseo de libertad, había cogido mis cosas y me había lanzado a la aventura, arrastrando a Kim y a Celia conmigo. Ante los ojos de los demás, yo seguía siendo la misma Yurani de siempre. La Yurani valiente, la Yurani luchadora, la Yurani que nadie podía doblegar. Me trataban como antes, con una admiración tal que, a veces, llegaba a resultarme irritante; ninguna nombró jamás lo sucedido aquel día en el patio, cuando, a base de golpes e insultos, me despojaron de toda la dignidad que me quedaba.

En cambio, con Andrés fue diferente. Tanto él como sus hombres cambiaron el trato conmigo. Si antes me sentía vigilada, ahora esa sensación se había vuelto más insoportable; en otras palabras, me sentía encarcelada, sabiendo que se encontraban al acecho controlando todos y cada uno de mis movimientos. Como me dijo claramente Andrés en una conversación posterior a la paliza, en la que solo habló él, yo había perdido la amplia confianza que me había ido ganando y había dejado de ser su objeto máspreciado, el que más ganancias le conseguía, para convertirme simplemente en eso: un objeto.

Su comportamiento despectivo hacia mí no consiguió intimidarme. Ya había visto y oído demasiado como para dejarme acobardar tan fácilmente.

Mis días se resumían entre idas y venidas por los pasillos, tratando de relacionarme lo menos posible con las demás y aprovechando mis pocos ratos libres para disfrutar de mis pequeñas, las cuales habían aceptado con gran entereza la vuelta a nuestra casa, la única casa que habían conocido, en realidad, pues los recuerdos de su anterior vida resultaban ya demasiado lejanos, al límite del olvido.

Me topé con Jénifer una mañana en la cafetería. Yo no podía dormir a causa de las heridas, que todavía se resistían a cerrarse, y me había dirigido al bar en busca de un café bien cargado que despejara mi mente.

A ella, por lo visto, debía sucederle lo mismo, pues se encontraba al fondo, sentada frente a una taza de café, sin ni siquiera llevársela a los labios.

Al principio, pensé en salir, abandonar la estancia antes de que me viera para evitar ese encuentro, el cual no había sucedido desde mi vuelta a aquel oscuro edificio. Sin embargo, de pronto, sentí una necesidad imperiosa de acercarme a ella, de hacerle frente, para sacar tantas cosas que había ido guardando durante esos días de desvalimiento.

Levantó la cabeza antes de que tuviese tiempo para hablarle. Con una expresión que pareció dar a entender que me estaba esperando, me invitó a coger asiento.

—Buenos días, Yurani. Siéntate. Sofi ha salido un momento, pero podemos compartir mi café, si quieres.

Le lancé una mirada de profundo fastidio, irritada por su ofrecimiento. Casi hubiera preferido que me recibiera con su habitual carácter, cargado de altivez y de insensibilidad.

—No me interesa nada que venga de ti —le dije, cuidándome de llenar cada palabra con el odio que sentía hacia ella.

Me miró tranquila, como si ya hubiese intuido que ese momento llegaría.

—Como quieras. Yo solo quise ayudarte.

—¡Mientes! —exclamé, subiendo la voz a medida que mi furia crecía—. Me engañaste, me manipulaste como a una niña pequeña. Te aprovechaste de mi debilidad y me lanzaste a los lobos, sabiendo que no podría hacer nada para escapar de ellos.

—Te equivocas, Yurani. Te ofrecí mi ayuda, porque te vi realmente necesitada. Te habías convertido en un adefesio, en una muñeca de trapo que estaba a punto de romperse. Me alegra ver que, por lo menos, has recuperado

tu carácter impulsivo.

Se levantó de la silla sin perder la tranquilidad que la acompañaba e hizo ademán de marcharse. Presa de un ataque repentino que se iba haciendo más y más fuerte, la sujeté con fiereza del brazo cuando pasó por mi lado.

—¡Tú lo sabías! Sabías que no podía escapar, que esas bestias no tardarían en encontrarnos. Y, aun así, me animaste a hacerlo, me incitaste con unos gestos disfrazados de buenas intenciones. En realidad, la culpa fue mía, por creer en ti cuando siempre he sabido que dentro de ti no hay nada.

—Suéltame, Yurani, no tengo ninguna gana de seguir hablando contigo.

Con un movimiento rápido, se deshizo de mi mano y se alejó, con paso seguro y ese andar femenino que nunca perdía. Al ver que se iba, que no había conseguido nada con mis acusaciones, grité lo más alto que pude:

—¡Maldita seas, Jénifer! ¡Te maldigo y maldigo el día que llegaste al mundo, porque, por culpa de gente como tú, el mundo está podrido!

Entonces, ella se dio la vuelta para mirarme. En sus ojos no vi enfado, ni reproche alguno, tan solo un contraste entre la sorpresa y la decepción; incluso pude adivinar una pizca de lástima hacia mí, lo cual me enfureció todavía más.

—Te equivocas en todo, Yurani. Te estás dejando llevar por la frustración, echándome a mí culpas infundadas. Yo te di lo mejor de mí, te facilité dinero y el empujón que necesitabas para levantarte. Y, aunque no me creas, lo hice de buena fe. Lo hice porque me hubiera gustado que alguien, aunque no fuese yo, hubiera logrado salir de aquí. Tú tienes las agallas necesarias, lo he sabido siempre; quizá por eso te odiaba tanto. Tienes lo que yo no tengo, tienes la oportunidad de intentarlo y, si yo fuera tú, lo seguiría haciendo, una y mil veces si fuera necesario.

Guardé silencio unos segundos, aturdida ante su respuesta. No sabía qué creer, mi mente se debatía entre la desconfianza que me causaba y un inevitable pensamiento de que estuviese siendo sincera. Analicé su rostro, con esos rasgos exóticos que tanto admiraba, y divisé un atisbo de melancolía.

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué no escapaste tú? ¿Por qué tuviste que lanzarme a mí como conejito de indias?

Jénifer se acercó, acortando la distancia entre nosotras. Cuando estuvo frente a mí, se pasó la mano por su cabello revuelto y suspiró hondo. Comprendí que se avecinaba una confesión importante, una confesión que, con toda probabilidad, cambiaría mi modo de pensar sobre ella.

—Hay algo en lo que no te has equivocado. Estoy maldita. —Un nuevo suspiro salió de sus labios—. En realidad, estoy maldita desde hace mucho

tiempo. Podría contarte una historia inverosímil, inventar una razón por la cual actúo siempre de esta manera, como si nada me importara. Pero estaría mintiendo. Vine aquí por mi propio pie, decidiendo por mí misma el futuro que quería labrarme. Siempre tuve una vida buena, con una familia decente y honrada. Tal vez, no tenía todos los lujos, pero nunca faltó un plato de comida en casa. Sin embargo, para mí eso no fue suficiente. Desde que tengo uso de razón, siempre aspiré a más, demasiado ambiciosa para conformarme con lo justo y necesario. Quería más, deseaba más... y por eso llegué a esta casa. Guiándome por los consejos de una vieja amiga, aparecí aquí, pidiendo hablar con el jefe. Él me ofreció dinero, tanto dinero que mis ojos se iluminaron con solo pensarlo. A cambio, debía darle mi tiempo y mi cuerpo, además de una confianza absoluta. Después, ya sabes lo que sigue.

Mis oídos no daban crédito a lo que escuchaba. Incrédula, era incapaz de comprender, ni por un solo momento, que una persona, independientemente de su condición o situación económica, accediera a desempeñar ese trabajo por voluntad propia.

Jenni, como adivinando mis pensamientos, prosiguió:

—Nunca imaginé que el precio a pagar fuera tan alto. Desempeñé mi puesto lo mejor que pude, obedeciendo órdenes a ciegas y cautivando a todo aquel que se atreviera a mirarme. Por todo ello, he recibido siempre un trato distinto que todas vosotras. Mentiría si dijese que mi vida aquí ha sido igual de dura para mí que para ti, o para Leslie, o para cualquier otra. Durante todos estos años, he entrado y salido a mi antojo, he visto más billetes de los que verás en tu vida y he impuesto más castigos de los que puedes imaginarte. Jamás he recibido un golpe, ni siquiera un mínimo empujón, ni una humillación. Pero, ahora, todo eso no me sirve de nada. El mundo que ideé se ha vuelto contra mí... y es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Inmóvil, seguí en silencio, absorta en su relato. Algo me decía que tenía que salir corriendo, que no debía escuchar lo que le quedaba por decirme. No podría soportar más dolor, ni más desgracias; ya no. Sin embargo, seguí allí, quieta y mirándola fijamente, mientras ella se hallaba como ausente, metida en su propio interior y dejándome ver una faceta suya que, probablemente, nadie había visto hasta entonces.

—Seré directa, no quiero andarme con rodeos. Estoy enferma. Tengo el SIDA, una enfermedad contagiosa en la que una de esas vías de contagio es el acto sexual. Como ya sabes, en numerosas ocasiones nos vemos obligadas a prescindir de los preservativos. No sé con quién, ni en qué momento, ese

desgraciado virus decidió hacerme una visita. Una visita que se ha extendido, y lo seguirá haciendo, hasta el final.

Un silencio amargo se apoderó de nosotras. De pronto, las palabras sobraban, la gravedad de lo que me contaba era tan grande que no sabía cómo reaccionar.

—Lo que estás diciendo es muy fuerte, Jénifer. Anya me habló de esa enfermedad. Me dijo que, una vez contraída, no hay cura ni medicamento que valga. Que, tarde o temprano, la persona que está enferma acaba...

Me callé, incapaz de seguir con la frase. No podía decir esa palabra, esa palabra que parecía ser el desenlace de todos cuanto vivieran bajo ese techo. A pesar de que Jénifer nunca había sido de mi agrado, saberla ahora en esa situación, tan vulnerable, me conmovía y me hacía sentir una pena enorme por ella, por lo que no había vivido y no llegaría a vivir nunca.

Jenni se sentó sobre una de las sillas que había a nuestro lado, fatigada de pronto por tanta revelación junta.

—Dilo, Yurani. No tengas miedo. Acabaré muerta, lo sé y lo acepto. He tenido tiempo para hacerme a la idea. Me enteré de esto hace ya unos meses, en una revisión rutinaria que solicité a la enfermera. Al principio, no puedo negarlo, lloré y me volví loca de la desesperación. Después, poco a poco, comprendí que no tenía de qué asustarme. No hay nada en esta vida que yo pueda perderme.

—¿Andrés lo sabe? —pregunté, con un hilillo de voz.

Asintió.

—Él se entera de las cosas mucho antes que nosotras. Tiene ojos y oídos por todos lados, hasta en el lugar que menos te lo esperas. Me dijo que seguiría trabajando para él con la única condición de que usara siempre protección. En realidad, no le importa la salud de ninguno de sus clientes, sino el hecho de que ocasionan un buen dinero en su bolsillo.

Suspiré y no pude evitar que la imagen de Pablo se apareciese en mi mente, en aquella noche en la que Jenni y yo nos habíamos disputado su compañía. La angustia se apoderó de mí con solo imaginar que él hubiese podido correr el riesgo de contraer esa terrible enfermedad.

—Sé que, tarde o temprano, se desharán de mí. Es solo cuestión de tiempo. Un día no muy lejano los síntomas empezarán a hacerse evidentes y el dolor, insoportable. Cuando eso pase, yo ya no les serviré, ni como puta, ni como chica de los recados. Entonces, buscarán la manera de quitarme del medio. Y, en el fondo, les estaré agradecida. No quiero morir postrada en una



cama, sumida en llantos y angustia.

Mi corazón se encogió al comprobar la resignación con la que Jénifer hablaba de su futuro próximo. A continuación, hice lo que tenía que hacer, lo que me pedía el alma. Me acerqué a ella y puse una mano sobre su hombro.

—Si me permites decirte algo, quiero que sepas que yo siempre te he admirado. Envidio tu belleza, la manera con la que te desenvuelves ante la vida y tus dotes de superioridad. Quizá, también por eso te he odiado.

Ella sonrió, con una sonrisa débil que demostraba el principio de algo que podía haberse formado mucho antes, de no ser por nuestros muros respectivos.

—Hay algo más que quiero que sepas. Mi nombre es Álison, Aly para los amigos.

Sonreí, estirando mi mano hacia ella, la cual aceptó con gusto.

—Encantada, Aly.

Me guardé de decir lo que pensaba, la tristeza infinita que me causaba el saber que, probablemente, no dispondría de mucho tiempo más para pronunciar ese nombre tan bonito.

## MI SEGUNDA VEZ

Sin darme cuenta, llegaron mis quince años y, después, los dieciséis; y en ninguna de las dos ocasiones tuve tarta, regalos, ni velas que soplar. Para cualquier adolescente, cumplir esa cifra, quizá, sea un paso grande, una situación digna de festejar, celebrando la cercanía hacia la independencia que, muchas creen, alcanzarán cuando cumplan la mayoría de edad. A mí, sin embargo, el hecho de cumplir dieciséis años me resultaba indiferente; lo único que significaba era que ya llevaba cuatro años en esa madriguera, cuatro largos años, con sus días oscuros y sus noches interminables.

El mundo no se detuvo a mi alrededor, como hubiese querido. La naturaleza siguió su curso y todas las muchachas que habitaban allí cambiaron considerablemente, evolucionando conforme a sus respectivas edades; aunque solo por fuera, puesto que por dentro seguían con la misma tristeza eterna que las acompañaría siempre.

También lo hizo mi hermana. Rondaba ya los nueve años y su desarrollo era más que evidente. Comenzaba a parecerse, cada vez con más intensidad, a mí, a la niña que un día fui. Todavía le quedaba un largo camino para convertirse en una mujer, pero la forma que iba adquiriendo su cuerpo y su rápida manera de crecer, me demostraban que el camino ya había empezado. También su rostro estaba cambiado, aunque, si he de ser sincera, procuraba no fijarme demasiado en ese aspecto; pues no soportaba ver su mirada de reproche, sus ojos oscuros clavados en mí, culpándome de privarla de muchas cosas de las que nunca había disfrutado por culpa de ese encierro permanente.

Celia seguía a su lado, como fiel compañera y sombra de su sombra; ella también estaba distinta. En cambio, su trato hacia mí siempre fue cariñoso, sin una pizca de rencor, prodigándome besos y caricias que, en realidad, deberían haber sido para Anya. La verdad es que cada día se parecía más a ella: su pelo rubio, sus ojos verdes, su rostro redondito y su sonrisa risueña, sin olvidar ese acento tan personal. Todo me recordaba a ella, a esa amiga de la cual no había podido olvidarme a pesar del paso del tiempo.

Hubo momentos que pensé que ni siquiera por mi hermana sentía ya el mismo aprecio. Siempre estuve a su lado, velando por su seguridad y bienestar, pero cada vez me costaba más abrir mi corazón, me resultaba casi

imposible dar amor, y también recibirlo. Me había puesto una piedra tan grande dentro de mí, que ya me era demasiado difícil moverla. Trataba a todas las personas, desde el jefe y cabecillas hasta mis compañeras de piso, con la misma frialdad, teniendo el menor trato posible. Me encerré en una burbuja, pues esa era la única manera que conocía para seguir viviendo. Llegó un momento en el que ya ni siquiera me lamentaba por mi desdichada vida; no sentía nada, ni rabia ni dolor. Me había vuelto inmune. Hasta que volvió él.

Volvió cuando menos lo esperaba; cuando, sin saberlo, más lo necesitaba. Y sucedió una noche común y corriente, una noche idéntica a todas las demás.

Todo el conjunto de chicas que formábamos esa extraña banda nos encontrábamos en el bar, revoloteando alrededor de los primeros clientes y luciendo nuestras mejores poses, compartiendo todas la misma intención: llevarnos a quien fuera, a nuestro dormitorio personal. Habíamos aprendido a actuar de una forma extraordinaria; nos habíamos acostumbrado a esas sesiones y a anticiparnos a los hechos, como buenas conocedoras del oficio.

Nunca hubo competencia femenina, al menos, no por mi parte. Lo mismo me daba irme con uno que con otro; si con algún hombre no resultaba la elegida, lo sería con el siguiente, o con el otro. Sin embargo, cuando mis ojos lo encontraron entre la multitud nocturna, supe que pelearía, costara lo que costara, por llevármelo a mi terreno. Él no me vio, no en un primer momento. Se encontraba de espaldas a mí, demasiado entretenido en lo que parecía una conversación divertida con una de las mujeres. Una oleada de celos invadió todo mi cuerpo; unos celos carentes de sentido, al fin y al cabo, puesto que hacía como dos años que no lo veía y, si alguna vez yo había significado algo en su vida, eso ya había pasado a la historia.

Movida por un impulso repentino, moví mis pies, contoneándome sobre mis tacones, hasta llegar a su lado. No me detuve cuando estuve cerca, no me digné a saludarlo. Me limité a hacer como si no existiera, parándome a una corta distancia, lo suficientemente cerca para que pudiera percatarse de mi presencia. Cerrando los ojos, llevé mis manos a mi cabello suelto y me dejé llevar por la música, moviéndome a su compás y con un ritmo marcado, en un baile sensual que daba paso a la imaginación.

Cuando estuve lo suficientemente segura de que había llamado su atención, sintiendo sus ojos clavados en mi cuerpo, me giré con lentitud y clavé mi mirada en la suya. Él me la aguantó, con firmeza, mandándome unas señales inequívocas del gran poder que tenía sobre él. Por si quedaba alguna duda, ladeé la cabeza, con gesto pícaro pero inocente, y parpadeé con mis

largas pestañas, cautivadora. No pudo resistirlo; se levantó de su taburete y, apartando con suavidad a una joven, la cual quedó tan sorprendida como decepcionada, se dirigió hacia mí, con paso lento pero decidido.

Cuando lo tuve enfrente, creí que iba a desmayarme. Era como si el tiempo entre nosotros no hubiera pasado, como si el reloj se hubiese parado aquella noche en la que me perdí entre sus brazos. Con su pelo rubio bien peinado, sus ojos marrones y sus labios tiernos, estaba sumamente guapo, mucho más de como lo recordaba.

Esa vez no sonrió como en nuestro primer encuentro. Se limitó a seguir mirándome, con un gesto demasiado serio para mi gusto, y me dijo:

—Encantado de volver a verte, Yurani.

Un cosquilleo extraño recorrió mi piel. ¡Se acordaba de mi nombre! Yo tampoco había olvidado el suyo.

—Lo mismo digo, Pablo. Es un placer.

No hicieron falta más palabras para entendernos. A veces, y solo con determinadas personas, no es necesario comunicarse para saber lo que se desea. Y nosotros, sin duda, estábamos hechos el uno para el otro. Al menos, seguro que así fue en otra vida.

Pablo aferró mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. A continuación, como quien ya conoce los pasos a seguir, se dirigió hacia las afueras del bar, donde un largo pasillo llevaba a los sitios más oscuros, más dotados de intimidad. Se detuvo ante la mesa que se encontraba en uno de los lados y, con la mano que le quedaba libre, sacó su cartera del bolsillo izquierdo y extrajo un par de billetes. Se los ofreció a la persona que estaba detrás de esa mesa, la encargada de contabilizar el dinero ganado. Jénifer cogió lo que le ofrecía y lo guardó en la caja fuerte. En solo unos segundos, nuestras miradas se cruzaron. La suya, lejos ya de las rivalidades absurdas, reflejaba un atisbo de preocupación; la mía, puro desafío.

Aunque moría de ganas por sentirme entre sus brazos, no pude evitar lanzarle toda clase de reproches en cuanto nos vimos a solas. Las palabras salieron solas de mí y, aunque quise pararlas, no pude.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? Ha pasado mucho desde entonces. ¿Sabes? Creí, ingenuamente, que había significado algo para ti lo que tuvimos. Pero me demostraste que, desde tus ojos, solo soy una más. ¡A saber cuántas como yo han caído durante estos años! ¿A todas las enamoraste, Pablo? ¿A todas las hiciste sentir así?

En lugar de enfadarse por mis recriminaciones, Pablo se echó a reír, con

sus ojos grandes y expresivos riendo a la vez que lo hacían sus labios.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté, ofendida porque no me tomara en serio.

—De todo lo que has dicho, solo me he quedado con una frase. ¿En verdad estuviste enamorada de mí?

Resoplé, irritada. La conversación no estaba saliendo como yo quería.

—¿Eso qué importa? Aunque fuera así, no cambiaría nada.

—Te equivocas, Yurani. Lo cambiaría todo. Daría un sentido al tiempo que he pasado recordándote, a las noches que he pasado sin dormir, intentando olvidarte.

Agaché la cabeza, cohibida ante sus palabras. No me esperaba esa confesión; en realidad, lo había seducido con la idea de llevármelo a la cama, de darle solo lo que él quería, sin mezclar los sentimientos. Sin embargo, ahora necesitaba escuchar su voz, necesitaba respuestas que habían quedado en el aire.

De pronto, su mano rozó mi mejilla. Y fue un momento tan tierno que pensé que iba a echarme a llorar.

—Eso se lo dirás a todas —murmuré.

—No ha habido nadie, Yurani. —Aunque me esforzaba en no creerlo, su voz parecía tan sincera que no podía evitar hacerlo—. Los dos tuvimos el mismo sentimiento. Cuando estuvimos juntos aquella noche, supe que habías marcado un paso importante en mi vida. No sabía si era amor, puesto que todo fue demasiado rápido; pero sabía, con total seguridad, que nunca había sentido eso por nadie.

—Entonces, ¿por qué te alejaste? —me atreví a preguntar en un susurro.

—Porque pensé que ese sentimiento no era correspondido. Que te acostabas conmigo por simple obligación, porque así lo requería tu trabajo. Si tengo que ser sincero, nunca había encontrado a nadie así. Me asustó tu dureza y tu fría manera de echarme.

Asentí despacio, comprendiendo. Sentía las lágrimas en mi garganta, rogándome que les dejara paso; pero tragué saliva y logré decir:

—¿Dónde has estado?

Pablo se separó entonces de mi cuerpo y se dirigió hacia la cama, sentándose al borde de ella. Sin apartar la vista de mí, comenzó a hablar:

—Mi madre se marchó a vivir a otro país por cuestiones de trabajo. Mi tía había emigrado hacía unos cuantos años y logró formar una empresa. Ella le ofreció un puesto y mi madre no se lo pensó dos veces. En el fondo, sé que

las razones fueron más personales que económicas, puesto que la relación con mi padre desde su ruptura era cada vez más insoportable. Me dijo que podía ir con ella si lo deseaba. Y lo demás ya te lo puedes imaginar. He estado allí, por mucho tiempo, trabajando muchas horas y estudiando las que me quedaban. Es un país muy bonito, estoy seguro de que te gustaría si lo vieras. La gente es muy amable y hay paisajes encantadoramente bellos.

Suspiré de nuevo, con la amargura de saber que jamás tendría la oportunidad de contemplar esas maravillas de las que Pablo me estaba hablando tan entusiasmado.

—¿Por qué has vuelto?

Él se encogió de hombros.

—No voy a mentirte, mi regreso se debe a las numerosas peticiones de mi padre. Se siente solo, me dice, sin nadie a su lado para controlarlo un poco. Lo que sí quiero que sepas es que, por alguna razón, lo primero que quise hacer desde que bajé del avión fue venir a esta casa.

Mi corazón latía desbocado. Era demasiado todo lo que estaba escuchando y sintiendo. Como las palabras no podían expresar todo lo que llevaba dentro, me acerqué hacia él y me senté a su lado.

—Bésame.

—Yurani, no quiero... No he venido para...

No le dejé terminar. Disipé sus dudas posando mis labios sobre los suyos, dejándole ver todo lo que había extrañado ese momento. Él correspondió a mi beso y me estrechó contra su cuerpo, apretándome tanto que creí que iba a quedarme sin respiración. En los minutos que siguieron, no importaron ni las dudas, ni los rencores, ni los obstáculos; nos sumergimos, de nuevo, en un mundo mágico, donde solo existíamos él y yo.

Fue la segunda vez, la segunda de tantas veces, en la que puedo decir, a ciencia cierta, que disfruté de mi sexualidad. Me dejé llevar envuelta entre el deseo y un amor inexplicable; y él hizo lo propio. Entre sus brazos, volví a sentirme vulnerable... Adoré y detesté esa debilidad a partes iguales.

## EL VERDADERO AMOR ESPERA

Abrí los ojos soñolienta y lo primero que vi fue su sonrisa. Sin saber en qué momento, me había quedado dormida, y la preocupación fue lo primero que me invadió al comprobar dónde me encontraba.

Lancé un chillido involuntario:

—¡Debe de ser muy tarde! Pablo, ¿por qué no me has despertado?

Su sonrisa se hizo más grande. Su mano siguió jugando con mis cabellos.

—Te veías tan bonita descansando. Hubiese sido una crueldad por mi parte romper ese sueño. —Me guiñó un ojo—. Ahora, dime: ¿estabas soñando conmigo?

Le pegué en el pecho desnudo en un gesto cariñoso.

—¡No digas tonterías! No podemos estar aquí. Esto no está permitido.

—Tranquila, está todo arreglado. De repente, mientras te hablaba, me di cuenta de que te habías quedado dormida. Entonces, salí un momento. Con el dinero que le di a esa mujer, está pagada toda una noche de tu trabajo, y de cinco muchachas más.

Abrí los ojos como platos. La sorpresa se apoderaba de mí al comprobar que, uno: había dormido, por primera vez, abrazada a un hombre, y ni más ni menos que a un hombre que amaba con locura; dos: dicho hombre tenía mucho dinero, seguramente mucho más del que yo podría ni siquiera imaginar, y tres: había pagado una buena cantidad de ese dinero para poder estar conmigo. Todo era tan bonito, tanto, que pensé que no podía ser verdad. Sin embargo, sintiendo la calidez de su piel desnuda junto a la mía, saboreando de nuevo el sabor de sus besos, me convencí de que así era. La vida podía ser bella cuando se lo proponía.

—No quiero que esto termine nunca —susurré entre besos.

Pablo apartó su cara de la mía y me dijo:

—Eso está en tus manos, Yurani. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir: tienes un sitio en mi vida. Puedes cogerlo cuando quieras.

Mi rostro se ensombreció de repente. Ya sabía yo que la felicidad no podía durar tanto tiempo; ella y yo no éramos buenas amigas...

—Sabes que no puedo.

—Mira, no sé por qué motivo te niegas a salir de este antro. De verdad

que, por más que lo he intentado, no lo entiendo. No sé qué es lo que te ata aquí, pero, sea lo que sea, podemos solucionarlo. Le pagaré a esa gente lo que sea necesario si es eso lo que te preocupa. No soy tonto, Yurani, sé que no estás aquí por tu propia voluntad. No conozco mucho sobre este negocio, pero he oído conversaciones ajenas. Recuerda que mi padre es un cliente fiel de esta casa. Y puedo darme cuenta de que aquí pasa algo raro. No puedo ayudar a todas, pero quiero hacerlo contigo. Quiero sacarte de aquí para que tengamos una vida normal, juntos. Y, ¿quién sabe?, quizá, desde fuera, seas tú la que puedas ayudar a muchas de tus compañeras.

Comprendía lo que quería decir, entendía la magnitud de lo que encerraban sus palabras, y me daba miedo; ¡me daba tanto miedo!

—Tengo una hermana —solté de sopetón, creyendo que así, tal vez, desistiera de sus intenciones—. Una hermana de nueve años. Y también otra niña, que es como si lo fuera, de la misma edad. Ambas dependen de mí, en todos los sentidos. Y no me perdonaría nunca si les pasara algo por mi culpa.

Pablo, en un principio sorprendido, pasó a mostrar una expresión sosegada, con una tranquilidad tal que casi lograba transmitírmela a mí.

—Podemos llevarlas con nosotros. El precio subirá un poco más, pero no importa. El dinero es lo que sobra en este mundo. Puedo hablar con mi madre, estoy convencido de que sería muy feliz de vivir con tres hijas postizas. Siempre ha deseado una niña, ¿sabes?

Me dedicó un guiño cómplice seguido de una sonrisa y, por unos instantes, estuve tentada de aceptar su propuesta. Después, como es obvio, volví a recordar todas y cada una de las razones por las que seguía encerrada allí, sometida a unos deseos que no eran los míos propios. Retrocedí en el tiempo y la imaginación me llevó hasta aquella mañana, ya lejana, en la que tuve que sufrir las consecuencias de una decisión nefasta, pagando con unas heridas, tanto físicas como psíquicas, que tardaron mucho tiempo en curar. En realidad, aún seguía teniendo las cicatrices de aquel sufrimiento.

Con unas palabras, de las que supe que me arrepentiría toda la vida, le dije:

—Lo siento, no puedo. Te agradezco mucho tu gesto, pero no me es posible aceptarlo. Si quieres desaparecer, lo entenderé y respetaré. Si decides seguir viniendo, seré la chica más feliz sobre esta tierra. Pero no me pidas que haga algo que no puedo hacer. Esto es lo que soy... y esto es todo lo que tengo para dar.

Mi voz sonó tajante, con una seguridad tal que yo misma me sorprendí;



pero mis ojos contradecían a mis palabras. Lo supe por la forma en la que me miró. Sin dejar de acariciarme, me dijo:

—Eres terca, pero lo que no sabes es que yo puedo serlo más todavía. También tengo paciencia; lo heredé de mi madre. —Sonrió—. Por lo tanto, acepto. Voy a venir a verte siempre que pueda; no prometo hacerlo todos los días, pues tengo que ponerme en serio con mis estudios para acabar con la carrera, pero trataré de venir lo más seguido posible para que no tengas tiempo de olvidarme. Mientras, esperaré a que un día te decidas. Porque sé que lo harás; un día vendrás a mí... y ya no habrá nada ni nadie que pueda alejarte de mi camino.

Me lancé a su cuello, rodeándolo con mis brazos. Llené de besos su rostro, riendo y haciéndole reír a él también. Después, tras otro acto de amor, un pacto de unión que solo nosotros conocíamos, llegó el momento de separarnos. Nos despedimos con un beso largo y una promesa silenciosa de volver a encontrarnos.

Cuando volví a mi cuarto, bien entrada la madrugada, las niñas todavía no se habían levantado. Me deslicé, silenciosa, hacia la cama de arriba, en la cual se hallaban juntas. Haciéndome un hueco entre ellas, me sumergí bajo las sábanas. Mientras esperaba a que se despertaran, acaricié sus cabellos y sus suaves mejillas. Y así, entre pensamientos y caricias, me fui dejando llevar por el sueño. Aquel día fue el primero que dormí con una gran sonrisa pintada en la cara.

## UNA CUENTA PENDIENTE

Los meses fueron pasando y, con ellos, la vida. Esta se me iba encerrada entre esas frías paredes, pero, al mismo tiempo, comenzaba a tener un nuevo significado para mí.

Pablo siguió acudiendo fiel a su promesa, respetando, sin cuestionar mis decisiones, como solo un amor de verdad puede hacerlo. Con su presencia, aunque corta la mayoría de las veces, daba un nuevo sentido a mis días, pintando en ellos un color que iluminó cada noche en su compañía. Si al principio había tenido alguna duda respecto a mis sentimientos por él, ahora lo tenía claro: estaba enamorada, perdidamente enamorada de ese muchacho de ojos marrones. Me ganó poco a poco con su atención y su ternura, con la delicadeza con la que me trataba. Se fue haciendo querer con cada beso, con cada abrazo, con cada caricia, mientras fingía estar dormida.

Guardé en secreto esa relación, creyendo que era lo indicado. No quería causarle problemas, y tampoco quería tenerlos yo; así que preferí no contárselo a nadie, ni siquiera a mi buena amiga Leslie. En realidad, no tenía nadie más en quien confiar, pues no había establecido ninguna amistad estrecha con ninguna de las chicas. Quizá, si Anya hubiese estado conmigo habría sido diferente... Pero no estaba, y estaba comenzando a asumir que nunca volvería.

Un día, mientras me hallaba pensando en mi relación con Pablo, sumida en ensoñaciones románticas que, tal vez, jamás podrían cumplirse, alguien golpeó la puerta de mi dormitorio. Me incorporé de la cama, quedándome sentada en ella, sorprendida. No podía tratarse de Leslie, pues a esas horas debía de estar en el comedor, disfrutando de la comida. Y había llevado a las niñas con ella. Yo, desganaada y con una repentina necesidad de estar sola, había alegado que no me encontraba bien, que tenía molestias en el estómago, y había preferido quedarme en el cuarto, disfrutando de mis pensamientos y de una intimidad que en pocas ocasiones se daba.

La persona que entró por la puerta fue la última que esperaba ver. Me había estado evitando durante todo este tiempo, casi desde mi llegada, pero mucho más desde el día de la paliza recibida. Evitaba, a como diese lugar, encontrarse con mi mirada y, cuando lo hacía, se apresuraba a salir de mi vista

como perseguido por el mismo diablo. Aún a día de hoy me pregunto el porqué de ese comportamiento. Tal vez fuera por los remordimientos, que lo carcomían por dentro; o, tal vez, trataba así de huir de unos sentimientos hacia mí que pudieron convertirse en algo bonito, pero no lo hicieron.

Ahora lo tenía frente a mí. En unos pocos pasos se acercó hasta mi cama y clavó su mirada en la mía. Entonces, volví a ver esos ojos oscuros que te taladraban al mirarte; esos ojos que me endulzaron y me envenenaron el alma a partes iguales. Recordé, al contemplar la belleza de su rostro, por qué enloquecí un día por él en un tiempo muy lejano, cuando yo aún no tenía ni idea de la maldad que hay sobre esta tierra.

Decidida a no dejarme intimidar, le pregunté con voz cortante:

—¿Qué haces aquí?

Él dudó unos segundos. Después, me respondió:

—He venido a verte.

—¿Te envía Andrés? ¿Ha pasado algo?

De pronto, me sentía asustada. Quizá el motivo de su inesperada visita podía deberse a algún tipo de percance con Leslie o, peor aún, con las pequeñas.

—No, Andrés no sabe que estoy aquí. En realidad, nadie lo sabe.

Me tranquilizó su respuesta y al mismo tiempo me llenó de nerviosismo. Un mecanismo de defensa se activó en mi mente, alertándome sobre un posible peligro. Nada bueno podía tratarse viniendo de alguien como él...

—Entonces, ¿qué quieres? Creo que no se te ha perdido nada aquí —traté de sonar lo más tajante posible, estirando, a la vez que hablaba, una mano hacia la puerta como invitación a marcharse.

Andy se llevó las suyas al rostro, indeciso. Por sus gestos corporales, que delataban su nerviosismo, noté que le costaba un gran esfuerzo lo que iba a decir.

—No aguanto más, Yurani. He intentado dejar de pensar en ti, cada día, cada noche, pero no lo consigo. No soporto estar así, con tu cara, tu mirada asustada, visitándome cada vez que consigo dormirme. No puedo olvidarte.

La sorpresa se apoderó de mí; no daba crédito a lo que estaba escuchando. No podía ser que alguien así, carente de alma y sentimientos, me hablase de esa manera. Sencillamente, no era posible. A pesar de mis nervios, cuidé de que no se me notara, manteniendo una mirada imperturbable. Me levanté de la cama y me planté frente a él, decidida y valiente.

—El sentimiento es correspondido. Yo tampoco he podido olvidarte,

Andy.

Por unos segundos, su rostro se iluminó. Si no hubiera sido porque conocía bien lo que había tras esa fachada seductora, habría asegurado que ese muchacho estaba completamente enamorado de mí. Lo observé con atención; era guapo, no podía negarlo. Su belleza se había acrecentado con el paso de los años. Ahora, se había convertido en un hombre apuesto y con un atractivo que muchos hubiesen envidiado. ¡Qué pena que fuera un hombre vacío y sin escrúpulos!

—Pensé en ti durante mucho tiempo, ¿sabes? Me preguntaba, una y otra vez, por qué razón me habías traicionado, qué era eso tan grave que yo te había hecho para que me causaras tanto daño. Me atormenté con tu recuerdo, luchando por olvidar lo que, un día, creí haber sentido. Nunca tuve respuestas, jamás te acercaste a mí para darme una explicación, para pedirme un perdón, aunque fuese fingido.

—Lo siento —murmuró, entre dientes—. Es todo lo que puedo decir.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y solté una risita irónica. A continuación, seguí hablando, ignorando su disculpa:

—Después, con el paso de los meses, de los años, dejé de pensar. Simplemente, dejé de hacerlo. Decidí que no eras tan importante como para vivir en mi recuerdo. Ahora, ya no significas nada para mí; ni tus labios, ni tu voz, ni tus engaños, pueden afectarme. Ahora ya no eres nadie.

Andy no replicó, ni opuso defensa alguna a mis acusaciones. Se me quedó mirando con ojos escrutadores, guardando un silencio que pareció no iba a terminarse nunca. Después, suspiró.

—Has cambiado. Ya no eres la misma que conocí en nuestro país.

Otra carcajada resonó en la habitación. Con expresión sarcástica, le dije:

—¿Y qué esperabas? ¿Acaso creías que iba a quedarme con doce años durante el resto de mi vida? Mírame, Andy, ya no soy una niña. Mírame y dime qué ves, si encuentras en mí algo de la cría a la que engañaste.

Andy, impactado ante la dureza de mis palabras, obedeció y clavó su vista en mí. Primero, examinó mi rostro, el cual había cambiado, volviéndose cada vez más maduro con el paso del tiempo. Incapaz de aguantar mis fríos ojos negros, deslizó los suyos hacia mi cuerpo, observando unos pechos que, aun pequeños, dejaban ver un claro desarrollo; encontrando curvas donde antes no estaban. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que me encontraba vestida tan solo con un camisón, de una tela tan fina y transparente que dejaba ver mi conjunto interior de encaje. Ví la incredulidad y el deseo

brillar en sus ojos.

Estiró una mano temblorosa sin atreverse a tocarme. Con los labios igual de temblorosos, susurró:

—Eres más bella de lo que recordaba. Debí imaginar que ibas a convertirme en esto.

—Y, dime, ¿eso habría cambiado las cosas? Si hubieras sabido que iba a convertirme en una mujer hecha y derecha, ¿te habrías arrepentido de lastimarme? ¿De traerme a un sitio como este, donde ni mi cuerpo, ni mi alma, importan a nadie?

Andy se encogió de hombros. Estaba visiblemente afectado; no podía ocultarlo. Me sorprendió su actitud, siempre tan segura y arrogante, y me aproveché en cierta manera de ello.

—No quería hacerlo, Yurani. Aunque no me creas, me gustaste desde que te vi en la vieja casa de tus padres. Me cautivó tu inocencia, la timidez con la que me tratabas. Hubiese querido conocerte en otro lugar, en otro momento de mi vida. Pero las cosas no siempre salen como nos gustarían. Hice lo que tenía que hacer; aunque tú no lo comprendas... y me odies siempre por ello.

Quizá en otro tiempo hubiese creído en sus palabras de arrepentimiento. Puede que, en otra época de mi vida, le hubiera concedido el don de la duda, la oportunidad de rectificar sus errores. Sin embargo, ahora ya era tarde; no quedaba nada dentro de mí, y lo que quedaba no le pertenecía.

De repente, una furia extraña me invadió por completo. Sentí unas ganas irrefrenables de hacerle daño, unos deseos incontenidos de venganza. Quería demostrarle, de una vez por todas, que ya no era la niña vulnerable que había conocido, que ahora era indomable, endurecida como el mismo acero. Di un paso más, acortando del todo la mínima distancia que nos separaba, y me acerqué a su oído. Desplegando toda la sensualidad que fui capaz, le susurré:

—¿Quieres follarme, Andy? ¿Es eso lo que quieres?

Sentí su respiración jadeante y escuché con claridad el sonido que hizo su garganta al tragar saliva.

—Contéstame, Andy: ¿Quieres hacerme tuya? —insistí.

Él, como hombre que era, no pudo contener sus impulsos masculinos. Me agarró por el cabello sujetándome con firmeza, pero sin llegar a hacerme daño, y me dijo:

—Es lo que siempre he deseado.

Empujando su pecho con mis finas manos, me aparté de su cuerpo. Quería hacerle partícipe de todos mis movimientos, regalarle una actuación que no

podiera olvidar nunca, que atormentara sus noches hasta el punto de volverlo loco. Con suavidad, sin apartar la vista de su cara, fui deslizándolo el camisón, dejando primero mis hombros al desnudo. Él, por su parte, no se perdía detalle, absorbo con lo que le ofrecía. Cuando, por fin, el camisón cayó al suelo dejando paso a mi cuerpo moreno y delicado, no pudo refrenarse más y se lanzó hacia mí. Envolvió mi cintura entre sus fuertes brazos, apretándome con fuerza contra su pecho.

—No quería hacer esto, Yurani. Pero tú me has obligado.

Entonces, sentí el roce de sus labios buscando los míos. Correspondí a sus besos con una mezcla entre la repulsión y la excitación que extrañamente me causaba la situación. Después de unos segundos o, tal vez, minutos, su boca se dirigió hacia mi cuello desnudo y lo besó, mordiéndolo ligeramente, y yo le dejé hacer. Guiada por un sentimiento incontrolable, tomé el mando de la situación. Envolví mi mano entre la suya y lo guíé hacia la cama. Él, comprendiendo mis deseos, se tumbó sobre ella. Comencé, entonces sí, a desarrollar mi plan en toda su magnitud, dejando mis huellas sobre su piel, otorgándole un placer que, con toda seguridad, no había recibido nunca. Ahora era yo la que tenía el poder, la que mandaba sobre su mente. Desabroché uno a uno los botones de su camisa blanca. Entre besos y caricias, sentí su respiración, cada vez más agitada. La excitación le impedía abrir los ojos. Continué besándolo por el pecho sin prisa, pero sin pausa, enloqueciéndolo con cada nuevo gesto que le regalaba. Después, cuando ya no quedó ni una sola prenda sobre él, decidí que había llegado el momento. Me puse de horcajadas sobre él y me dejé caer con los ojos bien abiertos y examinando todas sus reacciones.

Andy gimió y murmuró, dedicándome unas palabras que, en verdad, no me importaban. Cuando todo terminó, no me tumbé sobre su cuerpo como a él le habría gustado. Me apresuré en levantarme y dirigirme al servicio dispuesta a lavarme, como después de cada acto sexual; como con cada cliente, puesto que, para mí, eso era él: solo uno más.

Sintiendo sus ojos clavados en mi espalda desnuda y sin dignarme a girarme para mirarle, le dije, con toda la frialdad que pude emplear:

—Cuando salga de la ducha, espero que ya te hayas marchado. ¡Ah! Y una última cosa: no te olvides de dejar el dinero.

Y así, sin darle tiempo a objetar nada, me encerré en el cuarto de baño. Una vez dentro, me senté en el suelo, apoyando mi cuerpo sobre la puerta. Entonces fui consciente de todo lo sucedido, entendí lo que acababa de hacer.

Me había acostado con uno de los hombres que más odiaba en el mundo, el mayor causante de todas mis desgracias y, lo peor de todo, es que había disfrutado con ello. En un segundo, la imagen de Pablo surgió ante mis ojos; pude observar con total claridad los suyos, dolidos y decepcionados. A pesar de la satisfacción que guardaba dentro de mí y a pesar de que seguía intimando con muchos hombres durante cada noche, no pude evitar sentir que lo había engañado.

## UNA PEQUEÑA MENTIRA

A partir de ese momento, después de la intimidad que habíamos compartido, traté a Andy de la misma forma que él me había tratado a mí, cuando, siendo apenas una niña, le declaré mi amor incondicional y mi deseo de formar un futuro a su lado. Mi comportamiento hacia él fue el mismo que con los demás clientes que regentaban el edificio: sensual cuando tenía que serlo, despectivo cuando se me permitía ser yo misma.

Seguí viéndome con él después de esa noche durante numerosas ocasiones; diría que casi hasta el último momento. Seguí permitiéndole disfrutar de mi cuerpo a su antojo y capricho; mas, fuera de esas cuatro paredes blancas, volvíamos a ser él y yo, los verdaderos, los que no se dejaban llevar por el dinero y por un deseo que, sin poder evitarlo, nos conectaba a los dos. Durante el resto del día, cuando las horas de trabajo llegaban a su fin, para mí todo quedaba como estaba antes de esa tarde en la que Andy decidió ir en mi busca. Él siempre sería para mí el culpable de mi suplicio, el verdadero juez que había condenado mi vida sin piedad ni contemplaciones. Y así se lo dejaba saber a diario, demostrándole con mi indiferencia que nada había cambiado entre nosotros, que jamás lograría conquistarme, ni mucho menos doblegarme.

Él, por su parte, tampoco se atrevía a ir más allá. Había cesado de evitarme y ahora se dedicaba a observarme desde la distancia, y expresarme sus repentinos sentimientos con su mirada. En la intimidad tampoco me explicaba, verbalmente, lo que existía dentro de su corazón; mas no era necesario. Me bastaba con percibir su manera de tratarme, cada vez más tierna y delicada, para comprender que aquel chico de belleza innata y alma endurecida había dejado de ser el mismo. Y, tal vez, ya nunca volvería a serlo.

Sin embargo, a pesar de que, debo reconocer, despertaba en mí una atracción inevitable, ya era tarde. Ya no podía dejar de verlo con esos ojos, con los ojos de una chica joven que se había convertido en mujer por obligación solo por su culpa. En mi mente, una vez se disipaba la pasión que vivíamos juntos, no dejaba de cavilar la manera correcta de hacerle daño, la carta final con la que vengar tanto sufrimiento, tantas pérdidas y su insuperable traición. Solo se me ocurría una idea, y esta no era otra que enamorarlo hasta



el punto de que no pudiese vivir sin mis besos y sin mis caricias. Le daría una de cal y una de arena para así, volverlo loco. Estaba cerca de conseguirlo; lo intuía por su forma de mirarme cuando pasaba por su lado, cuando el mundo a nuestro alrededor parecía pararse. Cuando eso sucedía, incluso las demás personas que se encontraban a nuestro lado se percataban de que algo estaba pasando entre nosotros. No era difícil darse cuenta de su reacción ante mi presencia, así como del profundo desprecio que causaba en mí. Ninguna se atrevió jamás a hacer algún comentario explícito, tampoco Andrés, ni ninguno de los demás hombres, comentaron nada al respecto. Hasta esa noche, una noche en la que la música reinaba en el bar y la gente bailaba a nuestro alrededor. Era una noche más, una jornada normal de trabajo para mí y de ganancias para los de más arriba.

Vagué por los rincones del bar hasta que di con Pablo. Andy no había sido el único en cortejarme; también lo hizo Pablo, mi fiel Pablo, que nunca faltó a su cita conmigo y luchó hasta el fin por la extraña, pero consolidada, relación que manteníamos en secreto.

Cuando lo vi, mis ojos se iluminaron, como pasaba siempre. Me dirigí deprisa a su encuentro y nuestros ojos brillaron, felices de poder estar juntos, aunque fuera por un par de horas, y deseosos de compartir esos momentos. Pablo pagaba por mí mucho más de lo debido, más que ningún otro. Ofrecía por mi cuerpo una cantidad desorbitada de dinero, lo cual para los jefes era toda una alegría y nunca cuestionaron el motivo. Imagino que lo achacaron a los gustos personales de cada cliente, pues muchos de ellos se empecinaban con una mujer en concreto, bien fuera por su físico o por sus dotes en la cama.

Nuestras manos se juntaron y nos dispusimos a abandonar el local, conociendo ya los pasos que debíamos seguir. Entonces, todo sucedió tan rápido que me costó incluso darme cuenta. Mi cuerpo se tambaleó repentinamente, impulsado por una fuerza desconocida, y esa fuerza me apartó de la mano de Pablo. Cuando me giré para averiguar lo sucedido, no pude creer lo que veía. Andy estaba plantado frente a nosotros, desviando sus ojos oscuros hacia Pablo y hacia mí sucesivamente. Su rostro estaba congestionado, en una prueba clara de rabia. Detuvo su mirada en la mía y se la aguanté con firmeza.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? —le acusé.

Sus labios se torcieron todavía más, en un intento de controlar sus emociones. Por instinto, cubrí el cuerpo de Pablo con el mío, parándome frente a él y poniendo distancia entre esos dos hombres.

—Necesito hablar contigo —su voz no daba lugar a negativas; se trataba de una orden, no de una petición.

Negué con la cabeza, aparentando tranquilidad y seguridad en mí misma; aunque, si he de ser sincera, por dentro estaba realmente preocupada. A pesar de que Pablo sabía bien de mis actividades en esa casa, pues así me había conocido, no deseaba que averiguara mi estrecha relación con ese personaje. Quise decirle que él ya había tenido su parte hacía tan solo unos momentos; pero me contuve por respeto a Pablo.

—Lárgate de aquí —murmuré—. Déjame tranquila.

De pronto, Andy se abalanzó y me agarró por el brazo, clavando sus dedos en mi piel con tanta profundidad que me hacía daño.

—Vendrás conmigo. Ahora —exigió.

Fue entonces cuando Pablo intervino. Dio unos pasos hacia adelante y se encaró con Andy. Ambos echaban chispas de la rabia.

—Te ha dicho que la dejes. ¿No la has escuchado?

—Tú no te metas, niño. No sabes quién soy, ¿verdad?

—No, ni me importa. Lo único que te digo es que la sueltes, no tienes derecho a tratarla así —respondió Pablo con determinación y una calma admirable.

Andy soltó una carcajada, dedicándole una mueca burlona.

—La conocí antes que tú, pregúntale a ella.

Pablo me buscó unos segundos con sus ojos. Me interrogó con ellos, curioso por adivinar el significado oculto de las palabras de Andy. Evadí su mirada, avergonzada, y estiré mi mano hacia la suya.

—Déjalo estar, Pablo. Vámonos, se nos va a hacer tarde.

De nuevo, Andy lo impidió. Sin dejar de agarrar mi brazo, me miró directamente y me dijo:

—Será solo un momento, Yurani. Es importante.

Resoplé irritada. Sabía que era mejor atender a sus peticiones, ya que, de otro modo, no me dejaría tranquila. Conocía bien su cabezonería y la insistencia que podía emplear cuando se proponía algo...

—Está bien, pero tiene que ser rápido. —Miré entonces a Pablo, tratando de pedirle disculpas con la mirada—. Ahora vengo, Pablo. Toma algo mientras si quieres.

Él accedió, respetando mis decisiones, como siempre hacía, aunque no de buen gusto. Salí del bar siguiendo los pasos de Andy, consciente de que muchas de las miradas de mis compañeras seguían nuestros pasos. Se habían

dado cuenta de la escena y ahora tendrían algo nuevo de lo que cuchichear entre ellas.

Una vez fuera, Andy no se detuvo hasta abandonar el pasillo principal. Pasamos unos cuantos corredores y, cuando ya me estaba empezando a impacientar su silencio, se paró ante una puerta oscura y la abrió con llave. Me hizo señas para que pasara y obedecí, deseosa de terminar cuanto antes con todo ese asunto.

Ya libre de las miradas curiosas, Andy dejó salir su enfado y levantó una mano hacia mí con intención de agredirme. Se lo impedí sujetando su brazo. Ya no era una cría asustada, ya no iba a volver a permitir, nunca más, que él me hiciese daño, de ninguna de las maneras posibles. Andy me observó con ojos abiertos y sorprendidos. Sé que habría podido hacerlo si hubiese querido; su fuerza era claramente más grande que la mía y yo no tenía mucha oportunidad de defenderme. En cambio, no lo hizo. Se limitó a mirarme y decirme:

—Eres... Eres una vulgar ramera, como todas las demás. ¡No sé por qué razón creí que eras diferente!

Respondí a su acusación con una sonrisa. No le daría ese gusto, no conseguiría intimidarme con sus ofensas.

—¡Es curioso! Yo también pensé lo mismo de ti un día... Creí que eras distinto a los demás.

—¡No te hagas la dura! No conmigo. Te conozco bien, más de lo que crees, y sé que, en el fondo, sigues siendo la misma niña ilusa y soñadora.

Manteniendo la tranquilidad que a él tanto le irritaba, le contesté:

—Si me conocieras como dices, sabrías que nada de eso es cierto. Sabrías que jamás lograrás someterme.

Andy se llevó las manos a la cabeza con expresión aturdida. Después, pareció calmarse y relajó su rostro. Atisbé incluso un toque de dulzura en sus ojos negros.

—Yurani, no quiero portarme así contigo, de verdad que no quiero. Me gustas mucho... Más que eso, me tienes embobado, rendido a tus pies. Lo sabes bien y de eso te aprovechas.

Resoplé, aburrida y cansada. Me traían sin cuidado sus declaraciones de amor, que, por cierto, no pegaban nada con su carácter.

—No creas que no me he dado cuenta de cómo miras a ese rubio. Los ojos se te van detrás de él y la cara te cambia cuando estás a su lado. Me he fijado mucho las últimas semanas, queriendo creer que se trataban solo de

imaginaciones mías. ¡Pero no! Es real... Y no lo soporto.

Guardé silencio, entre sorprendida y calmada. Se había percatado de mis sentimientos hacia Pablo, unos sentimientos puros y verdaderos, todo lo contrario a lo que sentía hacia él; pero, en el fondo, me era indiferente.

Andy, al corroborar con mi silencio sus sospechas, se enfureció aún más, pero se guardó de demostrarlo. Con una voz que pretendió ser suave, me dijo:

—No lo aguanto, Yurani. No soporto verte con otro, no de esa manera.

Mis labios se torcieron en una mueca sarcástica, con una mezcla de diversión y de rabia.

—Ah, ¿no? ¿Y qué esperabas cuando me trajiste a esta casa? ¿Acaso creíste que iba a jugar a las muñecas?

Abrí las manos en torno a mi cuerpo para mostrarle lo que era.

—Esto es lo que soy ahora, Andy; esto es en lo que me has convertido. ¡Tú me trajiste a este lugar, tú me empujaste a acostarme con cada hombre que se pusiera en mi camino!

Su cara dibujó una expresión de dolor al escuchar mis palabras. Si algún día había dudado de su capacidad para sufrir, ahora acababa de confirmarla. Andy estaba sufriendo y me alegraba enormemente de ello.

—Llevas razón —reconoció con aire derrotado—. Sabía lo que vendrías a hacer cuando llegaras a este sitio. Pero, ¡maldita sea!, nunca pensé que me enamoraría de ti. Porque eso es lo que estoy, Yurani, estoy perdidamente enamorado de ti. Y deseo que sientas lo mismo. Sé que te entregas a los demás del mismo modo que haces conmigo. Pero lo de ese chico es diferente. No quiero que te encariñes con nadie. Lo siento, pero no puedo soportarlo.

—Tranquilo, tú has conseguido que no exista el amor para mí. Mi corazón está cerrado... y eso te incluye también a ti.

Mentía, mi cerebro y mi alma lo sabían. No le tenía miedo; sin embargo, temía las represalias que pudiera tomar contra Pablo, el cual no tenía culpa de nada. Por ello, decidí fingir y apaciguar los nervios de Andy.

—No tengas miedo, no vas a perderme. Seguiré siendo tuya hasta que la muerte nos separe.

No pude evitar guiñarle un ojo al pronunciar esa promesa; tanto él como yo sabíamos que no podría durar eternamente encerrada en esa casa; algún día, tarde o temprano, mi cuerpo y mi corazón se cansarían de luchar, de aguantar... y mis días terminarían, como lo hicieron los de Anya.

El disgusto se intensificó en Andy al captar mi indirecta; pero mi confesión lo tranquilizó, calmando su ego y sus dudas hacia mí. Ya más

tranquilo, estiró su mano y acarició mi mejilla.

—Te quiero, mi niña morena. Más de lo que crees.

Aguanté, haciendo uso de toda mi paciencia, el beso que me dio y también su abrazo. Después, me separé de su cuerpo y le dije:

—Es hora de volver. El trabajo me está esperando.

Deseaba con todas mis fuerzas regresar al lado de Pablo; necesitaba desesperadamente refugiarme en sus brazos y en la protección que ellos me ofrecían.

Andy me dejó salir, no sin antes hacerle prometer que nos veríamos al día siguiente, puesto que esa noche él tenía que salir a cumplir unos recados pendientes. No pude evitar pensar en de qué se trataría, en cuántos «recados» nuevos llegarían a esa casa, perdidos, engañados y desorientados. Me guardé de decirlo; con andar tranquilo y el corazón latiendo apresurado, me dispuse a abandonar ese dormitorio que, no me había costado darme cuenta, era el de Andy.

Hice el camino de vuelta hacia el bar lo más rápido que pude y, cuando por fin entré, lo primero que vieron mis ojos fue a Pablo sentado enfrente de la barra. Suspiré hondo, aún nerviosa, pero con alivio al encontrarlo y me acerqué a él. Después, volví a ser yo, la «verdadera Yurani», la que solo existía en sus brazos.

## ANTES DE QUE SEA TARDE

—Tengo que hablar contigo.

Quitó la mirada de la ventana, por la cual miraba al exterior, y la dirigió a la dueña de esa voz, encontrando su cara.

—Dime.

—Quiero ir al colegio.

Esa demanda me pilló desprevenida. Tragué saliva y tardé unos segundos en contestar, buscando las palabras adecuadas para hacerlo.

—Sabes que eso no es posible, Kim. Ya lo hemos hablado en una ocasión.

Ella, sin quitar la vista de mí, protestó:

—Sí, pero entonces era una niña. No entendía nada de lo que pasaba. Ahora es distinto. Sé leer, porque tú nos has enseñado. Pero quiero estudiar, quiero aprender y quiero conocer amigas nuevas. ¡Estoy harta y aburrida de vivir en esta casa!

Permanecí callada, impactada ante el torrente de emociones que, hasta entonces escondidas, mi hermana había dejado salir. Fue entonces cuando me di cuenta de algo que, hasta el momento, me había pasado desapercibido. Kimberly estaba cambiada, de una forma tan drástica y notoria que me maldije por no haberme fijado antes. La observé con atención. Seguía siendo una niña, al fin y al cabo; solo tenía nueve años, rozando casi los diez. Su delgado y menudo cuerpo demostraban su corta edad; su pelo era el mismo que antes, oscuro, largo y rizado; su rostro no había cambiado demasiado. Sin embargo, era su expresión endurecida la que me hizo preocuparme. Evadí su mirada; no era capaz de observar esos ojos oscuros que me acusaban al mirarme, que me hacían culpable, en silencio, de todas sus desgracias y privaciones.

Kimberly, conservando la testarudez que la caracterizaba, siguió insistiendo:

—Quiero salir de aquí, Yurani. ¡Necesito salir de aquí! ¿Es que no puedes entenderlo?

Suspiré hondo.

—Sí, lo comprendo perfectamente, Kim. Pero eso no está en mis manos. Vinimos aquí para escapar de un mundo injusto; aunque tú eras demasiado

pequeña para recordarlo... Y ahora debo cumplir con lo acordado. Hay unos favores que debo devolver. Por eso estamos en esta casa.

—¿Y esto es justo? Dime, ¿vivir de esta manera es lo justo? Igual para ti lo es, porque para mí es asqueroso.

Algo se partió dentro de mí al ver la manera con la que me miraba. Mi hermana, mi propia hermana, sentía desprecio hacia mi persona y, lo que más me impactó de todo, fue atisbar un sentimiento de vergüenza en sus ojos. Vergüenza por ser sangre de mi sangre, por ser parte de mi familia.

—¡Vale ya, Kim! —exclamé, incapaz de manejar el asunto de otra manera—. No permito que me cuestiones, ni que me hables de esa manera. Será mejor que salgas de la habitación. Puedes ir con Celia si lo deseas; ella estará en la sala viendo las novelas que tanto os gustan.

Kimberly meneó la cabeza de lado a lado con frustración y seguridad, dejándome ver que no iba a conseguir convencerla. Parecía triste, pero no estaba asustada. Su valentía y su tenacidad me recordaron a mí misma; me admiraba y me asustaba al mismo tiempo.

—¡No quiero ver la tele! ¡No quiero jugar más con Celia! Quiero irme; quiero que cojamos ahora mismo nuestras cosas y salgamos de aquí. Ahora.

Me di la vuelta de nuevo en dirección hacia la ventana, mirando sin ver, oyendo sin escuchar.

—Te escuché el otro día, cuando hablabas con Andy.

Su voz me hizo quedarme inmóvil, aterrada de pronto como hacía tiempo que no lo estaba. Recé en mi interior por negar lo evidente, por no descubrir lo que estaba a punto de confesarme mi hermana.

—¿Qué hacías tú allí?

—Eso no importa. Lo que importa es lo que oí. Me levanté de la cama porque había tenido una pesadilla, una más, y tú no estabas. Intenté despertar a Celia, pero no había manera. Entonces, salí del cuarto y me fui a buscarte. Una de las chicas me dijo que te habías marchado con Andy y me llevó hasta su habitación. Me dijo que llamara a la puerta antes de entrar y se marchó; pero no lo hice. Oí unos gritos y me quedé quieta, escuchando.

Mi corazón, a esas alturas de la conversación, latía apresurado. Me asustaba imaginar lo que había tenido que oír mi hermana, quizá unos gemidos o palabras obscenas. Sin embargo, era peor todavía, más duro de lo que imaginaba.

—Estabais discutiendo —prosiguió ella—. Hablabais de otro chico, ese que Leslie dice que te gusta, y tú le decías que era su culpa.

Recordé con claridad ese momento, aquella discusión acalorada que había tenido lugar a causa de unos celos impulsivos de parte de Andy. Traté de disimular quitando importancia a lo sucedido.

—¡Ah! Eso no fue nada. Solo estábamos un poquito enfadados, porque Andy es un buen amigo y tenía envidia de Pablo. Nada más, no tienes que preocuparte por eso.

Kim volvió a negar con la cabeza. En un instante, su imagen infantil surgió ante mis ojos. Volví a ver a esa niña valiente a la que con tanto esmero me propuse cuidar, esa niña que era mi sombra, sin importar a dónde la llevaran mis pasos. Me pregunté en qué momento había cambiado, en qué preciso instante Kimberly se había convertido en lo que ahora tenía enfrente.

—Sé lo que haces, Yurani. Sé lo que haces por las noches cuando te marchas creyendo que me dejas dormida. Celia y yo te hemos seguido algunas veces. Y ahora sabemos lo que eres.

Tragué saliva y junté mis manos sudorosas jugueteando con mis dedos.

—¿Y qué soy, según tú?

—Una *puta*. Celia dice que así llaman a las chicas como tú.

Sus palabras me desgarraron el corazón, me atravesaron el alma. El dolor fue tan grande, tan intenso, que no pude controlarlo. Levanté mi mano derecha y, sin sopesar lo que iba a hacer, la dejé caer sobre su rostro. Me arrepentí en cuanto lo hice, pero ya no había marcha atrás.

—¡No vuelvas a decirme eso! ¡Te prohíbo terminantemente que me hables así! Soy tu hermana y me debes respeto.

Ella se llevó la mano a su mejilla y me lanzó una mirada cargada de desprecio.

—¡Ya no soy una niña! ¡Ya no soy la mocosa a la que podías mandar! Soy más lista de lo que crees y voy a salir de aquí, con tu ayuda o sin ella.

—Eso lo veremos —dije, sin poder añadir nada más.

—¡Quiero irme con mis padres! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Quiero irme a casa!

De pronto, Kim volvía a ser la misma de antes, aquella niña inocente e ingenua. No me quedó más remedio que quitarle la venda de los ojos en un acto que, sabía, sería uno de los más dolorosos de su vida... y de la mía.

—¡No sabes lo que dices! —Un sollozo me estremeció y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Papá, tu dichoso y querido padre, ese con el que quieres ir... ¡abusaba de mí! ¡Papá me violó, muchas veces!

La bomba estalló. La expresión de Kimberly pasó de estar enfadada a



volverse triste, decepcionada, profundamente dolida. Después, volvió al enfado.

—¡Eso no es cierto! —negó, aunque sabía que sí lo era.

Rota de dolor, intenté acercarme a ella. Deseaba, una vez más, protegerla, estrecharla entre mis brazos y calmar su tristeza. Me lo impidió poniendo una mano al frente, guardando las distancias entre nosotras.

—Entonces, voy a trabajar. Trabajaré como tú, conseguiré dinero y nos marcharemos. Celia dice que escuchó a Anya hablar con unas amigas, que esa es la única forma.

Esta vez fui yo la que me negué.

—Eso es lo último que puedes decir. ¡Jamás permitiría que trabajaras en esto!

Kim se encogió de hombros.

—Voy a hacerlo, te guste o no. Hablaré con Andrés y se lo diré. Y tú no podrás hacer nada.

—¡No se te ocurra! ¡Eres solo una niña! Te crees muy mayor ya, pero a mí no me engañas. ¡Por Dios, si todavía juegas con Lara! Y por las noches la abrazas; no creas que no me he dado cuenta.

Entonces, ella guardó silencio. Se dio la vuelta y se acercó a su cama. A continuación, volvió a mi lado, y traía a Lara en sus manos. Tiró de ella haciendo uso de toda su fuerza para romperla; como no lo consiguió, la lanzó al suelo y la pisoteó con rabia, con una desesperación que me asustó.

—¡Mira lo que hago con tu muñeca!

No pude soportarlo más. Me dirigí a la puerta y salí de la habitación, dejándola, por primera vez, sola. Sin capacidad para contener ese ataque violento, sin paciencia para aguantar sus reproches, me marché y me metí en un cuarto de baño que había en el pasillo. Me encerré y me dejé caer sobre el suelo, apoyando mi espalda sobre la fría pared.

Aquello no podía estar sucediendo de verdad, aquella niña enfurecida no era mi hermana. Algo se había roto entre nosotras. Convulsioné en un llanto incontrolable, y ese llanto fue el peor de todos los que había tenido hasta entonces; ese era el que más me dolía. Había soportado los abusos y los ataques hacia mi persona; pero ahora se trataba de mi hermana, de la persona por la cual estaba donde estaba, y por la que había jurado mantenerme en pie, pasase lo que pasase. Ella no lo comprendía; probablemente, no podría hacerlo nunca. Y eso me dolía en lo más profundo, me desgarraba, me mataba por dentro.

No sé cuánto tiempo permanecí allí metida con la única compañía de mis lágrimas. Solo recuerdo que, cuando salí, todavía con un peso gigantesco en el corazón, tenía una única certeza: debía sacarla de allí, y también a Celia, lo antes posible. Tenía que buscar la manera de hacerlo, y tenía que hacerlo ya, antes de que fuese demasiado tarde.

## UN ÚNICO FAVOR

Lo había pensado tanto, llevaba días y noches sopesando todas las posibilidades que estaban a mi alcance; había imaginado un sinfín de veces ese momento, esa conversación, esas palabras con las que convencería de mi decisión a la única persona que podía ayudarme. Y cuando por fin la tuve ante mí, mirándome con esos ojitos tiernos y expresivos, no fui capaz de pronunciar palabra alguna. Mi mente se quedó en blanco, la seguridad me abandonó sin despedirse siquiera y las piernas me flaquearon cuando las suyas se acercaron.

Ahí estaba Pablo, apretándome fuerte contra su pecho, siempre feliz de verme, y yo... yo simplemente me dejé llevar por ese abrazo cálido. Un par de lágrimas descendieron por mis mejillas, silenciosas y, aunque traté de esconderlas bajo mi larga melena, fue en vano; Pablo era un gran observador y me conocía muy bien, en los pocos ratos que compartíamos juntos había llegado a formar parte de mí y, ahora, eso tenía que acabar. Me dolía en el alma tener que despedirme de él, poner punto y final a una historia que había marcado un antes y un después en mi vida; pero tenía que hacerlo por una buena causa. Si había alguien en el mundo que me importaba más que todo lo demás, más incluso que mi propia vida, esa era mi hermana. Y por ella estaba dispuesta a todo y a nada. Lo ganaría todo sabiéndola lejos y segura; pero también lo perdería todo, me quedaría sin las únicas personas que amaba.

Pablo, ingenuo ante mis pensamientos, se preocupó por mí al sentir mi cuerpo temblar junto al suyo:

—¿Te encuentras bien, cariño? ¿Va todo bien?

Hubiera dicho que sí, que no se preocupara, que no había nada que temer. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que no había tiempo para delicadezas, para suavizar lo que, indudablemente, se nos venía encima... a ambos. Negué con la cabeza y el llanto se hizo más evidente. Mi cuerpo se estremeció y me rendí ante tales sentimientos, que me nublaban y me embargaban por dentro.

Pablo respetó mi sufrimiento; aguardó en silencio sin dejar de acariciarme ni un solo momento y me transmitió, sin saberlo, la fuerza que necesitaba para dar el paso, para soltar lo que llevaba en mi interior.

—Esto se acaba, Pablo.

En un principio, creí que no me había escuchado, tal vez no había entendido mis palabras a causa de los sollozos que las acompañaban. Siguió tocándome la espalda con cariño, guardando silencio. Después, tras unos largos minutos, sujetó mi barbilla y me hizo mirarlo. Creí que no podría aguantar la ternura de esos ojos marrones, el dolor que vería en ellos dentro de solo unos momentos.

—No sé por qué dices eso —me dijo, hablando con voz suave—, pero quiero que sepas que no voy a dejarte. Te lo prometí y yo siempre cumplo con mis promesas.

¡Dios! Su manera de comprenderme y de quererme por encima de todo, sin pedir nada a cambio, me hizo más difícil sobrellevar mi propia pena.

—Necesito tu ayuda —solté de repente, sabiendo que, si no lo hacía ya, no sería capaz de hacerlo más tarde.

Pablo me miró con expresión asombrada. No acostumbraba a pedirle favores, ni a él ni a nadie; y enseguida intuyó que se trataba de algo importante.

—Pídeme lo que quieras y te lo daré, siempre que esté en mis manos.

Suspiré hondo, infundiéndome el valor que tanto necesitaba.

—Necesito que te llesves a Kimberly y a Celia; y necesito que lo hagas lo antes posible.

¡Ya está! Lo había conseguido, lo había soltado sin detenerme a pensarlo o, tal vez, pensándolo demasiado.

Por unos segundos, el rostro de Pablo se iluminó, reflejando una repentina alegría. Creía que estaba aceptando la propuesta que hacía tanto tiempo me había ofrecido. Me dolió tener que ser yo la que apagara esa felicidad.

—Solo Kimberly y Celia —añadí, con tono calmado pero decidido—. Yo me quedo.

La felicidad que había sentido dio paso a una mueca de incredulidad, de desaprobación ante mi idea.

—¿Qué estás diciendo, Yurani? ¡No voy a marcharme sin ti! ¡No voy a dejarte aquí!

Moví la cabeza de lado a lado.

—No hay nada que discutir, Pablo. La decisión está tomada; pero necesito tu ayuda. Sin ella, no podría conseguir sacar a las niñas de esta casa.

Pablo permaneció quieto, asimilando en su interior, lo más deprisa que podía, lo que se escondía detrás de mi decisión apresurada.

—¡Pero no lo entiendo, Yurani! ¿Qué es lo que te ata a esta casa? ¿Acaso te gusta vivir así?

Me hirieron un poco sus palabras, su absurda idea de que esa vida fuera de mi agrado; mas no permití que eso influyera en mi comportamiento decidido.

—Precisamente por eso, porque no me gusta esta vida, no me gusta nada... Quiero que te las lleves. No quiero esto para ellas.

Al ver que se encontraba a punto de hablar, empeñado en hacerme desistir de mis intenciones, me adelanté y le dije:

—Ya tienen casi diez años, Pablo. Es cuestión de tiempo que Andrés se fije en ellas, en sus cuerpecitos desarrollándose, y las ponga a trabajar de la misma manera que hizo conmigo. ¿Crees, acaso, que le importará que sean demasiado pequeñas para ello? Sabes tan bien como yo que no.

—Lo que dices es duro, Yurani, pero eso lo sabías desde que llegaste...

—¡Sí! Es cierto, lo sabía. Mira, no te he contado nunca lo que me trajo a este sitio, lo que me empujó a vivir esta mierda de vida... y no voy a hacerlo ahora. Eso es algo que quedó atrás; pero mis niñas siguen aquí, ahora. Y es demasiado peligroso. Para ellas y para mí misma... Si les pasa algo, si se atreven a ponerles un solo dedo encima, no sé de lo que soy capaz de hacer. Si no consigo matarlos, lo haría conmigo misma. Y no me temblará el pulso para hacerlo.

Pablo, que seguía con sus ojos profundos clavados en los míos, asintió, comprendiendo el significado que encerraban mis palabras. Guardó silencio de nuevo, temeroso de aceptar, aterrado de dar un paso en falso con el cual, con toda seguridad, acabaría perdiéndome.

—Siempre supe que este momento llegaría —le confesé, con la voz ahogada por el dolor—. Siempre supe que, tarde o temprano, esos hombres asquerosos pondrían los ojos en mi hermana, mi dulce hermana, por la que he luchado tanto. Pero quise engañarme a mí misma, quise aplazar esas ideas para no volverme loca, para no dejarme caer. Hasta ahora, no se me ha dado mal; Kimberly, y también Celia, han vivido aquí encerradas, es cierto, pero no han tenido tan mala vida dentro de lo que cabe. Han comido y cenado cada día, pueden ver la televisión y jugar las horas que quieran. También tienen un techo y una cama. Sin embargo, ahora todo ha cambiado. ¡No puedo soportar verlas en mi piel, siguiendo mis propios pasos! Ese sería para mí mi mayor fracaso. Y te juro que no podría aguantarlo.

Para esas alturas, mi rostro estaba lleno de lágrimas; casi sin darme

cuenta, había dado rienda suelta a mis sentimientos, abriéndolos ante ese muchacho al que, en realidad, nunca le había dado demasiados detalles sobre mi vida personal. Él estiró su mano y limpió mis mejillas con ternura.

—Aunque no tengo hermanos, puedo comprenderte más de lo que crees. Y te admiro muchísimo, Yurani. Si antes pensaba que eras toda una mujer, ahora no tengo la menor duda. Pero no veo necesario que hagas uso de ese valor que tienes; puedo hablar con tus jefes y pactar un precio con ellos... por las tres. Recuerda que mi situación económica es bastante buena.

Volví a negar con contundencia, casi irritada por su obsesiva manera de seguir insistiendo en algo que, sencillamente, no se podía.

—¡Nunca aceptarían que nos fuéramos contigo! Ya no solo es por el dinero, aunque también sería una de las razones: ganan mucho conmigo, y más lo harían si metieran a las pequeñas en todo esto. Pero no se trata solo de eso; no dejarán nunca que nos marchemos por muy alta que sea la cantidad que les ofrezcas. Es cuestión de orgullo, de precaución... Sé demasiado sobre este negocio y no podrían vivir tranquilos conmigo fuera. Nadie ha salido de esta casa sin su permiso, al menos, no con buen pie.

La cara de Pablo se desencajó. Supongo que, en el fondo, nunca había creído que el asunto fuera tan grave, que el negocio, al cual solía acudir día tras día, fuera tan oscuro y peligroso. Aun así, no se rindió, cabezota como solo él podía serlo, testarudo como solo un enamorado puede volverse.

—No puedo estar sin ti —confesó en casi un susurro—. No podría vivir sabiendo que te he dejado aquí, abandonada a tu suerte.

Esta vez fui yo la que acarició su rostro en un intento desesperado de convencerlo y, al mismo tiempo, agradecer su infinito cariño hacia mí.

—No lo harás, no me dejarás sola, cariño. Si me ayudas, si sacas a mis niñas de esta casa, será como si me hubieras sacado a mí. Una parte de mí estará fuera, contigo, y seré feliz solo de imaginaros así.

—¿Qué pasará contigo? ¿Qué harán contigo cuando vean que las niñas han escapado?

No tenía esa respuesta, pero tuve que inventarla, encargándome de no preocuparle más de lo debido. En el fondo, tenía fe en que las palabras que iba a decir fuesen verdad.

—Estaré bien. Sé cómo cuidarme; siempre lo he hecho. Además, por mucha rabia que les de haber perdido dos futuros productos, me tendrán a mí. No sé por qué, pero soy algo muypreciado para Andrés. Han ganado mucho conmigo y lo seguirán haciendo si me quedo. En cambio, si huyo con vosotros,

no pararían de buscarnos, no cesarían hasta encontrarnos. ¡No puedo correr ese riesgo! Tienes que entenderlo.

Pablo se apartó entonces de mí, y la brusca separación de nuestros cuerpos causó en mí una tristeza desoladora, unas desesperadas ganas de pedirle que no me escuchara, que se quedara siempre conmigo. En cambio, permanecí inmóvil, observando cómo caminaba por la habitación con gesto nervioso y pensativo.

De pronto, se detuvo y me miró con una seriedad en su mirada que nunca había visto antes.

—¿Qué pasará si me niego?

No lo dudé un segundo. Respondí a su pregunta con una contestación clara, directa, sin andarme con rodeos:

—No volverás a verme. Acabaré con mi vida. Mi amiga lo hizo hace un tiempo, aunque inconscientemente, y no dudaré en seguir sus pasos.

Supo que mi amenaza iba en serio; lo notó en mi actitud seria, alarmantemente tranquila. Quizá fue eso lo que le hizo decidirse de una vez por todas, tomando un camino que, tal vez, lamentaría siempre. Suspiró hondo y, todavía sin acercarse, dijo, con una frase que sería la más bonita y la más triste de mi vida:

—Está bien. Acepto. Sacaré a tus hermanas de aquí. Déjame pensar unos días la manera de hacerlo.

—No hay tiempo. Tiene que ser ya, como máximo pasado mañana. Además, es sábado y, por lo que tengo entendido, va a organizarse una fiesta especial. Algo así como un aniversario de este negocio, por lo que todo el mundo estará demasiado ocupado para preocuparse por dos crías pequeñas.

Pablo asintió sin replicar ni poner resistencia. Entonces, en medio de una mirada cargada de dolor, fuimos acercándonos, acortando poco a poco los pocos pasos que nos separaban. Sin darle tiempo a pronunciar palabra alguna, guiada por una ráfaga de necesidad y del amor inmenso que me envolvía, me incliné un poco y busqué su boca. Él no se resistió, casi diría que ni siquiera participó en aquel beso. Me perdí en sus labios, húmedos y míos. Solo míos, como lo habían sido desde el principio y seguirían siendo siempre, al menos para mí. No importaba dónde nos llevase el destino, cuánta distancia habría de por medio; ese muchacho rubio de ojos marrones siempre sería mi hombre, el hombre que marcó mi vida y me hizo despertar, que levantó mi corazón, dormido a causa de tantos golpes.

Esa noche fue la más bonita de todas las que habíamos compartido; y lo

fue porque era la última. Al menos para mí, esa fue nuestra despedida. Una despedida intensa, llena de amor y pasión, de una locura desmedida que sentíamos al estar en brazos del otro, dentro del otro. Mientras me desnudaba y me acariciaba, mientras saboreaba cada rincón de mi piel, y mientras se internaba en mi interior, me esforcé en dejar guardado cada sensación en mi memoria. Allí donde no podía entrar nadie, allí donde él era el único dueño. Y así, entre sus brazos, me dormí; aunque, lamentablemente, no por mucho tiempo.



El día siguiente a nuestra verdadera despedida, lo dedicamos por entero a planear todo con esmero, cuidando de no dejarnos ni un solo cabo suelto. Todo tenía que salir bien, pues tanto Pablo como yo nos jugábamos mucho con ello. No hubo apenas tiempo para demostraciones de amor, ni para muestras de sufrimiento; estuvimos demasiado ocupados en sopesar los pros y los contras del plan que habíamos maquinado.

Era la noche del viernes y quedaban ya muy pocas horas para el momento final, el momento decisivo para todos y cada uno de nosotros. Pablo me explicó que había hablado con su madre la madrugada anterior, lo hizo apenas hubo salido de ese antro, después de la intensa conversación que habíamos mantenido. Su madre, como es lógico, se extrañó en un principio de una llamada a esas horas tan altas de la noche, y se preocupó por su adorado hijo, temiendo que algo malo pudiera haberle pasado. Después, tras escuchar con atención todas las palabras de Pablo, y también sus motivos, no dudó en aceptar, en ofrecerse para ayudar en todo lo necesario. Supe por boca de Pablo que esa señora era una mujer con las ideas muy claras en la vida, una persona que odiaba las injusticias, así como toda la maldad que rodeaba este mundo, en el que yo estaba metida. Trató, como su hijo, de encontrar la manera de llevarme con ellos, creyendo que no era humano dejarme en ese sitio, ni separarme de la única familia que me quedaba. Sin embargo, tras sopesar todas las soluciones y las posibles consecuencias, comprendió que no quedaba mucho por hacer; las cartas estaban echadas y no estaba en su mano cambiar las reglas del juego.

En poco tiempo, Pablo me explicó con toda claridad cada parte del plan de huida. Llegaría en la noche, como cada día, a hacer una visita, a tomarse una copa y fingir que buscaba un poco de diversión, una dosis de merecido relax en buena compañía. Llegaría justo en el momento más álgido de la noche, cuando la esperada fiesta se encontrara ya en todo su apogeo. En cambio, esta vez no me buscaría a mí entre las demás mujeres. No encontraría mi mirada esperándolo entre toda la masa de personas embriagadas. Se dedicaría a deambular por el bar, disimulando pasarlo bien envuelto entre tantas bellezas, bailando a su alrededor.

Ahí es donde yo entraba en juego. Venía una de las peores partes, una de las más difíciles, pero no imposibles. Confiaba en mi propia sensualidad y en mi capacidad de envolver a una figura masculina entre mis redes con más o con menos esfuerzo. Tras sonsacarle bastante a Jénifer, con quien ahora me llevaba bastante mejor dentro de lo que cabe, había logrado averiguar que, en noches como esa, tanto Andrés como sus fieles corderos perdían el control, celebrando un año más de triunfo con numerosas botellas, de todo tipo de licores y también otras clases de estupefacientes. Era el único día en el que se permitían bajar la guardia, vulnerables ante la droga consumida y demasiado confiados en el control que ejercían. Sabía de antemano que Andrés era una de las fichas más importantes en este juego; era a él a quien debía ganarme, costara lo que costara. Y lo haría, de eso estaba segura.

No pararía hasta conseguir que me llevase a su habitación, a su propia cama, y disfrutase de mí como nunca lo había hecho. Lo había deseado siempre, lo supe desde el primer momento que puso sus ojos encima de mí; pero, por alguna razón que se me escapa, jamás lo había llevado a la práctica. Esa noche... sería su noche de suerte.

Cuando lo hubiera logrado, cuando me hubiera marchado acompañada de Andrés lo suficiente lejos de ese bar, Pablo seguiría con lo pactado. Le había dado indicaciones, claras y detalladas, sobre cuál era el camino correcto que tenía que tomar para dirigirse a mi habitación. En ella se encontrarían mis chicas, las cuales todavía no sabían nada... y se marcharían con él, aprovechando la soledad de los pasillos y el silencio de la casa. La prueba de que todo había salido bien la tendría al regresar a mi dormitorio, después de una fuerte jornada de trabajo, y encontrar el cuarto vacío. Ese sería el mayor de mis males y la mejor de mis bendiciones.

Después de repetir por enésima vez todos los pasos que debíamos dar, sin omitir ninguno por pequeño que pareciese, nos sumergimos en un profundo silencio; un silencio de esos que hacen daño, que esconden mucho más de lo que los labios se atreven a decir.

Acostados sobre la cama uno al lado del otro, nos quedamos con la vista fija en el techo durante un buen rato. Fui yo la primera en levantarme.

—Bueno, pues ya ha llegado el momento.

Lo dije con naturalidad, restándole drama a la ocasión. Sabía que era el último día que mis ojos verían los suyos, la última noche que mis labios rozarían sus labios y que mi cuerpo se perdiera en su cuerpo. Me negué a llorar, pues habíamos prometido no hacerlo. En cambio, él no pudo cumplir

esa promesa:

—No puedo creerlo. Todavía no puedo creer que no volveré a verte, que no podré volver a abrazarte, ni a hacerte mía.

Sentí ganas de limpiar su rostro, de besar sus lágrimas y quedármelas para mí para siempre.

—Siempre seré tuya, no importa donde vayas. Creo que nunca he pertenecido a nadie como te pertenezco a ti.

Como empujados al unísono, nos lanzamos uno en brazos del otro y nos fundimos en un abrazo desgarrador, un abrazo mucho más fuerte incluso que las palabras. Tras unos minutos así, llorando uno y sufriendo el otro, decidí que ya era hora de terminar todo eso. Con mi mano temblorosa empujé su pecho, apartándolo de mi lado.

—Tienes que irte. El tiempo de visita ha terminado.

Él asintió mientras se limpiaba la cara con la manga de su camisa blanca. Quise apartar la mirada para evitarme ese momento de angustia, pero mis ojos permanecían clavados en los suyos, incapaces casi hasta de parpadear.

Cuando el dolor se hizo demasiado punzante, cuando ya casi no podíamos aguantarlo, Pablo me dio la espalda y se dirigió a la puerta. Me quedé quieta, adivinando una reacción por su parte, sabiendo que no podría marcharse sin volver a mirarme. Entonces sucedió, él se dio la vuelta y me miró. Con la voz rota de dolor y una sonrisa que contrastaba con ese sentimiento, me dijo:

—Nunca te olvidaré, Yurani. Vivirás siempre en mí, recuérdalo siempre, cuando las fuerzas te fallen.

Y así, sin decir más ni esperar respuesta, se marchó del dormitorio, de la casa y de mi vida, con un billete de ida pero no de vuelta, sin posibilidad de retorno.

## YO TAMBIÉN TE QUIERO

«Ten cuidado con lo que deseas, porque puede cumplirse»... Y se cumplió. Lo que tanto había deseado apareció por fin. El sábado llegó como un día sombrío y oscuro, lleno de nubarrones en su alto cielo, quizá en una clara señal de lo que nos depararía ese día.

Me había levantado de la cama, en la que había permanecido toda la noche sin poder dormir ni un solo instante, y me había dirigido a la ventana. Era una de las cosas que más me gustaba hacer mientras viví en esa casa: contemplar el paisaje de fuera; aunque no bonito exactamente, creaba en mí una sensación de alivio, de esperanza perdida, al comprobar que existía un mundo fuera de esas paredes, más allá de esos barrotes de acero.

Kimberly me encontró así, ajena a todo a mi alrededor y metida por completo en los temores que me atacaban.

—Buenos días —la escuché saludarme desde mi espalda.

—Buenos días, Kim —respondí a su saludo sin volverme para mirarla.

La discusión anterior que habíamos tenido estaba muy reciente todavía. No habíamos vuelto a hablar sobre ello, ¡ni siquiera habíamos hablado! Kimberly me evitaba en la medida de lo posible y, cuando se veía obligada a estar junto a mí, se comportaba como si yo no estuviera presente, como si no existiera. Fingía estar feliz, divertirse con las conversaciones de su mejor amiga; pero a mí no me engañaba, yo sabía que, por dentro, estaba herida, profundamente herida. Al fin y al cabo, éramos hermanas... Y ella, con su personalidad rebelde y desafiante, era como una versión pequeña de mí misma.

Era consciente de que debía afrontar lo que se avecinaba y debía hacerlo ya, sin dejar lugar a dudas ni a rencores. Buscando otra vez las palabras correctas para lo que tenía que contarle, me giré y me acerqué a ella. Había bajado de su cama, donde había dejado a Celia aún dormida, e hizo ademán de ir al cuarto de baño para asearse la cara, fiel a sus costumbres; costumbres que yo misma le había inculcado desde muy niña. La detuve llamándola.

—¡Kim! Espera, tengo que hablar contigo.

Me miró, interrogante, aunque con una expresión de fastidio.

—¿Qué quieres? La verdad es que no tengo muchas ganas de escucharte.

Mordí mis labios levemente, intentando, a como diese lugar, que su tono rebelde no influyera demasiado en mí, ni en la tranquilidad que necesitaba para dar ese paso.

—Es importante. Mucho.

Al constatarse de la gravedad de mi voz, conociéndome tan bien como me conocía, no pudo más que disponerse a escucharme. Se sentó al filo de la cama de abajo, en la que yo dormía, la que había compartido conmigo en tantas ocasiones, cuando todavía era una niña muy pequeña, cuando anhelaba y necesitaba tanto mi cariño, mi protección fraternal... Deseché rápido esos pensamientos y me dejé llevar, sin pensar, sin pararme a observar la reacción de su mirada; sin preguntarme, ni por un solo momento, si estaba haciendo lo correcto o si todo era descabellado. Solté todo en un torrente de palabras enloquecidas: le expliqué mis motivos; ahora que ya sabía mi papel en esa casa, no iba a escatimar en detalles; narré todas y cada una de las escenas vividas en mi historia, desde el primer contacto con nuestro propio padre hasta los continuos abusos a los que era sometida. Le expliqué también cuál había sido la causa del fallecimiento de Anya. Confié en que Celia siguiera durmiendo para ahorrarle esa explicación tan dolorosa. Por suerte para mí, así fue.

Kimberly me miraba sin quitar la vista de mis ojos, con los suyos perdidos en un mar de dudas, de preguntas que no se atrevía a formular y de una decepción tan... tan grande. Contra ella misma, contra mí, contra el mundo en general, un mundo al que no había pedido venir y que no le había dado apenas nada bueno. Intentaba con desesperación, con sus diez años casi cumplidos, encontrar una lógica a todo lo que estaba escuchando; luchaba incansable contra su alma de niña, esa que no le permitía llegar a comprenderlo todo.

¡Me recordó tanto a mí! Cuando, con solo doce años, tuve que entender, sin conseguirlo, las atrocidades que existían en el mundo, las injusticias que quedarían impunes a pesar del daño cometido. Haciendo caso omiso de su dolor, seguí hablando; tenía que hacerlo para hacerle comprender que mi decisión era necesaria y determinante. Le conté también de mi relación con Pablo, la manera en la que él llegó a mi vida y me la devolvió, colmándome de un amor maravilloso. Kimberly tenía que saber que no todo era malo en la existencia, que existían personas buenas, capaces de ver más allá de uno mismo. Y que una de esas personas iba a ayudarla; iba a sacarla de allí, a llevarla muy lejos, como siempre había deseado.

Terminé toda mi explicación con unas indicaciones explícitas:

—Os portaréis bien y obedeceréis ciegamente las órdenes de Pablo. No quiero chiquilladas, ni actos repentinos de rebeldía. Deberéis confiar en él, puesto que él es el único que puede salvaros.

Kimberly guardaba silencio. Jamás olvidaré esa mirada. Me observaba directamente con ojos suplicantes, llenos de amor; de un amor que pensé que había perdido; un amor que duraría siempre, por encima del tiempo y de la distancia.

—Tienes que prometerme que lo harás, que seguirás a Pablo sin oponer resistencia y, sobre todo, sin mirar atrás. ¡Mírame, Kimberly! ¡Tienes que prometerlo, tienes que hacerlo!

Kim comenzó a llorar en silencio. Sacando fuerzas de donde no las había, me preguntó en un débil murmullo:

—¿Y tú? ¿Vendrás con nosotros, más tarde?

Sentí una punzada en el corazón al comprender que tenía que mentirle. Tenía que hacerlo, para conseguir lo que me había propuesto. Lo haría por ella y ella, estaba segura, algún día lo entendería...

—Sí. Me reuniré con vosotros por la mañana. Antes, tengo que dejar unas cosas zanjadas. Pero estaré contigo más rápido de lo que piensas. No te preocupes por nada.

Me dolió. ¡Cómo me dolió pronunciar esas palabras! Kim asintió.

—Vale. Iremos con Pablo. Puedes estar tranquila, no vamos a dar problemas.

Respiré más tranquila, quitándome un gran peso de mi interior.

—Ahora, ve a asearte. Yo tengo que salir, voy a buscar algo para desayunar en la cafetería. Después, vendré a recogeros para ir a comer.

De nuevo, un asentimiento por su parte. Iba a darme la vuelta, iba a marcharme, fingiendo que todo estaba en calma y que no había nada que temer; pero, simplemente, no pude hacerlo. No podía terminar así con una vida entera, con tantos años de amor, de cariño y de apoyo mutuo. En definitiva, no era justo. Todavía de pie frente a ella, la miré. Se me quebró la voz, y también el alma, al comprender que sería la última vez que le diría *te quiero*.

—Kim, siempre te he querido, por encima de todo y de todos. Creo que ya lo sabes; pero, por si acaso, quería decírtelo; para que no lo olvides nunca. Y dile a Celia que también la quiero, mucho, muchísimo, que ella es para mí como otra hermana.

Ella, incapaz de repente de hacer otra cosa, volvió a asentir, con un

movimiento esta vez más triste y apagado. Desvió la mirada de la mía y la clavó en un punto fijo de la pared, decidida a no dejarse vencer por la emoción ni expresar debilidad alguna. Sí, había hecho bien en tomar esa decisión, puesto que, si no, era cuestión de tiempo que acabara como yo, convertida en un ser casi sin sentimientos.

Cuando estaba a punto de salir, con mi mano rozando ya el pomo de la puerta, sucedió algo con lo que no contaba. Su voz me detuvo.

—¡Yurani!

Me giré despacio. Ella estaba de pie.

—Dime.

—No volverás, ¿verdad? —me preguntó con la tristeza de quien ya sabe la respuesta—. No volveremos a vernos.

El alma se me encogió al escucharla. Era muy lista, siempre lo había sido, y me lo demostraba una vez más, justo en ese momento. No fui capaz de decir nada. Entonces, Kimberly me dijo:

—Yo también te quiero. Te he querido siempre y lo seguiré haciendo toda mi vida.

No pude soportarlo más. Las murallas que rodeaban mi corazón se vinieron abajo, todo mi interior y mi exterior se derrumbó en un llanto descontrolado. Corrí hacia mi hermana y la envolví en mis brazos, la apreté contra mi cuerpo y ella hizo lo mismo. Lloramos, sufrimos y nos dijimos tantas cosas... haciéndonos promesas silenciosas que jamás, jamás, podríamos romper. Por nuestro amor, porque siempre habíamos sido una sola.

Y el momento llegó, como llegan todos los momentos en esta vida que no se detiene, que continúa girando a pesar del dolor, a pesar de las almas heridas que habitan en su interior.

Voy a tratar de resumir al máximo este capítulo de mi vida, y lo siento si desilusiona el hecho de que quiera omitir cierto tipo de secuencias, demasiado escabrosas y desoladoras para contarlas. La verdad es que no soy capaz de escribir esta parte, no sin que me duela, puesto que es, con toda exactitud, la parte más dolorosa de toda mi vida.

El día transcurrió con normalidad, con toda la normalidad posible, en medio de un mar de pensamientos encontrados con los que nos hallábamos tanto Pablo, como Kimberly y Celia, como yo misma. Tratamos, por el bien de todos, de mantener la compostura; participando aparentemente gustosas en las comidas, sin ningún ánimo en realidad para probar bocado; compartimos los ratos de ocio con las demás habitantes de esa casa, viendo televisión y manteniendo conversaciones sobre situaciones banales que, en el fondo, no nos importaban.

Me esforcé en aparentar tranquilidad, sabiendo que de mi actitud dependía en gran medida del estado mental de las niñas. Ellas, por su parte, no cesaron de observarme en ningún momento. Buscaban mis ojos, tratando de encontrar respuestas a sus temores sin conseguirlo. Se dedicaban miradas cómplices entre ellas, proporcionándose la seguridad que tanto necesitaban ambas.

Cuando, por suerte o por desgracia, la noche cayó sobre nosotras, me apresuré en encerrarme en el cuarto de baño, demasiado cobarde para permanecer junto a ellas. Me duché, me sequé, me vestí, me peiné y me maquillé con una naturalidad increíble, digna de admiración, dadas las circunstancias en las que me encontraba. Volví a sumergirme en mi interior, en el lugar más hondo de mi ser, donde no existía el dolor, ni la rendición. Luché contracorriente contra las señales imperiosas que me enviaba mi cerebro, el cual me pedía a gritos que mandara todo al traste, que echara por la borda todo lo que me había propuesto.

Ni Kimberly, ni Celia, me molestaron. Puede que no se atrevieran a



hacerlo, que les faltara valor para mirarme a la cara, sabiendo que no volverían a verme; o, puede, simplemente, que quisieran actuar como si nada pasara, que quisieran creerse que nada iba a cambiar, ni en sus vidas, ni en la mía. La cuestión es que, de un modo u otro, se acostaron a la misma hora de todos los días y se durmieron, o fingieron que lo hacían.

Cuando me vi segura para salir de mi escondite, lo hice sin detenerme a mirarlas, sin dignarme ni por un solo segundo a posar mis ojos en sus cuerpecitos, ahora cubiertos por las mantas. Sabía que si lo hacía, corría el riesgo de echar todo a perder. ¡Y no podía ser tan egoísta!

Mi corazón empezó a latir apresurado desde que puse un pie en aquel bar. Mucho más lo hizo cuando encontré a Pablo entre la gente, aparentando tal satisfacción, rodeado entre un par de mujeres, que casi me hizo llegar a creérmelo. No nos miramos, no cruzamos ni una palabra silenciosa para despedirnos definitivamente; ambos sabíamos que no éramos capaces, que debíamos llevar nuestro plan hasta el final sin darnos el lujo de permitirnos riesgos innecesarios.

Cumplí mi papel con gran maestría durante todo el tiempo. Tras tomar unos cuantos tragos de un vaso de whisky bien cargado, pues claramente lo iba a necesitar, me acerqué hacia una de las mesas que había al fondo de la estancia. Estaba un poco apartada de las demás, en un lugar privilegiado desde el que se podía controlar todo sin temor de ser observado. Allí estaba Andrés, acompañado de un par de hombres y de algunas mujeres; todas, compañeras de oficio, todas, desempeñando a rajatabla el papel de chica sumisa y obediente, dama de compañía. Reían y charlaban, expresando una felicidad tan exagerada que olía a falsedad desde lejos.

Me planté en un punto fijo, no demasiado cerca, pero lo suficiente para captar su atención, en especial la de Andrés. Como quien no quiere la cosa, empecé a bailar; primero, un tanto indecisa, sin guiar bien mis movimientos; después, alejándome por completo de ese lugar, me dediqué a disfrutar de la música, sin escuchar ni ver nada más allá.

Me había puesto para la ocasión un vestido blanco que resaltaba al máximo mi piel morena, y su tela casi transparente dejaba lugar a la imaginación, dejando entrever un conjunto del mismo color que llamaría la atención al más calmado. El color de las luces me hacía brillar, haciéndome parecer casi un ángel caído del cielo. Mientras bailaba, solté la alta coleta que sujetaba mi cabello negro y lo dejé caer, llegando alocado casi hasta mi trasero. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos; seguí moviéndome al

compás de la canción. Suave, dulce, sensual, impactantemente bella.

Mi estrategia no tardó en dar resultado. En cuestión de segundos, tuve a Andrés plantado frente a mí, deleitándose con mi baile y mirándome con ojos brillantes, enrojecidos por el deseo.

—Te mueves muy bien —me dijo, vocalizando con exageración para hacerse entender por encima del fuerte volumen musical.

No lo dudé un momento. Sin vergüenzas, sin pudores, di dos pasos al frente y me acerqué a su oído:

—Sé moverme mejor. Puedes comprobarlo si quieres.

Sentí el vello de su piel erizarse con el contacto de mis labios. Un escalofrío recorrió su cuerpo y no pudo, ni quiso, controlar su excitación. Levantó una mano y la puso sobre mi pelo, lo agarró con fuerza y me dijo:

—¿A qué estás jugando, Yurani?

Sin acobardarme, esboqué una sonrisa maliciosa y sugerente.

—Tendrás que adivinarlo.

No esperó más tiempo. Andrés cogió mi mano y me hizo ir tras él, sin dignarse a despedirse de sus invitados, dejando a todos, y sobre todo a ellas, con una expresión bobalicona en el rostro.

Fue mucho más fácil de lo que había pensado, me habían bastado unos simples gestos provocativos y unas palabras subidas de tono para llevarlo a mi terreno, para volverlo mío, por lo menos por un corto espacio de tiempo.

No me costó acostarme con él. A pesar de su físico, para nada atractivo, y de su comportamiento brusco conmigo, el cual mantuvo desde que me arrancó la ropa a tirones hasta que cayó, rendido y sudoroso, sobre mí, no me causó estragos hacerlo parte de mí, permitirle entrar en un lugar que ya estaba más que usado. Lo verdaderamente difícil vino después, cuando salí ya bañada de aquel oscuro cuarto. Con Andrés ya roncando, producto de la fuerte sesión sexual que había tenido conmigo; y también, cómo no, de la borrachera que llevaba encima. Cogí mi ropa, o lo que quedaba de ella, y salí de allí con una necesidad inexplicable de volver a mi habitación.

Tan solo en ropa interior, con el vestido rasgado en una mano y las sandalias de tacón en la otra, recorrí, lo más deprisa que mis pies me permitieron, los pasillos que me separaban de lo que tanto necesitaba saber. Intuía que Leslie todavía no habría llegado, puesto que se encontraría demasiado ocupada con tantas visitas, acrecentadas con motivo de esa fiesta, que daban lugar esa noche. Ella aún no estaba al tanto de lo que sucedía, se lo haría saber cuando todo hubiera terminado, cuando, por fin, comprobara que

lo había conseguido, que todo había salido bien. ¡Necesitaba tanto saberlo!

Entonces, llegué. La mano me tembló al girar el pomo de la puerta, aterrada con la idea de no encontrar allí a las niñas, y mucho más con la idea de hacerlo.

Lo que vieron mis ojos me heló el alma, me vació por dentro. Allí, en la oscuridad de mi cuarto, no había nadie. Ya solo quedaban las camas deshechas y una variedad de prendas tiradas por el suelo. Literalmente, el mundo se me vino abajo. ¡Habían escapado! Kim y Celia, mis adoradas princesitas, se habían marchado, habían volado por fin de ese mundo cruel y despiadado, desplegando sus alas hacia una vida mejor, libre de sufrimientos.

Corrí hacia la ventana en un intento desesperado por encontrarlas, por hallar su imagen, sus bonitos y pequeños cuerpos, aunque solo fuera por una vez más, una última vez más. Era inútil, había estado horas en la habitación de Andrés, alargando el momento lo más posible. A esas alturas Pablo, mi querido Pablo, y sus, desde ahora, protegidas debían encontrarse ya muy lejos. Se alejarían a toda prisa en el coche con el que él había llegado de la ciudad; en medio de la noche, sin detenerse a descansar del viaje ni a mirar atrás, como yo les había pedido. Por la mañana, a primera hora, cogerían el primer vuelo, el vuelo que los llevaría a su destino: la casa de Pablo, la casa donde su madre les estaría esperando. Pablo tenía conocidos entre gente importante y ya me había contado que no les sería difícil salir del país. Además, iba a poner este caso en manos de las autoridades respectivas para solicitar que iniciasen la investigación lo antes posible. Respecto a su padre, uno de los más fieles de ese negocio, Pablo se había preocupado de dejar las cosas atadas. Le había avisado unos días atrás de que se marcharía de vuelta al lado de su madre, porque necesitaba su compañía. Y que se marcharía para quedarse.

Fue en ese mismo momento, en ese preciso instante, cuando comprendí que no volvería a verlo, cuando asimilé que nunca más volvería a perderme en sus brazos, ni en su suave piel que tantos ratos bonitos me había proporcionado. Le había dejado el camino libre para buscar su propia felicidad, en brazos quién sabe de quién, al lado de una mujer que, en verdad, pudiera corresponderlo como se merecía. Tampoco vería más a las luces que habían iluminado mi desgraciada vida; no volvería a ser testigo de sus traviesos juegos, no volvería a contarles más cuentos, ni a darles un beso en la frente antes de dormir. No las vería crecer, me perdería todos y cada uno de los momentos de su existencia; su primera menstruación, su primer beso, su

primer amor y desamor, su primer trabajo en la vida... ¡Dolía, cuánto dolía! El dolor era demasiado agudo y quemaba demasiado. Era insostenible.

Reprimí un grito de dolor, un aullido desesperado por sacar lo que llevaba tan dentro, lo mucho que me afectaba su partida. Una angustia terrible comenzó a asfixiarme. Con aire derrotado, me dejé caer al suelo y me quedé de rodillas, sin dejar de mirar hacia la ventana. Entonces sí, me sentí de nuevo una niña, una niña que había dejado de ser hacía ya mucho tiempo, casi diría siglos, y que, había pensado, no volvería a ser nunca. Una simple niña: desamparada, desorientada, completamente perdida en aquel mundo. Todo mi interior podía definirse con tres palabras: muerta en vida. Así es como estaba yo.

## SI TÚ CAES, YO CAIGO CONTIGO

Cuando Leslie me encontró, me vio en un estado tan lamentable que tuvo que sobreponerse ante tal escena. Yo seguía en el suelo, tirada como un simple harapo, como la muñeca de trapo desgastada que mi hermana había cuidado de llevarse con ella.

Me costó tiempo percatarme de su presencia y, cuando lo hice, Leslie estaba arrodillada frente a mí, retirándome el cabello que me cubría la cara y observándome con atención. Trataba de buscar un motivo para ese desfallecimiento por mi parte; no le costó trabajo hacerlo, al comprobar el desorden de la habitación, el cual habían causado las chicas debido a la prisa de su partida. Permaneció en silencio, incómoda al no saber cómo actuar ni qué decir para calmar mi dolor. Lejos de ofenderme, se lo agradecí en mi interior, puesto que en esos momentos no necesitaba ninguna palabra amiga, ni siquiera una muestra de cariño. Solo quería estar allí, dejando correr el tiempo sin hacer nada, limitándome a recordar, a sentir.

Después de un largo rato, entre silencios y miradas por su parte y sollozos por la mía, por fin Leslie se decidió a tomar la palabra:

—Puedes contarme qué ha pasado si quieres.

Rompí en un llanto, todavía más desconsolado, al volver a sumergirme en la realidad de los hechos, esos que ahora se volvían a mí con toda su crueldad.

—¡Se han ido, Leslie! ¡Las he perdido para siempre!

Ella no preguntó, no se puso a pedir explicaciones ni a curiosear sobre lo sucedido; siguió mirándome, con esos ojos negros y expresivos, y me dijo:

—Tienes que ser fuerte, como siempre lo has sido.

Negué con la cabeza, con fuerza, con rabia, con una desesperación tal que temí que me resquebrajara las entrañas. Después, ya casi sin lágrimas, con ese nudo enorme en mi garganta que me estaba ahogando, confesé:

—No puedo. Me rindo, Leslie. Todo se acabó y yo me rindo.

Los ojos de mi amiga brillaron y un par de lágrimas cayeron desdeñosas de ellos; lágrimas silenciosas, lágrimas por el dolor de una persona querida.

—¡No puedes decir eso! ¡Tienes que luchar, a contracorriente si es necesario!

—¡No! ¡Ya no quiero luchar! ¡Ya no quiero vivir! ¡Quiero morirme, eso

es lo que quiero!

Vi el dolor en la cara de Leslie al comprobar el mío propio. No me importaba, ya nada me importaba.

—Está bien —me dijo, con voz que intentó sonar calmada—. Puedes llorar lo que quieras, puedes gritar, maldecir y hacer lo que creas necesario. Pero no voy a permitir que te hundas, no dejaré que me abandones. Porque, escúchame bien, Yurani... Si tú caes, yo caigo contigo.

Levanté la mirada, entre asustada y reconfortada, y clavé mi mirada en la suya.

—Me gustaría que Anya estuviese aquí —confesé.

—A mí también. Ella sabría qué decirte; pero no está. Y no volverá nunca. En cambio, yo sigo aquí y seguiré estándolo, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Asentí y, después, me dejé abrazar por ella en un abrazo torpe, una muestra indecisa de apoyo y lealtad. A continuación, Leslie se levantó y tiró de mi mano para obligarme a hacer lo mismo.

—Ahora vamos a la cama. Es tarde y necesitas descansar. Mañana será otro día.

Obedecí su orden y me dejé guiar por ella, cual niña pequeña, hacia mi cama. Me acosté en ella sin ni siquiera levantar las mantas que la cubrían, y me encogí en un ovillo, abrazando mi propio cuerpo con las manos. Fatigada por tantas emociones vividas, y obedeciendo al instinto básico del cuerpo humano, caí rendida enseguida, dejándome llevar por un sopor profundo.

Me pareció distinguir vagamente el cuerpo de Leslie acurrucarse contra el mío. Después, perdí la noción del tiempo y la poca lucidez que me quedaba, envolviéndome en un profundo sueño.

## CUANDO CONFIAR ES LA ÚNICA OPCIÓN

Aquella noche no tuve pesadillas, ni elemento alguno que interrumpiera mi sueño; ni un mal recuerdo vino a atormentarme, ni un dolor interior consiguió perturbar mi descanso, que necesitaba tanto. Cuando desperté, lo primero que vi fue a Leslie; estaba sentada en su cama, mirando fijamente hacia la puerta con expresión ausente. A juzgar por el gesto de su cara, pensativo y concentrado, debía de llevar mucho tiempo despierta.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, sus labios esbozaron una cálida sonrisa.

—Buenos días, guerrera. ¡Al fin te has despertado! Comenzaba a aburrirme.

Intenté devolver su saludo con otra sonrisa, pero mi boca se quedó a medias en ese gesto, dibujando solo una mueca apenada, llena de amargura.

—Preferiría no haberlo hecho.

Leslie ignoró mi respuesta y se levantó de su cama dirigiéndose hacia mí. Con una actitud convincente y calmada, que siempre envidié en ella, me comunicó:

—Nos vamos, Yurani. Nos marchamos de este lugar, tú y yo.

Abrí los ojos como platos, incapaz de creer lo que estaba escuchando de boca de mi amiga. ¡Debía de haberse vuelto loca! Ella sabía tan bien como yo que eso no era posible. Nos perseguirían, nos buscarían por cielo y tierra hasta dar con nosotras y, cuando eso pasara, acabarían con nosotras como se acaba con lo que ya no sirve.

Leslie pareció leer mis pensamientos y se anticipó a ellos:

—No podemos vivir siempre con miedo. El miedo es el sentimiento más peligroso; tú misma me lo dijiste un día. Lo he pensado bien durante toda la noche y lo he decidido. No hay nada más que hablar. No tenemos tiempo, porque, en cuanto se percaten de la huida de las niñas, se echarán sobre ti. Te interrogarán, te obligarán a decir la verdad, a decirles su paradero, sea como sea. ¡No voy a permitirlo, Yurani! ¡Ya no! ¡Ya he callado bastante!

Agaché la cabeza con aire cansado.

—Olvidalo, Leslie. No voy a ir contigo. Si quieres, puedes marcharte tú. Yo me quedo.

Leslie se acercó más aún y me cogió por los hombros zarandeándome.

—¡He dicho que vienes, y vienes! Te necesito, necesito que vuelvas a ser la misma de antes. ¿Dónde está la chica fuerte que peleaba contra todo? ¿Dónde está la que me tachaba de cobarde por no querer arriesgarme a buscar la libertad?

Sabía a lo que se refería. En un instante, retrocedí en el tiempo y volví a esa fría tarde de invierno, esa tarde en la que tuve que enfadarme con ella y ofenderla para hacer que nos acompañase en una salida que nos había sido permitida; una tarde corta, pero bonita, ya muy lejana. Ahora, como una irónica burla del destino, los papeles se habían invertido y era ella la que luchaba por hacerme entrar en razón, testaruda y con firmeza.

—Tenemos que hacerlo. Por las niñas, que nos necesitan, por Anya, por Melania, por Jénifer y por cada una de las mujeres que viven en esta casa. Si no lo hacemos ahora, acabaremos muriendo tarde o temprano.

—No le tengo miedo a la muerte —murmuré—. Me da más miedo estar viva.

Leslie se llevó las manos a la cabeza con un gesto de irritación en su mirada. Me gustaba verla así, en el fondo: me demostraba que había fuego dentro de ella, que todavía tenía un motivo para salir adelante.

De pronto, y sin pensarlo demasiado, le pregunté:

—¿Cómo piensas hacerlo?

Su rostro se iluminó y la sonrisa apareció de nuevo en sus labios. Ya más relajada, casi segura de que me había convencido, me dijo:

—Lo tengo todo controlado. Ayer, durante la fiesta, pude escuchar a los hombres comentar algo sobre una salida nocturna. Tienen que ir a otra ciudad, bastante lejos de esta, a recoger «mercancía». Andrés irá con ellos. Al mando del negocio quedarán solo Andy y dos más. Es fácil burlarlos. Esperaremos a que anochezca y, cuando los clientes empiecen a llegar, nos escabulliremos hacia la entrada. Como tú misma me contaste, la puerta siempre está abierta; se confían demasiado de nuestro miedo. Después, correremos lo más rápido que podamos. Dónde iremos, eso ya lo pensaremos luego. Por el momento, lo importante es salir. Ya encontraremos algún medio de transporte que nos lleve lo más lejos posible. Y encontraremos a las niñas, te lo prometo, cueste lo que cueste.

—¿Cuándo será esa salida?

—Esta noche.

Suspiré. Los acontecimientos se estaban desarrollando a una velocidad



de vértigo y no sabía si estaba preparada para hacerles frente. Entonces, cuando estaba a punto de volver a negarme, de decirle a Leslie que su idea era descabellada y absurda, sentimos la presencia de alguien más en la habitación emitiendo un intencionado carraspeo. Nos volvimos al unísono para mirar hacia allí. Frente a la puerta, la cual no habíamos sentido al abrirse y que ella había cerrado a su paso, se encontraba Jenni, de pie, con los brazos posados sobre su cintura y con una mirada acusatoria. Leslie y yo nos apresuramos a mirarnos, preguntándonos en silencio cuánto tiempo llevaría Jénifer en la habitación.

—No hace falta que disimuléis conmigo, ni que pongáis esas caras de susto; lo he oído todo, desde la primera palabra.

Leslie lanzó un resoplido de profundo fastidio.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Venía a deciros que Andrés ha salido, ha ido a recoger a una muchacha nueva y esa muchacha compartirá habitación con vosotras, ahora que Anya no está... —su voz se volvió más apagada al pronunciar a la chica rusa—. Quería pedir os que preparéis todo para su llegada. Pero veo que tenéis otros planes. No penséis que, porque Andrés haya salido, podéis marcharos ahora. Quedan todos los demás hombres en el edificio, por lo que os sería imposible salir sin ser vistas.

Tanto Leslie como yo guardábamos silencio, sobrecogidas y absortas en lo que Jénifer nos estaba contando y sopesando las posibilidades de inventar alguna mentira que justificara lo evidente.

Fue Leslie la que tomó el mando de la situación, decidiendo por mí. Decidida, dio un paso al frente y se encaró a Jénifer:

—No te tenemos miedo. Si piensas delatarnos, será lo último que hagas. Tal vez consigas detenernos, pero me encargaré de acabar contigo, de una manera o de otra.

Jénifer soltó una risita burlona, aunque la amargura fue latente en sus palabras:

—Yo ya estoy acabada.

Leslie, sin conocer el secreto que esa aparente chica dura escondía, pretendió atacar de nuevo, desafiarla como fuera. Lo impedí poniendo una mano en alto, instándola a detener su enfado.

—Déjalo estar, Leslie. Jénifer no va a hacernos daño. No es como tú te piensas.

Mi amiga me miró incrédula, creyendo sinceramente que había perdido la

razón. ¡Estaba defendiendo a esa amargada, la causante de muchos de nuestros males y la que se había dedicado, día a día, durante mucho tiempo, a martirizarnos la existencia! De todas maneras, por alguna razón que solo la verdadera amistad entiende, decidió hacerme caso. Confió en mi criterio sin juzgarme.

—Yurani tiene razón. No voy a haceros daño. Quiero deciros, ante todo, que no comparto vuestra idea de escaparos. No me parece un buen plan, en vista de todo lo que ha sucedido. —Me miró exclusivamente a mí, obligándome a recordar las consecuencias de mi anterior intento de fuga—. De todas maneras, soy demasiado lista para saber que lo haréis, sin importar lo que yo os diga. Por lo tanto, no me queda más remedio que aceptarlo y hacer como si esta conversación nunca hubiera existido. Yo vine a buscaros y no encontré a nadie en el cuarto, ¿de acuerdo?

Asentimos ambas, tratando de confiar ciegamente en sus palabras. Al fin y al cabo, no nos quedaba otra opción...

Jennifer prosiguió:

—Eso sí, quiero que tengáis muy claro lo que puede pasar. Si las cosas se ponen feas, si terminan por pillaros, cosa que es lo más probable, lo perderéis todo. ¿Lo comprendéis?

Trataba de hacernos entrar en razón con un gesto generoso al ponerse en nuestro lugar. A pesar de que yo todavía no me encontraba demasiado convencida con la idea de escaparnos, sin un plan lo suficientemente preparado y sin un rumbo fijo, las palabras salieron de mi boca sin poder detenerlas:

—No tengo miedo. No tengo nada que perder... pues ya lo he perdido todo.

Jennifer comprendió y asintió con la cabeza con gesto solemne.

—De acuerdo. Entonces, en vista de que no puedo hacer nada más por haceros desistir, os ofrezco mi ayuda, pues bien sabe Dios que vais a necesitarla.

Dudé por un momento y, Leslie, por su parte, hizo lo mismo. Ambas sabíamos que la última vez que esa chica se había dignado a ofrecerme su apoyo, yo no había salido bien parada... Pero, de la misma manera, sabíamos que sería difícil, por no decir imposible, hacerlo solas. Jennifer conocía mejor que nosotras los pasos que se daban en esa casa, las salidas y las entradas, la información necesaria para hacernos más fácil nuestro plan. Por todo eso, y porque necesitábamos con desesperación volver a creer en alguien, accedimos

ambas al mismo tiempo poniendo, una vez más, nuestro futuro en unas manos ajenas, en unas manos que, durante algún tiempo, habían apretado hasta casi ahogarnos.

## NOS VAMOS

Contrariamente a lo que había pensado, el día transcurrió con calma. Las horas fueron pasando una tras otra, y yo las fui dejando pasar con tranquilidad, con una tranquilidad tal que ni yo misma podía creerme. Leslie, sin embargo, se hallaba en un estado de ansiedad e irritación casi insoportable. Tuve que calmarla varias veces, insistiendo, cuando nadie nos escuchaba, en que si seguía comportándose así iba a mandar todo al traste. Ella se limitaba a asentir, sabiendo que llevaba razón, pero sin poder evitar los nervios que inundaban su interior. Traté de que su comportamiento pasara desapercibido ante las demás muchachas y, tanto en la comida como en la cena, me esforcé en sacar temas de conversación y hacer participar a nuestras compañeras en ello, desviando así la atención de mi pobre amiga, la cual no era capaz ni siquiera de articular palabra.

El único momento en el que me sentí de verdad nerviosa, fue ese en el que acepté la ayuda que Jénifer nos había ofrecido, cuando cogí con mi mano la herramienta necesaria para tal ayuda. Nunca antes había tenido una pistola en mis manos, ni tan siquiera había visto una; no me había sido necesario y esperaba que ahora tampoco lo fuera. Si a Leslie le sorprendió semejante obsequio, no fui capaz de averiguarlo; dado en el estado casi de «shock» en el que se encontraba, ya no era fácil descubrir sus emociones. A pesar de que había sido ella la que me había arrastrado esta vez para tomar esa decisión, la seguridad inicial se había desvanecido de su mente y, ahora, algo me decía que iba a tocarme a mí la parte de empujar de ella, arrastrándola conmigo hasta el mismísimo infierno si era necesario. Ya no iba a echarme atrás, no iba a abandonar la última esperanza de vida que me quedaba; lo tuve claro, incluso cuando, temblorosa, sostuve aquel aparato en mis manos. «Puede que os haga falta», me había dicho Jénifer. «Nunca sabes cómo pueden torcerse las cosas», había asegurado. El pulso se me aceleró al escuchar esas palabras; hasta ese momento, no me había planteado lo peligroso de nuestro plan. Sí, es cierto, siempre supe que los hombres que tenían el poder en esa casa no eran buenos: eran seres desalmados, sin escrúpulos ni miramientos, lo había aprendido a base de golpes, había vivido en mis propias carnes toda la maldad que rodeaba ese edificio. Sin embargo, nunca, ni por un solo instante,

se me pasó por la cabeza la idea de que fueran armados, de que fueran capaces de usar un arma como la que ahora tenía en las manos contra una de nosotras, contra cualquiera de nosotras. Si Jénifer me la había dado, era por algo; ella conocía mejor que yo, mejor que nadie, cómo funcionaban las cosas en ese sitio, donde la compasión y la bondad brillaban por su ausencia.

Sin ser capaz ni de darle las gracias por ese gesto, guardé su regalo de prisa, temerosa de pronto de que alguien lo descubriera. No pude evitar preguntarme mientras lo hacía de dónde la había sacado Jénifer, cómo y por qué razón tenía esa pistola en su poder. Por alguna razón, decidí no exponerle mis dudas, diciéndome a mí misma que era mejor no saber más de la cuenta. Esa chica lo estaba dando todo sin pedir nada a cambio; estaba ofreciéndome su apoyo de la mejor manera que sabía y yo no era quién para juzgarla. Ya lo había hecho demasiado.

Cuando el sol decidió que ya era hora de marcharse, dejando paso a la oscuridad de la noche, nos pilló a Leslie y a mí observando ese espectáculo. De pie junto a la ventana, mirando a través de las rejillas, permanecíamos en silencio, cada una enfrascada en sus propios pensamientos. Suspiramos ambas casi al mismo tiempo cuando comprendimos que había llegado el momento. El juego acababa de empezar y nos tocaba mover las fichas; pero no teníamos las instrucciones necesarias para hacerlo. No hablamos, no dijimos nada, no quisimos formular nuestros miedos ni dar mensajes de aliento; tal vez, esa era nuestra manera de infundirnos el valor necesario: actuar como si nada pasara, como si el mar no estuviera a punto de agitar sus aguas más profundas, arrastrando todo cuanto pillara a su paso.

Antes de salir, sentí una repentina necesidad de abrir mi mochila, en la que habíamos metido unos cuantos conjuntos de ropa, prometiendo turnarnos cada una un rato para llevarla. Me la descolgué de los hombros y la deposité en la cama. Con cuidado, temerosa incluso de tocarla, la abrí y saqué lo que tenía dentro, lo único que, en verdad, me importaba en esos momentos. Siguiendo un instinto que se había apoderado de mí, cogí la pistola y decidí guardarla entre mi ropa, escondida en lo alto de mis pantalones vaqueros, tapada con la fina camiseta con la que había cubierto mi cuerpo.

—¿Qué haces? —se atrevió a preguntar Leslie por primera vez en aquel día.

—Creo que será mejor que la tenga cerca de mí para usarla en caso de ser necesario.

Ella guardó silencio por unos segundos, temiendo hacer realidad con su

voz lo que estaba pensando. Después, se arriesgó:

—¿Tú crees que nos va a hacer falta?

Ignoré su tono tembloroso y respondí con calma, con toda la calma que fui capaz de transmitir:

—No lo sé, pero prefiero no arriesgarme. Ya oíste a Jénifer: son peligrosos...

Leslie asintió en silencio, comprendiendo, quizá por vez primera, el paso tan grande que estaba a punto de dar, el paso que ya había dado desde que decidió salir de ese lugar. Señalé la mochila, que ahora estaba en la cama.

—Eso no nos hará falta. Será un peso innecesario.

Un nuevo asentimiento por su parte, silencioso, callado, dándome a entender que todo cuanto yo dijera iba a ser aceptado. Tragué saliva y carraspeé intentando aclarar mi garganta, que, de pronto, se había quedado seca.

—Bien, Leslie, ¿estás preparada?

Sin esperar respuesta, sabiendo que solo recibiría como tal un movimiento leve de cabeza por parte de mi amiga, me dirigí hacia la puerta. No pude evitar volverme para mirar ese cuarto, un cuarto que me había visto sufrir en incontables ocasiones, pero también sonreír en los pocos momentos que tuve razones para hacerlo; un cuarto que había sido testigo de mi proceso interior, del cambio tan grande que había experimentado mi persona con el paso del tiempo, siendo más culpable de ese cambio las humillaciones y agresiones que el propio tiempo; un cuarto que había sido mi más fiel refugio, mi amigo, al fin y al cabo, en un sitio donde jamás creí que existieran los amigos. Ese lugar me había destrozado la vida, pero también me había dado más de lo que jamás hubiera esperado. Me había traído a Anya, y también a Celia; me había hecho conocer a personas sin las que, simplemente, no habría podido seguir viviendo. Irónicamente, me dolía dejarlo. Una extraña tristeza se agolpaba en mi pecho al constatar que, si todo salía bien, aquella noche sería la última que mis ojos vieran todo eso. Examiné las camas, ahora vacías, con atención; guardé en mi memoria las paredes blancas, esas paredes que, alguna vez, pensé que iban a aplastarme bajo su peso. Me juré recordar cada trozo de esa habitación, dejarlo siempre en algún hueco de mi alma para no olvidar de dónde venía y hacia dónde iba. Para no olvidar que había muchas chicas como yo luchando por salir de ese tormento. Se me hizo un nudo en la garganta al averiguar que no seríamos las últimas personas que pisarían ese suelo, que esa habitación no permanecería mucho tiempo vacía; y me sentí

culpable al imaginar que, en unas pocas horas, una niña nueva, desorientada y necesitada de una mano amiga, pasaría a ocupar parte de ese reducido espacio.

Meneé la cabeza con rabia, tratando de desechar aquellas ideas de mi mente, que, de pronto, no paraba de trabajar y evocar toda clase de visiones. Desvié la vista hacia Leslie y comprobé que se encontraba en el mismo estado de trance que yo, ahuyentando a sus propios fantasmas y despidiéndose también, en silencio, de sus propios recuerdos. Entonces, estiré mi mano y la posé en su brazo. La envolví con mis dedos finos y le dije:

—¡Vamos!

## ¡CORRE!

Nunca vi muchas películas, pero aquella noche me sentía como en una de ellas. Leslie y yo caminábamos juntas, bien pegada la una a la otra, y con la única compañía del sonido que emitía nuestra respiración agitada. Como buenas fugitivas, observábamos atentas a un lado y a otro a cada paso que dábamos, con los cinco sentidos en alerta por si nos topábamos con algún peligro. Incluso nos quitamos los zapatos para no hacer ruido con ellos. Recuerdo la sensación de la fría baldosa al entrar en contacto con mis pies descalzos; lejos de molestarme, me pareció agradable y me hizo sentir libre antes de tiempo.

Tuvimos cuidado de no encontrarnos con otras compañeras. A esas horas todas estarían trabajando, esperando su turno para ser elegidas. Teníamos que andarnos con ojo. No eran malas, ni mucho menos, aquellas chicas; de hecho, llegué a cogerles un gran aprecio, a unas más que a otras, pero con todas me unía y me unirá siempre un lazo silencioso, cómplice, un lazo de experiencias vividas y compartidas. Sin embargo, pese a todo, no podíamos estar seguras de su silencio. Si descubrían nuestra intención de fugarnos, podían delatarnos, aunque fuera guiadas por el miedo a las represalias posteriores en caso de no hacerlo. No podíamos correr ese riesgo.

Por todo ello, y aunque en el fondo nos apenara no despedirnos de aquellas muchachas con las que habíamos convivido a diario, seguimos caminando, con el único peso a nuestra espalda de nuestros propios recuerdos. Rehuimos los pasillos que sabíamos que estarían más concurridos en esos momentos. Jéniffer jugó un papel importante en nuestro plan; nos prometió mantener a las chicas ocupadas lejos del pasillo central, el último que teníamos que traspasar para llegar a nuestro destino: la libertad. La vida nos estaba esperando allí fuera; nos esperaba con los brazos abiertos, dispuesta a darnos todo lo que nos merecíamos y nos había sido arrebatado.

Leslie y yo no pronunciamos ni una palabra durante el trayecto; apenas nos mirábamos, por temor, quizá, a ver reflejado en los ojos de la otra el miedo que cada una sentíamos a nuestra manera. Pero nada de todo eso nos sirvió para cambiar lo que se avecinó en tan solo unos minutos. Ella fue la primera en darse cuenta; fue la primera en detener sus pasos. Yo, que había



estado demasiado enfrascada en mis pensamientos (los cuales me llevaban lejos de allí, con Kim, Celia y también con Pablo), no me había percatado de nada por lo que preocuparnos. Cuando giré la cabeza para mirar a mi amiga y vi sus ojos negros inundados por el terror, supe que todo había terminado. Leslie no dijo nada, solo estiró su mano para buscar la mía y la apretó con fuerza, con una fuerza tal que creí que iba a romperme los dedos.

Entonces lo escuché. El sonido que había hecho detenerse a Leslie llegó a mis oídos. La puerta, la enorme puerta marrón que se alzaba ante nosotras a tan solo unos metros ya de distancia, estaba cediendo. El ruido chirriante que hizo al abrirse taladró mis oídos y mi mente, cruel, casi burlón, como queriendo decirnos que jamás lograríamos atravesarla. Sin saber bien qué hacer o cómo actuar al respecto, sin tiempo para escaparnos ni posibilidad de escondernos, Leslie y yo nos mantuvimos así, quietas, sin mover un solo músculo ni permitirnos parpadear siquiera. Intenté dominar a mi corazón, que me latía apresurado. Intenté no transmitir a Leslie el pánico que me embargaba; prometí en mi interior no desvanecerme, pasara lo que pasara. Pero todos mis intentos se vinieron abajo cuando la persona que empujaba la puerta apareció ante mis ojos. El corazón, casi desbocado, me dio un vuelco al encontrarme, cara a cara, con Andy. Él, por su parte, también se quedó muy sorprendido; más que sorprendido, estupefacto, al entender en un instante lo que teníamos entre manos. Examinó primero nuestra mirada asustada, después desvió la suya hasta nuestros cuerpos temblorosos, para acabar fijándose en nuestros pies desnudos. Ató cabos y no tardó más de unos segundos en comprender lo que estaba pasando.

Cuando por fin se recompuso de la sorpresa inicial, habló:

—¿Qué hacéis aquí?

Su voz sonó calmada, mas, aun así, hizo estremecer cada parte de mi piel. Aunque sabía muy bien cuál era la respuesta y aunque yo sabía que él la sabía, busqué con desesperación alguna excusa creíble con la que poder salvarnos.

—Queríamos tomar el aire. Leslie se encontraba mal y... —me costaba horrores juntar las palabras—; eso es todo.

Miré a Leslie buscando ayuda. Ella se limitó a asentir, pero su temblor incesante la delataba. Andy se acercó a nosotras y, por instinto, nos echamos hacia atrás. Él carraspeó y volvió a hablar, esta vez dirigiéndose solo a mí:

—¿Qué estás haciendo, Yurani?

Comprendí al instante el significado de sus palabras, el doble fondo de su pregunta; quería saber por qué lo traicionaba, por qué me alejaba de él, por

qué iba a obligarlo a hacerme daño. Suspiré y agaché la cabeza, incapaz de darle una respuesta correcta y con una necesidad imperiosa de evitar establecer contacto visual con él.

—He salido a hacer unos recados y te puedo asegurar que no he dejado de pensar en ti ni un solo momento. Solo deseaba terminar para poder regresar aquí, a tu lado; para poder pasar un rato contigo. ¡Maldita sea, Yurani! ¡Ni siquiera soy capaz de estar con otra mujer! Solo te deseo a ti... ¡Y tú me pagas con esto!

Andy estaba tan ofuscado que no le importó desvelar sus sentimientos delante de Leslie; ella, a pesar de que no le había contado nada sobre eso, pareció no extrañarse. Andy siguió vociferando cada vez más alterado.

—¡Maldita seas, Yurani! ¡Mírame! —exigió—. ¡Mírame cuando te hablo!

Obedecí a su orden, callada, sumisa, sabiendo que todo estaba perdido. Mis ojos se encontraron con los suyos, y fue entonces cuando algo cambió dentro de mí. La furia que vi en su mirada, en vez de intimidarme, me devolvió el valor que parecía haberse perdido.

—Voy a daros una oportunidad, y voy a hacerlo porque os aprecio, porque no soy tan malo como tú te crees. Si quisiera, me bastaría pegar un grito para tener a todos los hombres aquí. En ausencia de Andrés, soy yo el que mando y esos hombres no dudarían un momento en echarse sobre vosotras como perros rabiosos; pero preferiría no tener que hacerlo. En cambio, os dejaré marchar a vuestro dormitorio y haremos como si nada hubiera pasado. Contigo tendré una conversación más tarde —dijo mientras me señalaba con el dedo.

Su amenaza quedó suspendida en el aire. Sentí la mano de mi amiga sudar y temblar todavía más que antes; a mí, sin embargo, no me causó efecto alguno, al menos no el que Andy había esperado. Respiré hondo y me preparé mentalmente para lo que iba a decir.

—Siento tener que estropear tus planes, Andy; pero hay algo en lo que no estamos de acuerdo. Leslie y yo vamos a marcharnos, eso es verdad, pero no a nuestra habitación. —Hice caso omiso del rostro desencajado de Andy, que se torcía más a medida que me escuchaba, y seguí hablando. Las palabras salían de mi boca antes de que pudiera detenerlas —. Nos vamos de aquí. Y nos vamos ahora.

Todo eso lo dije sin pestañear, con una tranquilidad tal que logró incluso sorprenderme. Andy quedó tan perplejo con mi actitud que, por un momento, no pudo ni supo reaccionar. Me aproveché de esa debilidad pasajera y di un

paso al frente, empujando conmigo a Leslie. Cuando estuve lo bastante cerca de él, le dije, medio pidiendo, medio exigiendo:

—Quítate del medio, Andy. Déjanos salir.

Mis ojos estaban fijos en la puerta que estaba a su espalda; los suyos, en mi rostro.

—Nunca —masculló entre dientes—. Nunca permitiré que te vayas de mi lado. Si no eres mía, no serás de nadie.

Me asustó un poco su rara manera de hablar, casi delirando; daba la impresión de haberse vuelto loco de repente, o tal vez siempre lo había estado. De todas formas, no me amilané y, aguantándole la mirada, le dije, lo más calmada que pude:

—Jamás he sido tuya ni lo seré nunca. Lo sabes bien, lo has sabido siempre. Solo soy de un hombre y ahora voy a irme con él al sitio donde pertenezco.

En menos de un segundo, sentí su mano impactando contra mi mejilla. Me había golpeado, y lo había hecho con fuerza; la cara me escocía y tuve que hacer esfuerzos enormes para mantener el equilibrio, pero seguía estando de pie, como siempre lo había estado.

—Voy a gritar —me avisó—. Voy a gritar y todo habrá terminado.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada; era más bien una risa mezclada de pánico y nerviosismo, pero traté de recomponerme deprisa.

—Haz lo que quieras. Llama a tus corderos, venga; para cuando lleguen, nosotras ya estaremos lejos.

No aguardé respuesta; algo me decía que no había tiempo. Andy estaba realmente mal de la cabeza y no dudaría en cumplir su amenaza. Ladeé un poco la cabeza y le hice un gesto a Leslie; ella lo comprendió al instante. Al unísono, nos dispusimos a andar sorteando a Andy, que seguía inmóvil, dispuestas a acabar lo que habíamos empezado.

A continuación, todo sucedió muy deprisa. Antes de que pudiésemos hacerlo, justo cuando mi mano estaba ya rozando el pomo de la puerta, escuché su voz, casi irreconocible, desde mi espalda:

—Un paso más y juro que te mato.

Mi cuerpo se tensó, preso de un ataque de histeria incontrolable. Apreté la mano de Leslie, indicándole que nos detuviéramos; teníamos que hacerlo si queríamos conservar la vida. Permanecí un rato así, incapaz de girarme, aterrada por darme la vuelta y comprobar lo que Andy tenía en sus manos. Mucho antes de hacerlo, supe que me estaba apuntando con una pistola, una

pistola como la que yo tenía bajo mi ropa. Me volví despacio, cuidando de no hacer ningún movimiento peligroso, algo que Andy podría interpretar como desobediencia.

Intercambiamos una mirada desafiante. Sus ojos echaban chispas por el enfado; en los míos ni siquiera había rabia. Conté mentalmente hasta diez, suspiré con fuerza, traté de controlar los nervios como pude y creo que lo conseguí. Sin dejar ver ninguna emoción en mi tono de voz, le dije:

—Preferiría la muerte antes que estar a tu lado. No me das miedo, Andy. Nunca me lo has dado.

—¡Pues deberías tenerlo, niñita! ¡No me conoces lo más mínimo! ¡No sabes de lo que soy capaz!

«Sí, lo sé», pensé con tristeza mientras me acordaba de aquel tiempo en el que hubiera dado todo por él, y cuando descubrí que solo me había estado usando. En mí solo vio a una niña ingenua y vulnerable, vio negocio y dinero, exactamente lo mismo que seguía viendo ahora.

El grito que pegó a continuación me hizo dar un salto inconsciente.

—¡Ahora muévete! ¡Moved el maldito trasero y poneos donde estabais, lejos de esa condenada puerta! ¡Vamos!

No pudimos menos que obedecer sin rechistar, conscientes del gran peligro al que estábamos sometidas. Nos apresuramos en regresar al punto de partida, sin quitar ni un solo segundo la vista del arma con el que nos apuntaba, dejando a Andy de nuevo en medio de la puerta y de nosotras. Estábamos acorraladas; delante, estaba él, detrás, los hombres que nos echarían el guante más pronto de lo que nos gustaría. No había escapatoria posible, no había manera de evitar nuestro fatal desenlace. Mi cabeza comenzó a maquinarse de inmediato a una velocidad desesperada. La desesperación puede llegar a ser un sentimiento odioso, pero también es capaz de buscar soluciones donde uno no las encuentra, de encontrar la salida en un laberinto que parece no tenerla. Tal vez fue eso lo que me hizo reaccionar, lo que me hizo descubrir, con una clara lucidez, lo que tenía que hacer. Y lo hice. Solté la mano de Leslie y la llevé hacia mi camiseta; de un solo movimiento, saqué lo que tenía sujeto con los pantalones y tiré con fuerza. Todo eso lo hice tan rápido que Andy no tuvo tiempo de darse cuenta; para cuando lo hizo, yo ya tenía el brazo estirado y lo apuntaba con la pistola. Sus ojos se abrieron como platos. Mi mano ni siquiera temblaba; era como si, de pronto, supiera muy bien cómo tenía que actuar. No sabía manejar ese tipo de armas, solo sabía que tenía que apuntar a la cabeza y no desviar la mirada ni un solo instante. Si

era necesario, no dudaría en volarle los sesos; como no dudaría él de hacerlo conmigo. Por unos minutos, que se hicieron eternos, mantuvimos una lucha callada, desafiante, cada uno agarrando su propia pistola.

Fue Leslie la que rompió ese silencio:

—Yurani, no. No lo hagas.

A pesar de no mirarla, supe que estaba llorando. Esto para ella era algo personal, se revolvía en su pasado, en una escena similar a la que se había visto obligada a asistir por salvar su pellejo.

—No lo hagas, por favor —suplicó desde mi lado izquierdo.

Ignoré su petición, así como trataba de ignorar la mirada segura de mi contrincante, el cual sabía de antemano que tenía la batalla ganada. Era más mayor, más fuerte y tenía más experiencia en todo ese mundo, un mundo donde disparar, agredir y matar era como comer y dormir cada día.

—Estás loca si crees que puedes conmigo.

—Vete al infierno, Andy.

—Voy a contar hasta tres. Si no sueltas esa pistola, te reventaré la cabeza. Hablo en serio.

Todos mis sentidos se activaron. Escuché a una voz dentro de mí ordenar con claridad: «¿A qué esperas? ¡Dispara!»; sin embargo, esa voz se mezclaba con otra, más suave, que me decía: «No lo hagas. Si lo haces, te arrepentirás toda la vida. Tú no eres como ellos, tú no eres un monstruo». Luché, enfadada, por callar a esa voz irritante y hacer caso a la primera, la más sensata, la que tendría, con toda seguridad, el poder de sacarme victoriosa de todo eso. «Un monstruo». «No soy un monstruo», me dije. ¿O acaso sí lo era? ¿Es que me habían convertido en eso a base de tantas injusticias? Siempre, durante los años que permanecí en esa casa, supe que había perdido la sensibilidad que me caracterizaba, me había vuelto casi de piedra, rodeada por una muralla infranqueable en la que no permitía entrar a nadie sin mi permiso. Pero, ¿de verdad era capaz de hacer algo así? ¿De verdad podría matar a una persona, independientemente de quién fuera, y vivir tan tranquila después? Miré de reojo a Leslie, la cual no dejaba de desviar su mirada entre Andy y yo, y entonces lo supe. No podía hacerlo, no podría seguir viviendo con ese peso sobre mi espalda. Solo Dios tenía el poder de arrebatarme la vida y yo no era quién para tomar su puesto.

Intentando obviar el hecho de que iba a sellar mi destino con lo que estaba a punto de hacer, aparté la mirada de Andy y la fijé en el suelo.

—Que te perdone Dios, porque yo no puedo hacerlo.

El arma hizo un ruido estruendoso al precipitarse contra las baldosas. Cerré los ojos, dispuesta a aceptar con dignidad lo que me venía, decidida a marchar de este mundo con la conciencia tranquila.

—Tú lo has querido, Yurani. Que tengas buen viaje.

Juro que pude sentir el sonido del gatillo al apretarse. Entonces, sucedió algo inesperado, algo con lo que no contaba. Un aullido desgarrador llegó a mí, y pude reconocer el dueño de esa voz en el mismo momento de escucharlo. ¡Había disparado! La pistola se había disparado; pero, para mi sorpresa, no había sido yo la que había gritado. Abrí los ojos rápidamente para comprobar lo que había escuchado. En efecto, Andy se encontraba allí, frente a mí, y se desplomaba a velocidad de vértigo. Tenía ambas manos puestas en su pecho, intentando cubrirse su lado herido, por donde no dejaba de salir sangre. Acto seguido, cayó como un muñeco inservible con los ojos todavía bien abiertos. Creo que yo también emití un grito, asustada e incrédula por la visión que me ofrecían mis ojos. No tuve tiempo para analizar el asunto, cuando unos brazos me sujetaron firmemente y me balancearon.

—¡Vete, Yurani! ¡Tenéis que iros ya!

Asentí con la cabeza, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta que me impedía respirar. Fijé la mirada en el rostro de Jénifer. Entonces lo entendí todo. Ella había disparado, ella me había salvado. En algún momento, guiada tal vez por el alboroto que habíamos causado con nuestra discusión o por una simple curiosidad de saber si nuestro plan de fuga había sido llevado a cabo con éxito, se había acercado hacia donde nos encontrábamos. Allí, se encontró con la terrible escena de Andy y yo luchando por ver quién de los dos caería primero. Lo corroboré más tarde, cuando Leslie me lo contó. Ella había permanecido escondida durante un buen rato; mi amiga se había percatado de ello, pero, paralizada como estaba, no había sido capaz de decir nada. Jénifer, cuando vio que yo me rendía, corrió hacia nosotras y alcanzó la pistola que yo había dejado caer. Entonces, disparó, sin miedo, sin más razones para hacerlo que salvarme de una muerte segura. Ella era más fuerte que yo, siempre lo había sido.

Quería abrazarla, quería dejarme caer entre sus brazos y decirle lo mucho que le debía, lo mucho que había hecho por mí sin saberlo. Sin embargo, no pude. En un momento dado, sentí cómo todo daba vueltas alrededor de mí. El suelo daba la impresión de estar levantándose y yo flotaba sobre él, sin poder hacer nada por remediarlo. Después, su voz de nuevo:

—¡Corre, Yurani! ¡Corre!

Y corrí. Como empujada por una mano mágica, salí disparada en dirección a la puerta, agarrando antes a Leslie por el brazo. Ella siguió mis pasos y se empeñó en seguirme. Sin detenernos, sin mirar hacia atrás, franqueamos la salida a la que tanto habíamos añorado llegar. El aire frío me dio de lleno en la cara y llenó mis pulmones, devolviéndome un poco de la respiración que me faltaba. Me adentré en esos caminos desiertos, enloquecida y como perseguida por el mismo diablo. Entonces escuché otro disparo; después, un grito, y ese grito me rompió en pedazos. Fue un lamento ahogado, una despedida en la distancia. Fue su manera de decirme adiós, la manera que tuvo Jénifer de abandonar esa vida, que no lo era, con orgullo y dignidad, con valor. Ella sabía que lo que había hecho no habría quedado impune, la habrían cogido y castigado por ello; también sabía que ya no le quedaba tiempo, que era cuestión de meses que su cuerpo desfalleciera, víctima de una terrible enfermedad a la que ya no podía hacer frente. Por todo eso, se marchó, no sin antes realizar el mayor acto de honor que jamás he visto.

Sentí un dolor punzante, pero seguí corriendo. Era consciente de que no tardarían en dar la voz de alarma; los hombres acudirían, alertados por los disparos y los gritos, y descubrirían lo sucedido. Me esforcé en acelerar el paso y me alejé de ese lugar. De repente, descubrí que Leslie ya no se encontraba conmigo; cuando giré la cabeza para comprobarlo vi que, en efecto, me encontraba sola. No sabía si se había perdido o si, tal vez, fui yo la que me perdí en algún momento. Juro que quise darme la vuelta, quise ir a buscarla para ofrecerle mi ayuda y para hacerla venir conmigo; pero, a veces, en momentos así, el sentido de supervivencia es más fuerte que todo, más incluso que el miedo, y yo, simplemente, hice caso a ese instinto.

Seguí y seguí, sin saber a dónde iba, pero dispuesta a emprender el vuelo.

—¡Corre!

Escuché la orden con claridad, pero mis piernas se negaron a obedecer. Era más fuerte el cansancio y el frío que sentían, más incluso que el miedo; eso parecían decirme con aquella sensación de hormigueo que las recorría de arriba abajo.

Miré a mi alrededor. La noche era oscura; apenas podía distinguir la carretera, tan cerca de mí y, a la vez, tan lejos. Escruté cada rincón en busca de un sitio seguro donde esconderme. No lo había. Allí ya solo quedábamos la luna y yo. También aquellos pasos apresurados. ¿A cuánto estarían de mí? ¿Cuánto tiempo tardarían en alcanzarme? Era cuestión de segundos, a lo mucho, un par de minutos. Yo lo sabía, mi mente lo sabía... y, por eso, volvió a repetir:

—¡Corre! ¡Maldita sea, corre!

En un intento desesperado por hacer caso a lo que me pedía mi cerebro, busqué dentro de mí ser la fuerza que me quedaba, la fuerza que ni yo sabía que tenía. Primero fue el pie derecho el que reaccionó; dio un paso al frente, despacio, tembloroso. Y el izquierdo lo siguió. Sin pensarlo siquiera, comencé a correr. La respiración, agitada, amenazaba con abandonarme en cualquier momento y el frío me cortaba la piel, casi desnuda; pero no me importaba. Eso era lo de menos.

Pude escuchar el rugido de un motor y, entonces, aceleré el paso lo más que mis pequeños pies me permitieron. Cada vez oía más cerca esas pisadas, aquellas voces y aquellas palabras que tanto tiempo me acompañaron.

—¡Esa zorra no escapará! —le aseguraba un hombre al otro. A juzgar por su tono de voz, estaba muy enfadado.

—¡Vamos, pequeña! Sabemos que no estás lejos. ¡Entrégate, niña sucia!

Sus palabras se dirigían a mí; su objetivo era yo... y su recompensa, mi vida.

«¡Vamos, Yurani! Un poco más. Solo unos pasos más y serás libre. ¡Aguanta!»

Agradeciendo a mi voz interior sus ánimos, cogí aliento y obligué a mi



cuerpo a correr más rápido. Había llegado, ya veía los coches a unos pocos metros de mí. Ahora solo tenía que detenerlos, interponerme en su camino y suplicar que me ayudasen.

Entonces, una luz me cegó. Por detrás, una voz ronca me sobresaltó, consiguiendo erizar el vello de mi piel más de lo que ya estaba.

—¡Te tengo, maldita! ¡Ya eres mía!

Su carcajada retumbó en la fría noche. No lo pensé ni un segundo, no me detuve a esperar instrucciones de mi mente, la cual parecía haberse esfumado y abandonado a mi suerte. Me abalancé hacia mi única salvación: la luz que me deslumbraba y me impedía ver quién había detrás de ella. Entonces, todo sucedió muy rápido. Lo siguiente que escuché fue un grito desgarrador que hizo que me doliera el alma. Después, todo mi cuerpo se negó a seguir luchando y cayó; fue un golpe tan duro que incluso el duro asfalto tembló. Fue en ese momento cuando comprendí que la que había gritado había sido yo.

Entre el rápido parpadeo de mis ojos, los cuales luchaban por no cerrarse, observé a un hombre agachándose hacia mí. Su rostro me era desconocido; su mirada expresaba preocupación y miedo.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? No te he visto. ¡No me ha dado tiempo a frenar! — explicaba con nerviosismo —. ¿Estás bien?

Se encontraba realmente nervioso. Me dio pena. Quise decirle que no se preocupara, que todo estaba bien; que ahora, por fin, era libre. No pude hacerlo, pues mis cuerdas vocales habían dejado de funcionar. Traté en vano de mover la cabeza; necesitaba comprobar si aquellos monstruos habían huido o, por el contrario, se encontraban regocijándose del inesperado desenlace de nuestra carrera. Se me nubló la vista y la cara de ese hombre comenzó a desdibujarse.

—Me llamo Yurani. Tengo diecisiete años —conseguí contarle en un susurro.

Él apretó mi mano entre las suyas y, si no fue fruto de mi imaginación delirante, vi una lágrima descender por su mejilla.

Entonces sí, por primera vez en mi vida, me rendí. Dejé que mis ojos se cerraran y permití a mi mente revivir cada recuerdo, cada momento... Cada año de mi vida (si eso podía llamarse vida). De una vida que probablemente ya no volvería a tener.

Cuentan por ahí que las personas, antes de abandonar su cuerpo, reciben un aviso del *ángel negro*. Se dice que es justo en ese momento, en el que su corazón se debate entre la vida y la muerte, cuando pueden ver una luz brillante, una luz que las espera al final del túnel para guiarlas en su nuevo camino. Yo no llegué a ver esa luz, pero estuve muy cerca de hacerlo. En realidad, estaba demasiado cansada para seguir luchando, demasiado débil para seguir haciendo frente a los obstáculos a los que, a menudo, me enfrentaba. Supongo que fue mi subconsciente el que se negó a dejarme partir, el que obligó a mi corazón a seguir latiendo.

Cuando abrí los ojos, tuve que cerrarlos de nuevo, cegada por una luz blanquecina que iluminaba todo a mi alrededor. No sabía el tiempo que llevaba inconsciente y, en realidad, no me importaba; lo único que quería, *necesitaba*, saber es si lo había conseguido. Una duda tormentosa se anteponía sobre todo lo demás, me daba demasiado miedo volver a abrir los ojos y encontrarme de nuevo con aquellos seres malvados, los culpables de todas mis desgracias.

Fue una voz la que hizo disipar todos mis miedos; una voz dulce y suave que tenía el poder de calmar todos mis nervios con solo unas palabras.

—Estoy aquí, Yurani.

Tardé varios segundos más en atreverme a abrir los ojos. Me daba pánico no encontrar su rostro cuando lo hiciera; me angustiaba la idea de comprobar que no se trataba más que de un espejismo. Las ganas ganaron al miedo y me armé de valor. Aunque no podía verme a mí misma, sé que mis ojos brillaron cuando lo vi. Allí, muy cerca de mí, estaba Pablo. Me miraba con ternura y en sus labios se dibujaba una sonrisa, débil, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Estás aquí —repetí sus palabras, en un intento de convencerme a mí misma de que no estaba soñando.

Él asintió despacio y estiró su mano; la posó sobre la mía y me acarició con delicadeza, con todo ese amor que había permanecido guardado para mí.

—Sí, Yurani, estoy aquí. Y no estoy solo.

Pensé que no podía ser más feliz, hasta que desvié la mirada hacia el punto donde él me señalaba. A su espalda, de pie pero todavía un poco

alejadas, estaban Kim y Celia. La dicha fue tan grande que creí que mi corazón no podría soportarlo.

—Mis niñas —quise gritar, pero de mi boca solo salió un murmullo ahogado.

Al ver mis intenciones de levantarme de la cama, Pablo se apresuró en detenerme, empujándome levemente hacia atrás.

—No hagas esfuerzos. El doctor ha dicho que no ha sido grave, que el golpe fue leve y tu desmayo se debió a la crisis de ansiedad por la que estabas pasando, pero es preferible que descanses.

A esas alturas, había dejado de escucharlo. Su voz llegaba lejana a mis oídos y toda mi mente y mi visión se concentraban únicamente en esas dos figuras pequeñas, que ahora se acercaban más a mí y me miraban con sus grandes ojos bien abiertos. Mis ojos se llenaron de lágrimas y las dejé salir sin miedo.

—¡Yurani! —exclamó Celia.

No pude hacer caso a las indicaciones que me había dado Pablo; me incorporé sobre la cama y abrí mis brazos, dispuesta a recibir a esa niña rubia que tanto se alegraba de volver a verme. Ella no lo dudó un segundo y se sentó sobre la cama. Nos fundimos en un largo abrazo, un abrazo fuerte, un abrazo como los que se dan las personas que de verdad se quieren. ¡La había echado tanto de menos! Sentí el cuerpecito de Celia temblar contra mi pecho; toda ella se convulsionaba en sollozos, dejándose llevar por la emoción de tantos sentimientos.

Kimberly, en cambio, tardó más tiempo en reaccionar. Sin soltar a Celia, me concentré en ella; mi hermana, la niña por la cual lo habría dado todo, hasta mi propia vida de ser necesario. Todavía de pie junto a la cama, me observaba fijamente, clavando sus oscuros ojos en los míos. Se debatía en su interior en una lucha interna que se había instalado en ella; intentaba con todas sus fuerzas creer que todo era real, que de verdad me estaba viendo. Cuando, por fin, pude hablar, le pedí:

—Por favor, ven.

Entonces lo hizo. Vi sus ojos brillar mientras se acercaba, mientras daba los pocos pasos que nos separaban. Dudó un poco cuando estuvo lo suficientemente cerca; después, se abalanzó sobre mí. Toda su entereza se rompió al ocultar su rostro contra mi cuerpo. Lloró y lloró, y siguió llorando, al mismo tiempo que yo lo hacía con ella. Por un momento, fue como volver al pasado; teniéndola así, segura y protegida entre mis brazos, me pareció que de

nuevo éramos dos niñas, inseparables, unidas por un lazo que no era solo de sangre. ¡Dios, la quería tanto! No supe cuánto hasta ese mismo instante. Tras un largo rato, Kim se separó de mí y se puso al lado de Celia. Me hubiera gustado que ese abrazo no terminase nunca, ¡pero había tantas cosas que quería saber! ¡Tantas cosas que contarles!

Miré con atención a esas tres personas sonrientes que tanta falta me habían hecho y que ahora la vida, por alguna razón que no iba a cuestionar, me había devuelto. Entonces, una punzada recorrió mi alma. Solo había un detalle que enturbiaba la enorme felicidad que estaba sintiendo. Todo hubiera sido bonito, digno de un final de película, si no fuera por...

—Leslie... —murmuré, más para mí misma que para los demás, y sentí una desolación inmensa que me hacía demasiado daño.

Clavé mi mirada en la de Pablo, queriendo transmitirle en silencio todo lo que había pasado. No quería preocupar más a las chicas, no deseaba causarles más dolor del que ya habían vivido; ¡pero necesitaba tanto desahogarme!

Pablo volvió a agarrar mi mano y me tranquilizó con sus caricias.

—Espera un momento. Ahora regreso.

Quise asentir, pero mi cabeza se negó a ello. Me quedé así, contemplando a Kimberly y a Celia, mientras me esforzaba por ahuyentar mis malos pensamientos. ¿Qué habría sido de mi amiga? ¿En qué momento nos separamos? ¿Cómo pude no haberla buscado?

En un corto espacio de tiempo, Pablo regresó, y con él venía alguien más. Abrí mi boca sorprendida. Mis ojos no daban crédito a lo que veían. Entonces, ya no pude contenerme más. Mi cuerpo pareció volver a la vida y me levanté de un salto. Leslie corrió hacia mí con una sonrisa en la cara, pero lágrimas en los ojos. Nos apretujamos una contra la otra en lo que fue mi tercer abrazo de ese día. Lloramos ambas, sin podernos creer lo que estábamos viviendo. Tanto las lágrimas que habían derramado las niñas como las mías, habían sido fruto de la alegría que sentíamos al vernos. Sin embargo, el llanto de Leslie, y también el mío, tenían un significado mucho más personal, más nuestro. Habíamos estado juntas ante todas las adversidades; nuestras vidas se habían acercado desde la primera noche que nos encontramos en la plaza del pueblo, aun cuando todavía no éramos conscientes de ello. Juntas, habíamos luchado contra la vida que se nos había impuesto cada una a su manera; nos habíamos caído y nos habíamos levantado; habíamos visto partir a Anya y habíamos decidido seguir viviendo. Nunca olvidaríamos todo eso, todos los momentos,

los días y las noches, las risas y los llantos.

—Pablo me dio su número antes de huir con las niñas —me informó sin soltarme—. Se lo pedí, porque pensé que quizá algún día te haría falta, quizá algún día querrías saber de él. Conocía vuestro plan, pero no dije nada. Preferí esperar a que tú me lo contaras. Entonces, cuando me perdí, supe que era lo que tenía que hacer. No sé en qué momento te perdí de vista, pero de pronto me vi sola, escondida bajo unos árboles. No tenía el valor para salir de allí, para buscarte. Perdóname, Yurani. Nunca debí dejarte sola. Cuando, por fin, conseguí levantarme, corrí en busca de alguna señal de vida. Paré un coche y le supliqué ayuda. Le di el papel con el número de Pablo y él no dudó en venir a buscarme.

Entre sollozos, le respondí:

—No tengo nada que perdonarte. Perdóname tú a mí.

Una vez transcurrida la emoción inicial, nos soltamos y accedí a hacer caso a las recomendaciones de Pablo, quien no cesaba de repetir que debería sentarme y guardar reposo, pues todavía estaba muy reciente todo. Tumbada de nuevo en esa cama, estudié los rostros de todas las personas que formaban parte de mi vida, de las únicas personas que deseaba tener a mi lado para siempre. Esboqué una sonrisa, con la seguridad de que eso era todo cuanto necesitaba para ser feliz. Entonces, una duda se asentó en mi mente. Las sombras oscuras que vivían dentro de mí, y que aún tardarían bastante tiempo en abandonarme, hicieron acto de presencia, nublando todo cuanto pillaban a su paso. Temerosa, pregunté:

—¿Qué pasará si nos encuentran?

No hizo falta decir nada más. Tanto Pablo como Leslie sabían muy bien a lo que me refería. Sin embargo, la mirada que ambos me dedicaron fue cálida, calmada. Fue Pablo el que tomó la palabra:

—No tienes que preocuparte de eso, Yurani. Lo tengo todo controlado. Nosotros, todos nosotros —recalcó—, nos iremos de aquí en cuanto te den el alta. Seguramente, eso pasará mañana, pues he hablado con el doctor y no ve ningún inconveniente en ello. Vamos a irnos muy lejos, lejos de aquí, donde toda esa maldad en la que has vivido no podrá alcanzarte. Y te olvidarás de todo, te lo prometo; yo me encargaré de ello.

En un principio, sus palabras lograron el efecto deseado; me tranquilizaba el saber que íbamos a irnos muy lejos, a empezar una nueva vida donde podría dedicarme a ser quien en verdad era, sin normas ni hombres perversos de por medio. Pero... siempre hay un «pero», y esta vez el «pero»

que conseguía enturbiar la nueva suerte que parecía sonreírme, es que yo no quería olvidar, no podía hacerlo. En definitiva, me negaba radicalmente a borrar todo lo vivido, a sacarlo de mi cabeza como si nunca hubiera ocurrido. Hacerlo sería como dejar en la estacada a todas las mujeres que todavía seguían viviendo, o malviviendo, en ese edificio. Tenía que hacer algo para ayudarlas, aunque en esos momentos no sabía bien el qué. Se lo debía a todas y cada una de ellas, y también a Anya. Dejar todo atrás sería egoísta y casi una traición hacia mi buena amiga. A pesar de que no expuse mis miedos en voz alta, Pablo pareció comprenderlo, como si leyera mis pensamientos.

—Todo lo que has pasado es injusto. Y, por ello, lucharemos para que no vuelva a pasarle a nadie más. Pero tenemos que mantenernos fuertes y unidos; y, sobre todo, tenemos que darle tiempo al tiempo. Vamos a denunciar a esa gente, Yurani, y vamos a hacerlo juntos. Pero, para que eso pase, tienes que asegurarme que podrás hacerlo, que estarás preparada para enfrentarte a tus enemigos.

—Lo estoy —dije en un susurro, aunque mis palabras no sonaron muy convincentes.

—Yo estaré contigo. Tienes que confiar en mí. ¿Lo haces?

Asentí afirmativamente y posé mis ojos en los suyos. ¡Me transmitía tanta paz aquella mirada!

—¡Como nunca he confiado en nadie!

Pablo se emocionó ante mi confesión, lo supe porque esos ojos castaños ahora brillaban más que antes. Una vez más, agarró mi mano y la apretó en la suya. Con lágrimas en los ojos, unas lágrimas que no supe en qué momento habían llegado, le pregunté algo que necesitaba saber con desesperación:

—Entonces, ¿todo ha terminado?

Él negó con la cabeza, moviéndola de lado a lado, y siguió acariciando mi mano.

—No, Yurani, todo lo contrario. Todo empieza ahora: tu vida, nuestra vida, acaba de comenzar.

Sonreí y él me devolvió la sonrisa. Nunca me cansaría de ver ese gesto noble y radiante en su cara; esa misma sonrisa fue la que me enamoró y la que pagaría por ver el resto de mi vida.

Leslie se acercó y se puso al lado izquierdo de Pablo. Desde allí, me miró fijamente y me dijo:

—Anya siempre dijo que eras indomable. Decía que no existiría persona capaz de doblegarte. —Mientras hablaba, las lágrimas comenzaron a

descender por sus mejillas—. Y ahora sé que todo eso es cierto. Yurani, eres mucho más fuerte de lo que jamás imaginé, y hoy estamos aquí, juntas, y vamos a ser felices. Se lo debemos.

Asentí, con las lágrimas nublándome la vista, y le dije:

—Sí, vamos a serlo. Pero nunca olvidaremos quiénes somos. Al menos, yo no puedo.

—No lo haremos. Me llamo Leslie, y seguiré siendo Leslie hasta el último día de mi vida.

Emocionada, volví a asentir, sin ser capaz de hacer otra cosa. Comprendía muy bien lo que trataba de decirme; mucho más allá de su nombre, ella me juraba, y se juraba a sí misma, no dejar perder a la niña que un día fue, a la niña que todavía era. Me esforcé en sonreír, confundida entre la felicidad que me embargaba y la melancolía de los recuerdos y, entonces, yo también prometí, a mi manera; con una promesa que solo los que me conocían podían llegar a entender.

—Me llamo Yurani. Tengo 17 años.

## AGRADECIMIENTOS

Esta vez, quiero dedicar esta parte a mis personajes, los personajes que me han acompañado a través de esta historia y que me han guiado en cada palabra, en cada frase, en cada página y cada capítulo. Como ya he mencionado antes, todo lo sucedido en esta historia es producto únicamente de mi imaginación, cualquier parecido con la realidad es simple coincidencia. Sin embargo, como todos sabemos y aunque, a veces, no nos guste escucharlo, estas cosas pasan. Han pasado siempre y así sigue siendo ahora. Por ello, he querido y me he tomado el derecho de dar voz a esas personas, para que sus historias no queden en el olvido. He sufrido con Yurany en cada momento, he llorado con ella y por ella como si en verdad la conociera porque, en cierta manera, lo hago. Lamentablemente, hay muchas niñas como ella en la vida real y se me rompe el corazón al pensar que no todas han podido tener un final feliz como el que he querido darle a mi protagonista. Por ello, y porque siento que Yurany, y también Leslie, Anya, Jénifer, Kimberly y Celia, necesitan ser escuchadas, he escrito este libro. Solo deseo que el mensaje que quiero transmitir llegue al corazón de cada persona que haya decidido dar una oportunidad a esta historia. ¡Hay tantos, pero tantos, niños y niñas en el mundo sufriendo injusticias, viviendo una vida que no se merecen! Soy consciente de que es muy difícil que logremos cambiar todo esto, pero, ¿quién sabe? Tal vez, con el tiempo y con la unión de todos, el mundo pueda volverse un lugar mejor, aunque solo sea un poco.



## La autora

Patricia Alcantud Obregón nació en 1989 en Logroño, La Rioja, donde actualmente reside.

Se define a sí misma como una aspirante a escritora. Descubrió su pasión por la lectura des-de muy joven, de la mano de autores como Enid Blyton, Michael Ende y muchos más. Desde entonces, los libros han pasado a formar una parte muy importante de su vida, tanto los que lee como los que ella misma escribe.

«Enséñame a Querer» fue su primer libro publicado, bajo el sello Editorial Multiverso, al que le sigue «Enséñame a Olvidar», la segunda parte de la bilogía “Enséñame”.

En 2018, decidió lanzarse al mundo de la autopublicación y lo hizo con su novela «Desde la otra Orilla».

«Contracorriente» es, por lo tanto, su cuarta novela publicada.

Si deseas ponerte en contacto con la autora puedes hacerlo a través de sus redes sociales:

Facebook: Patricia Alcantud Obregón

Instagram: patricia\_alcantud



